

Valeria perseguía un sueño y se encontró
con una pesadilla

ESCAPANDO

a mi

destino



MANUEL DELPRIETO

**ESCAPANDO
A MI
DESTINO**

MANUEL DELPRIETO

© De toda la obra: Manuel Delprieto

Segunda edición revisada: diciembre de 2018

Inscrita en el Registro de la Propiedad Intelectual con el número: 1809118334484

Diseño de la portada: Mónica Escoda

Maquetación: Antonia García. servigraf.garcia@gmail.com

De esta obra quedan todos los derechos reservados, por lo que queda prohibida su reproducción, aunque sea parcial, por cualquier medio, electrónico o físico, sin el consentimiento debido de su autor:

Manuel Delprieto.

Contacto: manueldelprieto@gmail.com

*A mi hija Daniela,
a mi esposa Brilli
y a mis padres.
¡Gracias por vuestro cariño!*

Índice

Índice

Prólogo

Epitafio: “El Principio del fin”

1. Del rancho a la ciudad
2. La oportunidad que esperaba
3. Una difícil decisión
4. Pasión en el cenote
5. Mamma Chloe
6. Formación, vocación y talento
7. Secretos turbios
8. El oscuro brillo de los diamantes
9. Cuando el mundo se derrumba
10. Nuestra primera cita
11. Exudando emociones
12. Bondage
13. Diamantes glaseados
14. Un oasis en la oscuridad
15. Intercambio de parejas
16. Bajo los tentáculos del Kraken
17. El sótano
18. El instinto de los animales
19. La noche de las máscaras
20. El beso de Singapur
21. Entre ratas
22. Una muerte inesperada
23. Cuando afloran los sentimientos
24. El hilo de los títeres
25. Hora de actuar
26. Daños colaterales
27. Dos corazones para odiar
28. El peso de las acciones
29. El test del embarazo
30. Mi fiesta de cumpleaños
31. El día que miré a los ojos al destino
32. La vida desde el cielo

Agradecimientos

Sobre el autor

Prólogo

Cuando pensé en esgrimir esta historia, me propuse escribir una novela de esas que se quedan impregnadas en la memoria para siempre y perduran en el recuerdo durante años. Busqué mil historias, mil lugares donde desarrollar la aventura que quería exponer y hallé un lugar donde los sentimientos, la malicia y el coraje, viven de la mano: México.

La historia que trasciende a continuación la diseñé asesorándome a través de recortes de noticias de periódicos locales, donde los hechos superan a la ficción aquí narrada. Muchas de las escenas, torturas y circunstancias, son fruto de la realidad que acontece actualmente en el país centroamericano.

Sin prisas, enfoqué un argumento lento que fuese evolucionando conforme se van sucediendo los capítulos, para que la historia que se narra se diluya como un dulce licor en nuestro paladar, difícil de olvidar.

Escapando a mi destino, es mi primera obra de hondo calado social, aunque sus personajes no sean reales y el escenario ficticio. Trata sobre un entorno actual que nos envuelve a todos. Una novela que forjé con mucho entusiasmo.

Espero que disfruten con su lectura; y, si les gustó, recomiéndenla. Por supuesto, no cuenten su final.

MANUEL DELPRIETO

Epitafio: “El Principio del fin”

A día de hoy, aún me pregunto si estoy viva o muerta. Es difícil borrar de mi mente, ese recuerdo de mi madre depositando flores sobre mi tumba. Y aunque ella me respondió cuando le hablé, quizás solo soy un alma en pena, de las muchas que pululan por este viejo rancho.

No sé a ciencia cierta, si en algún momento me pegaron un tiro en la cabeza, me golpearon con algún hierro, o si, simplemente, salí ilesa de aquel infierno... La verdad es que, desde que ocurrió todo aquel calvario por el que pasé, me siento en paz, en armonía conmigo misma, pues aprendí una lección tras haber sufrido tanto maltrato: a amarme a mí, misma.

Y si hoy cuento esta historia, es porque necesito hablar, contaros como fue mi declive personal... El billete mortal que me vendió el destino cuando yo era tan solo una chica ranchera, e intentaba escapar de mi destino...

Todo comenzó cuando, un día, llegó a casa una película: “*Ikiru*”, de Akira Kurosawa. Vino de las manos de mi prima Isabel, que era muy aficionada al cine. Yo apenas tenía trece años, cuando ese poema, cantado por la voz de Takashi Shimura, tocó la fibra más delicada de mi mente, se entremezcló con mis sueños y gritó en lo más profundo de mi pecho:

*“La vida es corta, enamórate, chica,
antes de que el rojo de los labios desaparezca,
antes de que la sangre caliente se enfríe.
No tendrás nunca asegurada la vida de mañana.
La vida es corta, enamórate, chica,
antes de que el color negro del pelo pierda su fuerza,
antes de que la llama del corazón se apague.
No volverá nunca a repetirse el día de hoy...”*

Quizás suene estúpido, que el poema de una película en blanco y negro, fuese la espuela que rigiese mi ritmo de vida a partir de aquel día, pero así fue.

Desde entonces, los concursos de belleza se convirtieron en mi pasión, mejor dicho, en mi obsesión. Los veía cada año por la televisión, soñando con desfilas en esa pasarela llena de luces, con vestidos de lentejuelas y rodeada de aplausos. Y, en mi afán por verme allí, hice muchas cosas, ya que la acción impulsa a conseguir resultados: me matriculé en la escuela de Arte Dramático; acudí a consultas de nutriólogos; ahorraba las monedas de mi almuerzo para

poder comprarme maquillajes, e, incluso, trabajé como azafata para marcas comerciales en diferentes hipermercados, haciendo mis pinitos... A pesar de que mi madre no veía inconveniente con mi vocación, mi padre creía que era desperdiciar mi tiempo y que, en vez de ello, debería pensar seriamente a qué me gustaría dedicarme dentro de los trabajos del rancho.

Mi dislexia se había convertido en un enemigo a combatir en mi día a día, apenas podía desempeñar una labor de escritura sin cometer algún error o anotar alguna cifra numérica cambiada de orden.

Mi padre, don Gustavo, era un tipo chapado a la antigua. Ellos pertenecían a la tercera generación, habían heredado un vasto terreno formado por varias hectáreas de campo, donde las cabezas de ganado vacuno pastasen libres. Aquel rancho ganadero había mantenido una rigurosa y respetada disciplina hermética ya que, únicamente, era atendido por personal proveniente de la familia, por sangre directa o por matrimonios arreglados y enlazados por bienes separados. Tanto mamá como papá, cuando escuchaban mis sueños, siempre lo atribuían a la adolescencia, pero los años pasaban y seguía firme en mi propósito.

No había argumento ni reflexión que valiese en un cara a cara con mi papá; toda conversación se convertía en un pulso estéril donde sacábamos lo peor de nosotros mismos. Mi padre nunca daba su brazo a torcer, ante cualquier idea vanguardista que golpease su dura sesera conformada por ladrillos de pensamientos conservadores. Pero aquello no era lo peor, lo más tedioso era oír la manida historia sobre como su abuelo había levantado aquel rancho de la nada; y no había pitillo o tequila que lo callara; era, para él, la máxima imagen de poderío Méndez y la mayor fuerza de voluntad en el mundo, a los ojos de mi padre.

Yo sabía que si no accedía rápidamente a los deseos de mi madre de bajar la cabeza en cada sermón, él se quedaría contando sus “cuentos” durante más de tres horas. Así que, clavaba mi mirada en el suelo de baldosas pardas, y me dejaban retirarme cuando contestaba favorablemente al primer “¿Me estás entendiendo, chamaca?”.

Las tierras del rancho “El sumidero del Diablo” fueron la bendición de la familia Méndez: amplias, fértiles... Y, en aquella época, baratas. El desarrollo del campo por parte de mi bisabuelo y luego por mi abuelo, había dado sus frutos, resultando a la larga una empresa muy próspera. Estábamos a pocos kilómetros del río, en unas tierras donde se cosechaban plátanos, limones, café y, principalmente, cacao. Había otros cultivos, pero estos eran, básicamente, para el consumo de todos los trabajadores y familiares. Las veinte cabezas de ganado, al paso de tres generaciones, se habían convertido en un centenar, haciendo del negocio de venta de leche una idea vencedora por parte de mi familia

paterna. Por parte de la familia de doña Irene, mi madre, trajeron a su familia para establecer una alianza territorial y comercial, con el fin de sacar a flote el ganado caprino y bovino, al que se dedicaban desde hacía años. El terreno se extendía por varias hectáreas y el cercado demostraba que el rancho no había sido explotado a su máxima capacidad, era tan grande que incluso los empleados ajenos a la familia tenían unas casitas modestas donde ellos y sus familias vivían de manera confortable.

No podía negar que en lo económico tuviéramos carencias, pero la esencia del problema era simple: no me veía sirviendo como granjera en el negocio familiar. Yo aspiraba a más, lejos del sudor y de la piel curtida por el sol. Quizás el tener un rostro poco moreno, unos ojos bonitos y un cuerpo restringido de carbohidratos y grasas trans, me catapultaban a la búsqueda de una vida cómoda, en hoteles de lujo y cenas con personas interesantes, que no estuviesen porfiando sobre cómo esquilas a animales o qué abonos eran más apropiados para el cultivo. No sé hasta qué punto podía ser rara en mi familia —ni siquiera mi prima Isabel, dos años mayor que yo, me comprendía—, pero había algo, un punto de rebeldía en mí, que hacía que cuanto más me negaban las cosas, más me empeñaba en ir hacia ellas. Y como dictaba el verso de aquella película:

*“No tendrás nunca asegurada la vida de mañana.
La vida es corta, enamórate, chica...”*

1. Del rancho a la ciudad



En algún rancho de Chiapas, México

En la madrugada noté como una mano acariciaba mis senos desnudos. En mi casa del rancho dicen que habitan almas en pena, entre otros entes, pero el espíritu que me tocó era tan verdadero y real como yo. Es más, tiene nombre y apellidos: Raúl Cabrera, que tiene una costumbre muy peculiar en sus visitas... dejarme una rosa roja junto a la almohada.

Recuerdo las cortinas danzando al *blues* del viento, la tierra húmeda del rancho, y el cristal abierto de par en par enmarcando un bello amanecer. Dicen que los últimos instantes de vida con alguna persona, se graban en la mente de una manera nítida e imborrable, y quizás esa sea la razón por la cual hoy os cuento esta historia, que no quiero ni puedo borrar de mis recuerdos.

Aquella calurosa mañana de primeros de marzo, cambiaría el rumbo de mi vida para siempre. Como cada día, me levanté tarde; me lavé la cara y, con un maquillaje suave, bajé a desayunar. Mi padre don Gustavo —que era así como yo le llamaba—, apuraba con sorbos largos su enésimo café empapando su bigotón en la taza. Normalmente, él no esperaba que yo me levantara antes de irse a trabajar, pero debido a la alta estima que tenía del negocio hoy tocaba reunión familiar en el patio principal de la casa y entre sus prioridades se encontraba convencerme de que formase parte de la plantilla laboral.

Doña Irene, mi madre, constantemente hablaba conmigo para hacerme partícipe de alguna idea en beneficio del rancho, y que de esa manera mis peleas con mi padre amainaran. Yo contestaba tajantemente que lo único que podría gustarme de un negocio rural era la crianza de equinos y el mundo de la hípica. De hecho, tenía una yegua alazán, Balenciaga, de nombre como el diseñador parisino. Ella era el único vínculo que me unía a la labor ganadera; así que la doma y la equitación eran lo único que me retenían, de una manera más o menos fácil, de poder estar rodeada de gente acaudalada que

conseguiría sacarme del odioso rancho.

A mis diecinueve años, soñaba con volar del negocio familiar. Le había cogido tanto asco a todo, que detestaba todo lo que tenía que ver con el rancho: odiaba el olor a estiércol, los coches viejos, las camisas de cuadros, los sombreros, las moscas... Pero, sobre todo, odiaba que predestinaran mi vida, al antojo de mis padres.

—Valeria, necesito que tomes las riendas de tu vida, y que asumas un puesto. Te pagué la carrera de *marketing* con el fin de que hicieses algo provechoso de cara a la empresa. Aun así, veo que tendremos que poner a alguien en tu lugar..., estoy pensando en tu prima Isabelita.

—¡¡Por mí, como si pones su rostro en las cajas de leche!! No sé si hablo en latín o en maya yucateco. ¡Mi proyecto de vida está fuera de esta parcela rural! —solté indignada.

—Luego tendremos el almuerzo familiar, vendrán los cuarenta miembros con todos sus hijos. Así que no te pierdas mucho, Valeria...

—Vaya, me olvidaba... ¡Qué divertido! —ironicé.

—¿Qué prefieres? ¿Ayudarme a limpiar un poco el patio o ir a comprar las verduras que faltan para la cocina? —me dio a elegir mi madre.

Tenía que ver a Raúl más tarde y quería estar mona para él, así que en mis planes no entraba estropear mis uñas de gel. Además, mis tías estarían a punto de llegar y no tenía ganas de que me dijese que todo lo hacía mal, y acabara de niñera de todos mis primos pequeños.

—Me voy a comprar a la ciudad, ¡dame la lista! —me ofrecí.

Salir del rancho era bastante tedioso, estaba lejos de la civilización. Éramos como mayas modernos, solo que ahora conducíamos vehículos motorizados. Pero los varones seguían teniendo más privilegios que las chicas. Apenas tuve la mayoría de edad, me obligaron a sacarme la licencia de conducir y me asignaron una de las *Pick-up Tornado* más viejas que tenían, “para nada glamurosa”, ya que el reluciente *Dodge Dakota* era para mi hermano Miguel. Lo bueno siempre era para él, por el mero hecho de ser hombre.

Tras conducir durante una hora con quince minutos, todavía no había llegado a la ciudad, mi *Dakota* con trece años estaba a punto de sufrir un “infarto de miocardio”. El calor sobre el asfalto estaba para freír un huevo sobre el capó y el aire acondicionado se había quedado sin gas, por lo que encender la fusión para recibir aire hirviendo directamente en la cara no era la mejor opción. La radio era fastidiosa, el CD de Katy Perry parecía que estaba dando sus últimos servicios, el de Sia me recordaba a un ex del instituto y la radio solo captaba emisoras con canciones rancheras.

“¡Maldita sea! Dos horas de camino escuchando a la niña del exorcista. Ni USB, ni nuevo equipo, ni entrada auxiliar para conectar mi iPhone. ¡Así resulta complicado encontrar al hombre de mis

sueños!” Maldije en aquel horno andante, implorando a Dios clemencia.

Pensar en encontrar a la pareja perfecta, era un pensamiento que me deprimía. Pues para un chico de rancho sería algo normal aparecer en una cita con este coche lleno de salpicaduras de barro, y con el paragolpes atado con cinta americana. Sin embargo, para un sofisticado joven de ciudad, resultaba vergonzoso. Cantaba a lo lejos que era una chica ruda, con bigote y poca higiene. Esa era la injusta etiqueta que me seguía por ser de campo, pero yo luchaba por cambiar mi aspecto: me tintaba el pelo en rubios oscuros y me maquillaba en un tono más claro del que me correspondía; a las chicas como yo, las llaman: güeritas de rancho.

El tema de las ofertas laborales se complicaba, debido a mi dislexia. Era una mancha en mi currículum laboral. No importaba tener estudios ni ser trabajadora o asumir responsabilidades, nadie quería una persona que cambiase las palabras de orden, que confundiese izquierda con derecha o leyera una frase mal escrita sin darme cuenta de las faltas de ortografía... Lo peor era que te subestimaban la inteligencia, como si tuvieses algún tipo de retraso —me parecía todo tan injusto—, como si por invertir en espejo una letra “b” o una “e”, ya no fuese capaz de doblar ropa.

La frustración, en mitad de mi catarsis, me llevó a un acto impulsivo, que expresé aporreando con el puño justamente donde estaba el lector de CD. Y comencé a escuchar como si la uña de un fonógrafo saltara de línea en línea en un disco de acetato; ahí supe que ya podía despedirme de continuar los restantes veinte minutos del camino con algún sonido que fuera de mi mínimo agrado.

Grité de desesperación, sin darme cuenta de que había un agujero en la carretera y que llevaba el acelerador pisado a fondo; un coche patrulla de policía venía por el carril contrario, y, debido a mi despiste, me los encontré frente a frente. Izquierda y derecha se entremezclaron en mi mente disléxica, vertiginosamente pisé a fondo el pedal de freno, tan fuerte que casi sale el pedal por el bajo del vehículo. Las huellas de los neumáticos quemaron el gastado pavimento; mientras, los agentes hicieron una maniobra imposible esquivando el robusto paragolpes de mi *Pick-up*. El coche patrulla encendió las sirenas en aquella desértica carretera, y, arma en mano, se bajaron dos policías dispuestos a abatir a esta kamikaze de rancho, cuya vida iba en picado.

—¡Salga del vehículo inmediatamente! ¡Y no haga ninguna tontería! —advirtieron los policías.

Mi rímel se había corrido por las lágrimas y mi brillo labial estaba derretido un poco debido al calor.

—¡Esto verdaderamente da asco! —dije, mientras buscaba en mi

bolso unos pañuelos desechables para limpiarme aquel desastre cosmético; en esos momentos mi celular comenzó a sonar, era Raúl.

Rechacé la llamada, salí con la mirada baja, acompañada del ruido de las bisagras de la vieja puerta de mi auto. Si alguna vez pensé en humillarme, aquella situación superaba al verbo.

—¡Las manos en alto! —requirió uno de los policías uniformados.

Al alzar las manos, miré a los ojos de aquellos que me iban a llevar de cabeza al calabozo. Pero uno de ellos, el más joven, comenzó a sonreír. Sus dientes eran perlas brillantes, con una tez angulosa que encajaba perfectamente en la camiseta de algodón blanca que asomaba por encima de su camisa azul. Su torso se marcaba como una escultura, en aquella prenda ajustada. Sobre pecho de sus camisas había un bordado con sus nombres.

—¡Jamás pensé que de este coche destartelado saliese un ángel! —dijo el agente llamado Flores, dándole un codazo a su amigo en plan bromista.

—¡Con razón se quería suicidar, llevar ese auto es una penitencia! —espetó el más guapo.

No me lo podía creer, estaba a punto de desfallecer allí mismo, y ellos se estaban mofando de mí. Sin duda, algo iba mal en mi vida.

—Señorita, existen financieras muy buenas que le permiten pagar el auto en cómodos plazos, ¿sabe usted de estos servicios? —ironizó el agente más bajito, usando aquella voz seductora, que le faltaba a su guapo compañero para ser perfecto.

—¡Estúpidos! Estoy a punto de vomitar del susto y vosotros estáis con bromitas.

—Tenemos derecho a reír, hemos sobrevivido a un intento de homicidio... Por cierto, soy el sargento Omar Espinosa y este es mi compañero Facundo Flores.

—Lo siento de veras, me despisté con la radio colocando un CD —me excusé.

—¿Los *Dakota* tienen radio? Pensé que traían un gramófono de serie —ironizó Flores.

La actitud de aquellos dos agentes se volvía pedante en mitad de aquella carretera secundaria, donde el sol de la mañana abrasaba todo lo que se encontraba bajo su dominio. Entonces, ambos se percataron de mi rostro de terror y dejaron las bromas a un lado, para volverse profesionales.

—A ver muchachita, conducías en dirección contraria hacia dos policías, y a una velocidad no adecuada para la vía. ¿A qué venía tanta prisa? —preguntó el más moreno.

—Había un agujero en el suelo, metí la rueda y perdí el control —cambié el argumento.

—¿Documentación? —requirió el agente guapo, entallado en aquel

uniforme azul marino, con la bandera tricolor en el brazo izquierdo.

Me volví para coger la documentación y, en ese instante, escuché un comentario sobre mi trasero. En la guantera había infinidad de herramientas, colillas y tarjetas de visita. Al girarme, allí estaban los dos hipnotizados con una sonrisa perversa, posiblemente estaban drogados.

—¿A ver, de dónde ha salido este ángel caído? —dilucidó con aires de misterio el sargento, mientras agarraba con fuerza mi documentación.

En su dedo pulgar lucía un anillo de plata con un calamar cubierto de pequeños diamantitos, que le daban un toque “malote”. Supuse que era bisutería, pues el salario medio de un policía no daba para diamantes, aunque disponer cada noche de ese cuerpo de gimnasio, supongo que compensaría su escaso salario.

—¡Le apuesto cien pesos a que es pariente cercano de Jennifer López! —apostilló el simpático agente, con su sonrisa de sarro.

—Vive en el rancho Sumidero del Diablo. Eso está lejos de aquí —testificó Omar.

—¿“Leche los diamantes”? Esa leche tiene buena fama. ¿Tienes algún *brick* de cortesía para tus víctimas?

No era nuevo para mí el tema de los sobornos. La mayoría de agentes, te conmutaban la multa a cambio de unos pesos. Pero el problema era que solo tenía el importe de la compra y unas monedas para poder aparcar. Resultaba ridículo.

—¿De qué trabajas? —curioseó Flores.

—Me preparo para ser modelo y diseñadora —les respondí contundente, segura de lo que quería.

—Otra que sueña con acabar con un gordo millonario... —espetó Flores, sin que me gustase su tono.

—¿Algo que ocultar? ¿Pertenencia de armas, drogas, anillo de casada? Tendré que cachearte: ponte contra el capó, con las piernas separadas —dijo el musculoso agente.

Sin lugar a dudas, aquella pareja de policías cómicos, parecían salidos de una película de Woody Allen. Aunque realmente, el sargento Espinosa me recordaba a un galán de telenovela. Ahora lo tenía a mi espalda, ascendiendo con leves golpecitos por encima de mis *leggings* blancos, a lo largo de mis piernas. La chapa del capó derretía mis huellas dactilares, pero no superaba a sus dedos que me abrasaban las piernas con su firme tacto.

—¡Plac! —finalizó el registro con una suculenta nalgada.

—¡Qué demonios haces? —me giré enojada—. ¡¿Crees que ese uniforme te da derecho a manosearme?!

—¡Acabas de pagar tu deuda con la ley! —añadió el guaperas sonriendo con aquellos dientes aperlados, entregándome la

documentación.

—¿Y, ya está...? ¿No me vais a sancionar? —me extrañé.

—Mentiría si te dijese que no disfrutaría esposándote..., pero con las vistas que nos has regalado, no sería caballeroso por mi parte —añadió Omar Espinosa.

—Adiós bombón... ¡Y recapacita! No malgastes tu vida, sin dejar, al menos, descendencia en las Chiapas. ¡Mis hijos tienen derecho a encontrar una chamaquita decente! —espetó Flores sonriente.

Estaba en el arcén, fuera del coche, y el *shock* al que me había sometido la situación, me dejó unos cinco minutos reflexionando sobre lo que había acabado de ocurrir.

La secuencia era contraproducente: suicidio, multa, guaperas, gracioso, presa, nalgada... Por un momento, preferí que me hubiesen llevado a un oscuro calabozo y me hubiesen privado de volver al rancho por una temporada. Supongo que despertarme viendo aquella sonrisa del sargento, me haría llevadera la estancia entre barrotes.

Una vez asimilada la situación, me retoqué el maquillaje y me dispuse, nuevamente, a llegar a la ciudad. Giré la llave del contacto y puse rumbo a mi destino, sin música y con el corazón cabalgando bajo mi pecho. En ese instante, un nuevo mensaje entró en mi celular, era Raúl: “Tenemos que hablar, es muy importante, te espero en el cenote sobre las 4”.

“¿Y ahora qué querrá el inoportuno de mi novio?”, pensé. Tenía la habilidad de llamarme cuando estaba sentada en el váter, conduciendo o en una reunión de trabajo. Le respondí con un emoticono de una mano con el pulgar arriba. Y aunque su tono gramatical parecía más serio de lo normal, no dejaba de preguntarme a veces si éramos novios o solo “follamigos”.

“Nos vemos a escondidas, como si nuestra relación fuese un secreto”, pensaba. Pero lo cierto es que en las costumbres retrógradas de los Méndez, los varones tenían que pedir nuestras manos a nuestros padres, y él, de momento, no lo había hecho.

2. La oportunidad que esperaba



Al fin llegué a la ciudad sin mayores dificultades, aunque el reto de ese nefasto día comenzaría una vez alcanzado el centro de la ciudad, donde el embotellamiento provocaría que el calor se incrementara más allá de los niveles normales soportables para alguien con maquillaje a prueba de agua.

Antes de llegar a ese infierno, pasé otros veinte minutos tratando de llegar a mi destino. Encontrar un estacionamiento libre era, estadísticamente, imposible. Los estacionamientos públicos van cada día más al alza como negocio rentable en los alrededores del zócalo, debido a que la concentración de los negocios ganaderos se había trasladado a un nuevo edificio que reemplazaba al viejo mercado.

Y, cuando menos lo esperaba, al fin surgió el milagro y logré aparcar.

Nada más bajarme del auto, saqué del bolso unas gafas de sol y esperé hasta que el encargado del párking marcara mi boleto de estacionamiento con una impresora de punto, que parecía haber sido adquirida en los años cincuenta. Mientras tanto, recibí un nuevo *WhatsApp* de Raúl, con un mensaje misterioso: “Quiero ser yo quien te lo explique cara a cara”.

Los mensajes iban tomando un tono preocupante, “¿Qué querrá decirme? —iba pensando—. ¿Va a cortar conmigo?”

Transitar por la ciudad me apasionaba, había gente interesante y variopinta, no como en el campo, donde los padres y los hijos parecen clones campestres.

La amalgama urbanita siempre me sorprendía, me ayudaba a captar ideas, a descubrir cuál era la vestimenta de moda y los *looks* que arrasaban por las calles; la mescolanza urbanita siempre fue conmigo. Y no hay mayor satisfacción, para mí, que pasear contemplando los escaparates, oler los perfumes que se entremezclan con el aire de la calle, saborear el rico aroma que desprenden las tazas de café en las terrazas de los bares y el olor de los hornos de las pastelerías, observando las nuevas posibilidades de empleo que se ofrecen en las calles... Quizás el hecho de vivir en aislamiento rural, potenciaba mis

sentidos como si fuese una embarazada de fino olfato.

Y, sobre todo, si algo me estimulaba a aguantar casi hora y media de ese trayecto infernal, era el poder conocer a ese chico elegante, apuesto y millonario que me sacaría del rancho para siempre. En el fondo, resultaba extraño: la gente iba al campo a respirar aire puro, y yo escapaba del campo para respirar este oxígeno viciado.

Siendo franca, tenía cierta adicción por llamar la atención, y por ello venía acompañada con mis botas vaqueras de lentejuelas y unos ajustados *leggings* blancos, que entallaban este cuerpo trabajado desde la pubertad. Los piropos más clásicos, no tardaban en llegar, ya eran todo un himno de bienvenida en mi incursión urbanita:

“¿Te dolió la caída? Esos angelitos tienen los culitos cada día más lindos.” “Quisiera ser plomero para destaparte el agujero.” [...]

Tras oír una pequeña dosis de halagos anti morbo, decidí sacar los audífonos del celular, y darle a todo volumen a mi canción favorita: “*Tiktok*”, de Kesha.

Es imposible, tan siquiera, el pensar en responderles para pedir respeto, resultaban asquerosos a la vista, y, para finalizar, son monotoneros que en algún momento se pueden sentir atacados. La mejor manera era ignorarlos...

Miré la pantalla de mi celular, apenas eran las 12:35 pm y el día comenzaba a parecerme un asco. Pero la aventura aún no había terminado, todavía tenía que ir a la central de abastos para comprar los vegetales y especias que no cultivábamos en las tierras. El mercado estaba repleto de gente, mujeres haciendo las compras para sus familias, eran como robots automatizados por sus maridos. Aguanté la respiración al pasar por delante de la carnicería y cogí algunas verduras que estaban justo delante del olor a carne muerta.

Después apagué la música y busqué en los estantes todo lo que me habían encargado. Fui al área de importaciones, lugar que, más que nada, parecía el territorio donde los saqueadores de camiones en las fronteras iban a vender sus productos. Un golpecillo en una caja, un envase con colores diferentes a la presentación original o una falla en la impresión, hacía que el valor de los productos cosméticos bajasen a casi al cincuenta por cien del valor original en el mercado... Allí, en aquella sección puramente femenina, se hallaban dos hombres elegantes y guapos, que removían las cajas imitando mi gesto. Parecían los escoltas del presidente de México, por su porte de espalda y aquellos revólveres escondidos bajo la chaqueta que mostraban, sin querer, cada vez que cogían un producto.

—¡¡Sal de tu escondite, pinchecabron!! —irrumpió, violentamente, un joven con un pañuelo en la cara y una flamante pistola en la mano—. ¡Este territorio no es de Marcos Cruz el Kraken!

De inmediato, los puestos de pescadería y carnicería se

desbarataron y luego se unificaron, como si fuesen un rebaño en una misma dirección. Me quedé sola, con la cesta de la compra en la mano y el corazón latiéndome a mil, junto a aquellos dos morenos, que olían exquisitamente. Uno de ellos, de mirada marrón rojiza, me hizo un gesto de silencio con el dedo y ambos se agacharon a la altura de mis muslos; los tenía, prácticamente, en las ingles resoplando. Uno por delante y el otro por detrás de mí, con las manos aferradas a mis piernas. El *stand* me llegaba a la cintura, y ellos se sintieron seguros en aquella trinchera de labiales, tintes y lápices de ojo; si no fuera por la situación, aquello sería el preliminar de un buen sueño erótico...

—Tú, ¿has visto por aquí a dos pendejos^[1] morenos, vestidos con traje de chaqueta? —me interrogó el sicario, encañonándose desde la distancia.

Los tenía ahí abajo: un hombre elegante y un joven muy atractivo, ambos atenazados a mis piernas. Solo tenía que decirle que estaban aquí, pero, posiblemente, esas balas no distinguirían en tan improvisado trío.

—¡Sss... sí! —titubeé—. ¡Se fueron por la otra puerta, ahorita mismo!

El pistolero, ataviado con un pantalón de chándal y una camisa blanca de tirantes, corrió como alma que se lleva el diablo en la dirección indicada.

Los dos tipos se levantaron, sin perder de vista al sicario que se perdía entre los puestos de comestibles apilados, y comenzaron a susurrarme cada uno en un oído, como si yo fuese una centralita telefónica:

—Leonardo, vámonos de aquí. Volvamos a Tuxtla Gutiérrez de una puta vez.

—Ni hablar, tu padre me contrató para enseñarte el negocio. Y acabar con los “contra” forma parte del plan, ¿entiendes Alexander? Algún día serás el jefe.

—¿Me puedo ir ya? Tengo el coche estacionado en zona de pago —interrumpí sus leves murmullos, que, a pesar de la tensa situación, me resultaron agradables.

—¡Perdónanos bella dama! Gracias por salvarnos la vida... —el treintañero de rostro varonil, sacó un fajo de billetes y me los puso cerca de la mano—. Tome, agarre un billete de quinientos por su servicio de encubrimiento.

En un gesto impulsivo, quizás destilado por la situación, cogí el billete color café que se deslizó, sin más, del resto de papeles encorvados. Leonardo, que así se llamaba el que me entregó la propina, los enfajó en su bolsillo y salió a la caza de aquel enmascarado.

Sin lugar a dudas, nunca había estado en mitad de un tiroteo de

narcotraficantes, nunca había tenido a dos hombres tan guapos tan cerca de mis zonas erógenas, pero tampoco un billete de quinientos pesos sobre la palma de mi mano.

En el anverso pude ver, por primera vez, aquella pintura de Diego Rivera: “El desnudo con alcatraces”, en la que una modelo posaba de espalda frente a unas flores. Entonces, supe lo que significaba ser objeto de miradas, con un cuerpo que quedaría immortalizado para siempre, impreso en un lienzo de papel de algodón. Sí, realmente me provocó envidia.

Una vez normalizada la situación en el mercado, las filas de tenderetes se volvieron a recomponer, sin dejar de cuchichear sobre lo sucedido. Muchos reprochaban mi actitud; otros hablaban sobre estas escenas que eran tan cotidianas en el país y de la falta de posibilidades en Chiapas para prosperar.

El rugido de las sirenas de la policía se coló en el mercado, advirtiéndome de la presencia de los agentes y, posiblemente, de alguna ambulancia. Alguno de los tres sicarios debió haber sido asesinado, pero la gente estaba tan acostumbrada a la violencia y a los tiroteos, que ni siquiera salieron a ver qué tragedia había ocurrido.

Mientras, la curiosidad rebotaba en mi mente sobre “él” o “los” candidatos de la parca: “¿Leonardo, Alexander o el sicario enmascarado?”, me preguntaba.

Cuando llegué al mostrador de mi usual puesto de confianza, me percaté de que había un extraño letrero en la columna, atado con cinta adhesiva industrial y con unos pequeños papelitos cortados para que se arrancara solo el número telefónico apuntado en ellos:

¿SUEÑAS CON SER UNA GRAN ESTRELLA?

**La casa de modelos de Mamma Chloe abre sus puertas en Tuxtla
Gutiérrez.**

Plazas limitadas.

...

No se requiere experiencia previa.

ESCUELA PARA MODELOS.

**TOMA UN VOLANTE, Y LOGRA LA VIDA DE GLAMOUR QUE
MERECE.**

La pescadera, Inés, tenía el rostro tan blanco como los filetes de bacalao, pues nunca era agradable que en tu puesto de trabajo entrara, día sí y día no, un pistolero dispuesto a vaciar su cargador, bajo el argumento de un simple ajuste de cuentas. El narcotráfico se hacía presente en los medios de comunicación, acaparando los desagradables titulares de los periódicos locales.

—Inés..., ¿sabrías decirme algo sobre este anuncio? —le pregunté a

la dependienta.

—No sé, Valeria. Cuando llegué, ya estaba. Lleva como tres días ahí colgado. Muchos lo ven, pero nadie dice nada... ¡Quién puede tener un buen tipo tras dar a luz! —bromeó Inés.

Después de un día de perros: con un fallido accidente de coche, una nalgada en mi moral y tras ser la mofa de aquella pareja de policías, ¡me encontré con un boleto ganador hacia el éxito! No quise pensarlo mucho, la oportunidad que tanto había deseado estaba frente a mí, en un lugar inesperado. Sin más, cogí uno de los papeles cortados con el número telefónico impreso y lo arranqué; debía de llamar lo antes posible. Entonces le pedí algo de pescado para mezclar con las verduras y el arroz, y en cuanto se alejó, arranqué todo el anuncio y lo hice una pelota que fue directa a mi bolso. Pagué y salí del mercado, aboné la cuota del estacionamiento y comencé mi viaje de regreso al rancho; sin música ni aire acondicionado, pero con una ilusión que, de momento, anestesió los malos tragos de las primeras horas de la mañana.

De nuevo, la ciudad me había ofrecido una nueva oportunidad para escapar del tedioso futuro que me aguardaba en el rancho, bajo las órdenes de mi padre.

3. Una difícil decisión



Asenté las bolsas en la mesa de la cocina, feliz porque aún no habían llegado las alcahuetas de mis tías. Guardé el pescado en la nevera y separé los vegetales; luego acomodé las especias en los tarros y colgué las hierbas para que se secaran. Una vez terminada esa labor me fui a mi habitación, encendí el iPhone y con la *track list* a todo volumen, comencé a revisar mi vestuario. Resultaba extraño, el efecto inspirador que provocaban esas canciones en inglés, sin conocer lo que realmente decían.

Mi sección de chalecos ya se hallaba “desactualizada” y no me sentía con ganas de usar ningún *overall*. Los vestidos no estaban dentro de la categoría “ropa diaria” puesto que siempre me gustaba comprar vestidos de fiesta carísimos y que para nada usaría en una granja. Mis pantalones eran muy variados y mis shorts siempre tenían ese aire campirano a desteñido y deshilachado, pero cada uno con un patrón, corte o parche diferente... —siempre me gustó marcar la diferencia—. Me tomaba la molestia de personalizarlos con el fin de estar a la vanguardia. Después de vestirme con una camiseta de holanes y un short de mezclilla deslavada con *patch-style*, me coloqué mis botas con tiras de cuero y conchas de nácar, hechas por mí misma. Luego, un toque de maquillaje ligero y una coleta alta, con pasadores para evitar que el flequillo me cayera en la frente.

Mientras, los vapores de la cocina se hacían evidentes desde la ventana; los muchachos comenzaban a poner las mesas y las sillas para las casi cincuenta personas que formaban parte de la lista de familiares asistentes. Mi labor no era otra que la de recibir a los invitados con una falsa sonrisa.

La radio sonaba en diferentes puntos de la casa, era una de las manías de mi padre, tener siempre una emisora, como susurro omnipotente. De pronto, se escucha un anuncio:

“*Información Minuto-a-Minuto, son las 3:00 de la tarde y estas son las noticias del flash informativo* —se oye la voz de una locutora, muy suave en comparación de la profunda del anunciador del corte noticiero—. *El frente frío número diecisiete, que está entrando por el lado*

suroeste del Mar Atlántico, ha tomado fuerza debido a las corrientes de aire caliente que se hallan en las cercanías del sur del país, los meteorólogos han comunicado que se ha transformado en un tifón de nivel tres y se recomienda a las familias cercanas a las zonas de ríos del Estado que tomen sus precauciones con respecto a los deslaves, desbordamientos, o, en caso de que su vivienda no cuente con los medios necesarios, seguir el protocolo de evacuación y dirigirse al centro o punto de reunión más cercano, o el asignado a su localidad. Se pronostica que comenzaremos a sentir los efectos del huracán a partir de mañana, alrededor del mediodía. Seguiremos informando sobre cualquier cambio en la dirección del ahora llamado huracán 'Emilio', sigan sintonizándonos para más información."

El murmullo no tardó en llegar y la mesa se completó con todos los asistentes, excepto los cabecillas de familia, que apuraban sus labores. Mis tías comenzaban a hacer de las suyas, dándole a la sin hueso.

—En verdad espero que el huracán se desvíe, no habíamos tenido ningún problema con el clima últimamente y no tenemos las reservas necesarias para resguardarnos sin precauciones —comentó la tía Rosalba, sentándose cerca del fogón.

—Lo difícil será encontrar un refugio para los animales que guardamos en el viejo granero. Tendremos que reunirlos y amarrarlos a todos, y separar a los machos de las hembras, hay algunas que están comenzando su etapa de celo y no están bien desarrolladas para ello —comentó nerviosa la prima Imelda.

—¡Ya dejen de pensar en ello y pongámonos manos a la obra! —dijo mi madre con unas fuertes palmadas entrando al salón, mirando con desdén a las otras—. Los Méndez han sobrevivido a toda catástrofe que la inclemencia del tiempo les ha presentado. Somos muchos, somos fuertes y estamos preparados. Después de terminar nuestro almuerzo, dispondremos fiambreras para aguantar el primer día, y reuniremos las conservas que tenemos entre todos y las repartiremos equitativamente. Ponernos nerviosos no nos ayudará en nada. ¡Valeria! Por favor, llama a tu padre, está en la oficina, dile que junte a los muchachos y que comiencen entre todos a hacerse cargo de los cultivos y los animales. Tenemos que tener todo preparado antes del ocaso, para que no se nos haga muy de noche y sea difícil regresar a las casas. ¡Demoremos este almuerzo!

Como de costumbre, obedecí sin chistar a mi madre; a pesar de que don Gustavo era el cabeza de la familia, en tiempos de crisis era mi madre la que llevaba la batuta. Mi padre no se tomó la noticia en broma, sacó su bigotuda nariz del libro de cuentas y montó en la batea de la *Dakota* a mi hermano Miguel y a mi primo Adalberto. Arrancando como si no hubiera un mañana. Luego, reuní a los niños en el cuarto de juegos, dejé lista una película, retiré los juguetes no

aptos para todas las edades, programé una serie animada y puse las rejas de corral con aldabas para que los niños no salieran. Acto seguido, comencé a recorrer la casa en búsqueda de cumplir con el protocolo contra huracanes: asegurar ventanas, puertas, reunir alimentos y el agua necesarios. Cuando hube terminado, la tía Imelda nos pidió, a mí y a mi prima Isabel, que llevásemos las reses al granero, las alimentásemos y asegurásemos las puertas del establo. Después, reforcé las puertas del invernadero y cubrimos las cosechas que no podrían resistir por sí solas el temporal.

Ya habían dado las 4:00 de la tarde y en mi cabeza solo convivía un pensamiento: descansar. Pero aún me quedaba la lapidación familiar sobre aquella mesa rodeada de consejeros sin escrúpulos. Me apresuré a llegar a mi habitación, no podía comer con el sudor perlado mi frente. Al entrar pude percibir una fragancia barata masculina y la rosa roja, recién cortada sobre mi cama: ¡Raúl! Me dijo de quedar a las cuatro... y son las cuatro y me queda el almuerzo. Le envié un *WhatsApp* que jamás recibiría a tiempo, pues él ya estaba aguardándome en el cenote, donde la cobertura no llegaba ni por un asomo. Estaba impaciente por saber qué quería decirme con tanto ímpetu, ya que Raúl era más simple que el mecanismo de un búcaro, y los secretismos no eran su fuerte.

Me bañé concienzudamente, pensando en la cita del cenote. Froté fuerte mi piel por miedo a que ese olor a estiércol se quedara en mi cuerpo para siempre. Me maquillé resaltando mis pómulos, me puse unos *leggings* gruesos y nuevamente mis botas de lentejuelas. Guardé la rosa bajo la cama, donde una docena se disecaban. Al bajar la escalera me encontré con la familia acomodada como bien podía; algunos, como yo, se habían bañado para estar presentables; otros se habían cambiado de ropa, y, unos cuantos, entre ellos mi padre y mi hermano, no se quitaron ni el polvo ni el sudor de la cara para comenzar a cenar. A pesar de ser marzo, la mesa estaba servida cual fiesta de Navidad, pero al cabo de unos veinte minutos la mesa ya estaba vacía a la mitad. Fue justo en ese momento cuando don Gustavo se aclaró la garganta y todo el mundo comenzó a callar desde la cabecera hacia el fondo, en un efecto de obediencia ciega en cadena:

—Buenas noches. Agradezco a todos su gran trabajo en equipo para poder proteger nuestras cosechas y el ganado a tiempo. Ignoramos aún si entrará el temporal, pero con la rápida acción de todos nosotros y la maravillosa diligencia de mi preciosa mujercita, aquí presente —don Gustavo sostiene y besa la mano de mi madre en signo de respeto, a lo cual ella sonríe y baja la cabeza—. Así que apresuremos el paso —dijo sacando de un maletín una serie de carpetas—. He leído todos los proyectos que me enviasteis con anterioridad, de los cuales

personalmente abogo por tres proposiciones: aumentar los campos de siembra para poder vender el producto en vez de usarlo como autosustento; experimentar con la cosecha micro-green para tener un negocio localizado, y ampliar el negocio lechero con derivados lácteos: queso ahumado, exportación de quesos a nivel nacional y yogurt natural.

—Es importante tener visión de negocio. La clave de las ganancias está en diversificar la materia prima y satisfacer a cada consumidor —añadió mi tío Claudio, socio principal de mi padre.

Mientras don Gustavo y los dueños de los proyectos propuestos comenzaron a explicar, a diestra y siniestra, a todos los presentes en qué consistían sus planes futuros para que obtuviesen voto mayoritario, yo deseaba tomarme el postre y evadirme de la reunión. Sutilmente, comencé a ayudar con los pequeños y a llevarlos al cuarto de juegos donde se habían preparado colchonetas para que todos se quedaran a dormir en la casa principal y no se despertaran con el movimiento de los automóviles cuando regresasen a su casa. Allí estarían entretenidos dejando a los aburridos mayores discutir sobre las bobadas del rancho. En cuanto volví a la mesa para despedirme, mi padre alzó la voz ojeándome con el bigote recto:

—¿Alguna otra recomendación que no haya sido tratada y que deseen sea reconsiderada?

—Deberíamos integrar a Valeria en el negocio familiar, probemos con aquello que le gusta —dijo mi madre.

—Irene, ya habíamos hablado de esto, si ella no está realmente interesada, no hay nada que podamos hacer, será un desperdicio de dinero —respondió mi padre.

—Yo creo firmemente que si le damos una oportunidad, podría cambiar su ambición.

—¡Ay, mujer!... ¡Valeria, trae tus botitas con cascabeles a la mesa ahora mismo!

—No tengo cascabeles, papá. Son lentejuelas —le respondo enojada y tomo una silla, ante los más de quince pares de ojos que clavan sus pupilas en las mías.

—¡Me viene valiendo verga qué piedritas le pongas a tus ropas! ¡A ver, mujer, díselo de frente!

Mi madre se levanta y tras ponerse junto a mí, me dice:

—Estoy preocupada por tu bienestar y tu futuro en “El Sumidero”, mi ‘ja. Me gustaría que probaras con seriedad irte a una escuela para aprender algo de ganadería o agricultura y ahí veas lo que te apasiona para continuar con la tradición del rancho. Algo habrá que te pueda gustar.

Me llevé la mano a la frente, balbuceé un poco y nuevamente me dirigí a mi madre:

—Vamos a discutir esto... ¿aquí?, ¿ahora?

—Me preocupa tu porvenir. Eres la única sin estudios superiores. No es mi intención acorralarte...

—¿¡No?! ¡Pero si estás haciendo que toda la familia se entere! ¡Ustedes ya saben qué es lo que quiero!

—¿¡Esas malditas fantasías de hacer vestiditos y ponérselos a muñequitas?! ¡Debiste de haberlo dejado hace años! ¡Tienes diecinueve años, Valeria! —dijo mi padre entre trago y trago de cerveza.

—No quiero hacer vestidos, papá... ¡Quiero ponerme esos vestidos! ¡Quiero que me miren a mí! ¿Tan difícil es entender que quiero vivir de mi imagen?

—¿Y cuánto tiempo vas a vivir de tu aspecto? El cuerpo es una cáscara que se pudre —me aconsejó mi padre.

—Ya me encargaré yo de ganar lo suficiente para no doblar la espalda y sentirme una desgraciada...

—Mi abuelo no levantó este sitio por el simple hecho de tener más riqueza; su ambición consistía en mantener a la familia unida, en reforzar un vínculo de confianza entre hombres de bien. Él conoció el precio real del dinero fácil, y en cuanto pudo eligió un modo honesto de ganarse el sueldo, lejos de las tentaciones de las calles. Ahora disfrutamos de los beneficios de la “Leche los diamantes”.

—A usted, lo que le molesta, es que una mujer esté mantenida sin tener que sufrir. No sois más que esclavos de vuestro trabajo. Sin aspiraciones, solo seguir con el sueño heredado...

—¡Cállate de una vez Valeria! ¡No dices más que tonterías! Lo importante es saber quiénes somos y con quién estamos —mi padre se levantó de su sillón y elevó el tono, desesperado—: ¡A tu prima Isabel le encantan esas películas de cine; a tu hermano Miguel, dormir sin ropa interior; a la tía Imelda le gusta chuparse los dedos cada vez que toma algo de un plato; a tu primo Adalberto le encanta coleccionar miniaturas de coches; y, a ti, coleccionar amantes de todos los ranchos cercanos...

—Entiendo que quieras controlar mi porvenir, pero no te metas en mi vida íntima.

—Solo tienes diecinueve años, Valeria. ¡Cualquier día me vienes con una barriga!

—Mi madre a los diecisiete años ya tenía un hijo... ¡y no creo que la preñara una paloma!

—Eran otros tiempos... —atajó mi padre, serio.

—Voy a ser modelo y voy a vivir una vida de lujos, lejos de esta apetosa vaquería. Con diamantes de verdad, lejos de los sueños de un anciano que ya no está entre nosotros. ¡Seré el centro de atención de Chiapas! Y entonces me daréis la razón, cuando vuelva en un *Mercedes*

descapotable con un fajo de billetes en mis manos.

—Pues con esas fachitas no es muy difícil hacerlo —espetó mi primo sonriendo bajo sus gafas de montura negra de pasta.

—Adal... ¡Tú no te metas! —le replicó enojada.

—Déjenle hacer lo que quiera, y ya... ¿ok? ¿No creen que va a ser peor a la larga dejarla aquí? Luego hará las cosas de mala gana y puede terminar frustrada y con un pésimo trabajo que nos complique las tareas a los demás. Nadie que no trabaje con gusto debería ser forzado a ello —añadió la voz de mi prima Isabel que se alzó por encima de la de todos; sus palabras dieron paso a un breve silencio.

—Mi querida sobrina, ¡piénsalo una vez más! —suplicó la tía Rosalba—. Aquí, seguro hay trabajo, encuentras marido y no te faltará nada. Somos familia y nos cuidamos los unos a los otros. Tu madre insiste, una y otra vez, en llevarte a una escuela con tal de que descubras algo que desees hacer dentro de la seguridad del negocio. Antes te gustaban los caballos, ¿por qué no pruebas ser criadora y tratamos de abrir un establo de crianza?

—¿Hablo en latín? ¡Dejen de dibujar mi futuro! ¿En qué idioma os tengo que decir, que no pienso pasar mi vida rodeada de las mismas personas? ¡¡Quiero viajar, ver mundo, ser alguien lejos de una ganadera infame...!! —exclamé fuera de mí, sin saber a quién dirigirme, pues me llovían consejitos desde todos los ángulos—. ¡Soy disléxica! Estoy incapacitada para llevar una tarea meticulosa.

—Niñata mal educada... ¿No ves que nos estamos preocupando por tu futuro? —dijo mi padre arrojando un trozo de pan sobre los platos—. Mira, tu primo Adalberto, desde que se sacó el título de controlador de plagas, no para de ser requerido por diferentes ganaderos de la zona.

—Técnico aplicador en control de plagas, para ser exacto —apostilló sonriendo con aquella cara de empollón perdedor.

—En resumidas cuentas, un caza ratones... —añadí cansada, procurando no ceder bajo ningún pretexto.

—Hay muchos rubros dentro del rancho —intervino mi hermano Miguel—. Somos una empresa lechera y el proceso es largo. Mecánica, veterinaria, supervisión de calidad, técnico sanitario, comercial..., hay muchas vacantes por cubrir, lo único que hace falta es tener ganas de levantarse a las cinco de la mañana y dejarse la piel cada día.

—No sé hermano..., ¡¿cómo te sientes realizado ordeñando vacas y segando el pasto?! —le reprimé.

—Ese es el lema Méndez: ¡No importa a lo que te dediques, pero sé el mejor en lo que haces! —parafraseó Miguel.

—Aquí no te faltará el dinero, ni un plato de comida. Además, contribuirás al negocio familiar, Valeria —sugirió mi madre, intentando hacerme entrar en razón.

—Sí, ya veo el lujo del cual disponemos..., tengo que ahorrar para comprarme mis propios *leggings*, conducir un auto prehistórico y heredar los celulares de mis primos o de mi hermano —contesté.

—Cuando dejes esas botas de cascabeles y te vea remangada con ropa de trabajo recibirás privilegios —dijo mi padre dando un largo trago de cerveza, que bañó de espuma su bigote negro.

—Mi futuro poco tiene que ver con que alguien lleve las riendas de mi vida. Aquí solo hay hombres toscos y mujeres machistas. No hay cenas elegantes, no hay estímulos nuevos —dije enfurecida—, supongo que a todos os obligaron a vivir la vida de mierda con la que despertáis cada día, y ver a los vuestros sufrir os consuela pensar que es lo correcto.

—¡Vale, cálmate! —regañó la tía Imelda.

—¡No! ¡Ya basta! Todos quieren opinar sobre lo que es mejor para mí, pero nunca nadie se pone a pensar qué es lo que yo quiero, excepto Isabel, aunque nunca sé qué es lo que pasa por su cabeza por su forma de hablar, si me defiende o me ataca.

—Lo que a esta niña le falta es sentar cabeza y tener a un buen hombre que la consienta y la tranquilice cuando se desboque, como ahora —comenzó a decir la abuela Socorro—. ¿En qué quedó el arreglo con los Cabrera?

—¿Arreglo? —discrepé asustada, comenzaba a sospechar terribles noticias... para mí.

—Sí, ese era otro asunto que iba a tratar —dijo don Gustavo, mientras se sacudía la sal del bigote—. La familia Cabrera quiere aliarse al “Sumidero del Diablo”; sus tierras, aunque cercanas, son pequeñas en comparación con las nuestras, pero están cerca de cenotes y eso podría aprovecharse de muchas maneras. Además, ya llevábamos mucho tiempo siendo amigos, desde los tiempos de Tata Manolo, y es el momento de unir nuestros patrimonios, mediante la sangre. ¿Verdad, Claudio?

Mi tío Claudio se dio la vuelta y encaró a su hija Isabel que frunció las cejas:

—Raúl formalmente me ha pedido mi bendición para ser tu pareja y he dado mi consentimiento para el matrimonio.

La noticia me heló, no tenía palabras. Mi tío, iba a casar al guapo de mi novio con la mujer más descuidada de Chiapas, sin pasar por la casilla de tonto previo... Mi padre intervino:

—Así será mejor. Bien lo dijo Chichí Soco: “lo que necesita es un hombre que sepa como controlar a esta potranca” —bufó un poco y luego tosió—. Isabel y Raúl son amigos desde el jardín de infancia, se llevarán bien.

—¡Pero papá! —me levanté de la mesa—. No puedes decidir esas cosas así como así. ¡Isabel y Raúl no se hablan desde hace años!

—¡Eso no importa! —aseguró don Gustavo—. Cuando se casen ya tendrán tiempo de volver a conocerse.

Tras ver la sonrisa de oreja a oreja de mi prima Isabel, decidí desaparecer en las sombras de la casa y refugiarme en mi cuarto a llorar amargamente sobre la almohada. Cerré la puerta y el sol comenzó a reposar sobre el horizonte. Luego miré la cama y allí estaba la rosa roja que me dejó Raúl. A saber qué explicación me iba a dar. Teníamos una conversación pendiente, y qué mejor momento que ir a verlo al cenote... Ahora todo encajaba: ese era el misterio que escondía el tono usado en el chat de *WhatsApp*.

4. Pasión en el cenote



Galopé sobre mi yegua durante veinte minutos, asimilando la conversación que se postuló en el tardío almuerzo. No podía entender en qué derecho se veían para decidir a quién debíamos de amar. Si algo hay puro, es el amor. Y solo hay dos tipos de entrega: la que se trabaja día a día con regalitos, besos y respeto; o el siempre mágico flechazo de Cupido.

No se podía caer más bajo, Raúl me había dejado “vía” don Gustavo. Y me dolía ser la última en enterarme. Además, no entendí la actitud de Isabel; ella sí que sabía que yo me veía con Raúl, pues no era la primera vez que me pillaba *in fraganti* haciendo el amor en los límites del bosque, donde colindaban nuestras tierras. Pero, claro, el premio del arreglo matrimonial, superaba sus expectativas.

Desde la distancia y a pesar de la brusca danza de caderas sobre mi corcel, contemplé el orificio natural de aquel agujero abierto en la piel de la tierra. Ante mí se mostraba aquel bonito pequeño cenote, que era, en definitiva, nuestro nido de pasión. Allí debía estar Raúl, aguardándome. Pero la cita se había demorado mucho tiempo, y los mensajes desde el celular no llegaban hasta el cenote.

El lugar era fantástico: la imagen donde un manantial reposaba en el fondo del agujero, y varias cuevas laterales que conducían a galerías llenas de estalactitas. Ya los mayas nombraban este lugar como “las puertas al mundo de los muertos”, era un enclave sagrado donde realizaban sacrificios de vidas humanas. Nosotros solíamos matar también, pero las ganas de yacer el uno con el otro.

Descendí todo lo que pude con mi yegua Balenciaga. Luego, la dejé abrevando junto a la orilla del cristalino lago. Desde allá abajo, el cielo parecía muy pequeñito: una bóveda celeste salpicada por nubes que reposaba sobre una circunferencia de paredes ocre. No había horizonte, estábamos atrapados, con la sensación, por un instante, de que aquel cenote era un mundo paralelo al rancho, donde solo nosotros dos existíamos... como si fuésemos los únicos habitantes del mundo, la última pareja sobre la faz de la Tierra o una versión perversa de Adán y Eva, en ocasiones.

Y, allí, estaba mi hombre campero viendo pasar la corriente, desde la suite nupcial con vista al manantial. A pesar de la penumbra de la caverna y de las dos estalactitas que descendían del techo como

dientes de vampiro, hallé su silueta encorvada: distinguiría a una legua de distancia ese cabello desordenado y la misma forma de vestir de hacía años con beisbolera y pantalones rotos.

—¿Meditando? Cualquier día vas a recibir un disparo de la escopeta de cartuchos de don Gustavo Méndez, y esas flores rojas te van a costar la vida —le aconsejé, haciendo referencia a sus visitas nocturnas y midiendo su estado de ánimo.

—Pensé que no vendrías a verme, aún así guardaba un hilo de esperanza de que al menos vinieses a mandarme a la mierda —expresó preocupado mirándome desde lo alto de aquella prominencia que emergía de la pared de la cueva.

—Si te soy sincera, te aseguro que no tenía ganas de venir. Pero tenía que escucharlo de tu boca —le respondí acercándome hasta su melena castaña, tras agarrarle de la mano para subir al balcón rocoso.

—Quería yo saber... ¿cómo tomaste la noticia? —dijo clavando sus ojos en mí.

—¿La del huracán que viene o la que dice que tienes que poner un anillo aquí? —me burlé, mostrándole el dedo corazón a Raúl.

— ¡Ay, Dios! ¡Ni loco! —bromeó haciéndose el asustadizo.

—Oye... Gracias —respondí con ironía—, no sabía que era tan mal amante, como para que me rechazaras de esa manera. Además, no estoy para bromas, me enojó tu decisión cobarde de no contármelo de frente.

—¡No me refería a eso!

Le pongo un dedo en la boca a Raúl, no quiero que hable. Solo quiero mirarlo. Él continúa la frase:

—No es cuestión de lo que queremos ahora, sino de forjar algo más grande que la simple unión de dos personas —añadió convencido—. Yo te amo, pero tú tienes otras ambiciones, planes fuera de la vida que a mí me apasiona. Ya sabes que mi padre y tu tío Claudio, siempre hablan de unir familias, y aprovecharon mi edad y los bienes de los míos como la oportunidad de oro.

—¿Y no te negaste ante la proposición? Pudiste haber pedido mi mano, en vez de la de mi prima, ¡jino tenéis nada en común!!

—¿Recuerdas la teoría de las suelas? —guardó silencio un instante—. Nacemos con un zapato apretándonos el cuello, y en nosotros está elegir qué tipo de suela queremos tener sobre nosotros..., las hay con dibujos, de madera, suaves, con tacos, unas pesan más, otras son de calidad y otras, simplemente, nos aplastan sin más...

—Sí... —afirmé con desgana—, tus bobadas y teorías acuarianas.

—Lo que quiero decir, es que siempre estamos bajo una ley, bajo una soga que no nos deja ser libres al cien por cien... Y mejor estar bajo las normas del rancho, que a las órdenes de un malhechor.

¡Nuestros padres, solo quieren lo mejor para nosotros! Nos llevan años de ventaja y experiencia. ¡Y qué mejor entorno para nuestros descendientes!

—Abono, vacas y moscas... —añadí.

—Con una chamaquita bella, todas esas inclemencias se vuelven llevaderas... Y tu prima Isabel tiene algo que atrae —añadió sonriente Raúl.

—¡Ja, ja, ja...! ¡Aún no me acostumbro cuando dices eso! —me tapé la boca y seguí riéndome—. Pues, por mí, no te detengas, pero te gustan pesaditas. ¡Más te vale aguantar la vara!

—Tendré que comer fuerte para estar a su altura de peso. Y, por favor, no le cuentes jamás lo de nuestros encuentros aquí, tu prima tiene fama de celosa —suplicó.

El hecho de que quisiera borrar de su memoria nuestras citas clandestinas, me sentó como una patada en la barriga; era como si hubiese desperdiciado mi tiempo con él. Impotente ante los hechos, le hice un gesto de sellar la cerradura de la boca y tirar la llave.

—Gracias, eres una gran amiga —Raúl se acercó a darme un abrazo y, a pesar de su compromiso, decidí no rechazarlo. Realmente, lo quería para mí. No quiero verlos en mi casa cogidos de la mano, aun no viéndome en un futuro con él. Todo eran celos, celos posesivos y rebeldía.

—Entonces, ¿esto es una despedida? ¿O un “hasta siempre”? —me preguntó Raúl.

—Anoche soñé que me casaba —añadí retrasando la respuesta a su pregunta—. ¡Eso es un signo de mal augurio! Uno se casa con la muerte...

Ahora era Raúl quien se tapaba la boca para aguantarse la risa:

—No sabía que tu prima iba asesinando a sus pretendientes —apostilló.

—No subestimes a los sueños, si buscas su significado en Google te darás cuenta de que se cumplen. ¡Anótalos y verás!

—Pues si alguna vez muero, quiero que esparzas mis cenizas en este paraíso. Y sabiendo que voy a morir, según Google, ¿dejarías tu vida de altos vuelos y te casarías conmigo por lo que me queda de vida? —me preguntó, creando dudas en la conformidad de su decisión.

—¡Ni loca! Cuando yo me enamore, tiene que ser un chico que cumpla todos mis caprichos... que me tenga como una reina, con trajes bonitos y anillos de diamantes. ¡Lejos de los días manidos y carentes de alicientes! —le aseguré.

—No creo que alguien así exista en las tres ciudades más cercanas —dijo mientras paseaba sus manos por encima de mis brazos.

—Alguien habrá que me valore, más allá de las decisiones de sus progenitores... y que no me vea como un ser inferior, incapaz de

razonar por mí misma.

—¡Uy... esa onda *feminazi* te está pegando duro! —me dijo mientras se acercaba más a mí, colocando sus manos sobre mis pechos.

—¡No seas grosero! —respondí quitándome de encima sus manos—. No soy *feminazi* ni feminista. Solo siento que sé perfectamente que no hallaré mi felicidad aquí en el rancho. Los hombres aquí seguís un mismo patrón de conducta, y acabamos casadas con copias de nuestros padres y abuelos.

Raúl hizo un gesto de boca torcida y agudizó la voz de manera carrasposa:

—¿Y qué es lo que piensas hacer? Ya sabes cómo son aquí: “Te quiero. Pero nunca tomes partido contra la familia. Nunca”.

—¡Te equivocaste de persona, idiota! ¡ja, ja, ja, ja, ja! —me arrancó una sonrisa en tan tenso instante.

—¿Seguro? ¿Vito Corleone se equivocó en la escena? —dijo mientras movía las cejas.

—Eres un necio, deberías hacer esas cosas frente a Isabel y no frente a mí.

—¿Funcionará? —preguntó entusiasmado.

—Completamente —respondí mientras tomaba sus manos y lo contemplaba por última vez—, pero prepárate para el sermón. Si es que fallas otra cita de cine frente a ella, es muy *friki* para eso.

—Tomaré en cuenta el consejo. A ver si llego a la boda, sin una marca de hierro en mi cabeza... —dijo, arrojándose a un lateral en plan payaso.

Me sentía tan cómoda con Raúl, que saber que aquellos momentos en el cenote no se iban a volver a repetir me estaban produciendo una gran tristeza, que estaba turbando aquel instante único... Así que decidí immortalizar esa cita, como la última.

—Si esta es una despedida... ¡Pongamos la guinda al pastel! —propuse enérgicamente.

Raúl abrió sus párpados, dejándome ver aquel iris marrón. Se desabrochó la beisbolera y dejó al descubierto su pecho definido por las duras labores del rancho.

—Estaba deseando que me lo pidieras..., esta será la última vez que lo hagamos —Raúl se sorprendió mirando el reloj Casio de goma negra en su muñeca—. Si nos ponemos a ello, calculo que para el orgasmo, acudirás al espectáculo más bonito de este cenote.

No sabía a qué se refería concretamente, aquel campesino era bastante básico en casi todos los ámbitos culturales; sin embargo, tenía una gran creatividad para el sexo y sus derivados. Prueba de ello, era el detalle de dejarme una rosa roja en señal de amor y deseo.

A lo lejos oí el bufido de mi yegua, que tronó en el vacío de aquel

cenote. Raúl me agarró la mejilla y corrigió la dirección de mi rostro. Sus labios galoparon sobre los míos, como un purasangre de tiernas pezuñas: bravo, pero elegante. Mis manos ya conocían sus lugares favoritos y lo fui despojando de sus ropas. Él me quitó la blusa, mientras yo acariciaba su firme miembro. Su respiración se agitaba, despegaba sus labios y resoplaba, sabiendo que aquella sería la última vez que surcaría mi piel con su lengua. Nuestros cuerpos morenos subrayaban el ocre de la roca, como dos peces pardos fuera del agua. Y me tumbó boca arriba, mi espalda notaba el áspero firme de la roca. Sus manos encalladas, parecían formar parte del entorno.

Me arrebató el grueso *leggings* con fiereza, luego se quitó su pantalón, para mi sorpresa no llevaba calzones; y abrí mis piernas, lo quería dentro de mí. La estalactita donde habíamos esculpido nuestros nombres, hacía las veces de un cabecero de cama. Me aferré al colmillo de piedra con fuerza. Lo esperaba ansiosa, pero él no me penetraba, decidió retrasar el coito... Cogió una pluma de color verde intenso del suelo y la posó sobre uno de mis tobillos desnudos, luego noté su aliento caliente recorriendo mi tibia... Desde mi posición, veía sus ojos marrones entre mis pechos, observándome desde la planta de mis pies. Su tez perversa sonrió y comenzó, travieso, a soplar aquella suave pluma a lo largo de mis piernas. Con una delicadeza sobrenatural debido a su rudeza, me produjo un sutil hormigueo dejado con la punta de su nariz; como si fuese un frágil barquito que dejaba un rastro de cosquillas con su quilla. Su aliento lo noté caliente, muy caliente...

El barquito de las perversiones, surcaba mi muslo derecho con viento de popa ardiente. La humedad se desbordaba lentamente entre mis piernas, tenía ganas de que sus labios arribaran a mi puerto más prohibido. Al fin, la pluma se frenó, y su boca asaltó mi clítoris con fiereza. Labios contra labios, mi cuerpo le besaba.

Mis manos bajaron y agarraron su coronilla. Noté su lengua bien adentro y mis pechos se volvieron duros y firmes, de repente. Entonces lo detuve, y le alejé de la lava que derramaba mi volcán. Le puse la planta de los pies sobre sus clavículas y lo aparté bruscamente. Necesitaba que me penetrara de una vez, no podía esperar más. Así que me levanté y le di la espalda agarrándome a aquella fría estalactita; mis pezones hacían un extraño contraste, calor-frío. El glande de Raúl, me buscaba por detrás impaciente, errando en su acierto.

—¡Venga! Agárrame con fuerza —le rogué, aferrándome al colmillo de piedra.

Recibí como unas veinte embestidas y me giré. Me gustaba llevar la iniciativa, y lo tumbé boca arriba, sentándome sobre aquella suave estalagmita, que emergía de su poblado pubis. Me encantaba ver su

cara de bruto, mientras sus manos me sujetaban las caderas, acompañándome en la cabalgada.

—A ver si lo consigo antes de que suceda el fenómeno —me susurró mirando hacia el exterior de la cueva.

—¡Mírame y cállate! —le ordené impaciente, evitando distracciones.

Mis gemidos se hacían con el eco de la cueva, sabía que podía gritar sin pudor a que nadie nos escuchara. Su voz se entrecortaba susurrando palabras ininteligibles, mis alaridos anunciaban la llegada del inminente orgasmo... Finalmente, mi cuerpo estalló por dentro y quedé atenazada sobre su cuerpo, clavando mis uñas de gel sobre su pecho.

—¡Guau! —exclamé, sin pensar que él no había culminado—. Te toca...

—No, te preocupes. Prefiero que no te pierdas este momento —añadió pendiente del exterior.

Me levanté despacio y él me llevó hacia el borde de la cueva, se puso tras de mí y me abrazó desde atrás cruzando sus manos sobre mi vientre.

—¡¡No te asustes con lo que vas a ver!!, nos pasarán muy cerca —me aconsejó con aquel halo de misterio atípico en él.

El sexo acabó, pues estaba más atento al cielo que perdía su brillo, que a su menguante aparato de placer. La oscuridad comenzó a atenuar aquel círculo casi perfecto, cuando de pronto unos ensordecedores parloteos, se hicieron con el silencio:

—¡Krrah, krrah!

El cielo pasó de un tono azul añil a verde eléctrico. Una espiral de cotorras descendía en perfecto orden matemático, ocupando todo el diámetro del abismo. El juego de colores resultaba espectacular. Incluso el ensordecedor grito de las aves resultaba bello. Finalmente, se fue deshaciendo aquel ovillo de plumas verdes, que me recordaron al juguete sexual para preliminares que se inventó Raúl, pareciéndome aquellas pequeñas aves portadoras de un placer infinito.

Las paredes absorbían la espiral, y todo volvió a su sitio.

Balenciaga resopló sobrecogida por el espectáculo. Pensaría que el cielo se le venía encima.

—¿Te ha gustado? —me susurró tras la oreja—. Me refiero al espectáculo de las cotorras.

—Me ha encantado, Raúl —le respondí con los ojos brillantes, conmovida por el detalle que me había preparado—. Ambas cosas...

—Algún día la gente pagará por ver este espectáculo natural, y me acordaré de tu cara de alucine cuando ellos aplaudan —predijo Raúl.

—¿Y tú?, ¿te has quedado a medias...!

—No importa. Quería que fueras la protagonista de esta despedida, Valeria.

—Pues lo has conseguido. ¿Me besas?

Raúl me besó, le noté serio, escueto —¡es muy fuerte!—, mis padres han puesto fin a nuestra relación. Ya no habrá más cenote, ni más citas clandestinas, ni rosas rojas... Solo recuerdos de aquellos dos años, repletos de encuentros ardientes y largas tardes de charlas sobre nuestras cosas.

Nos vestimos torpemente, ralentizando aquella marcha y sin importarnos que la luna hiciese aparición caminamos hasta mi yegua. De la mano, miramos atrás por última vez.

—Hasta siempre Raúl. Me has hecho un regalo inolvidable —le confesé agradecida.

—Me alegro que te vayas con tan buen sabor de boca.

—¿Nos veremos en la boda, supongo?!

—Espero verte antes, triunfando en tu sueño... como modelo internacional y del brazo de un apuesto caballero.

—Gracias..., siempre serás mi mejor amigo —le respondí tristemente.

—¡Espera! —exclamó Raúl cogiendo mi mano y abriendo la palma. Del suelo tomó una bonita pluma verde y me cerró los dedos atesorando aquel *souvenir*—. Así me recordarás siempre...

Monté sobre mi yegua y, entre lágrimas, me alejé de un lugar al que quizás no volvería jamás, con muchas emociones bajo mi pecho y una pluma presa en mi puño. Sin mirar atrás, escuché como arrancó su motocicleta de *cross* y se alejó para siempre de mí.

Llegué al establo y acaricié a Balenciaga, surqué sus crines con la misma ternura que el rudo de Raúl usó sobre mí. La até en el establo junto a los suyos; miré si tenía agua y aseguré el establo por si el huracán tomaba tierra... Y, bajo un cielo que se nublaba cada vez más, me adentré en casa.

En la mesa del salón se disponía una cena. Apenas habían recogido el almuerzo y ya preparaban nuevos platos. A mi tía Imelda y a mi abuela, les encantaba la cocina. Mi padre también estaba allí, algo ebrio, echando unas risas con su compadre José y mi tío Claudio. Mi prima Isabel estaba allí, mirando mis cabellos despeinados y mis ropas arrugadas. Mi cuerpo olía a Raúl; a esa fragancia barata, que también usaba su padre y, posiblemente, su abuelo. Pero mi prima aún no estaba familiarizada con ella, y eso me permitía pasar desapercibida de mi encuentro con el que iba a ser su marido.

—¡Buenas tardes! —saludé al *petit comité*—. ¿Qué me pierdo?

—La pedida de mano de Raúl, prima —me respondió Isabel, con cierto retintín.

Supongo que ella no se olía nada, pues no solíamos hablar de chicos

ni de sexo; solo de recetas de burritos, ciclos menstruales y películas *frikis*. Pero de los cuatro ranchos circundantes y de los primos de su misma sangre, a los que tendría acceso, mi hermano Miguel y Raúl, eran los dos únicos candidatos a ganar el certamen de Mister Chiapas rural... Y ella, iba a compartir el resto de sus días con uno de los dos finalistas.

Aquella respuesta, me dolió tanto como un hierro de marcar ganado hirviendo sobre mi piel. Por no hablar de las risitas de don Gustavo y los otros dos adultos, que sonreían contando historias del pasado. Quizás si en su día hubiese declarado mi relación con Raúl, todo estaría en orden..., pero debo ser fuerte. Raúl es una semilla de este modo de vida, y yo tan solo una mala hierba que ha nacido en el lugar equivocado. Además, yo quiero vivir una vida que Raúl jamás podría ofrecirme, aunque quisiera.

—¿Te vas a quedar para cenar, no? Esta noche, nuestros apellidos serán un referente en la región —sugirió mi padre, ajeno a mis sentimientos.

—Será bonito ver a Raúl pidiéndole el consentimiento de matrimonio a tu tío..., son costumbres que se están perdiendo —espetó mi madre, intentando convencerme antes de que desapareciese por la escalera hacia mi habitación.

—Estoy... algo indispuesta —respondí tocándome el vientre.

—¡Pues te quiero aquí abajo con tus cascabeles! ¡Debes estar presente sí o sí...! —me mandó mi padre con tono serio.

Entonces, asentí. Lancé la mirada al hueco y subí los peldaños de madera. Cerré la puerta con fuerza y me tumbé en la cama. Quedé fija mirando el techo y la lámpara de araña, sumida en la oscuridad de un sol que se apagaba lentamente. Abrí la palma de mi mano y contemplé aquella pluma verde que me entregó Raúl como *souvenir* por la visita al cenote. La coloqué en el torso de la palma de mi mano, y entonces escuché el inconfundible sonido de la moto de Raúl; ya estaba aquí, dispuesto a ser el futuro marido de mi prima, en un arreglo matrimonial de conveniencia. Los celos se apoderaban de mí, como si de un veneno se tratase. Entonces oí su voz aproximándose a la mesa, donde los improvisados notarios darían el visto bueno y supe que ya no podía hacer nada... que esta vez no iba a repechar por la pared y me iba a dejar una rosa en mi alcoba. Entonces solo me restó un gesto de impotencia: soplar aquella pluma de mi mano, hacia el vacío.

—¡Toc, toc! —La puerta sonó, con la particular melodía de nudillos que mi madre usaba para acaparar mi atención.— ¿Puedo pasar?

—Estoy incapacitada para decidir, así que haz lo que te plazca —contesté con desdén.

La puerta se abrió de inmediato, y luego se cerró con la misma avidez. Mi madre caminó, con su particular balanceo de caderas,

dañadas por el duro trabajo del campo, y se sentó a los pies de mi cama, rascándose el cuero cabelludo, de una manera muy maternal.

—*Mi'ja*, sé que te molesta ver a Raúl, pidiéndole la mano a Isabelita... —mis ojos que estaban fijos en las vigas de madera del techo, tomaron norte y buscaron el rostro de mi madre, en aquel testimonio detectivesco—. Sé que Raúl viene a verte, no es la primera vez que distraigo a tu padre para que no lo vea colarse por tu ventana. Antes que madre, fui adolescente, y cometía travesuras a espaldas de tu abuelo... Pero todo lo que hacemos, es para asegurar que vuestra descendencia pueda saborear el fruto del sudor, derramado por nosotros hoy. No somos esclavos, solo llevamos una vida sencilla y cómoda. El país está muy malo. Las empresas pagan mal, la pobreza crece, y esa desesperación hace que florezcan los malhechores y las peores sabandijas de sus escondites. Aquí vivimos como en un fuerte, y todos arrimamos el hombro por los demás, ¿entiendes *mi'jita*? —confesó mi madre, cercana y con tono firme.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Que salga ahí y me siente a contemplar un enlace artificial?

Mi rostro de decepción hablaba por sí mismo; comencé a llorar, recreándome en el acto que se estaría produciendo en la planta de abajo.

—*Mi'jita*, en la vida, cuando se cierra una puerta, se abren dos más. Solo debemos saber cuál es la más adecuada a cruzar —dijo, secándose las lágrimas—. Así, que no tienes porqué bajar, no te haré pasar por lo mismo que yo pasé en mi día. Le diré a tu padre que sigues con dolor de barriga.

Seguidamente, me besó en la mejilla y se marchó; sus palabras de consuelo me dejaron peor cuerpo todavía. Ella, me había dado a entender que había pasado por esto mismo, y que debía aceptar las normas como leyes inquebrantables. Pero yo no estaba dispuesta a ello. Recordé el eslogan de “Toma un volante y busca la vida que esperas”, y abrí mi bolso en busca de la bola de papel. Luego, cogí el celular y marqué el número cerciorándome de que lo hice correctamente. Al escuchar el primer tono, caí en que era bastante tarde, aun así una voz sonó al otro lado...

La conversación no se extendió más de un minuto, la mujer que me atendió me dio la dirección y me dijo que llevase un *book* fotográfico, la tarjeta de crédito, una maleta con ropa y mudas, para, en el caso de que fuese seleccionada, formar parte de la academia. Seguidamente, me colgó.

Aquella insípida mujer, al otro lado del celular, me dio un sorbo de esperanza para huir de esta situación que me tenía sumida en el caos. Así que esperé a tener la cabeza fría, y manos a la obra, comencé a preparar la maleta con mis mejores trajes. Luego me di una ducha

caliente, me alisé el pelo, dándole ondas en las puntas y me enfundé en un camisón largo.

Esperé a que todos estuviesen dormidos para salir de casa y coger un taxi; eran las 5:00 de la madrugada. Ya no había marcha atrás, estaba decidida a ir en busca de mi sueño, y me entretuve en dejar a mi madre una nota, para que, en el caso de que me demorase en el regreso, no se asustase:

“Gracias por todo, mamá. Me comunicaré con ustedes cuando triunfe y verán que mi sueño no es un desperdicio de vida. Siempre les amaré. Con cariño, Valeria.

P.D.: Ya es hora de que tome mis propias decisiones...”

5. Mamma Chloe



El camino en taxi se hizo largo. Mi corazón no paraba de formular un cóctel indigesto de emociones positivas y negativas, agitándose el pecho. Habermé marchado sin haber pedido permiso a mi padre, sin dar la enhorabuena a mi prima, sin querer saber de Raúl..., todo era un lastre, un amarre que me demostraba lo arraigada que estaba al rancho. Pero estaba decidida a no dar marcha atrás en mi camino al éxito, o, en su defecto, agotar todas las vías posibles por ser una mujer independiente.

Me bajé en la dirección indicada y llegué a un edificio sin rótulo luminoso o indicación. Su fachada estaba repleta de *graffitis*, incluso en uno de ellos, pude leer: “escuela de putas”. El lugar, no era lo que yo esperaba. La estética es lo más importante en un edificio que se encarga precisamente de eso: de formar a chicas que debían proyectar elegancia, y aquel antro parecía un cobijo de indigentes.

Arrastrando mi maleta, me aproximé a la puerta, donde había un pequeño letrero negro con letras doradas:

Mamma Chloe

Horario de 9:00 am a 14:00 am

Quizás llegué demasiado temprano, eran las 8:30 am y la escuela abría a las 9:00 am, aún así toqué la puerta, pues tenía dudas de que el edificio estuviese ocupado. Sin darme cuenta, repliqué la melodía de nudillos que mi madre realizaba cuando quería entrar en mi habitación. Y me di cuenta, de nuevo, de lo absorbida que estaba por los míos.

De nuevo repetí la llamada con más fuerza, proponiendo una nueva sinfonía de manotazos inventada por mí..., y me pareció que alguien alzó la voz tras la puerta de hierro. Dos cerrojos sonaron bruscamente en la solitaria calle. Y, por la apertura de la puerta, escapó un perfume bastante penetrante. Luego, se dibujó un rostro femenino en aquella línea vertical: era una mujer muy esbelta, alta, con una bata de plumaje rosa pastel, una camisola de seda color vino y zapatillas de tacón de aguja con plumaje flamenco.

—¡Disculpe! Sé que es un poco temprano, pero me gustaría entrevistarme con *Mamma Chloe*.

—Aquí me tiene..., pase —dijo con la voz ronca por el posible despertar repentino.

La señora, de aparentes cuarenta y tantos años, me miró con sus ojos levemente hinchados, abrió más la puerta y se apartó. Me condujo a un despacho donde me invitó a pasar, mientras ella cerraba la puerta. Me senté en el primer asiento que vi disponible en la salita. El cuarto parecía su camerino personal: contaba con un biombo japonés, cortinas de terciopelo; las paredes estaban pintadas con detalles que le daban un ambiente a papel tapiz victoriano, con lámparas empotradas en forma de flor y un tocador del mismo tamaño de la cama, repleto de perfumes, polvos, brochas, labiales, pinturas de uñas y paletas de sombras. En el centro de mesa había un cenicero de cristal lleno de colillas de cigarro, con labios angostos marcados y una caja de *Prozac* a medio empezar.

La mujer se colocó detrás del biombo, sacó una de sus uñas barrocammente decoradas y presionó un control que estaba a un lado suyo; el aire acondicionado se encendió y el *home-theater* reprodujo música de *jazz* suave.

Una vez salió, se puso un vestido de gasa azul turquesa con lentejuelas grandes, con un nada discreto escote en “V”, enfatizando su pecho copa “B”. Encendió un cigarro, volcó el cenicero en una papelera y lo asentó en la muesca del recipiente recién vacío. Comenzó a quitarse el maquillaje viejo, los pasadores y los rollos del cabello, mientras me empujaba a seguir:

—¡Comienza a hablar niña... Mi tiempo es muy valioso! —su aliento empalagaba la estancia como si tuviese una varita de incienso en el paladar: todo olía a cigarro y alcohol.

—¡Oh! Mil disculpas —me levanté de golpe y di unos pasos frente a ella—. Mi nombre es Valeria Méndez Solís, soy aprendiz de modelaje y quisiera inscribirme en su escuela.

La mujer tenía unas curvas delicadas, tez morena y labios con visible efecto de botox. Me miró de arriba abajo y, tomándome de una muñeca, me giró para contemplarme en 360°. Seguidamente, me tocó un pecho.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó ajustando sus tres anillos engarzados en diamantes.

—Diecinueve recién cumplidos... ¡Soy una Piscis muy madura! —apostillé.

—¿Qué opinan tus padres sobre estudiar aquí? —me preguntó mirándome a los ojos.

—Ellos no están enterados. Mis padres son de campo y, como usted entenderá, no ven con buenos ojos una vida indiscreta —le expliqué.

La mirada de la señora comenzaba a engrosarse, quizás a ella le había ocurrido algo similar.

—Dices que eres “aprendiz”. ¿Ya has tenido trabajos previos?

—No, pero tengo un *lookbook* con mis trabajos independientes —dije rápidamente mientras sacaba una carpeta de mi bolso ancho.

Se lo ofrecí a la señora, quien curiosamente ojeó página por página. Con más interés que antes, iba cortando el humo de sus caladas con cada fotografía.

—¿Quién te hizo esas fotos? No lucen de estudio fotográfico, pero tampoco parecen *amateurs*. ¡Tienes elegancia, tu propio estilo campero...! —añadió con una sonrisa digna del *esfumato* de la Monna Lisa.

La apreciación me supo agridulce, no sabía si estaba saliendo bien o mal.

—Las he hecho yo misma. Estudié un poco de fotografía y con una cámara profesional de medio uso las he tomado en diferentes localizaciones. Las que parecen de cuarto cerrado han sido en mi habitación con diferentes clases de arreglos para variar la escenografía, lo pongo en modo automático y busco la espontaneidad.

—¡¿Todos estos vestuarios...?! —preguntó muy intrigada, pasando las hojas del álbum.

—Los he hecho yo misma arreglando y componiendo prendas, solamente los vestidos de alta costura han sido comprados en tiendas departamentales.

—¿Talla y medidas? —me dijo, invitándome a sentar.

—Un metro sesenta y siete de altura, ¡mi bisabuela era de Texas! Mis medidas son noventa, sesenta y dos, noventa y cinco.

—¿Y cuáles son tus aspiraciones..., además de demostrarle a los tuyos que puedes salirte con la tuya?

—Desfilas en las pasarelas de alta costura del mundo, sería mi sueño. Mi familia tiene un lema: trabaja en lo que quieras, pero sé la mejor en lo que haces.

—Veo que eres ambiciosa y tienes actitud... ¡Pero mejor vete! —soltó de repente, descolocándose por un segundo—. La altura mínima para desfilas en las mejores pasarelas, es de un metro y setenta y dos centímetros. Eres una bella chica de rancho, que anhela romper las tradiciones familiares, pero vuelve con tu familia y estudia algo menos efímero que la moda.

—¿Quiere una prueba? ¿Es por las medidas? Por favor, acépteme. Me limaré las caderas si es necesario... ¡No puede hacerme esto!, llevo años buscando esta oportunidad —le rogué.

—Te estoy haciendo un favor, hazme caso y vete. ¡No vuelvas más! —me respondió elevando el tono.

Supuse que me estaba poniendo a prueba, para ver si aquel era mi

sueño, así que persistí:

—¡Odio a mi familia, y ellos a mí! He recorrido cien kilómetros en taxi, cargando con una maleta llena de ropa y muchas ilusiones. No pienso moverme de aquí, hasta que, al menos, me dé una oportunidad de aprender modelaje.

Mamma Chloe apretó los labios en una última calada antes de apagar aquel cigarrillo, luego avanzó hasta una mesita auxiliar y tomó una botella de tequila. La abrió y se sirvió un chupito, que, tras ingerirlo de un trago, colocó junto unos botes de pintauñas; su elegancia era máxima en cada gesto, incluso bebiendo aquellos sorbos de alcohol.

—¿Cómo piensas cubrir la cuota de la matrícula? Voy a ser sincera contigo niña: mi escuela no es barata, porque aspiramos a metas realmente altas —me aclaró.

—¡Me traje conmigo todos mis ahorros! Aquí tengo un adelanto, a modo de billete de quinientos pesos —le entregué el billete que me dio aquel narco del mercado—. Creo que podré hacer frente al pago, o sino trabajaré con usted gratis hasta que cubra la cuantía.

—Vale, para pasarela internacional no eres apta —afirmó echándome los hombros hacia atrás y poniéndome recta—. ¡Pero tienes una buena altura para ser mejicana! Sinceramente, sales en las fotos muy bien... la cámara ve lo que el ojo no ve... Pienso que podrás trabajar de modelo editorial —me confirmó, cambiando de parecer, posiblemente fruto del tequila—. ¡Quítate el vestido!

Una modelo no debía tener vergüenza a desnudarse, es una premisa en la alta costura y concienciada de ello, me despojé de las prendas. La mujer se acercó y me desabrochó el sujetador. Me pasó sus dedos de nicotina por la piel y pude notar uno de los fríos diamantes que coronaban sus falanges, acariciándome el busto.

—Tienes una piel hidratada y suave, un cabello algo estropeado por los tintes rubios que no te pegan nada, un busto generoso y unas caderas angostas. Además, veo que estás depilada con láser y usas braguitas francesas. En definitiva, cuidas tu imagen por dentro y por fuera. Eso dice mucho de ti. Creo que podrías trabajar de modelo de ropa interior también. Y, ya puestas, en pasarelas de moda local.

Aquella mujer me estaba descolocando, quizás estaba muy borracha, o bajo el efecto de las pastillas antidepresivas. Primero me hundió la autoestima y ahora me adoraba.

—¿Pasarela? ¿Entonces voy a desfilas? Pero si usted me dijo... —dije incrédula.

—¡Que le den a los occidentales! Quiero resaltar la belleza mestiza. Romper los ideales impuestos por los modistas de Europa. Yo he desfilado en París, Milán, Londres, Barcelona... Con mi metro setenta y tres, pero con un millón de inconvenientes y trabas por parte de los

conservadores diseñadores. Los chinos ya están rompiendo estos esquemas, ya es hora de reivindicar que existe otra belleza, con curvas y menos estatura.

—¿Entonces estoy dentro? —pregunté entusiasmada.

—¡Aún no! —sacó un documento de un cajón de la mesa de despacho—. Debes firmar el contrato de un año, como becaria. Te hospedarás en la academia, comerás aquí y aprenderás todo lo necesario... pero debes firmar un contrato de confidencialidad.

—¿Confidencialidad? —pregunté extrañada.

—Necesito que sea un curso intensivo, sin distracciones. Así que toma tu celular y llama a tu novio y dile que lo dejas; si tienes familia, dile que estás bien, que no se preocupen por ti... que volverás a casa en un año, ¿ok?

Aquello parecía ser la NASA y que de un momento a otro me iba a sacar una carpeta con archivos clasificados sobre ovnis y otros fenómenos. Pero me puso el contrato por delante, y me pidió que rellenase los huecos con mis datos y que firmase... Lógicamente rubiqué.

—Ahora saldré de la sala. ¡Tienes cinco minutos, para dejar a tu novio y tranquilizar a tu familia! —me aclaró—. Y recuerda, no les digas dónde estás... Conozco a muchas chicas que han sido sacadas a la fuerza por sus padres, robándoles la oportunidad de sus vidas.

Mamma Chloe sonrió de oreja a oreja, cual gato que ha dejado atrapada a una succulenta presa. Luego se volteó para maquillarse rápidamente, mientras se fumigaba los cabellos negros con *spray* fijador.

Marqué hábilmente el número de mi celular, contemplando que me restaba una sola rayita de batería. Por si no fuera poco, el rancho tenía muy poca cobertura móvil. Al segundo intento fue descolgado por mi madre.

—Rancho Sumidero del Diablo, ¿dígame?

—Mamá... tengo poco tiempo.

—¡¿Valeria?! ¿Dónde has ido? He visto tu nota sobre la mesita de noche, ¿estás bien?

—Mejor que bien. Acabo de ser aceptada en una academia de modelaje.

—¿Y dónde está ese local? Saliste muy temprano.

—No te lo puedo decir... forma parte del contrato —atajé.

—Pero, ¡qué demonios dices Valeria! Me estás preocupando, el huracán viene hacia el rancho. ¡Han confirmado que tomará tierra con magnitud cuatro...

—Estoy a salvo, mamá. En un edificio de hormigón y ladrillos en una ciudad segura. Y simplemente quería decirles que no me busquéis, que en un año volveré hecha una modelo profesional. No os

preocupéis por mí. Ya os dije que iba a perseguir mi sueño a cualquier precio, sin acatar vuestras bobas costumbres de rancho.

—¿Es Valeria? —se oyó la voz de mi padre, que cogió el teléfono—. Hija te quiero y lo sabes... Quizás he sido brusco contigo, pero solo intento que te sientas una más en este rancho, que encuentres tu sitio...

—No me he ido por usted, don Gustavo..., me he ido porque he decidido por mí misma...

Mamma Chloe me hizo un gesto de dedos, imitando a una tijera.

—¡Un beso, os quiero...! —le dije, finalizando la llamada.

Apagué el celular, y, con un ademán, me pidió que cogiese la maleta y le siguiera. Fui tras la estela de laca que dejaba en su avance aquella estrella de la moda. Todo olía a pintura fresca y a pegamento. En las paredes había vinilos y frases relacionadas con la disciplina. Llegamos hasta un gimnasio con máquinas de pesas y elípticas, donde una chica muy guapa con una cola alta, hacia ejercicios de glúteos entallada en unos *leggings* deportivos.

—¡Buenos días, Mamma! —dijo la joven con la frente empapada en sudor.

—¡Buenos días, Beatriz! Ocúpate de abrir y ver que los profesores chequeen su entrada correctamente. Voy a darle un recorrido a la nueva becaria —dijo, cuando mi corazón dio un salto de emoción—, ella será una de tus compañeras.

Mamma Chloe me mostró, con una visita rápida, todos los departamentos de aquel viejo edificio recién reformado. Tenía un salón de expresión corporal y danza, una pasarela semi-profesional, salones de clase donde aprendían historia del modelaje e inglés, un sillón con espejos para técnicas de maquillaje y peluquería. Tenía también un taller de costura y planchado, para quienes quisieran tomar el grado de técnico en confección industrial, y un estudio fotográfico. Además de duchas conjuntas y un comedor elegante con piano de cola. Al final del pasillo, había una puerta que conducía a otra serie de habitaciones, en el dintel ponía con letras de vinilo: “Puntualidad”.

Toda la academia, estaba sobre una sola planta. Mamma Chloe abrió la puerta y aplaudió en mitad del pasillo; diez chicas salieron de las habitaciones, peinadas, firmes y con pantalones y camisolas de estilo “casual”; Beatriz se quedó en el *gym*.

—Chicas, saluden a Valeria. Ella va a ser su nueva compañera. Con ella cubrimos todas las plazas de este ejercicio —las aspirantes a modelo, salieron rápidamente y me recibieron con abrazos y elogios. Todo un poco forzado, entendiendo que era la primera vez, que me veían. Mamma Chloe de nuevo aplaudió—. ¡Por favor, cálmense, por favor! Las presentaciones podrán ser para después. ¡Ainara! Ayúdala,

van a ser compañeras de cuarto —dicho esto, Mamma Chloe se fue.

Mi compañera era muy entusiasta y me dio un nuevo abrazo; compartíamos la alegría de un sueño, que estaba a punto de cumplirse. Me situó frente a las otras chicas y me las nombró una a una:

—Ashley, Violeta, Laura, Michelle, Roxana, Sofía, Yanila, Tania, Jaqueline, Beatriz y una servidora, Ainara.

La morenaza que me presentaba, parecía de mi edad: con la tez bastante morena, el cabello chocolate, ojos miel acuosos y algo más baja que yo; tenía una sonrisa perfecta de dientes pequeños y no paraba de dar saltos de emoción, demostrando ser una chica intensa:

—¡Excelente! ¡Por fin tengo a mi hermana!

—¡¿Disculpe?! —dije sorprendida ante su afirmación.

—Seremos “hermanas”. Es un juramento para protegernos entre nosotras, cuidarnos y ayudarnos. El resto lo han hecho y pensé que me iba a quedar sola —me explicó mostrándome la litera—. ¡Arriba o abajo!

—Arriba. Un gusto... Valeria Méndez —le extendí la mano retomando la presentación

—Ainara López... Méndez —sonrió mientras me decía—. El placer es mío.

Una vez deshice mi maleta y acomodé mis vestidos, releí el contrato, pues no me lo creía. En él decía que, mientras fuera “becaria”, sería beneficiada con techo, servicios, comida, clases, materiales, ropa y un préstamo monetario en caso de ser necesario; debería vivir forzosamente en los departamentos de la escuela y cumplir con el servicio social en el mantenimiento de las instalaciones. De la misma manera, se expedía un contrato de confidencialidad en donde yo aceptaba la incomunicación con el exterior mientras fuera alumna de la escuela, debido a que las becarias entraban en proceso de estudio intensivo, los cuales podrían verse afectados por asuntos familiares y otra clase de relaciones. Respecto al monto total a abonar por el servicio de beca debía ser devuelto en un plazo de seis meses.

—¿No te lo crees, verdad? —me interrumpió de la lectura Ainara—. Yo llevo aquí una semana y cada noche lo vuelvo a leer. ¡Es un sueño hecho realidad!

—¡Pues immortalícemos este sueño! —exclamé sacando mi celular del bolso y haciéndome un *selfi*, que subí a Instagram.

La foto se subió correctamente, a pesar de estar bajo de batería, ya que me gustaba tener la ubicación encendida por si extraviaba el celular.

—¿Qué haces? ¡No podemos usar el celular! —se sobrecogió Ainara asustada—. Ayer echaron a una chica por subir una foto a Facebook.

—¿Qué me dices? —miré el celular y este se apagó.

La puerta sonó con fuerza, acompañando a la voz de Mamma Chloe que estaba bastante enojada... Mi futuro en la academia pendía de un hilo.

6. Formación, vocación y talento



Mamma Chloe abrió la puerta de la habitación sin esperar, caminó con elegancia hacia mí y extendió la palma de su mano.

—¡Entrégame de inmediato tu celular, Valeria! He ido a mi despacho y no estaba allí.

—Lo si... ento —titubeé asustada temiendo una expulsión inmediata—. No sabía que debía entregarlo, no me dijo usted nada sobre eso...

—¿Has realizado una nueva llamada? Recuerda que has firmado un contrato, no lo olvides —me amenazó con su aliento a tabaco.

—¡No! ¡Se lo juro! —mentí.

Ella me cogió el celular y comprobó si estaba encendido. Luego nos pidió que nos reuniésemos con las demás en la sala de coreografías, marchándose bastante enfadada.

—¿Hay cámaras? ¿Nos graban? —pregunté muy abrumada por la puntualidad con la que nuestra jefa se dio cuenta de que estaba usando el celular.

—No he visto nada raro, pero sí es cierto que Mamma duerme pared con pared con nuestra recámara. ¡Quizás tenga un boquete por el que nos vigila! —conjeturó Ainara.

—Bueno, luego termino de colocar las cosas, ¡acudamos a la sala! Igual me expulsa y me ahorro el trámite del orden.

Ainara me cogió de la mano y, juntas, fuimos hasta el lugar indicado. Allí, diez chicas formaban un semicírculo, todas tenían un estilo diferente y olían estupendamente. Al frente de la sala había una pasarela para desfiles, semi-profesional; sentados en el borde, tres mujeres y un chico mulato.

Mamma Chloe, entró dando palmadas en la sala. Traía consigo una carpeta, supuse que iba a romper mi contrato, en vivo y en directo. Una vez consiguió acaparar la atención de todas, comenzó con las presentaciones:

—En primer lugar, enhorabuena a todas. La Academia Mamma Chloe, será vuestro hogar durante un año. Aquí, no solo aprenderéis a estar más guapa de cara a los *flashes*... Aquí, maduraréis como mujeres, con elegancia y seguridad. No esperéis que sea tierna y compasiva con vosotras... Pues seré dura, intransigente... ¡No quiero llantos de *chamaquita* consentida! Porque ser modelos es mucho más

que ser un cuerpo privilegiado y una cara linda. Ya que una modelo nace, pero también se hace —dejó su discurso un instante y se acercó hasta los que serían nuestros profesores en las distintas disciplinas, y los señaló uno a uno—. Ella es Ana María Corral, *booker*, maquilladora y estilista; se encargará de sacaros partido y de crear un estilo propio de cada una de vosotras. Él es Rodrigo, el profesor de expresión corporal, yoga, danza y coreografía. Esta joven, Mayrebe del Moral, es la encargada de ejercicios, nutrición y control de peso. María Gallego Peláez será la encargada de enseñaros cultura general e inglés, ya que es el idioma universal de la moda. A mí, ya me conocéis —abrió la carpeta y tomó unos documentos—. Yo me encargaré de las pautas para posar y de forjar vuestra actitud. Os enseñaré protocolo en el ámbito social y psicología para sentiros seguras frente a un mundo tan exigente... ¡El resto dependerá de vosotras! Recordad que son clases muy exigentes, ya que es un método intensivo que está revolucionando el negocio de la alta costura. En un año, estaréis preparadas para cualquier reto; y, posiblemente, con un contrato comercial, o, en el mejor de los casos, con la vida resuelta. Así que, aplicaros a los tres mandamientos de esta academia: “Puntualidad, responsabilidad y disponibilidad”, ¿alguna duda?

—¿Y quién cocinará, limpiará y hará las camas? —preguntó Ashley recogiendo sus cabellos de zanahoria en una cola.

—¡Vosotras! —confirmó Chloe—. Y No solo haréis todo eso, sino que, además, plancharéis, coseréis, haréis los baños y contribuiréis en todas las labores que sean necesarias, ¿ok?

—Me ofrezco, si es posible, para la costura y la cocina —añadí con interés.

El semicírculo se quedó en silencio, la mayoría quería empezar a formarse en aquello que soñaban desde hacía tiempo. Pero la primera impresión que se percibía era que aquello se parecía más a una cárcel para mujeres. Mamma Chloe nos ordenó silencio y, luego, con el índice, nos señaló la pared de atrás. Allí había escrita una cita de un autor desconocido, conformada por letras doradas de papel de vinilo, decía así:

“Las personas que están acostumbradas a que se lo aplaudan todo, son las primeras en frustrarse en la vida.”

Daniela D. Ferrer

Las clases del primer día se hicieron muy duras, y, por un instante, pensé en volver al rancho. No estaba acostumbrada a hacer tanto ejercicio, y, tras él, desfilar probándonos trajes y vestidos, sesión de

fotografía, clases de pronunciación anglosajona, interpretación y yoga; y todo con dolores menstruales de barriga y de cabeza...

Rodrigo, el monitor de baile, nos habló de lo importante que era la danza para hacer que nuestros movimientos fuesen armónicos, naturales y elegantes. Al parecer, era un reconocido bailarín de kizomba, pero él decía que el máximo exponente de erotismo al son de una melodía era la variante de bachata, llamada sensual.

Finalmente, llegó la ducha conjunta, donde nuestros cuerpos salían a la luz sin ropa, y donde las mínimas imperfecciones corporales, como celulitis o piel de naranja, eran memorizados por las demás para tener algo que criticar en el regazo de la envidia competitiva. Era normal, todas éramos lindas, todas nos creíamos más guapas que las demás, pues teníamos un demonio vestido de Prada sobre el hombro, que nos susurraba los complejos más ocultos.

La ducha caía sobre nosotras como una dulce caricia, resbalando por nuestras pieles. Ashley, la chica de los cabellos rojizos, hacía una apuesta con las amigas mirándome de reojo.

—¿Qué te hace gracia de mí? —le pregunté seria, encarándola en la ducha.

—Las chicas y yo, hacíamos una apuesta: las güeritas de campo, las que intentáis camuflar vuestro origen ranchero, usáis capas de maquillaje claro y tintes rubios, pero cuando os bajáis las braguitas, la selva negra delata vuestro origen maya.

—¡Ja, ja! —reí con retintín—. Precisamente, yo hacía también una apuesta con Ainara, sobre si lo de andar como un pato en la pasarela, era porque el amoniaco de ese tinte rojizo te había escardado las ingles.

Las chicas volvieron a lo suyo. Los roces se hacían evidentes con el paso de los días. Y las duchas eran un lugar donde el cara a cara era inevitable.

Tras la ducha, cuando paseaba la gruesa toalla de algodón sobre las perlas de agua de mi piel, noté cómo Ainara no paraba de mirarme, y me intrigaba saber qué buscaba en mi cuerpo... “Quizás una cicatriz o lunar verrugoso”, pensé. Luego, caí en la cuenta de que la había metido en un marrón al incluir su nombre en mi mofa contra Ashley.

—¡Perdona! —le pedí disculpas—. Pero necesitaba pagarle con la misma moneda a esa engreída. Si me dejo pisotear desde el principio, se creará con derecho de hacerlo cuando le plazca.

—Somos hermanas, tenemos un juramento de protección, y eso incluye contar conmigo para hacer frente a quien haga falta, ¿ok? —aseguró, abrazándome con su cuerpo desnudo, que brillaba como el chocolate.

Después de la ducha en plan carcelaria, vino de recompensa un hervido de verduras y agua embotellada. La noche cayó sin piedad

sobre aquel local en ruinas, y la cena se servía en una sala de ocio, una especie de *lobby bar*, con piano, karaoke y una pantalla grande con proyector.

La cena fue presidida por Mamma Chloe. Ella nos explicaba cómo se usaban los cubiertos: de afuera hacia dentro. También nos aconsejaba sobre qué vestidos eran más apropiados para según qué tipo de menús... Éramos estética en su máximo exponente.

Mamma Chloe tenía una peculiar manera de romper el hielo con nosotras, que consistía en mostrarse distante durante el día y que, con la luna en el firmamento, se transformaba igual que un licántropo, y, como si fuese una bestia en la noche, al tomar su copa de vino espumoso, derribaba esa barrera y se desmelenaba.

Lógicamente, teníamos muchas preguntas sobre tan glamurosa vida, éramos chicas deseosas de conocer qué avatares nos aguardaban; pero, aquellas primeras noches, había que entrar con preguntas *light*, y nadie le iba a preguntar sobre su situación matrimonial, cómo consiguió esos diamantes que lustraban sus anillos y, mucho menos, por qué tomaba ansiolíticos..., eso lo dejaríamos para más adelante. Ahora le preguntábamos, exclusivamente, por su trayectoria profesional.

—¿Por qué una academia en Tuxtla Gutiérrez? ¿Qué te trajo a esta ciudad, habiendo sitios más glamurosos en México? —preguntó Ashley.

—Una serie de malas decisiones —respondió, perdiendo su mirada en el plato de pescado y brócoli—, pero eso no importa ahora, la cuestión es que estoy aquí para enseñaros a ser unas chicas de éxito, así que tomen los cubiertos de pescado y mastiquen con la boca cerrada, ahora representáis la elegancia por antonomasia.

Ella quería enseñarnos protocolo y, en cambio, nosotras, solo queríamos platicar con nuestro referente. Era como ser fan y cenar con tu estrella, no podías parar de intercambiar preguntas.

—Tiene infinidad de títulos enmarcados en la pared, pero, si le soy sincera, ¡nunca oí su nombre! No se me ofenda —se percató Michelle.

—He desfilado sobre las capitales mundiales de la moda: Milán, París, Londres, Dubai, Barcelona, Frankfurt... Los grandes modistas, me conocían como Claudia Guerrero. Fui musa de grandes sastres y marcas comerciales, pero mis rasgos siempre fueron motivo de discordia, en un reino de ideales caucásicos. Luego, cuando decidí dejar el mundo de los *flashes* y los vestidos, me instalé en Miami, y allí estuve casi durante cinco años impartiendo clases. Fue una alumna, que me tomó cariño, la que me puso Mamma Chloe. Y me gustó como marca comercial aquel apodo.

—¿Eso quiere decir, que lo tenemos más difícil que el resto, por nuestros rasgos? —pregunté sobrecogida tras su relato.

—¿Por culpa de la genética estamos excluidas? —se sumó Ainara a nuestras sospechas.

—No lo dudéis... Pero para eso volví a mi tierra. Decidí dar un golpe encima de la mesa de la moda, y cambiar el mercado de la alta costura; ya no quería complacer a los clientes, sino resaltar la belleza mestiza de las mexicanas. Crear tendencia y calar en un mundo homogéneo, dominado por *barbies*.

—¿Y tiene hijos? —le pregunté directamente, sin hacer uso de ninguna precaución.

Mamma dio un sorbo largo a su copa, dejando el cristal translúcido. Aquella pregunta pareció incomodarle, y saltó con otro tema sobre protocolo, a fin de evadirla. Alrededor de aquella mesa, habíamos doce mujeres, lógicamente aquel gesto no pasaría desapercibido para nuestros cuchicheos.

—¡Se acabó el platicar por esta noche! Ahora tocaré el piano. Sois vosotras las que debéis hacer piña y conoceros mejor —ordenó, dando fin a las preguntas.

Mamma Chloe se levantó de la mesa y flotó, con su traje de gasas, hasta el piano incrustado en un mueble color caoba —era recogido, apenas ocupaba espacio, y no dejaba de ser menos bello por ese motivo—. Dejó los tres anillos de diamantes sobre la tapa del piano, uno de ellos tenía un pedrusco imponente.

Una bella melodía se hizo con mi piel y luego con mi corazón. Adoraba la música, y esa mujer danzaba sus finas falanges, tocando cada fibra de mi alma con suaves notas. Los instrumentos de cuerda tenían algo distinto: violines, guitarras, arpas..., todas parecían vibrar y alinearse con los hilos de nuestras propias emociones.

—¿Se le ve triste, verdad? —observó Ainara—. Mucha dieta en el plato, pero habrá engullido unas quinientas calorías vacías con ese vino rosado.

—Con la vida de lujo que parece haber vivido... mirad sus anillos, y no se le ve satisfecha —comenté por lo bajo.

—Yo diría que esos diamantes son los únicos destellos que ha tenido en su vida. Una luz en su oscuridad —dijo Ashley.

—¿Oscuridad? —pregunté extrañada.

—Un juguete roto de la moda. No ha superado dejar de ser el centro de atención. ¡Debe ser duro sentirte vieja! —argumentó.

—Yo no creo que sea así, ella se retiró cuando quiso. Lo que le preocupa, según entendí, son las malas decisiones tomadas. ¿Qué hace en esta ciudad? ¡Es de las más pobres de México! —dije defendiendo su talento.

—Es cierto. Mucho glamur, pero este edificio está en ruinas —apostilló Ainara.

—¿Alguna es de aquí, de Tuxtla Gutiérrez? —pregunté intrigada.

Las respuestas de aquellas doce chicas fueron dispares. Todas vivían lejos de la academia, parecía un requisito indispensable no ser conocida en la zona —quizás por el tema de confidencialidad—. Todas habían seguido el mismo procedimiento que yo: una tira de papel con el teléfono, en una columna de un mercado de abastos.

—¿No os resulta extraño, que una academia con tanto glamur, se dedique a poner cartelitos fotocopiados en los comercios? —sospeché tras los testimonios.

—Ella sabe que el mestizaje juega en nuestra contra. Es como hacer un equipo de baloncesto con enanitos. Y, aún así, nos has tendido la mano. Ha confiado en nosotras... —dijo de forma entusiasta Ashley—. No quiere que lo aprendido se esfume con el final de su reinado.

—Ahora somos su familia, ella es como nuestra madre —espetó Ainara.

—Quizás necesite ayuda, apoyo moral. Y somos doce chicas que deberíamos estar agradecidas. ¡Arropémosla! —animé a las chicas, mientras una triste canción era tocada al piano: *Luz de luna*, de Beethoveen.

Me levanté y me acerqué hacia el piano, donde su espalda se contoneaba en brascas sacudidas, mientras surcaba todo el horizontal del teclado, como si fuesen nubes de tormenta, cuyos rayos sonaban de manera distinta. No usaba partituras, solo cerraba los ojos y los abría. Mientras, con los pies, pulsaba unos pedales de vez en cuando. Pude ver sobre su mejilla caer una lágrima que corría su rímel, dibujando un camino sobre las bolsas que sostenían sus ojos. Ella me miró de repente, como si hubiese visto mi reflejo en aquella lágrima cristalina. Y, sin despegar los dedos de las teclas, me preguntó:

—¿Sabes tocar algo? ¿Quieres probar?

—Me encantaría, pero tengo entendido que es muy difícil tocar un piano de cola —me excusé.

—¡Je, je! Entiendo que en tu rancho lo más parecido sea una de esas máquinas de coser, incrustadas en un mueble... Pero esto es un piano vertical. Exactamente un *Yamaha U1* —se levantó de la minúscula silla y comenzó a darme instrucciones—. ¡Ándale, siéntate! Baja el sillón, aléjate un poco y arquea los dedos.

Mis manos estaban ahora flotando sobre las teclas, podía notar el olor a alcohol y a tabaco de Mamma resoplando en mis cabellos. Ella, desde atrás, me agarró las manos, como un ave rapaz y me las volteaba de tecla en tecla, haciendo sonar algo que en poco se parecía a lo que se podía entender como una melodía.

—Si tienes interés en aprender, yo me encargaré de iniciarte en el mundo de las tesituras y los arpegios. Pero tienes que ensayar cada noche, tienes que dominar el solfeo ¿ok? —me sugirió.

Acababa de echarme una nueva asignatura a las espaldas. Pero,

bueno, tampoco teníamos muchos sitios a dónde ir. Y parecía que aquella mujer quería dejar instruida a una discípula en sus clases musicales. Entonces, se volvió a colocar los anillos de diamantes y se aproximó hacia un cuaderno, cogiendo un bolígrafo. Acto seguido, me entregó el trozo de papel que arrancó, sin más:

—Estos son tus nuevos ejercicios, para cuando tengas un rato libre —me explicó mostrándome una secuencia numérica del uno al cinco, pero de manera desordenada—. El uno es el índice y el cinco el pulgar. Pon tus brazos rectos, sin tensar y sobre una superficie firme, mueve los dedos en ese orden, hasta memorizar la secuencia.

La velada no se extendió mucho más, las chicas estábamos rendidas de sueño. Así que nos retiramos a nuestras habitaciones. Una vez allí, nos fuimos quitando el maquillaje y Ainara en vez de mirar al espejo, me observaba detenidamente, con descaro... Luego, al desvestirme, volvió a hacer lo mismo.

—¿Qué me ocurre? ¿Por qué me miras así? —le pregunté de forma directa, ante sus miradas fijas.

—¿Tenías novio? —me preguntó cambiando de tema.

—Raúl... me dejó por mi prima, antes de entrar en la academia. ¿Por...? ¿Tengo cara de corazón roto?

—Nada, por saber más de ti... ¡Vaya...! ¡Tuvo que ser duro que te dejasen así!

—Las cosas en el rancho funcionan así, con matrimonios de conveniencia... y nosotras, las mujeres, no tenemos potestad de elegir con quién queremos pasar el resto de nuestros días.

—¿Y lo amabas? —me preguntó viendo mi rostro torcido.

—Realmente empezamos como “follamigos”. Digamos que cuando me enfadaba con mis padres, me iba a mitad de la selva, para estar sola. Y, casualmente, él siempre aparecía con su ruidosa moto. Una tarde, no sé de qué manera ocurrió, pero me llevó a un pequeño cenote, y nos bañamos sin ropa y, claro..., hicimos el amor sumergidos en aquel manantial cristalino.

—¡Qué exótico! Te ganó con esos detalles —dijo entusiasta Ainara.

—¡Exacto! Pues no es mi tipo. Raúl, es un chico montuno, moreno, fibroso..., lo conocía desde pequeño, pero era algo así como mi válvula de escape. Es gracioso y siempre inventaba nuevas poses de Kama Sutra, “*made in cenote*”.

—¡Uhh! Esto se pone interesante —expresó Ainara agitando la mano.

—¡Venga, a dormir! No vayas a soñar con él —bromeé.

—No te preocupes, no me acostaré con él mentalmente, me gustan más las chicas que los chicos —confesó mirándome de arriba abajo.

Aquella afirmación, parecía que hubiese querido escupirla nada más conocernos. Y por eso me observaba en las duchas conjuntas, en

el gimnasio cuando hacía *spinning* y cuando me deshacía de los trajes en la habitación.

—Yo nunca he probado, a hacer el amor con una chica, pero porque sé que es algo que no me va a gustar —confesé con sinceridad.

—Entiendo. No soy de esas bisexuales que van intentando convencer a toda las “heteras” de lo que se pierden..., pero deberías probar por si acaso, ¡jejeje! —insistió.

—Bueno, mañana será otro día. Y si lo probase, sería con alguien como tú —bromeé.

—Sí, nos espera una nueva jornada en el capítulo dos de nuestro sueño por ser modelo —exclamó dándome un cálido beso en las mejillas.

Luego nos acostamos, cada una en nuestra cama, expectantes por saber que nos tenía deparado Mamma Chloe y ansiosas por saber sus secretos más íntimos; ya que como diva de la moda, debía tener muchas confesiones que desvelar.

7. Secretos turbios



Junio de 2017

Habían transcurrido tres meses desde mi ingreso en la academia, ya estábamos en el mes de junio. La evolución a todos los niveles que habíamos experimentado se hacían evidentes: chapurreábamos inglés, dominábamos las cincuenta poses para desfilar, nuestros cuerpos se esculpieron, nos volvimos más elegantes posturalmente, e, incluso, entendíamos la disciplina que requería la vida de modelo.

El vínculo entre nosotras creció, pero las envidias también; éramos cien por cien competitivas. Ashley era de las que más hacía notar esa rivalidad, al menos conmigo. Y, por desgracia, compartía cocina con ella.

Respecto a Mamma Chloe su vida se volvió más efervescente. Se pasaba el día pegada a un celular, recibiendo misteriosas llamadas que la obligaban a refugiarse en su despacho.

En esos tres meses, no vimos marido ni amante entrando en su recámara. Solo notamos un incremento de salidas a la farmacia para proveerse de ansiolíticos, así como de más botellas de tequila.

Tuvimos dos reportajes fotográficos para revistas femeninas, posando con bikinis, ropa de verano y ropa interior. El primer fotógrafo pasó desapercibido para nosotras, por puro respeto; pero el segundo chico nos pareció una especie de objeto de perversión, pues el encierro estaba haciendo estragos en nuestras necesidades más íntimas. Nuestra elegancia se fue al traste, y nos volvimos vulgares, situación que desestabilizó a Mamma Chloe durante la sesión. Ella nos dijo:

—¡Nunca olvidéis que estáis sobre una pasarela, no sobre el andamio de una obra!

En esos tres meses de clausura, como mucho, pisamos la calle unos quince días, siempre acompañadas por Chloe. Comprábamos ropa interior, comida e higiene íntima. Y nos acompañaba incluso al baño, para evitar que cayésemos en las redes de la melancolía y llamásemos a nuestra familia. Vivíamos por y para la academia.

Una tarde de lluvia, mientras me encontraba en la sala de confección y costura, Mamma Chloe vino a hasta mi máquina de coser

con un tanga blanco, liguero de encaje y un recogido con incrustaciones; en la mano traía un traje azul con plumaje flamenco y lentejuelas.

—Valeria, necesito que me cosas un bolsillo interior, que quede bajo mi pecho.

Tomé el traje y lo coloqué sobre la mesa, sin prestar atención a lo que atesoraba en su mano.

—¿Y de qué tamaño lo quieres? ¿Es para llevar un labial? ¿Una cajetilla de tabaco? —le pregunté.

—No..., es para esto —añadió mientras colocaba una pistola pequeña en la mesa, de esas que usaban las espías en las películas de Hollywood—. Y ten cuidado, está cargada.

—¿Y desde cuándo vas como una pistolera? —le pregunté con asombro, al ver el arma plateada sobre los patrones de tela—. ¿Estás en peligro? ¿Algún acosador?

—Las mujeres como nosotras somos diamantes glaseados que se pasean por las calles y los locales, removiendo la tentación de los hombres enamoradizos y la de aquellos perversos que gozan de una buena billetera... —Chloe hizo un gesto de gatillo con sus dedos—. Es ahí cuando las pistolas entran en acción, con esos hombres poderosos que se creen que todo lo que está al alcance de sus manos puede ser comprado.

Temblando, le cosí un bolsillo interior con velcro. Ella introdujo la pistola dentro, y se colocó el traje. Gracias a los flecos en cascada que caían del escote, se ocultaba el bulto de metal bajo su pecho.

—Estupendo, Valeria, ahora necesito que me guardes el secreto y no le digas nada a nadie. ¿Estamos?

—Cuenta con mi silencio, Mamma —le respondí, deseando contarle a mi amiga Ainara lo sucedido.

Chloe se marchó con aquellas transparencias azulonas, que flotaban como una bella medusa, con un potente veneno guardado en su piel para aquel que deseara tocarla. Su estela de perfume, perdió el rastro en la puerta de salida, y, entonces, no pude esperar para contárselo a mi hermana de academia.

En la sala donde estaba la pasarela, se divertían las chicas en aquella noche libre: unas ensayaban kizomba, mientras que Ainara encabezaba una coreografía digna de un programa televisivo; Ainara era todo un espectáculo de la danza...

—¡Morenaza! —llamé su atención de entre las bailarinas.

—¿Qué ocurre? —evidenció al ver mi rostro pálido—. ¡Estás como si hubieses visto una buena verga! —bromeó.

—No te lo vas a creer... —susurré, llevándomela lejos de la música y de los oídos curiosos—. Mamma Chloe me ha enseñado una pistola en la sala de costuras y me ha hecho que le cosa un bolsillo.

—¿Te ha amenazado? Estaría borracha... —dijo Ainara.

—No..., no me apuntó con el arma, pero sí me dijo que, a lo mejor, tenía que hacer uso de ella.

—¿Crees que quien la llama tanto, quizás sea un admirador acosador? —elucidó Ainara.

—Yo creo que es su ex marido ¡por cómo le habla! —teoricé—. Ella no se atreve a colgarle el teléfono, a pesar de los gritos que salen del altavoz.

—Deberíamos llamar a la policía, quizás esté en peligro —se atemorizó mi hermana.

—¡Pues vayamos hacia el teléfono de su oficina! —exclamé elevando el tono.

—¡Shhh! ¡Estás loca! Si vuelve y nos ve allí, estaremos expulsadas —masculló Ainara

—Mamma oculta algo, en sus ojos había un oscuro brillo... —dije intrigada.

—Poco sabemos de ella, de su marido o de esos clientes a los que visita, pero igual simplemente la lleva por seguridad... Esto es México —dijo Ainara.

—No tenemos noticias del exterior, pero no estaría mal tenerlas a nivel local. Nos está ocultando algo, ¡cada vez bebe y fuma más!

De la mano me llevé a Ainara a aquella misión sabuesa, queríamos saber qué la tenía sumida en esa dieta de tequila y tabaco. Llamamos a la puerta y, al no recibir respuesta, nos colamos en su interior.

—Busquemos algo sobre su pareja, cartas de su admirador o marido... ¡Conozcamos mejor a esta mujer, antes de alarmar a la policía! —animé a mi hermana.

Todo estaba en su lugar: el cenicero colmado de colillas con labios carmín, las botellas de tequila entre los cosméticos, aquel exótico biombo japonés. Pero decidimos ir más allá, exactamente hasta el interior de los cajones...

Ainara abría las puertas de los armarios, en los que había abundantes vestidos y ropa de una talla pequeña. Sin abrir la boca me iba mostrando lo que hallaba, como quien exhibe un trofeo de caza.

Luego, me sacó innumerables perfumes que todavía estaban en su caja original y un álbum de fotos. Ainara comenzó a pasar las hojas de plástico, que tenían un tacto pringoso y hacían un molesto ruido.

Yo, sin embargo, hallé nuestros contratos, los celulares de cada una de nosotras y un dibujo infantil, hecho con témpera. En la pintura ponía:

“Feliz día de la madre, Bernard.”

Aquella dedicatoria me impactó, Chloe nunca habló de un hijo

llamado Bernard, ni tampoco de tener familia; siempre terminaba hablando de alguna anécdota de pasarela, de alguna noche de sexo con algún modelo aspirante a místico universo, o sobre algún caprichoso fetiche al que accedió por una suma importante de dinero.

Luego posé mi mano sobre los teléfonos móviles, como si fuese una rana saltando sobre nenúfares electrónicos, hasta topar con el mío. “Tenía tantas ganas de encenderlo y saber de Raúl, mi mamita y las historias del rancho...”, hervía en mi mente y en mi corazón; pero aquello no podía suceder hasta dentro de un año. “Mucho tiempo”, pensé. Entonces tomé mi teléfono y lo abrí, extrayendo la tarjeta sim y dejándolos todos en su lugar.

También hallé muchas notas firmadas como: “don Marcos Cruz”. Una, incluso, tenía unas gotas de sangre que manchaban el papel de una manera un tanto repulsiva. Aquella carta, me causó intriga y miedo. Quizás, se trataba de la amenaza a la que ella temía; quizás, era un soborno de su acosador, y me dispuse a leerla...

La puerta tronó con fiereza y Mamma Chloe apareció en la academia. Nuestras cejas depiladas formaron cuatro arcos finos de asombro, y, procurando cerrar los cajones y puertas, buscamos escondrijo en aquel camerino hecho despacho. Mamma entró silente, más borracha que de costumbre y, poniendo un fardo de billetes sobre la mesa, suspiró.

Nosotras estábamos bien escondidas tras el biombo japonés, aunque posiblemente nuestra silueta se haría notable tras el papel. En cualquier momento podía acceder a él para cambiarse de ropa, lo que significaría nuestra expulsión inmediata. En ese momento su celular sonó y Mamma se sentó en la silla de su mesa.

—¡Está bien...! ¡Tengo tu dinero...! ¿Cómo...? No, ese no era el trato. Estoy haciendo cosas asquerosas para reunir el dinero... Disculpe don Marcos, pero estoy preocupada por él... ¡No podré pagar esa cantidad! No soy millonaria... Me has cuadruplicado el precio... Sé que te dije que sí, pero no soy capaz de hacerlo... ¡Hijo! ¡No llores! Pronto estaremos juntos... ¡Ok, ok, accederé! Reuniré ese dinero. Haré eso que pides, lo haré por mi hijo.

La llamada terminó, y un llanto amargo galopó en su garganta, cabalgando por toda la habitación y relinchando en nuestros corazones con fuerza. Ainara me miraba con las lágrimas deslizándose por sus mejillas morenas. No sabíamos qué hacer, si salir a consolarla o quedarnos allí, a esperar que nos descubriese.

—¡Te mataré hijo de puta, te mataré con mis propias manos! — irrumpió su llantería para calumniar en voz alta—. Maldigo el día en que regresé a México... ¡Tonta de mí! Solo tres meses más, y este infierno acabará.

Mamma Chloe rompió unos papeles ruidosamente y luego marcó un

número en el teléfono fijo:

—¿Farmacia Central?... ¿Estáis hoy de guardia?... ¿Tenéis test de VIH?... ¿Son fiables? Pues voy volando hacía allí, prepáremelo con discreción, por favor, no me haga pedirlo en voz alta.

Mamma se marchó a la farmacia y salimos de aquel escondrijo, sobre la mesa había un fardo de billetes, una minúscula pistola y tiras de papel por todas partes. En una de ellas, pude leer el nombre de Ashley, además de la palabra “contrato”, por lo que deduje que nuestras cláusulas habían sido anuladas y que, posiblemente, la academia cerraría de inmediato.

Ainara me tomó del brazo y me sacó de allí. Cruzamos todas las salas, ignorando las miradas de las que platicaban alegremente, y nos encerramos en la habitación a digerir lo que nos encontramos al entrar en el cuarto de Mamma Chloe, lo que oímos a escondidas y lo que, finalmente, vimos al salir...

—¿Pero qué acaba de ocurrir ahí dentro? —exclamó Ainara, sin dar crédito.

—¡Qué fuerte! —respondí abanicando mi rostro con la mano—. ¿Tú qué has encontrado?

—Fotos..., fotos de no hace mucho, pero que, sin embargo, parecen haber pasado décadas sobre ellas. ¡Y ni rastro de hombres! Solo se retrata un chamaquito muy sonriente de ojos verdes.

—Su hijo —apostillé—. Vi una manualidad de las que se hacen en la escuela con témpera para el día de madre. Mi prima Francisquita, todos los años le hacía una a su mamá.

—¿Y la llamada? Seguro que es su exmarido, posiblemente tenga la custodia de su hijo —dedujo Ainara.

—Pero le estaba pidiendo dinero, ¡no creo que fuera para ver a su hijo! Al salir vi nuestros contratos rotos sobre la mesa —aseguré.

—¡Tenemos que intentar convencerla de que no cierre la academia! Le ayudaremos a reflotar este lugar y a conseguir la pasta —dijo Ainara.

—Está bien, hablaré con ella —concluí.

—¡Espera! Igual debes darle un respiro, ¡a saber lo que ha hecho para conseguir ese fardo de billetes! —dijo Ainara, pidiendo cautela.

—Parece que se ha prostituido, por eso me pidió el bolsillo para la pistola. ¡Dios sabrá a qué caprichos habrá accedido! —añadí convencida.

—Incluso, ha ido a hacerse la prueba del sida... ¡Qué desesperada debe de estar para hacer algo así!

—¡Toc toc! —nuestra puerta sonó y entró Ashley.

—¡Sois alcahuetas nivel Dios! —añadió la pelirroja—. La misteriosa Mamma nos espera en el piano-bar. Espero que no nos halláis metido a las demás en vuestros líos.

En la sala no había comida ni vino sobre la mesa, solo los rostros angelicales de las chicas, y tres muecas serias: Ainara, Ashley y yo. El resto de chicas desconocían lo que habíamos presenciado minutos antes.

Mamma Chloe apareció tras una exhaustiva ducha, bien perfumada y pintada. Quizás más de lo que acostumbraba. Bajo esas capas de maquillaje, escondía la cruda realidad.

—¡Chicas! Tengo que daros una buena y mala noticia —dijo preocupando a las chicas presentes, que antes sonreían—. Vuestro curso va a durar menos de lo previsto.

Mamma tomó asiento presidiendo la mesa. Las chicas no les quitábamos ojo de encima, esperando escuchar algo que ninguna queríamos oír.

—Estaba esperando una subvención, pero esta no va a llegar. Vuestras matrículas no cubren los gastos y el alquiler. Así que, no os dejaré en la estacada...

—¿Y qué medidas va a tomar? Creo que todas estamos preocupadas —preguntó intrigada Ashley.

—Vais a comenzar a desfilas en fiestas privadas. Colaboraréis con la academia para pagar el curso. Así que tendremos que ponernos las pilas —confirmó Mamma Chloe.

—¡Pero si ya no damos abasto con todas las clases! —exclamé.

—No os preocupéis, la mayoría queremos lo mismo: triunfar... ser millonarias. Y yo me encargaré de que aprendáis todo lo que una modelo necesita para seducir a las más selectas personalidades de México ¡Os daré una estupenda *master class*, cada día! —aseguró Chloe.

—¿Pero estaremos bien formadas para dedicarnos a este mundo? —interrumpí preocupada.

—No lo sé... El potencial se demuestra sobre la pasarela, tras los focos y los destellos..., no en una academia. ¿Alguna pregunta? —apostilló Chloe.

Ainara me golpeó la pierna, para que hablase; Ashley me guiñó el ojo, y yo reaccioné a los estímulos provocados por mis amigas:

—¿Tiene usted hijos? ¿Esposo?

—¡Me refería a preguntas sobre las nuevas condiciones! —aclaró Chloe—. Pero si tan importante os parece, os responderé. Estoy divorciada de mi marido, un alemán millonario que no quiso venir a Miami... —Chloe cogió un cigarrillo de vainilla y lo encendió—, y tengo un hijo, se llama Bernard.

—¿Y está con su padre en Alemania? Claro, es un país más próspero

—corroboró Ainara en su teoría.

Mamma dio una calada tan honda, que el humo le tuvo que llegar a los talones. Al invertir la respiración, creó un halo nebuloso sobre aquella mesa vacía.

—¡Eso es! Pero en pocos meses, estará de nuevo con su mamá... Ahora, toca algo alegre en el piano, Valeria. ¡Y las demás, preparad la cena! Hay cosas que celebrar...

8. El oscuro brillo de los diamantes



Septiembre de 2017

Llegó el mes de septiembre, y Ainara se convirtió en un fuerte soporte para mí, en los tiempos de desesperación. El nivel de exigencia se había vuelto insostenible. Una de las chicas, Yanila, había sido expulsada por indisciplina; Beatriz enfermó, al parecer, y no volvimos a saber de ella..., estos tres últimos meses fueron un calvario mental y físico.

Resultaba complicado mantener un promedio de notable/sobresaliente en las clases, y compaginarlo con labores de limpieza, costura, cocina y demás labores impuestas por Chloe —que era extremadamente quisquillosa y le gustaba rozar la perfección en cada tarea que realizábamos—; además, teníamos tareas de servicio comunitario, para las cuales éramos inscritas por la misma Mamma, asistiendo a eventos de caridad, presentaciones de moda comunitarias en ciudades vecinas y demás eventos de esa clase, con el fin de recaudar dinero para mantener a flote la academia..., o eso creíamos ciegamente todas.

Los impagos no tardaron en llegar y los profesores de las distintas disciplinas ya se habían marchado para no volver. Nos habían enseñado a comer bien, a sacar lo mejor de nosotras mismas, a bailar kizomba, bachata y el siempre divertido “perreo”; también habíamos potenciado nuestra expresión corporal e interpretación melodramática; conocíamos los distintos tipos de ejercicios y pesas para tonificar nuestros cuerpos; y, cómo no, aprendimos a maquillarnos como auténticas reinas de la belleza.

Cada chica se había especializado en algo; yo, por ejemplo, aprendí *prêt-à-porter* y a tocar algunas notas de piano; Ainara, se había convertido en una diosa de la danza; Ashley y Michelle en unas buenas cocineras; Laura y el resto de chicas, en estilistas expertas en etiqueta... Quizás el inglés fue la asignatura más floja, en la que ninguna destacamos.

Aquella tarde, Mamma Chloe había llegado con su usual cara estirada y con malas noticias que anunciar. En el transcurso de esos seis meses de encierro, su piel se había convertido semejante a la de un cadáver embalsamado, con un extraño brillo sobre el demacrado maquillaje. Nos reunió y se dirigió a nosotras, que le escuchamos

expectantes:

—Chicas, necesito hablar con vosotras, es hora de seleccionar a las ocho candidatas para el gran desfile privado.

Todas obedecemos con prontitud, formando un semicírculo frente a ella. Chloe continuó:

—El proceso de todas ha sido maravilloso, por lo tanto, les diré que están preparadas para ser modelos capacitadas para defender cualquier vestido o marca comercial con dignidad. En este tiempo, habéis aprendido a desfilas con soltura, a posar ante las cámaras con actitud y elegancia; habéis aprendido a ser chicas con glamur fuera de los focos, y responsables respecto a los compromisos de rutina bajo presión. Cualquiera de vosotras diez, sois firmes candidatas para acudir a la graduación final. Pero todo tiene un punto y seguido, un fin de etapa. El resto, dependerá de vosotras. Así que dos chicas harán las maletas y hay dispuesto un taxi que las llevará a su casa de inmediato. El resto, también hará las maletas, pues mañana dormiremos en un lujoso hotel, o, quién sabe, si en la cama de un guapo millonario.

El momento fue muy tenso, aquel veredicto significaba estar dentro o fuera, ser la mejor y la peor, entre chicas tan competitivas. Todas nos dimos las manos, aguardando la expulsión, como si de un *reality show* se tratara. Mamma Chloe comenzó a dictaminar:

—Nos han dado el espacio para modelar en la pre-apertura de un nuevo casino, una fiesta Vip, entre grandes personalidades y hombres de negocios. Vestiremos la colección de trajes de fiesta y lencería de “Mexican Alta Costura”, una de las marcas líderes en el mundo. Y la coreografía será la que venimos ensayando desde hace quince días. Deciros que he estado enviando por fax vuestros perfiles y *books* a los distintos empresarios, y no ha sido decisión mía, las afortunadas...

—¿El resto podremos asistir como invitadas? —dijo Ashley, tan insegura como siempre.

—No. Y, además, no se facilitará la dirección para evitar intromisiones... Es un evento muy privado —aseguró Chloe.

Las chicas estaban muy emocionadas, ninguna pensábamos en quedarnos fuera, sin embargo, los nombres iban a ser ocho y, allí, éramos diez.

—¡Ainara, Roxana, Michelle, Laura, Sofía, Ashley, Tania y Valeria! Las no nombradas hagan sus maletas de inmediato..., ha sido un placer. Les acompañaré hasta la puerta y les entregaré el título correspondiente.

—No es justo... —añadió una de las chicas que no fue elegida para el desfile.

El resto de chicas fuimos a consolar a Violeta y a Jaqueline. Aquellas dos jóvenes frustradas, se convirtieron en un mar de

lágrimas. Se sentían desafortunadas, desgraciadas; sin saber la suerte que habían tenido, las muy cretinas, pues su destino iba a ser mejor que el nuestro, a buen seguro.

Les ayudamos a hacer las maletas, y nos dimos las direcciones escritas en pequeños papelitos. Aquellos seis meses nos habían unido, a pesar de las diferencias, y queríamos saber de la evolución de las demás. Luego, Mamma, las llevó a su despacho y ya jamás volvimos a saber de ellas.

Ainara se retiró junto a Ashley para preparar los platos del menú. El resto de chicas dejaban lista la mesa y otras se retocaban el maquillaje para la última cena. Yo mientras hablaba con “Judas”, antes de entrar en el piano-bar. Ya que aquella iba a ser la última noche, y estábamos preocupadas por el resultado del test VIH de Mamma Chloe.

—¿Le puedo hacer una pregunta? —musité poniendo un brazo sobre el marco de la puerta, sin dejarla pasar.

—¡Deja tus preguntas para la cena...! —respondió Chloe de malas maneras.

—Pienso que me he ganado su confianza y hay un tema que me preocupa.

—Soy todo oídos —recapacité.

—¿Qué tal el test?

Mamma Chloe abrió aquellos párpados tanto, que sus ojos amenazaron con rodar por sus mejillas, luego arqueó sus cejas pintadas y, con su inconfundible olor a tequila, se hizo la despistada:

—¿Test? ¿No sé, a qué te refieres, Valeria?

—¿Que si tienes el VIH? —repliqué, alzando el tono.

—¿Cómo sabes tú eso? ¿Me espías? Porque es algo muy grave lo que me cuentas.

Me quedé sin palabras ante su mirada inquisitoria. Entonces, reaccioné mintiendo para salvar mi posible expulsión:

—No..., ¿espíar yo? A mis oídos llegó la noticia... Creo que fue Violeta, que se encargaba de la limpieza del baño y encontró en una papelera una prueba similar a la de los embarazos; solo que no era para tal fin, sino para saber si alguien había contraído el sida.

—Entiendo... ¡No sabía que en el protocolo que les enseñé para ser educadas y finas, estuviese excluido el meter las manos en la basura del baño, entre papeles sucios y compresas! —replicó muy indignada.

—Se le caería al suelo al tomar las bolsas...

Me quedé atónita, mi mentira estaba tomando un matiz desagradable.

—Pues es un tema confidencial las enfermedades de las chicas —explicó Chloe—. Supongo que una de vosotras ha querido sacar a la luz ese hallazgo, para hacer daño a otra compañera, ya sea por envidia o por celos... ¡Pero que sepas que no era para mí, yo me acuesto con

gente distinguida y uso protección siempre! Ese fue el motivo de expulsión de Yanila, debía tratarse cuanto antes.

—¿Y cómo lo contrajo? Solo hemos tenido un par de salidas a esos pueblos remotos, y aunque estábamos deseosas de yacer con algún chamaco, no se dio tal aventura —rebatí su mentira con un argumento sólido, esperando que confesara.

—¿Piensas que la gente que te rodea es transparente y va contando lo que hace o deja de hacer? Te falta mundo, Valeria. La gente no es lo que es, la gente es lo que parece. Y, por cierto, no tenía el virus. ¡¿Ahora me dejas pasar, tengo que ducharme?! —me apartó la mano y se perdió en el pasillo.

Aquella noche, el vino corrió por nuestras gargantas, en un acto de clausura de la academia. Entre platos de pescado y vegetales, Mamma Chloe se entregaba a fondo en las pláticas. En aquellos meses tomó un rol de madre severa por el día, y de amiga por la noche. Podía hablar libremente sobre sexo, aportando experiencias sobre posiciones y *tips* sobre cómo hacer llegar al cielo a los hombres en la cama; incluso, confesó que había tenido que acostarse con algún pez gordo para alcanzar la cima, y firmar contratos de peso:

—Los hombres mueven este mundo de machismo. Pero, por suerte, estos arcanos viven bajo una obsesión: las mujeres. No importa lo ricos que sean, lo guapos que parezcan..., al final, solo ven dos piernas abiertas y se vuelven débiles. ¡Los dominamos a antojo!

—Somos manipuladoras desde que tenemos uso de razón... ¡Je, je, je! —afirmó Ashley.

—Lo difícil es llevarlos hasta el lecho, pero cuando están allí, mirándonos con deseo, y nosotras pensando en el partido económico que representa, debemos hacer de aquella noche un pase Vip al puto Disneyland del sexo —explicó Chloe con aquellas copitas de más.

—¡Pensé que teníamos que hacernos las duras! Dejarlos con ganas de más... —apostilló Ashley.

—Ese es un error fatal... Los hombres picaflor, van probando el néctar de cada rosa y de cada clavel... Y, en nuestra mano, bueno..., entre nuestras piernas está el vergel del Edén. ¡Del cual, no dudarán en volver a degustar su elixir! —argumentó nuestra institutriz.

—Y, ya que estamos platicando duro, ¡ja, ja, ja!, ¿cuál diría que es la postura que les hace decir a los hombres ricachones y guapos: “¡Necesito un trago de ese veneno afrodisíaco!” —apostillé.

—¿Alguien sabe lo que es el “beso de Singapur”? —espetó Mamma.

Hubo un silencio generalizado. Ciertamente a ignorancia sexual por nuestra parte, pero mi hermana morena y yo éramos las alumnas

avanzadas y dimos una respuesta con el fin de no ser, unas incultas de Eros.

—¡Un beso sobre el monte de Venus...! —respondió rápidamente Ainara.

—También se llama *Pompoir*... —sonrió Chloe entre dientes, aguardando una nueva respuesta.

—En la postura de perrito... ¡en pompa! —rectificó Ainara.

—¡Ahh! —espeté, acaparando la atención de todas ante el enigma—. ¡Mal pensadas! Se refiere a un peinado, rebajado por los lados y arriba abundante cabello.

La carcajada de Mamma Chloe nos sobrecogió a todas. Yo me ruboricé y Ainara no sabía si había contestado con acierto. Mamma Chloe daba golpes con su mano sobre la mesa, sacudiendo los cubiertos a manotazos.

—¡Me meo! —exclamó vulgarmente—. ¡*Pompoir*, no! ¡*Pompadour*!

—¿Y, qué es exactamente? —preguntó Ashley.

—¡La llave al cielo! —exclamó Chloe—. Es una técnica milenaria y sencilla, aunque requiere práctica. Con el hombre tumbado boca arriba, te pones a horcajadas sobre él, y, sin mover las caderas, comienzas a hacer contracciones con los músculos que tenemos dentro de la vagina... Sería como sujetar la orina mientras hacemos pis.

—¡No sabía que ahí, hubiera músculos también! —dijo sorprendida Ainara.

—También hay serrín en algunas cabezas —añadió Ashley.

—Parece aburrido, sería como sexo pasivo... ¡Pero si es efectiva al cien por cien, habrá que probarla! —añadí, temiendo responder que yo había practicado esos ejercicios del bajo suelo pélvico, aguantando el chorro de pis, en alguna que otra ocasión.

—Depende del canal de cada una. Si tienes el de Panamá... vamos si has parido de manera natural, ¡estás perdida! A no ser que el sujeto en cuestión tenga una gruesa verga... —aclaró Chloe.

La noche se dilató más de lo debido, las conversaciones se convirtieron en chabacanas, pero lo pasamos muy bien. Mamma Chloe estaba totalmente ebria, apenas vocalizaba bien, y temíamos que tomase el piano, pues improvisaba notas de canciones, que parecían dignas de las torturas de la santa inquisición. Entonces, la solución era sencilla: platicar hasta el infinito. Ella respondía a casi todo, y daba cabezadas intentando agudizar sus reflejos evitando darse con la nariz sobre el mantel de la mesa. De vez en cuando, miraba su reloj de oro; parecía una niña en la noche de Navidad.

En uno de sus ademanes quedé embrujada por sus brillantes, aquel destello azulado me resultó precioso. Entonces, le solté desinhibida:

—Yo me sentiré orgullosa, el día que luzca en mis dedos un anillo de diamantes como ese —insinué cegada.

—Lo llevo para no olvidar por qué estoy aquí... —sentenció tras un suspiro.

—Es una joya, claro, te recuerda lo que vales —dije.

—¡No, niña...! —respondió de malas maneras, luchando contra la gravedad de sus párpados—. Parecen bonitos, glamurosos. Sin embargo, el oscuro brillo de los diamantes, es lo que te hace no olvidar el precio que, en ocasiones, tienes que pagar para mantenerte a flote. Siempre hay una historia dramática tras su bello destello...

—¿A flote? Supongo que hay que superarse en la adversidad, reinventarse... —dijo Ainara.

—Si la vida te lanza por un precipicio, aprende a volar; si te agarra del cuello y te sumerge bajo el agua, tendrás que desarrollar branquias; y si te encuentras en el infierno, no seas una diablesa, sino la mujer del puto Lucifer. Ese es el secreto... —comentó desacelerando su explicación y aterrizando su mentón como si fuese un helicóptero sobre la H de un edificio.

—Aquello me recordó al lema familiar de los Méndez: “No importa de lo que trabajes, pero sé la mejor en aquello a lo que te dediques”.

Me dirigí hacia el piano, con el fin de despertar a Chloe de su letargo, pero estaba tan borracha que solo babeaba sobre el mantel, perdiendo todo el glamur que representaba. Las chicas marcaron sus nombres con pintalabios por las paredes y, entre todas, llevamos a aquel metro setenta y dos de carne madura, hasta su recámara.

Después preparamos nuestras maletas y en un bolso metimos los objetos que debíamos tener más a mano. Antes de acostarme, subí mi traje a la sala de confección y le cosí un pequeño bolsillo. Luego, bajé y me encontré entre mis braguitas la tarjeta SIM que extraje de mi celular. La tentación era grande, con nuestra vigilante en coma etílico... Así que decidí ir a su despacho, pues ya no me iba a echar, siendo el último día. Cogí mi teléfono móvil, pero no pude encenderlo. Luego probé con otro..., luego otro y así, hasta que llegué a uno de ellos con una rayita de batería. Coloqué el SIM y, al encenderlo, la pantalla se llenó de mensajes y llamadas perdidas..., el sonido de las notificaciones, resultaron ser un despertador en el silencio de la noche. La batería me advirtió de que se iba a apagar inmediatamente. Así que tecleé rápidamente, busqué a Raúl Cabrera entre mis contactos de Instagram y le puse un mensaje *in extremis*:

“Lo conseguí, mañana por la tarde tengo un desfile para gente importante, en el Golden’s Gypsy Casino de Tuxtla Gutiérrez, espero que todo te vaya bien.”

Mamma Chloe apareció como un *zombie*, dando tumbos contra las paredes. Su voz parecía la de un tabernero:

—¿Qué demonios haces aquí, Valeria? ¿Han llamado al teléfono?

—Dio un tono y se apagó... ¡Alguien que se habría equivocado, supongo! —me excusé.

—¿Pero por qué has tomado ese celular? —me instigó.

—Mañana nos iremos para no volver. No quiero que se lo queden los de las mudanzas.

Ella me miró desconfiada...

—Está bien, lleva el resto a sus dueñas y acuérdate de meterlo en la maleta... hasta después del desfile no podéis usarlo, ¿entendido? —me afirmó tras un largo bostezo.

Salí a pies juntillas tras su sonambulismo étlico y, cuando entré en mi habitación, cerré la puerta y me abracé a Ainara.

—¿Qué nos ha llevado hasta este punto? Un camino de rosas, un sueño palpable... —le susurré.

—El huir de nuestras vidas... —respondió con nervios por lo que nos esperaba al día siguiente—. El decir “yo valgo mucho” y tomar la senda del destino.

—El destino es caprichoso, hermana —reflexioné—. Nadie nos ha regalado nada...

—En mi familia hay un lema: “La suerte se trabaja yendo a por todas” —parafraseó a su mamá antes de quedarse dormida.

9. Cuando el mundo se derrumba



El viaje en camioneta se hizo largo. No fue un trayecto con glamur, precisamente, para unas chicas preparadas en una de las mejores academias de México. Al parecer, Mamma no encontró otro medio para llevarnos a todas juntas hasta el lejano casino. Pero el saber que aquello iba a ser trabajo de calidad, supuso un gran estímulo, e incluso, nos hizo olvidar que un ruidoso vehículo nos trasportaba como a cerdas.

Nuestras ambiciones estaban a punto de cumplirse y estábamos ansiosas por empezar a trabajar, ya que aquel era el pistoletazo de salida a una carrera de cien metros lisos, donde cada zancada te hacía más vieja en la efímera competición por ser modelo.

Durante el trayecto, además de evidentes signos de euforia, pataleos infantiles de alegría y canciones tarareadas de los éxitos de hacía seis meses, también hubo lágrimas, ya que cada una de nosotras, tomaríamos un camino distinto al cerrar la academia. Ainara y yo hacíamos planes como “hermanas” que éramos. Ella siempre hablaba de yates y de vacaciones por el mundo, junto a un hombre fuerte y con mucho dinero. Yo me montaba mi historia de princesa, con cenas elegantes en lugares donde no olía a estiércol y estuviese fuera del odioso canto del gallo, que me recordaba cada mañana que era una granjera.

La ciudad apareció por los cuadrados de plástico transparente, que hacían de ventana en la lona de la furgoneta: casitas blancas y verdes, coches y motos, jóvenes en grupo y mujeres con bolsas de la compra..., pero lo que más me marcó, fue ver un colorido hombre vestido de danzarín Parachico^[2]. Era regordete, con camisa blanca, pantalón negro, faja roja a la cintura, chalina bordada sobre el pantalón, con chinchín y esa estúpida montera; al pasar a la altura de la camioneta, se retiró la máscara de madera y me mostró su bigotón negro y esa nariz aguilena típica de los Méndez; me reconoció, tenía el rostro feliz y sonreía.

—¡Mi padre! —exclamé al verlo vestido con un atuendo típico de enero.

Las chicas me miraron asombradas, no daban crédito, ya que mi pueblo estaba a doscientos kilómetros de allí.

—¿Será uno que se parece, no? ¡Jeje! De todas maneras, pronto estarás con él. Todas volveremos con los nuestros, incluso con nuestras ex novias... —añadió Ashley con retintín hacia Ainara.

—Es él, ¡lo conocería aún con los ojos llenos de tierra! —afirmé—. Y me ha saludado, con ese disfraz de Parachico.

—¡No creo que te haya reconocido por esta ridícula ventana de plástico! Y, además, no estamos en enero, para llevar esa vestimenta —aclaró Laura, que era de Corzo.

—Es normal que miren este aparato ruidoso. Lo mejor es que no se imaginan, que el futuro de la alta costura de su país va en su interior —bromeó Ainara sobre el transporte.

Yo sabía que era él. ¿Cómo iba a olvidarme del rostro de mi padre? Aunque, realmente, era extraño, mi padre era lo bastante serio como para venir a verme disfrazado. Entonces, me levanté y recorrí la batea de la camioneta. Me asomé por detrás abriendo un poco la lona y, para mi sorpresa, él seguía allí..., mirándome: tan colorido entre tanta gente gris.

Alcé la mano, y le saludé..., él sonrió y comenzó a mover los labios; labios que conseguí leer como si escuchase aquellos versos en mi cabeza pues era el estribillo que muchas veces tatareaba cuando él caminaba conmigo sobre sus hombros, acompañando al ganado en las interminables aranzadas del rancho:

*“Sirenita, sirenita, sirenita de alta mar,
alabemos al Santísimo y al señor San Sebastián.
Al pasar por tu ventana me tiraste un limón,
el limón cayó en mi cara y pasó a mi corazón...”*

Mi padre se puso la máscara de madera ornamentada y cubrió su rostro. Una lágrima descendió por mi mejilla. ¿Pero qué hacía aquí? Claro... Raúl se lo había dicho y venían a recibirme como princesa recién coronada. No lo recordaba sonriente, siempre estábamos discutiendo, pero hoy sonreía...

—¿Y esa sonrisa? —preguntó extrañada Ainara, muy atenta a mí.

—¡Los míos han venido hasta aquí, para verme! Y mi padre, a pesar de haberme ido del rancho de aquella manera, está orgulloso de mí.

—Pues claro, los papás deben apoyar a los suyos, son nuestro soporte... —espetó Laura.

—¿Y cómo saben tus padres que el desfile es aquí? —preguntó Ashley.

—Una, que es una rebelde... —me hice la interesante—. Le envié a mi mejor amigo Raúl un mensaje por Instagram sobre dónde iba a debutar como modelo.

—¡Pero eso está prohibido! —replicó Ashley.

—¿Y me van a botar ahora? Mamma Chloe está con una resaca de caballo y no estará en sus cinco sentidos. Además, tenía muchas ganas de demostrar en mi rancho, que mis sueños no eran caprichos de una

chamaquita arrogante.

—¿Estás loca..., Instagram? —espetó Ainara sonriente.

La ciudad bullía. Me embriujaba aquel sitio repleto de movimiento y color, distinto al rancho y a la academia, a la que ya le iba tomando coraje. La camioneta aparcó en una zona grande de aparcamiento, en la que ya había, al menos, seis coches de alta gama, y un descapotable blanco que parecía una reliquia. No reconocí la *Pick-up* de mi padre, ni tampoco el coche del padre de Raúl. “¡Vendrán a la salida!”, pensé.

Las ocho chicas bajamos de la camioneta, ayudándonos con las pesadas maletas donde llevábamos todas nuestras pertenencias. Mamma Chloe pidió ayuda para llevar el perchero de ruedas, donde iban nuestros trajes. El gran casino, nos recibió. Tenía una fuente enorme a modo de lago, con piedrecitas blancas alrededor y arcos de medio punto en la entrada. Desde lo alto caían unas lonas verticales, donde se leía con letras doradas sobre verde: “Mañana día 14 gran inauguración”. En el frontal del edificio, el nombre del local: Golden’s Gipsy Casino. Junto a la puerta, dos tipos con auriculares y chaquetas, nos daban la bienvenida con el rostro pétreo, simulando ser parte de las columnas de la fachada.

Las chicas nos miramos sonrientes, al ver a los corpulentos vigilantes, y pasamos dentro del paraíso del juego. En el *hall*, dentro, unos crupieres elegantemente vestidos con chaqueta negra y camisa verde, nos dieron la bienvenida. Cogieron nuestras pesadas maletas y las llevaron a una habitación, ya que las plantas superiores estaban dedicadas a la hospedería. Luego unas chicas poli-operadas, con indumentaria de camareras, nos dieron un misterioso combinado decorado con una sombrilla y una aceituna, servido en una copa de *Martini*.

—¡Un brindis! —dijo Mamma—. Vamos a tomarlo de un solo sorbo, ¡hoy es vuestra graduación!

Para nuestra sorpresa, Chloe, la gran aficionada al alcohol, fue la única en rechazar el trago, mientras las demás hacíamos el esfuerzo por bebernos aquel combinado tan amargo de un solo sorbo. Ella esperó a que las aceitunas no flotasen sobre el líquido y, con una sonrisa, nos invitó a pasar.

El salón desbordaba lujo por los cuatro costados. El suelo estaba enmoquetado en una tonalidad verde, como si fuese el tapete de un billar. Las máquinas tragaperras emitían sonidos y destellos. Vimos las grandes mesas para jugar al póker y la famosa la ruleta. Había mazos de naipes y fichas, por todas partes. Además de ceniceros y pantallas por las paredes, me fijé en que no habían relojes, supuse que para no someter bajo el tiempo a los cegados ludópatas que vendrían a gastarse los cuartos.

—¡El dueño debe tener mucho dinero! —espetó Ainara, tocando

una estatua gigante de un dado.

—¡Es de *Zarosky*! —añadió un tipo moreno, con el pelo anillado y una camisa abierta. De su cuello, pendía una cadena de oro, con la cara de un Cristo. Su acento evidenció que no era de México—. ¡Y cuesta un ojo de la cara!

—¿Es usted el de mantenimiento? —dije ante su aspecto desaliñado.

—Soy el dueño del casino... Diego Peña, ¡a *zus* pies! —estiró la mano el español, de tripita resultona.

—¡Se llaman cristales de *Swarosky*...! —añadió otro hombre moreno, con el cabello un poco largo y lacio—. Señor Diego Gitano Peña —le informó.

—¡Qué costumbre de hablar inglés, coño! En España ocurre lo mismo, Cachorro —se extrañó, aquel simpático español que ceceaba constantemente.

—¡¿Inglés, dices?!... ¡je, je! —añadí entre carcajadas.

—¿Te manejas con el inglés? —se sorprendió su acompañante—. Yo soy Leonardo, ¡un placer, chicas! —extendió su mano salpicada de pecas.

Su aroma varonil, su cabello lacio y su nariz griega, me trasladó al pasado cercano. No sabía dónde, había olfateado ese perfume caro... pero, sin duda, aquella fue la segunda vez.

—¡Vamos! —exclamó Chloe realizando aspavientos, rescatándonos de nuestra pasividad ante los dos empresarios.

Ellos se alejaron hacia un reservado. Nosotras comentábamos su aspecto y ¡cómo no!, echamos un vistazo a sus traseros; después de los seis meses de aislamiento necesitábamos actualizar nuestros archivos mentales.

Estuve un rato pensando en el perfume y en aquel hombre de treinta y largo años, con mirada marrón rojiza, y hoyuelo en la barbilla. Lo había visto antes, pero no terminaba de ubicarlo. “¿Esa voz masculina de tono bajo y entrecortada..., dónde la había oído antes?”, me preguntaba.

—¡Uff! Esa copa de bienvenida, me ha dejado la boca áspera —dijo Ainara.

—¡Llevamos tanto tiempo sufriendo la ley seca de Chloe, que nuestro paladar rechaza todo aquello que no sea agua embotellada! —recriminó Ashley.

Nos asignaron una enorme sala, con bombillas blancas alrededor de los espejos, donde nos maquillábamos entre nosotras. Luego, Mamma Chloe nos dijo qué tipo de peinados teníamos que lucir cada una. Los nervios se evidenciaban en aquel entusiasmo emergente..., pues nuestro sueño estaba a punto de cumplirse, o, al menos, eso pensábamos todas.

Las bromas y conclusiones entre nosotras estaban creando un buen rollo que oxigenaba el ambiente, nos motivábamos mutuamente:

—A ver en qué firma de ropa acabamos..., esperemos que no sea para hábitos de monja —dije.

—Espero no doblarme el tobillo en mitad del desfile, ¡qué vergüenza! —añadió Ashley.

—Yo, con salir del brazo de un empresario, me vale —dijo Michelle.

—Estoy deseando quitarme las telarañas, con un Spiderman que me haga sentir una heroína —dijo convencida Laura.

—Seguro que alguna de nosotras acabamos contratadas por el casino... ¡tendrán que dar uso a esa pasarela! —apostillé al ver la plataforma por la que íbamos a desfilar.

Mamma Chloe temblaba más de lo normal, quizás tenía el “mono” del tequila. Se negó a pintarnos; estaba bastante esquivada con nosotras, como si estuviésemos al principio de curso en la academia, cuando realmente no nos conocía. Su estado me preocupaba y fui tras ella cuando se dirigía al baño. Aquel aseo era enorme, con sanitarios blancos, jabón en pastilla y pequeños *souvenirs* más propios de un hotel que de un casino: peines, fijador del pelo, toallitas desmaquilladoras, colonias..., pude contemplar mi reflejo en el largo espejo dispuesto horizontalmente en la pared por encima de los lavabos de piedra natural que se hallaban encastrados en el mármol, y me observé radiantemente bella. Mamma Chloe aceleró el paso y se metió en un váter. Me quedé en silencio a esperarla, ya que, en vez de subir la tapa, sonó claramente que la había bajado. Y eso lo hace una, cuando quiere llorar a solas. De repente, veo sus dos tacones de aguja asomando bajo la puerta, mostrándome la suela de aquellos *Jimmy Choo*. Pensé que se disponía a vomitar, pero entonces oí unos pequeñitos golpecitos sobre el plástico de la tapa y luego una intensa inhalación nasal, que produjo un incómodo sonido: “¡Sniffiff!”. No tuve que ser Marie Curie, para saber que Chloe se había metido una raya de cocaína en aquel aseo.

No merecía mis palabras: “Una persona que se refugia en las drogas, no es capaz de abordar las emociones”. Entonces, pensé en volver con las chicas..., pero no, ahora me iba a escuchar.

Mamma Chloe salió del baño, tras tirar de la cadena. Yo me escoré un poco en el dintel de la puerta, para observar su estado; en su puño atesoraba algo que sobresalía por un extremo. Parecía una pajita para tomar zumos, pero era de metal. Al verme, rápidamente, lo escondió en el amplio escote de sus pechos siliconados.

—¡No sabía que esos bolsillos interiores, además de para guardar armas, sirviesen para llevar turulos^[3]! —exclamé desde la puerta, caminando hacia ella.

—¿Te dedicas a espiar-me?

—Las cosas no se solucionan con polvo blanco. Se solucionan actuando, tomando el toro por los cuernos —me preocupé por su lamentable estado.

—¿Y qué crees que voy a hacer *güerita*? Me dispongo a arreglar mi situación, pero necesito una ayuda química para poder llevar a cabo mis pretensiones.

—Me ha enseñado muchas cosas, y se lo agradezco. Cada vez comprendo y asimilo con facilidad esas cosas que dice durante sus borracheras nocturnas. Me da mala espina su actitud, yo diría que ese don Marcos que le acosa, está por aquí cerca.

Mamma Chloe se calló, haciendo un esfuerzo por no mandarme a la mierda, luego contestó antes de marcharse:

—Don Marcos está por todas partes...

Mamma Chloe, nos dio una hora, para disfrutar del evento con los invitados; teníamos que poner en liza todas las armas de seducción y protocolo que la maestra de maestras nos enseñó. Yo tomé a mi hermana de la mano y decidimos dar una ronda de reconocimiento.

La música *chill* out se hizo con el flamante edificio, apenas había treinta personas, pero el barullo de todas esas personalidades, casi ahogaban la música de fondo. Aquello era un preestreno, una inauguración para gente Vip. Risas y falsos llantos en las mesas de apuestas. El ruido del hielo, cayendo en los vasos de whisky escocés, competía con el las monedas que retumbaban en la bandeja de las tragaperras.

Las *martineras* adornaban las manos de exuberantes mujeres sobrecargadas de joyería fina, cuyos ornamentos se extendían por uñas, párpados y labios; para nosotras era como ver un carnaval de colores y brillantes.

La fiesta era verdaderamente exclusiva, Ainara reconoció al influyente hombre de negocios de Sinaloa entre los invitados. Había una mesa de banquete elegante y opulentamente servida. Nosotras, las chicas de Chloe, decidimos no comer; pero sí emprender contacto visual y comercial con nuestros futuros representantes. Ainara se separó de mí, y se dirigió hacia una de las exuberantes acompañantes de los hombres. Debido a su condición sexual, era lo más lógico. Los hombres parecían conocerse todos, ya que sonreían y hacían bromas entre ellos. Cada hombre encamisado y repeinado, tenía a su lado a un tipo con cara de matón y camisa negra o vaquera, en el peor de los casos... Posiblemente eran sus escoltas. La franja de edad de los asistentes no era inferior a los treinta años y llegaba hasta los cincuenta más o menos. Los más mayores tenían un *look* gemelar con el resto de congéneres de la misma quinta: sombrero, camisa vaquera bordada por la espalda y correa con hebilla de búfalo. En definitiva,

como vestía mi padre cuando iba a la ciudad. También llevaban chicas —generosas en prótesis de silicona—, como si fuesen un ornamento, pues apenas hablaban, solo se limitaban a sonreír.

Muchos de los asistentes nos saludaban y trataban con delicadeza. Estábamos encantadas con la idea de firmar con alguna marca comercial. Todos tenían un maletín, junto a su silla. Pero un comportamiento comenzó a incomodarme, pues había un hombre en especial, que no me quitaba la vista de encima. Tenía aires de matón callejero y venía de escolta del más apuesto de los empresarios: Leonardo. Con descaro, intimidaba a todo aquel que intentaba arrimarse a mí. Entonces, tomé a Ainara del brazo, apartándola de las fuentes de risas que le producía aquel *mirrey*^[4] desaliñado llamado Diego Peña, y me la llevé al baño.

La música se volvió más marchosa y las chicas como expertas bailarinas, se marcaron unos sensuales bailes, que embelesaron a los asistentes.

—¿Qué ocurre, Valy? —me preguntó Ainara.

—¿No estás como mareada? Me da vueltas todo...

—La emoción... Es normal que la tensión de tener frente a nosotros a influyentes empresarios, nos tenga conmocionadas.

—Hace mucho que no bebo, pero te aseguro que estoy como borracha como si me hubiese bebido toda la botella de tequila de Mamma —añadí.

—¡Qué guapa estás, Valy! Te comía a besos... —se insinuó Ainara.

—¡No estoy de broma! Te digo que aquí pasa algo raro y tú estás rara también.

—¡Es normal que estéis confundidas! —espetó Ashley incorporándose a la tertulia—. Son cazatalentos de alguna cadena de televisión, gente importante. Uno de ellos me lo ha dicho. Además, ¡está ese influyente magnate de Sinaloa!

—Llevan pistolas... Además de contonearme para rozarme con algún macho, he tenido la decencia de comprobar qué tenían bajo las chaquetas —confesé.

—Es normal. Ya sabes cómo están los delitos, y no está de más tener protección cuando en tu cuenta bancaria abundan los ceros.

Leonardo, el amigo del dueño del casino, pasó hacia el baño y, cuando estuvo delante de mí, sonrió. Tenía la misma altura que yo, y pareció que buscaba canas entre las raíces de mi pelo.

—¡Es un tinte sin amoniaco! —respondí con el fin de no achantarme ante el empresario; una modelo ha de ser espontánea y esa era la imagen que quería transmitirle—. Me gusta ir a la vanguardia de la moda.

—No te preocupes, yo me fijo en otras cosas. Ser guapa es fácil, lo difícil es ser elegante —sonrió de nuevo, acentuando sus rasgos de

macho alfa, en aquel rostro sin barbas—. ¿No te acuerdas de mí, entonces?

—Sinceramente, no —respondí haciéndome la dura, pues me sonaba.

—En fin, ya tendremos tiempo de conocernos mejor... —auguró con misterio.

Aquel guaperas se introdujo en el baño, escoltado por su *guarura*^[5]. Mamma Chloe hizo acto de presencia, y nos llamó para el desfile. Todas dejamos nuestros puestos y acudimos al enorme camerino. Teníamos que ponernos tres trajes de fiesta y un conjunto de lencería fina. Nos extrañó bastante la falta de algún fotógrafo en la sala, pero la emoción por desfilar ante posibles cazatalentos, disipó cualquier atisbo de desconfianza.

La música de desfile resonó, advirtiendo que la pasarela había comenzado, y nuestro sueño también. Los aplausos resonaban ahora en nuestros oídos. Todo lo aprendido en seis meses, lo poníamos ahora a prueba sobre aquel altar de la belleza mexicana.

Éramos solo ocho chicas, por lo que los cambios de ropa serían fugaces. Me sentía mal, y las luces que calentaban mi frente, no ayudaban. El cóctel se me repetía en la garganta, pero debíamos sonreír, esa era mi misión... Además, mi padre, posiblemente, me esperaba afuera, y salir borracha no sería la mejor manera de darle la bienvenida.

Mientras mis compañeras pasaban, dediqué una mirada hacia Mamma Chloe, a quien esperaba ver con un enorme gesto de orgullo y felicidad; pero, en realidad, estaba muy ocupada apuntando unos números en su libreta de mano. A su lado, había otro caballero de lentes oscuras que le dictaba las cifras. Cuando giré mi mirada hacia el público, pude notar que había personas levantando diferentes paletas de colores. Cuando una compañera entraba en bastidores, bajaban los carteles y, de nuevo, empezaba el ciclo cuando otra salía.

De todos los invitados, solo ocho parecían ser parte del jurado, ni los matones, ni las chicas florero... Estos hombres, posiblemente, calificaban nuestro caminar, pero el número de cinco cifras seguía siendo un misterio para mí. Al finalizar la jornada de glamur, regresamos al camerino que se nos proporcionó, donde Mamma Chloe ya nos estaba esperando:

—¡Vístanse con el vestido de fiesta que les pedí que trajeran y dejen el resto aquí! Somos invitadas especiales de la exclusiva pre-fiesta de inauguración.

Las chicas obedecieron muy emocionadas. Yo estaba un poco descolocada, pues no vi ni un solo *flash* deslumbrándome. Ainara vino a abrazarme, ya que todas esas pláticas en las noches en vela, prácticas en tacones altos y ejercicios, habían rendido sus frutos.

Mamma tomó un micrófono y nos pidió que la acompañásemos:

—¡Muchas gracias a todos! Yo sé que ustedes me conocen, y no es necesario hacer más presentaciones. En primer lugar, dar la enhorabuena a Diego Peña, por las instalaciones y por facilitar que este evento pueda producirse. Recordad, que el dinero recaudado va directamente para don Marcos el Kraken Cruz. Así que no intentéis ninguna estupidez...

Sus palabras resultaron bastante extrañas. Quizás se iban a adjudicar nuestros contratos para sufragar los gastos de la academia. Desde allí arriba, veíamos turbios a los invitados. Ainara me lo confirmó al decirme que le estaba dando una pequeña bajada de tensión. Chloe tornó su mirada hacia nosotras y nos susurró:

—Espero que, en los días tristes, recordéis este instante como el día en el que cumplisteis vuestro sueño de ser modelo... El primer día de *casting*, os propuse que volviéseis por donde habíais venido; pero vosotras quisisteis tomar este sendero, con un final posiblemente inesperado —Chloe dejó de hablar, y nosotras nos empezamos a poner nerviosas, pues algo no marchaba bien—. ¡Mi hombre, recogerá el dinero en la mesa de la ruleta!

Todo era muy extraño, el ambiente parecía haberse enturbiado y la figura de Mama Chloe ahora era sombría y aterradora a los ojos de las chicas. Todas nos dimos cuenta de que algo no iba bien, pero estábamos en un plan bastante pasota, como si aquello no fuera con nosotras.

—¡Queridos compañeros, quiero presentarles a estas, mis niñas! —hizo un ademán y prosiguió—. Grandes semillas de la academia de modelaje de Mama Chloe, son lo mejor de lo mejor: lindas, educadas e inteligentes... Espero que sean bien tratadas, porque ellas lo harán por ustedes —se volteó y nos miró con desdén—, ya que este es el momento de pagar por los servicios prestados.

Ante esa expresión, las chicas solo bajaron la cabeza, yo me giré en su dirección:

—¿La cocaína se le ha subido a la cabeza? —le reproché cara a cara.

—Ya no hay vuelta atrás —masculó—. Tengo que recuperar a mi hijo y reza que no les he dado vuestras direcciones.

—¿No tienes alma? ¡Pagarás por esto! —me sulfuré.

—Sí, precisamente sois vosotras la moneda de cambio —contestó con alevosía—. ¡Ashley! da un paso al frente.

La rebelde chica de cabellos rojizos, no titubeó. Solo se limitó a obedecer como si fuese presa de una hipnosis.... Se mostraba lacia y con los párpados cubriendo sus bellos iris. Sin lugar a dudas, nos habían drogado. Pero no sabía en qué momento se produjo... hasta que vi una copa de *Martini* en una mesa y la respuesta me sacudió en

las entrañas: el cóctel de bienvenida.

—Están bajo los efectos de la *escopolamina*, con el fin de que todo sea más fácil. Pero no penséis que son drogadictas. Son jóvenes, con muchos modales a la altura de unos empresarios como vosotros — aclaró Mamma Chloe, sacándonos de dudas.

—¡¡Esa es mía!! —gritó el hombre mayor del sombrero—. La putita de cabellos rojos.

—Adquirida por un valor de treinta mil pesos, para el señor Parrales —atestiguó Chloe empujando a Ashley escalones abajo.

—¿Adquirida? —me sobrecogí y tomé con fuerza la mano a Ainara.

Incluso bajo los efectos del “burundanga”, pudimos apreciar que nos estaban vendiendo al mejor postor. Ashley, vilmente narcotizada, avanzó torpe intentando quedarse allí arriba junto a las demás, volviendo a subir por las escaleras. El hombre regordete de profundo bigote, piel quemada y traje a rayas blancas, tronó los dedos a su escolta y con un maletín blindado subió hasta la pasarela. El contable de los lentes oscuros dio un vistazo rápido y el beneplácito. Con frialdad, dio un par de empujones a Ashley a fin de que caminase hacia el asqueroso viejo:

—¡Ashley! ¡Baja con tu dueño de una puta vez! —exclamó nuestra proxeneta.

Ashley derramaba el esmeralda de sus ojos y fruncía sus labios delicadamente, siempre había sido muy rebelde, pero, ahora mismo, luchaba contra su mayor miedo: tener un dueño que le triplicaba la edad. Ella se acercó al hombre que la compró, y pude ver como lentamente el señor le susurraba algo al oído; Ashley se volvió presa del pánico y decidió correr bajo la inerte mirada de los presentes. Corría aterrorizada, con los tacones de aguja martirizando cada pisada, con el fin de alcanzar la puerta de salida; uno de los escoltas del hombre regordete la sometió contra la moqueta verde. Entre lágrimas, la bella Ashley parecía una horrible criatura, que desfiguraba su rostro ante un horror inevitable. De los cabellos, la llevaron de regreso hasta su dueño mientras gateaba, intentando que no le arrancasen la melena.

Su amo, Parrales, sacó una pistola de oro y la metió entre los carnosos labios de la joven:

—Preciosa, el que me hayas costado bastante, no quiere decir que tenga miedo de dañarte... ¡Pues no eras la esposa que quería comprar! Pero estos *hijoeputas* han pagado mucho por las demás rameritas. Así que te doy dos opciones: te voy a volar la mejilla derecha para que lo entiendas o te vas a quedar tranquila, quieta y sentada hasta que termine la ceremonia. ¡¡Ya que, como puedes ver, me estás haciendo pasar vergüenza!! —exclamó sin ningún tipo de reparo, a pesar de que trataba con una joven muy asustada, que podría ser su hija

tranquilamente.

Ashley cerró los ojos, mientras el cañón de aquella pistola dorada daba vueltas por los dientes, produciendo un grimoso tintineo. Ashley se arrodilló a sus pies, como un perro amaestrado. El señor Parrales guardó su pistola y prendió un cigarrillo; tras exhalar el humo finalizó:

—¡Todas lo entienden al final...!

Aquel gesto deshumanizado parecía acontecer al resto de los presentes. Aquel casino había lanzado nuestros dados negros de la mala fortuna, y nos tocaba bancarrota emocional para todas.

Las demás, que aguardábamos un matón como marido, ya habíamos captado qué clase de destino nos esperaba. Entendimos con Ashley, que más valía que fuésemos sumisas con nuestro nuevo acreedor, si no queríamos una perforación crítica de la cual nunca nos pudiéramos recuperar.

—¿Dónde estará la policía? —añadió Laura entre lágrimas.

—¿No buscabais posición, lujo, dinero...? Ahora seréis las esposas de los más poderosos narcotraficantes del Sur de México. Y, fíjense si son todopoderosos, que han comprado a la policía, para que no aparezcan por el casino aún recibiendo una llamada de emergencia —añadió Chloe con la mirada opaca y las pupilas descaradamente dilatadas.

Las chicas entendimos que poco teníamos que hacer. Habíamos caído en una red de trata de personas, y a saber dónde acabaríamos cada una de nosotras. Como un lento goteo, fuimos yendo con nuestros “respectivos” dueños, hasta que al final solo quedamos Ainara y yo. Quizás los narcóticos nos volvieron más dóciles, pero no conseguían disipar esta cólera que sentíamos sobre Mamma Chloe. Todo el montaje de la academia, fue para reclutarnos como ramerías; incluso se tomó la molestia de enseñarnos a bailar, chapurrear inglés, posar, ser disciplinadas y puntuales... Todo, para estos capos de las drogas, sin estudios, modales, ni mucho menos corazón. “¡Qué traición!”, me golpeaba una y otra vez en el cerebro. Pero nosotras solitas nos metimos en este embrollo. En un laberinto de setos verdes, que se amuralló con ladrillos grises en cuestión de meses.

—¡Malditas ansias por no ser solo guapas, sino por querer ser reconocidas bajo título como tal! —mascullé entre lágrimas.

—¡Qué estúpidas hemos sido! —espetó Ainara—. Con razón nos hicieron firmar un contrato de confidencialidad, con razón las pláticas sobre sexualidad..., y todas con domicilio a no menos de cien kilómetros de distancia de la academia.

Solo quedaban dos candidatos pendientes de su trofeo: Diego Gitano y Leonardo. Un mirrey español con kilos de más y un latín *lover*.

Ainara me abrazó con fuerza, tenía un nuevo temor: la androfobia.

—Finalmente —añadió Chloe—, ¡Valeria, por la suma de noventa mil pesos, ha sido adquirida por don Leonardo Cachorro de Regil Xacur!

Un calambre me recorrió el vientre, como si fuese una cesárea sin anestesia; supe me que tocaba a mí, y que no podía hacer nada por evitarlo. Entonces, bajé por las escaleras, mirando de reojo a Ainara, que se había quedado sola con Mamma Chloe. El caballero que me extendía su mano, repleta de pecas, era el moreno empecinado en que me conocía. De él solo recordaba su trasero, por lo que tracé una visual de aquel demente, de aspecto cabal. Me fijé bien en su vestimenta, Leonardo se veía como un hombre con estilo y mundo; la clase de hombre con rasgo urbano con el cual yo había soñado, solo que pensé en una romántica cena, no en una subasta de putas. Tan pronto lo tuve cerca, me fijé en esos detalles que las luces rojizas y verdes trasmutaban: tenía cabello castaño claro y lacio, piel arenisca con pecas en las manos, ojos afilados marrón rojizo y una nariz griega; vestía con un *Slim-fit* fino, una chaqueta beige a juego con sus pantalones y unos zapatos *Oxford* lisos.

—El destino nos ha cruzado de nuevo... primero aquel día en el mercado de San Cristóbal de las Casas, y ahora en este casino —añadió mirándome de arriba abajo.

Luego, llamó a su matón, el mismo que me espantaba a todos los que se me acercaron durante la fiesta y trajo una caja grande de joyería. Leonardo la abrió y sacó un collar de diamantes y zafiros. Por un instante, me sentí dichosa de no acabar con ningún cincuentón; y, aunque me sabía mal por mis compañeras, sentí que, de alguna manera, parecía haber ganado la lotería en comparación con las demás.

Miré hacia donde recordaba que dejé a Ainara, y en apariencia ella se mantenía como una gelatina, mientras el dueño del casino, la calmaba cariñosamente. Mientras, Leonardo me tornó la cara virando mis ojos hacia él, tomando mi mentón como si fuera un timón. Sus perfumadas muñecas rodearon mi cuello y apartaron mis cabellos, facilitando el cierre de aquel bello collar. A continuación, sacó de la caja un anillo parecido al de Mamma Chloe. Aquel diamante blanco, resplandeció tan oscuro... que pensé en triturarlo contra el suelo. Pero estaba como tras una sesión intensa de nuestro monitor de gimnasia Rodrigo cuando entrenábamos sobre la elíptica: agotada y con la voluntad negada, como si decir “basta” fuese un pecado capital.

Nuestro sueño se esfumaba a nuestro alrededor, fuimos protagonistas efímeras de un sueño que estalló como una frágil pompa de jabón.

Cuando Leonardo le ordenó a su *guarura* y a mí, que nos

retirásemos en dirección al coche, se oyó un estruendo viniendo de la salida de emergencia. Y si sentía mi corazón seco minutos antes..., por un instante se infló de vida al escuchar aquella voz. Reconocí su tono altivo en aquel ruidoso lugar, sobreponiéndose a la música de fondo, ofreciéndome un soplo de esperanza...

—¡¿Raúl?!! —mascullé llorando de emoción al verlo.

Sin duda era él, mi mejor amigo, aquel que realmente nunca se fue del todo de mi corazón. Y, en una secuencia de coloridas instantáneas, recordé: las aves verdes, el cenote, sus rudos besos; recordé el rancho, mi familia, mi padre contando sus anécdotas, mi purasangre Balenciaga retozando sobre la hierba, las rosas rojas sobre mi cama; y tuve claro cuál era mi origen del cual jamás debí huir...

Ahora estaba aquí, a doscientos kilómetros de su granja, con su beisbolera de siempre y esos *Jeans* desgastados. Se había peleado contra el equipo de seguridad del casino, hasta llegar a la sala donde se produjo el vil engaño. Lastimado, mancillado y ensangrentado, se zafó de un escolta que salió a detenerlo. Con la nariz sangrante, escrutó los rostros de las chicas hasta que me divisó.

— ¡¡Valeria!! ¡Vámonos a casa! —gritó convencido de que iba a llevarme de allí.

Ainara me miró con rostro de emoción. Le había hablado tantas veces de mi *novi*[\[6\]](#), que le hizo una gran ilusión ponerle rostro.

De repente, Raúl fue apresado y neutralizado contra el piso por Jimmy, el matón de Leonardo. Inclusive con la nariz rota y el brazo a punto de romperse, seguía insistiendo retorciendo su cuerpo fibroso contra aquella mole de músculos:

—¡Te marchaste sin decir nada! ¡Te amo! ¡Renuncié a tu prima Isabel!

—¿Algún ex novio del que tenga que enterarme, querida? —me increminó Leonardo tomándome del cabello y tirando hacia abajo.

—¡No! —dije manteniendo en lo posible la calma y la dignidad, ante el que creía que yo le pertenecía—. Se equivocó de chica... ya se iba.

—¡No vuelvas por mí, hazlo por tu madre! Están todos preocupados —farfulló Raúl bajo los brazos de aquel animal que lo tenía sometido.

—¡Déjame arreglar este malentendido, por favor! —le supliqué haciendo pucheritos.

En cuanto abrió su mano repleta de pecas y me liberó el cabello, me quité los tacones y caminé descalza hasta Raúl. Me agaché hasta donde estaba siendo sometido por Jimmy y le recogí la sangre con una servilleta.

Los brazos curtidos de Raúl con el manejo de los aperos de labranza, poco podían hacer con aquel monstruo de piel negra, llamado Jimmy.

—¡Raúl, por favor, regresa a casa y diles a todos que estoy bien! —le rogué horrorizada.

—Valeria, desapareciste... Dejaste una nota mal escrita en tu habitación, ¡eso no son formas cuando quieres a los tuyos! —tartamudeaba debido al codo que tenía sobre la cara impidiéndole que vocalizara.

—Por eso te dije: regresa y diles que estoy bien. No es necesario que me busquen, yo misma le prometí a mi mamá que me comunicaría con ella cuando lograra mi sueño. Estoy comenzando, apenas —me levanté y me dio tiempo a girarme, cuando noté las manos de Raúl tirando de mi vestido hacia él, se había escabullido de Jimmy.

—¡Valeria! ¡Tienes que escucharme! ¡Tienes que regresar! ¡Te necesitan más que nunca! —me suplicó de rodillas.

—Mamá seguro que sabrá cómo apañárselas sin una disléxica que juega a vestir muñecas. Ahora vete, ¡hazme caso de una puta vez! —respondí despectivamente, sin saber cómo deshacerme del ingenuo chico que vino a rescatarme.

Aquel forcejeo comenzó a incomodar a Leonardo y no dudó en poner fin a la tragicomedia romántica; mi comprador realizó un ademán a sus colegas y varios guardaespaldas rodearon a Raúl, quedando en evidente desventaja.

—¡Eres una desvergonzada, una egoísta! Irte poco antes del huracán que destruyó casi medio rancho, y que ha matado a tu padre —reprochó Raúl más serio que nunca.

—¡Son mentiras! —dije mientras la sangre que bombeaba mi corazón se coagulaba en bruscos espasmos—. Si estás tratando de que regrese por lo que sientes por mí..., mal hecho. He visto a mi padre, en la ciudad... vestido de Parachico...

—¡¡Valeria!! No sé qué te pasa, pero don Gustavo, tu papá, murió en el deslave. Le cayó parte del tejado encima, cuando trató de salvar a los niños que tú debías de cuidar —suplicó Raúl de rodillas.

Yo conocía muy bien a Raúl, y sabía que no estaba mintiendo; solo que no quería admitirlo. Entonces, perdí el control mis piernas flaquearon y me desplomé. Ahora estaba en el suelo, inhibida para llorar, privada de movimiento, pero con los oídos bien agudizados para oír aquello que me decía Raúl, mientras le llovían los golpes:

—Tu mamá comprende que te hayas ido y dice que tienes el perdón de la familia. Pero tu madre, está casi como un vegetal. ¡Tu hermano Miguel lleva en coma desde el huracán! El ganado se ha perdido, te necesitan más que nunca...

Leonardo se agachó, sacó un pañuelo blanco de su bolsillo y, con suma delicadeza, me limpió de sangre los pies, para luego colocarme los tacones.

Mirando con desprecio a Raúl, ordenó a los matones que dejaran de golpearlo y con un tono bastante templado le dijo:

—Disculpe *chavito*... pero en estos momentos Valeria me pertenece y ella no parece querer regresar con usted... En lo que a mí respecta, ¡usted está dañando mi propiedad!

—¿Propiedad? ¡Valeria no es propiedad de nadie! Es la chica más maravillosa que usted podrá conocer en su vida y, además, vale su peso en oro —mientras decía esto, Raúl comenzaba a retomar fuerza, demostrando así su fortaleza de chico rural—. ¡Y no me iré de aquí sin ella!

—Sé perfectamente lo que vale... Noventa mil pesos. Por eso mismo la compré —respondió Leonardo, mientras de su chaqueta beige sacaba una pistola, predispuesto a apretar el gatillo—. ¡Y no quiero que cualquier sabandija la toque!

—¡Pam! —Sonó el percutor vilmente.

—¡Arggg! —Gritó Raúl.

Sumida en el *shock* por la muerte de mi padre y el coma de mi hermano Miguel, no reaccioné al sonido del disparo, ni siquiera pestañeé, tan solo me aferré al brazo de Leonardo, suplicando que lo dejara marchar, mientras los dedos de Raúl se esparcían por la moqueta verde.

—¿Deseas que lo deje marchar, querida? ¿Y quién me asegura que este *chavo* estúpido, no llamará a la policía en cuanto salga? —Leonardo agitó la cabeza afirmativamente.

—¡Sí, por Dios! ¡Déjalo en paz! —sollocé.

Los cuatro que mantenían atenazado a Raúl le soltaron, dejando que pudiese taparse el orificio de su mano. Leonardo me limpió las lágrimas con el pulgar, en un gesto compasivo. Y cuando creí que Raúl se iba a marchar, Leonardo añadió, a la vez que disparaba con extrema puntería:

—¡Que descanse en paz, como pide la dama!

—¡Pum, pum! —Dos disparos impactaron en la cabeza de Raúl.

Había sangre por todas partes, su cabeza estaba deformada por los disparos. A pesar de todo, quería ir a abrazarlo..., pero Leonardo me detuvo:

—¡Tranquila, querida! Ahorita mismo nos desharemos de la basura.

Al emitir un silbido, los guardaespaldas recogen el cuerpo de Raúl y se lo llevan en dirección contraria, dejando un rastro de sangre que resalta el enmoquetado en dos tonos más oscuros de verde.

—¡Disculpe! —me atreví a pronunciar entre sollozos—. ¿Qué harán con él?

—Lo que se hace con la basura querida... ¡Quemarla! —respondió Leonardo con frialdad.

—¿Será... que... puedas darme sus cenizas? Son... costumbres...

familiares —titubeé horrorizada, aferrándome a una estúpida piedad para subsanar mi culpa sobre su muerte.

—¡Ya se verá! —exclamó Leonardo, mientras se levantaba de su sillón—. No quiero tener en casa una urna con las cenizas de tu ex novio.

Leonardo me tomó del brazo y tiró de mí, Ainara me miraba impotente por no poder hacer nada; las hermanas nos separábamos para siempre.

Mientras caminaba por la sangre aún fresca de Raúl, escuché cómo Leonardo daba instrucciones de hacer una cremación, en vez de arrojarlo a una ciénaga y quemar el cuerpo con gasolina; que al parecer era el plan que le tenía reservado a mi amigo. No podía creer que aquello fuese una práctica natural para ellos, pero de la manera que lo hablaban, parecía formar parte de su día a día.

—En la perrera de San Antón, allí no hay problemas, Leonardo. El dueño es un tipo de confianza y lo hará cenizas en su horno si yo se lo pido —afirmó Jimmy.

—¡Ándale! Antes de que empiece a apestar —le ordenó mi dueño.

Antes de cruzar la puerta, pude ver a Mamma Chloe rodeada por todos esos maletines, con la tez triste y la mirada perdida... No sabía realmente qué pasaba por su cabeza, pero nadie, en su sano juicio, podía tener la conciencia tranquila tras cometer semejante acto de crueldad... Y eso esperaba yo, que viviese a partir de ahora sumida en el más profundo de los remordimientos.

10. Nuestra primera cita



No recordaba cómo había llegado hasta aquella lujosa casa y, cuando me fui a dar cuenta, estaba sobre un sofá blanco de *skay*, tumbada boca arriba y con un traje rojo pasión con un corte diagonal, que dejaba ver mi muslo casi al completo. Ese no fue el vestido con el que llegué, y, además, alguien se había tomado las molestias de ducharme.

La vivienda estaba decorada con muebles provenzales y suelo era de parqué. Un agradable olor a vainilla inundaba el salón; y un perfume que jamás había usado en mi vida, se pronunciaba sobre mi piel... Todas aquellas mezclas de sensaciones me resultaban confusas. Todo estaba fuera de lugar, como si mi alma ocupase el cuerpo de una extraña..., como si fuese otra persona.

Aquel salón debía de tener unos cien metros cuadrados, con una chimenea al fondo forrada en piedra; cuadros orientales de dragones y bosques verdes de bambú, ornamentaban las paredes; una mesita auxiliar de cristal con patas de madera, y, al fondo, una mesa grande con un mantel salmón, formaban parte de esa decoración.

No sabía si, realmente, era de noche o de día, ya que las persianas estaban bajadas. La luz de la estancia estaba compuesta por unos leds suaves que resaltaban el fulgor de las velas que había puestas sobre la alta mesa engalanada con el mantel.

Al incorporarme sobre el sofá, pisé unas extrañas sandalias de tacón, con forma de mariposa monarca en el talón. Su tejido era de seda negra, adornadas con una pulsera de cierre de hebilla para sujetarlas. Las tomé en mi mano para observarlas detenidamente: tenían un tacón de diez centímetros y las alas de la mariposa que sobresalían hacia atrás conjugaban varios tonos. Al contemplar la suela leí: *Sophia Webster*, y comprobé que estaban sin estrenar.

Sobre la mesita auxiliar de cristal, había una nota y una rosa roja con tallo largo. La carta decía así:

“Quiero que tu primer día aquí, sea como el vuelo de una mariposa. Toma asiento en un cómodo pétalo y disfrutemos del néctar que atesora esta flor mágica.”

Me abroché los altos tacones y tomé la rosa. El nombre de Leonardo me hizo recordar muchas cosas en cuestión de minutos... Y, entonces, pensé en escapar de allí, antes de que ese poeta secuestrador me encontrase. El salón tenía tres puertas de distintos colores, con una inscripción sobre el dintel de cada hoja. Dos parecían de paso y, una que era blanca, apuntaba a la de salida. Tiré del pomo de la que estaba orientada a la calle, pero no se abrió. Luego, caminé hasta una ventana y subí una persiana: la luna me dio la bienvenida en lo alto. En la penumbra divisé un gran jardín con piscina y el portón que cerraba lo que venía siendo una casa, no un piso de bloques. De pronto, la doble puerta del portón, coronada por dos lobos acostados de piedra, se abrió hacia dentro, dejando entrar el ruidoso morro de un vehículo clásico de color blanco; la ventana por la que yo miraba tenía rejas en forma del símbolo budista: el nudo infinito.

Entonces, busqué otra salida hacia las otras puertas. Una estaba abierta y conducía a un largo pasillo donde había un teléfono de mesa. Entonces retrocedí de aquella ratonera y hallé una puerta de color roja con la inscripción: *Muladhara*, que llevaba a un gimnasio, cuyo techo acristalado hacía de tragaluz. En el gimnasio había un *jacuzzi*, una sauna de madera, un saco de boxear y un enorme espejo; donde, inevitablemente, me contemplé bajo la luz de la luna llena, y me encontré preciosa. El vestido que llevaba era de cola, de seda roja y con un escote de palabra de honor; en un lateral parecían emerger dos rosas del tejido. Me habían realizado un elaborado recogido, dejándome una onda a un lado y, en el cuello, llevaba el collar que me pusieron en el casino, según pude recordar.

—¡¡Es un *Valentino* de ochenta mil dólares, lo llevó precisamente Anne Hathaway en la gala de los Óscar de 2011!! —exclamó una voz pausada desde el dintel de entrada.

Al girarme pude ver al tipo que me compró, llevaba dos bolsas en las manos.

—¡Pues está pasado de moda! Tiene seis años de antigüedad —contesté poniéndome de perfil ante el espejo.

—No finjas ser interesante... ¡Porque lo eres! —aclaró mi dueño—. ¡Ahora cenemos! Se va a enfriar la comida. He traído “huazontles con queso de cuadra de Chiapas” del *chef* Jorge Vallejo.

—No quiero sentarme contigo... —mascullé con cara de asco—. No eres mi dueño, el amor no se compra.

Leonardo caminó hacia mí, hasta reflejarse con nitidez en el enorme espejo de pared. Llevaba un esmoquin de terciopelo azul marino y una camisa blanca, con pajarita negra.

En cuanto a sus cabellos chocolate, lucían lacios; peinados a un

lado y un poco de flequillo que le caía sobre la ceja. Un peinado de “niño bueno”, cuyo rostro lampiño le daban aires de galán.

—¿Espero que no estés disgustada por el recogido? La peluquera que contraté tiene buena mano. Fue difícil hacerte un recogido, mientras dormías —argumentó con aquellas voz varonil y pausada.

—¿Dormida? —exclamé girándome hacia él—. Drogada mejor dicho, ¿no? ¿Y quién me ha duchado? ¿Quién ha manoseado mi cuerpo? ¿Quién ha abusado de mí mientras estaba inconsciente?!

Leonardo me miró de arriba abajo, feliz por el resultado. Yo era unos centímetros más alta que él.

—Necesité ayuda para mover tu metro sesenta y mucho hasta la bañera, luego Jimmy se marchó y me quedé con Renata, mi amiga. Ella te enjabonó, mientras yo te observaba.

—Eso me tranquiliza... ¡Eres un cobarde! Un hombre inteligente y atractivo como tú, secuestrando a jóvenes con familia —le reproché.

—¡Por favor, vamos a la mesa! Te lo explicaré todo. Sé que tienes preguntas, y, yo, todas tus respuestas.

Leonardo me hizo un ademán, indicándome el camino de vuelta. Caminé hacia el salón, haciendo un incómodo ruido de tacones contra el parqué. Sobre el sofá, había ahora una caja sorpresa de color roja, que me recordó a la misma Navidad. Luego cerró la puerta y se adelantó, retirando caballerosamente una de las cuatro extravagantes sillas con forma de flor negra.

—Mariposita..., siéntate en tu flor —dijo acomodándose y tirando de la cola del traje hacia fuera—. Quizás sea un poco cursi este diseño del japonés Masanori Umeda, pero es lo que requiere una chica como tú.

Luego rodeó la mesa y apagó un par de llamas con la yema de sus dedos: restando un punto de luz a la estancia. Seguidamente, se quitó la chaqueta y la colocó sobre un pétalo de los cinco que decoraban las sillas de terciopelo negro. Tomó entre sus manos una botella lustrosa con el gollete dorado, y sirvió dos catavinos.

—¡“*Gran señor de Urium*”! Uno de los vinos más caros del mundo, criado en Jerez de la Frontera... es un regalo de Diego Peña, el Gitano, él es de España.

—Soy más de agua mineral con las comidas —aclaré—. Por si lo has olvidado, cuidaba mi cuerpo para otros fines muy distintos a ser la esposa forzada de un delincuente.

—Lo elegí especialmente para ti, ya que su curiosa historia me recordó a ti —guardó silencio para servir mi estrecha copa—. Métete en la situación: una bodega en ruinas de Jerez fue vendida a un nuevo propietario. Este fue comprobando el jugo de las botas que allí había, y, una a una, fue desechando los caldos que estaban amargos al paladar. Pero, de entre todas esas botas vacías y barriles sucios,

encuentra un tesoro: una bota de roble americano, que llevaba más de ciento cuarenta años envejeciendo..., a día de hoy, es una joya enológica que pocos paladares pueden deleitar. Hablamos de 810.000 pesos.

—No es necesario que me digas el precio de todo..., mi mente solo hace comparaciones de mi valor y ese vino español cuesta más caro que yo —me indigné—. No me interesan tus lujos caros...

—¿Y qué te trajo aquí? Quieres lo que todo el mundo anhela: una vida de ensueño.

—Hasta la academia, me llevó un puto poema...; hasta ti, una mala jugada del destino —le aseguré.

—Si te soy franco, no creo que un poema te haya traído hasta aquí. Ha sido tu ego, tus ansias por ser la más guapa y mostrarte, en este competitivo mundo, como una reina a la que admirar...

—Yo solo quería ser modelo —di un trago—. ¡Y vos me comprasteis como a una mascota!

—¡Te salvé!! —gritó convencido—. Jamás lo olvides.

—¿Tengo que darte las gracias? Pues perdona..., gracias por retenerme en contra de mi voluntad, gracias por no dejarme volver con mi familia y por sentirme como una mierda, por ser la culpable de la muerte de Raúl...

—No te merecían aquellos narcos. Son gentuza y acabarías haciendo servicios sexuales en un local nocturno —intervino.

—¿Por qué yo? ¿Por qué mataste a Raúl? Era una buena persona.

—Estaba en el sitio equivocado, y, además, me puso a prueba ante la competencia —esclareció Leonardo.

—Solo quería sacarme de aquella locura, solo hizo lo que haría un amigo de verdad, cuando cree que estás en peligro —dije.

—Este mundo es muy complejo, Valeria. Somos tiburones en un vientre materno, depredadores en un útero, donde solo tiene derecho a nacer uno; muestra un signo de debilidad y serás devorado por tus hermanos... ¡Y el imbécil de tu novio, me puso en evidencia! Era solventarlo allí o perder el respeto que me he ganado como sicario.

—Lo conduje a una muerte segura, ¡maldito Instagram! —sollocé.

—No te sientas culpable. Ese estúpido se metió en un laberinto sin salida. Si no lo hubiese matado yo rápidamente, esos locos lo hubieran torturado como entretenimiento, ya que seguro que pondría una denuncia ante la policía.

—¿Y ahora qué? ¿Qué va a ser de mí? —pregunté, visiblemente horrorizada.

—Pagué por ti, para desposarte. Desde que te vi en aquel mercado, supe que serías mía...

—¡Dudo que me recordases en tus delirios de secuestrador!

—Por suerte o desgracia sufro hipermnesia, o, lo que es lo mismo,

memoria fotográfica. Recuerdo los *leggings* blancos que llevabas puestos, tus botas de lentejuelas, el olor de tu perfume barato, ese gesto de pómulos al ver al sicario apuntándote..., todo.

—¿Memoria fotográfica, entonces? Pues archiva esto en tu mente: ¡¡No me voy a casar contigo jamás y menos aún te voy a querer, hijo de puta!!

—No te vuelvas vulgar. Destacaste del resto por tu porte, tu elegancia y esa mirada pura...

—¿Pura? ¿Piensas que soy virgen? Pues te equivocas, llegas cinco años tarde.

—Me parece que tienes un tinte erótico vainilla, solo es eso —me acusó.

—¿Le vas poniendo nombre a los colores de cabellos? Este tono se llama "*cream soda*", para tu información...

—Atractiva, delicada y graciosa..., la combinación perfecta —sonrió en aquella broma que no entendí—. Solo necesitas evolucionar de sabor, y me encargaré de amplíes tu abanico sexual. ¿Conoces el *bondage* japonés o *kinbaku*?

—Si lo que quieres es tomarme. Olvídate de cenas y vinos caros. ¡Fóllame y déjame volver a mi casa de una jodida vez! ¡No quiero ser tu mujer, me entiendes...! —farfullé encolerizada.

—¡Cálmate, Valeria! —gritó poniéndose en pie—. Lo segundo no va a ocurrir y lo sabes...

Su mirada se turbó. Aquellos ojos marrones se volvieron de "*sapelli*", como dos puertas de madera, que me cerraron dándome un portazo en la cara. Entonces, supe que aquello iba en serio. Toda esa cena con cosas caras, buscaban enmascarar el drama al que me estaba sometiendo. Pero yo cada vez lo veía todo más claro, y recordé el teléfono que había en el pasillo cuando intenté huir de la casa instantes antes de que él llegara... Entonces improvisé una excusa para llegar hasta él.

—¡Está bien! Acepto. Déjame asimilarlo... pero necesito ir al baño —clavé mi mirada en sus ojos de madera y, como un ariete medieval, derribé sus puertas.

—Voy contigo... —espetó.

—¿Quieres que seamos pareja, pero no hay confianza entre nosotros...? ¡Empezamos mal! Soy una persona muy íntima —le mentí.

Leonardo estiró con sus dedos con uñas de manicura, una arruga en el mantel que desde hacía rato le venía molestando y, luego, aceptó a regañadientes mi propuesta, remangando su camisa y ojeando su flamante *Rolex*, para controlar el tiempo:

—La puerta verde azulada, la del quinto *chakra*, y luego la primera a la derecha. ¡Tienes dos minutos!

Volé sobre aquellas mariposas hacia el salón en busca de un teléfono. Tenía dos minutos para intentar algo, antes de que aquel galán de telenovela me violara. Al correr la hoja verde azulada, a un lado, vi aquel largo pasillo repleto de puertas de más colores. El teléfono estaba sobre una mesita tallada de madera caoba, simulando la forma de un buda panzudo.

No perdí el tiempo, y, sin mirar atrás, aleteé hacia el teléfono *vintage*. Una vez junto a él, dudé si era de verdad o no —más bien parecía un *atrezzo*—. *Pero hallé el cable que iba a la pared. El problema, es que tenía un disco de marcar y en la granja habíamos tenido un ruidoso teléfono de esos.*

—¡¡Un minuto, Valeria!! —gritó desde la mesa Leonardo.

Entonces, me quité los ruidosos tacones y corrí hacia el baño, abrí el grifo y volví al teléfono. Marqué, trazando tres semicírculos el número de emergencias: 089.

—Denuncia anónima de Chiapas, ¿dígame? —sonó al otro lado del teléfono.

—Hola, mi nombre es Valeria Méndez... y estoy secuestrada. No puedo dar más datos, no sé la dirección, pero el individuo se llama Leonardo de Regil Xacur.

—¿Calle, dirección...? —me preguntó.

—¡No sé! Es una casa con jardín y piscina... Tiene dos lobos acostados sobre las pilastras de la puerta —respondí.

—Localizamos domicilio... aguarde la llamada.

Colgué y, de puntillas, caminé hacia el baño. No me dio tiempo a cerrar el grifo, cuando tenía a Leonardo tras de mí, con las manos en cruz, bajo el dintel de la puerta.

—¿No tiras de la cisterna? —me interrogó— ¿Por qué te has quitado los tacones?

—¡Perdona! —tiré de la cadena—. ¡¿No sabes lo incómodo que es sentarse en el inodoro con las piernas sobre diez centímetros de tacón?!

Leonardo miró las puertas del pasillo y comprobó que estaban cerradas. Luego me miró, sospechoso, con aires de detective y entonces le planté un “beso de Judas” en los labios.

—Esa es la actitud, mariposita... —añadió sonriente, marcando dos hoyuelos en aquel rostro sombreado por el flequillo que caía a ambas sienes.

Caminé hacia la mesa de puntillas, con los tacones en las manos, y, una vez sentada, me abroché los tacones. Comí sin rechistar aquel plato de plantas comestibles con queso, que estaba exquisito. Ahora mi huida iba viento en popa y solo tenía que demorar la noche de bodas; debía poner a prueba las clases de interpretación y expresión facial, que aprendí en la academia.

—El vino está muy bueno..., muy dulce —añadí tomando un largo trago en aquella esbelta copa.

—El vino es como el sexo. Tiene preliminares antes de catarlo... Primero el olfato: se agita la copa, para que el vino se abra y desprenda su aroma; luego la vista: la edad, el tono, la belleza, la estructura; y, finalmente, el gusto... —tras oler el contenido dio un sorbo corto sin despegar su mirada felina de mí—, ahí es donde se valora la textura, el sabor, el placer verdadero, la persistencia de las sensaciones...

—¿Eres un sibarita del vino? —pregunté para entretenerlo.

—De la vida en general, sí. Me gusta lo exquisito —se mordió el labio, mostrándome sus dientes grandes y blanqueados.

De repente, su celular sonó y mi pecho vibró. Lo miré con un gesto extraño, que él captó. Sacó el celular y sin mirar la pantalla, lo arrojó al fondo del salón —sin lugar a dudas, el vino le estaba haciendo efecto.

Luego, la llamada saltó al teléfono fijo del pasillo.

—¡Seguro que es Jimmy o Renata! Se habrán metido en algún lío..., pero nadie va a interrumpir nuestra primera cita —aseguró Leo.

Mi plan iba sobre patines, necesitaba tan solo retenerlo lo suficiente, como para que llegase la policía y lo metiera en un puto agujero por secuestro. Así que continué amoldando mis facciones a las circunstancias:

—¿Y qué hacía un tipo como tú, hace siete meses, en un lugar con tan poco glamur como el mercado de abastos?

—Trabajaba. Le enseñaba a nadar en este mar de tiburones a Alexander, el hijo de don Marcos el Kraken Cruz.

—¿Tanto peso tiene sobre vosotros ese Marcos? Oí a Mamma Chloe discutir con él —pregunté.

—Es el capo..., el líder del cártel de Chiapas. Digamos, que el hombre más poderoso del sur de México...

—Y tú eres su mano derecha —espeté.

—Simplemente estoy a su servicio. ¡O estás con él, o bajo él! Y no me gusta estar bajo la fusta de nadie..., digamos que soy yo al que le gusta azotar... —alargó la última palabra tomando un sorbo de aquel *Sherry* de ciento cuarenta años.

—¿Eres un menudista^[7]? —le pregunté.

—¡Ja, ja, ja! —carcajeó—. Un “menudista” no puede aspirar a una vida así. ¡¿No ves el lujo que te rodea, mariposita?! La ambición me ha hecho llegar a estos niveles de riqueza. Y te aseguro que no ha sido fácil ser un sicario en la élite.

Tragué saliva bruscamente, y tomé un sorbo de aquel vino avellanado, para digerir la información que, con total naturalidad, me reveló aquel asesino.

—¿Y le enseñabas a matar al hijo del capo? ¿A la luz del día? ¿Y por qué tú?

—Estos niños mimados, viven ajenos a los negocios de sus padres. Duermen en hoteles de lujo, montan sobre coches exuberantes, estudian en universidades de Estados Unidos, y salen a locales de prestigio, donde sus discusiones se limitan a conquistar la chica más guapa... Pero llega un día, en que su papá quiere dejar el negocio en manos de sus herederos. Y, para eso, necesitan la persona apropiada, ¡a un tipo duro sin escrúpulos!

—No entiendo la facilidad con que una persona se vuelve sicario. De la universidad al crimen organizado...

—¡Je, je, je! —se mofó—. Alexander, el hijo bastardo el Kraken, es como un gorrión que quiere ser halcón. No tiene nada que ver con este mundo. Además, él odia este medio casi como tú. Se ve obligado a tomar el relevo, sabe que será el objetivo del cártel contrario y, si no se hace fuerte, será una víctima más. Tiene una relación amor-odio con su padre.

—Me resulta surrealista que cobres por matar, por privar a una persona de los suyos, de amar y vivir su vida a su manera, sobre todo cuando claman por seguir viviendo —respondí sin ambages.

—Mi vida no fue fácil, yo fui un niño sin padres en las calles de Tapachula. Carecía de ropa y comida... Pero el cura del pueblo me ayudaba con su caridad. Un día me apadrinó el cártel, y yo los vi como mi familia —dejó el relato, como visualizando con nitidez ese instante—. Empecé como vigilante, solo tenía que avisar si los uniformados patrullaban por la zona y me daban cuatro mil pesos a la semana. Luego, estuve sembrando, empacando, hasta que un día tomé una pistola y le arrebaté la vida a mi supervisor. Mi sangre fría le gustó a los jefes y me convertí en un tirador experto. Estuve en Colombia y Bolivia, hasta que tuve que marchar a Japón, allí me uní a los Yakuza. ¡Nos disponíamos a expandir el negocio a Oriente!

—¿Y qué te hizo volver? Japón es más próspero que México —entrevisté al asesino haciendo como que me interesaba su cruda vida.

—Las japonesas son feas... —bromeó—. Cuando el dinero abunda en tu vida, te sientes vacío, parece que todo a tu alrededor se desvaloriza. El cártel es como un reino, donde si lo haces bien puedes llegar a ser el rey. Y esa opción, de sentirte por encima de todo, es algo mejor que la riqueza... Sentirte el hombre más poderoso de todos los criminales, no tiene parangón.

—¡Ring, ring! —El teléfono sonó en el pasillo. Leonardo se levantó y me pidió permiso con rostro de preocupación.

Caminó apresurado, sobre la tarima del parque. Acudió hasta el teléfono y lo escuché hablar. Mamma Chloe, en una ocasión, nos dijo que para noquear a un violador, había que atacar en ojos, cuello y

testículos, pero Leonardo era un sicario; y habiendo cuchillos y tenedores sobre la mesa, no iba a estropear mis uñas.

—¿¡Valeria... tú me pides confianza?! —gritó Leonardo desde el pasillo—. ¡¡La mariposita se ha convertido en avispa!!

Me quité las putas mariposas y me escoré tras la mesa con la espalda contra la pared; al fondo hallé un curioso cuadro de un lobo sobre un león y un tigre ensangrentados.

—¿¡En qué coño estabas pensando, eh? ¡He intentado ser amable contigo! ¿Y así me la pagas, carajo?! —se enfureció endureciendo su rostro de sicario.

—¿Qué pensabas, que me iba a enamorar de ti por haberme comprado como a una perra? ¿Qué me ibas a conquistar con estos zapatos y trajes caros? ¿Con tu memoria fotográfica para recordar los precios de cada objeto? —contesté evidenciando sus intenciones—. Raúl no necesitó ninguna billetera para conquistarme...¡Hacíamos el amor cada dos días, en un bonito cenote! Y lo consiguió oliendo a sudor, con un cuerpo trabajado en el campo y una vieja moto que siempre estaba sucia. ¡El dinero es importante, pero el respeto más!

Leonardo afinó más aún su mirada, y tomó el regalo que estaba junto a la puerta. Tiró del lazo y abrió la caja. De esta, sacó una bonita urna de cerámica.

—Aquí están los restos de tu novio. Y, como lo amas tanto, tus cenizas se unirán a las de él para siempre.

Desde lejos le arrojé uno de los cuchillos, intentando saltarle un ojo. Pero lo esquivó con maestría. Soltó la urna en el suelo y corrió hacia mí. Cuando me di cuenta, me tenía arrinconada entre la mesa y la chimenea. En un último gesto por sobrevivir, agité el tenedor, buscando su yugular. Pero fue en vano, me desarmó y me tomó del cuello.

Ahora respiraba sobre mí, echándome el aliento caliente en la cara. Notaba cómo temblaba —supongo que se estaba conteniendo para no arrancarme la cabeza—, su perfume era sacudido contra mí, mediante los espasmos de su musculoso pecho.

—¡Maldita seas...! ¡Qué desperdicio! —dijo con la boca pequeña, arrastrándose hacia el centro del salón.

—¡Rinnngggg! —Sonó el interfono, desviando su atención.

—¡Sshhhhh! —me indicó mientras se acercaba a la pantalla del interfono—. Ahora te vas a callar. Si no les digo que entren, me van a destrozarse la casa para entrar.

—¡¡Socorrooooo!! —grité hasta que me quedé sin aliento, debido a las patadas que aquel hombre violento comenzó a darme—. ¡Ahh, ahh, arggg!

Leonardo pulsó la apertura automática. Y de los pelos me arrastró sobre el parqué hasta el gimnasio. Cogió una comba de saltar y me

hizo un fuerte nudo que me cruzaba la boca abierta separando mi mandíbula y anudando mis manos; me recordaba al bocado que se le ponía a los caballos cuando eran montados.

—¡Policía, abra la puerta!! —se oyó una voz aguda, luego unos pasos resonaron—. ¡Las manos sobre la cabeza! Soy el agente Solís —hizo una pausa y pulsó lo que parecía el *walkie*—. Capitán Omar Espinosa, puede pasar... el sujeto está desarmado.

Aquel apellido me dio la vida. Era el pendejo que me tocó el culo en la carretera, el guapo agente y su gracioso compañero. Entonces grité con todas mis ganas, mientras me arrastraba por aquel suelo, maniatada y amordazada.

—¿Qué motivo les trae por mi casa a estas horas? —escuché a través de la puerta.

—Se realizó una llamada desde el teléfono de su domicilio... una chica pidiendo auxilio —aclaró uno de los uniformados.

—¡Habrà sido una confusión señor agente! Como puede comprobar..., estoy solo —mintió Leonardo.

—Pues sobre la mesa estoy viendo que hay dos platos, dos copas y unos tacones de mariposa ahí tirados... —añadió otra voz que me resultó simpática, y supe al instante que era su compañero de patrulla.

—Está bien, me has pillado... Ya sabes cómo son las chicas de hoy en día: te seducen en un local, se pasean en tu carro, te prometen el cielo y cuando están hartas de comer y beber, te dejan tirado, justo antes de llevarte a la cama... Pero se marchó —argumentó Leonardo, demostrándome lo embaucador que era.

—La chica nos aseguró, que estaba retenida en contra de su voluntad... —aclaró el que parecía más implicado en solventar la llamada de auxilio.

—¡Estuvo! Ya se marchó, agente Solís..., me puso tan caliente, que me prometí que no saldría de aquí sin probarla..., ya me entiendes... Y se asustó.

—¡Solís! —dijo la inconfundible voz de Omar Espinosa—. Leonardo es un viejo amigo, relájate. Entiendo que llevas una semana en el cuerpo y quieres destacar, pero no es bueno correr tanto, puedes tropezar inesperadamente.

—¡Míralo por el lado positivo! —dijo una voz de humorista, que reconocí al instante—, esa descarada se ha ido, y nos ha dejado vino para los demás...

Leonardo sirvió una copa, pues oí el murmullo del vino cayendo sobre el vidrio.

Aquellos eran los dos agentes, con los que me crucé en la carretera aquel fatídico día en que cogí una nota escrita por el diablo en aquel mercado; era Omar Espinosa y su amigo Flores. Entonces grité con más fuerza, pues me parecía surrealista que se estuvieran tomando

una copa de vino junto a una persona a la que acababan de denunciar telefónicamente.

—Le hacía más varonil, Leo, pero veo que le gustan las barritas aromáticas de vainilla, las flores como sillones y escribir notas... —dijo con tono comediante el agente Flores revisando el salón.

—¿Es un ron caro, no? —añadió Solís, el novato.

—Es un vino tipo “palo cortao”, de Jerez —apostilló Leonardo.

—¿Dónde está Jerez, en Tijuana? —preguntó el agente novato que parecía el único que tenía interés en saber de mí.

—¡¿Qué prueba de acceso hacéis los policías?! ¿Al menos sabrás donde está España, no? —se burló Leonardo molesto.

—Claro..., claro... —respondió tomando un sorbo.

—Está muy dulce, seguro que ha costado caro, solo la botella lo merece —dijo Omar Espinosa paladeando ruidosamente.

—Tiene ciento cuarenta años de edad..., “*Señor de Aurum*”, es un vino muy longevo —argumentó Leonardo.

—¡¿Entonces estará caducado?! —añadió el novato.

—Edad a la que muchos de nosotros no llegaremos... —espetó Facundo Flores.

—¡Shhh! —exclamó Solís—. ¿No escucháis unos gritos? Suenan en esa habitación. Voy a comprobar.

—¡Lo que suena son tus tripas, dándote las gracias por no verterle ese tequila tan malo que ingieres los fines de semana! —respondió entre risas Omar Espinosa contagiando al resto.

Lo siguiente que oí, me dio esperanzas:

—¡Este pendejo nos está ocultando algo, y voy a averiguarlo! Aquí hay gato encerrado —añadió Solís con aires detectivescos.

Las sillas en forma de flor rechinaron sobre el parqué y los pasos cada vez se oían más cerca. La puerta del gimnasio se abrió y entonces los vi a los cuatro, desde el suelo.

—¡¡Pero, qué carajo!! Ándale Flores, encañona a este *hijoeputa*, mientras desato a la chica.

El joven agente, tendría mi edad, a lo sumo. Estaba rapado al cero y estaba como su jefe, bastante musculado. Noté sus manos desatándome con premura; mientras yo, desde el suelo, contemplaba cómo ni Flores ni Omar Espinosa, apuntaban a la cabeza a Leonardo, sino que sonreían.

Ya sin la mordaza en la boca, puede gritar:

—¡Este malnacido, me ha comprado y ha asesinado a mi mejor amigo de un disparo!

Solís tiró aquella cuerda a un lado, y se puso en pie dispuesto a leer los derechos a Leonardo, pero vio que los tres estaban bastante serios.

—¡¿Qué hacéis?! ¿No vais a arrestar a este individuo? —dijo Solís encañonando al que me ató.

Leonardo avanzó hasta el joven agente, caminando con paso firme. Y, sin que le diera tiempo a reaccionar, le arrebató la pistola de una patada. Luego comenzó a darle puñetazos y nuevas patadas, hasta llevarlo contra el saco de boxear; la paliza que le dio fue un recital de artes marciales, que me recordó a las películas asiáticas que me traía mi prima Isabelita, para ver en familia. Una vez en el suelo, le arrebató la cartera y comprobó el domicilio familiar.

—Soy Leonardo Cachorro de Regil. Un sicario muy cabrón y millonario, al que a partir de hoy estarás de su lado. En mi casa serás ciego, sordo y mudo... o, de lo contrario, iré a tu casita y mamita morirá de un trágico accidente, ¿entendido? —amenazó al novato.

El joven asintió desde el suelo, con la boca ensangrentada. Mis esperanzas se esfumaron en aquel mismo instante. Así que corrí hacia afuera, aprovechando aquel trato de corrupción, que tenía sumidos al agente novato y al narcotraficante. Pero Flores y Omar Espinosa me cerraron el paso y me retuvieron del brazo:

—¡Qué caprichoso es el destino! Si es ese angelito del rancho de quesos que casi nos quita la vida en la carretera —adivinó Omar.

—Estás aún mejor que antes, el lujo te ha sentado muy bien —espetó Flores.

—¡Soltadme hijos de puta! Sois policías... ¡Tenéis que hacer algo! Me va a quemar viva... —sollocé.

—¿Os conocéis de antes? —preguntó Leo sorprendido.

—Sí, me he acostado con los dos para pagar una multa —añadí, aguardando que Leonardo les disparara como hizo con Raúl.

—No, no, no, no... Esta güerita de rancho, está loca del casco. Es una kamikaze de la carretera —se excusaron ante Leonardo.

—¿Sabéis dónde vive? —intrigó Cachorro.

Aquella pregunta me horrorizó

—Eso te va a costar caro, Leonardo. Es información confidencial —espetó Omar Espinosa.

—No se lo digáis por favor... —le supliqué a los agentes.

—¿Y cuándo el dinero ha sido una preocupación para mí, amigos? —dijo Leonardo tirando del brazo del novato—. ¡Tú! ¡Levanta del suelo de una puta vez, y reúnete con los mayores! ¿Cuánto ganas al mes?

—Unos once mil pesos —respondió el uniformado.

—Pues te daré una paga extra cada dos meses. ¿Quieres esa opción o estar bajo tierra? —sugirió Cachorro.

—Acepto, acepto... Veo que mis compañeros y yo, estamos del mismo bando...

Leonardo, de un ademán nos llevó hacia el salón, y se arrodilló junto a la chimenea como para encenderla. Pero allí no había restos de hollín ni de leña, solo había mármol inmaculado. De un ademán,

movió una de las losas y sacó un fajo de billetes, que aquellos hombres sin corazón, no dudaron en agarrar entre sonrisas.

—Muy generoso, Leonardo..., la chica vive en un rancho de San Cristóbal de las Casas. Pero es difícil retirar una denuncia, a no ser que haya un parte de defunción —añadió el sobornable capitán de policía.

—Conozco el procedimiento, Omar Espinosa... Ahora tienes una misión con el novato ¡Quiero una prueba de lealtad! —exigió Leo.

Mientras yo lloraba, sin que nadie me echase cuenta, Leonardo se acercó hasta mí, me subió el traje rojo y, de un brusco gesto, me bajó las bragas hasta los tobillos. Luego una vez las tenía en su poder, las arrugó en su puño, las olió y las metió en la caja sorpresa, junto a la urna de cenizas.

—Agente Solís, toma estas cenizas e irás junto a Omar Espinosa a ese rancho de San Cristóbal de las casas. Y haréis entrega a su mamá —dijo señalándome Leo—, de los restos de su hija que apareció muerta en un descampado.

El joven Solís, tragó saliva varias veces, agitando su nuez como si fuese una pelota de corcho bajo el agua.

—Bueno, ya es hora de dar parte a la central —añadió Espinosa—. Recuerda esta primera lección, Solís, para sobrevivir en México como uniformado.

—Si no es mucho preguntar, ¿qué destino le espera a la chica? —preguntó preocupado aquel joven que, en cierta manera, me recordaba a Raúl.

—No tenéis alma, sois policías estatales, no podéis decirle a mi madre esa mentira. ¡Estoy viva y retenida! —solté entre sollozos indignada.

—Lo siento señorita, pero mi vida y la de los míos va antes que la de los suyos —contestó el novato mirando la caja de regalos.

Entonces le escupí. No entendía qué poder tenía Leonardo sobre la ley, y, cómo siendo tres policías, no mataban allí mismo a Leonardo.

—Decidle a su mamá, al menos, que tuvo un accidente... ¡Qué falleció sin sufrir! —dijo Flores apiadándose de mí.

—Pues hazlo... —consentí entre lágrimas—. Ya llevan mucho sufrimiento.

Los policías se fueron, estrechando la mano del sicario. Cuando la puerta se cerró, fue como si la vida me diese la espalda. Leonardo me miró con malicia, y, sin mediar palabra, me derribó contra el suelo y me arrastró hacia el gimnasio de nuevo; yo ya no me resistía a sobrevivir.

Cerca del *jacuzzi*, la sauna de madera tenía una puerta con un marco de cristal y luces que cambiaban de colores en su interior; de un empujón me metió dentro. Luego cogió la comba de saltar, y me

ató de manos y piernas con maestría. Después, con un destornillador, desmontó la manivela interior de apertura.

—No has querido ser mi esposa por las buenas, así que... ¡lo serás por las malas! —me amenazó cerrando la puerta de aquella claustrofóbica caja de vapores y dejándome sola en la oscuridad de aquellas luces suaves.

11. Exudando emociones



Las tres primeras noches, pasé un terror horrible encerrada en aquella claustrofóbica sauna. Todos los días pensaba en mi madre, en mi hermano, en mis primas... Incluso, me acordé de Ainara, mi amiga de academia. No sabía si seguían con vida, o si descansaban en paz, junto a mi padre o al bueno de Raúl.

La incertidumbre se cernía como una vil oscuridad en mi pecho, pensando que en cualquier minuto podían venir y volarme la cabeza. La rutina en aquellos tres días de encierro en la sauna, siempre transcurría del mismo modo: por las mañanas, Jimmy venía y me daba un par de patadas; luego me ponía un bebedero de perro con agua, en el que escupía y, antes de irse, me insultaba.

Cuando la luna asomaba por la claraboya, volvía Leonardo. Se quitaba la camiseta y golpeaba con rabia aquel saco de boxeo. Luego se duchaba con un gel de aroma exquisito. Más tarde entraba y me daba algo de comer, normalmente un taco de frijoles o pollo, sin mediar palabra. Después, se oían unos zapatos de aguja en el salón, risas y unas tres canciones de reguetón suave y bachata, que acababan en fuertes gemidos y gritos de placer.

El cuarto día, como de costumbre, apareció Jimmy, que tras haber cortado el césped, me dio un par de bofetadas, escupió en mi bebedero y me lo llenó con una botella. Pero ese día, sobre las cuatro de la tarde, se aproximaron hacia mí aquellos tacones que siempre escuchaba bailando junto a Leo. Pude, entonces, ponerles cara: Renata se llamaba la dueña de ese taconeo ruidoso. Leonardo ya me había mencionado su nombre: “Fue la que hizo el arreglo para nuestra primera cita tras el casino”, me dijo.

Renata abrió la puerta de mi prisión de madera; llevaba unos zapatos de mariposa como los míos y un traje de minifalda negra. Su piel era bastante oscura, parecía guatemalteca. Tenía unos exuberantes pechos y unos muslos prietos. Debía de tener unos cuarenta y cinco años.

—¡Mira la zorrita! Llegó hecha una reina y ahora duerme sobre su propia mierda —ilustró mi lamentable estado con cierta tirria en sus palabras.

—¿Puedes llamar a la policía, por favor? ¡Te lo ruego! —imploré acurrucada desde el suelo.

—¿Te creías especial? Mira estos zapatos, son iguales que los que tú

llevastе... y son otro número. ¿Sabes por qué? Pues porque Leonardo tiene un armario lleno de trajes y zapatos de todas las tallas. Y esos trajes y tacones no te hacen especial, solo eres un capricho. ¡Yo soy con la que siempre se queda! —argumentó Renata.

—¡Quédatelo! Yo no quiero a ese mafioso al que llamáis Cachorro.

—Tú no, pero él a ti sí, y ese es el problema —dijo mientras me jalaba del pelo con fuerza—. Me ha costado muchos años y sacrificios, estar donde estoy. Me recuerdas a mí al principio, cuando entré en esta casa para ser la profesora de baile de Leonardo. Hicimos el amor por primera vez en esta sauna, la llenamos de vapor sin necesidad de encenderla... Pero no fueron los pasos de baile, ni el cabalgar como una vaquera sobre su torso firme, fue el entender el perverso mecanismo aloja tras esa verga: ¡ser una sumisa de sus amarres japoneses!

—Pues déjame huir, y así te deshaces de mí —sugerí buscando su empatía.

—¡Ni hablar! Vendré cada día, guapa, perfumada y bonita. Las chicas competitivas como tú, no son nadie, sin una buena capa de maquillaje y peluquería. Y, cuando pueda, te cortaré la cara de angelita que tienes, para que a Leonardo le den náuseas de ti... Desmontaré tu autoestima ladrillo a ladrillo —me amenazó Renata demostrándome sus perturbadoras intenciones.

—Entiendo que has sufrido mucho en esta vida... Esa actitud de poca piedad te delata. ¡Pero con esto no ganas nada! ¡Huyamos juntas! —propuse.

—No voy a ir a ninguna parte, Leonardo me hace sentir como una princesa y fuera no tengo a nadie —respondió Renata—. Estas tetas las pagó Leonardo, este culo también... Ahora soy un caramelito gracias a su generosidad. Además, solo yo sé entender su sexo.

Mis conversaciones con ella, se sucederían, desde aquel día en adelante, siempre en aquella franja horaria; tres horas antes de que viniese Leonardo de hacer su sucio trabajo de sicario.

Las siguientes cuatro noches, las recuerdo por el hedor que yo misma desprendía, ya que me tenía que orinar encima, con los tobillos unidos por una cuerda. Podía recostarme en los bancos de madera. Al principio me resistía a defecar, pero me iba a estallar la tripa... Me daba asco a mí misma, me avergonzaba que entrasen tan bien perfumados a contemplarme.

Mi única distracción era recrearme en mis mejores momentos, en cosas que me hacían feliz; también ensayaba el ascensor de dedos, como si tocase el piano a fin de enfocar me en alguna actividad en las largas horas de soledad... No quería perder el norte.

En el devenir de los días, se hizo evidente que el escolta Jimmy y la bailarina Renata mantenían una aventura de sexo a espaldas de

Leonardo. Consumían cocaína, y me abrían la puerta de la sauna para que los contemplara mientras fornicaban. Me obligaban a mirarlos, pero yo más bien lo que hacía, era respirar el aire limpio.

Al llegar el noveno día de secuestro, colocaron un espejo de medio cuerpo, para que viese mi estado con el paso de los días. Poco a poco, naturalicé el dolor de las palizas, no me importaban tanto tampoco esas humillaciones, pero sí me molestaba que ninguno de los tres me hablase, que no me preguntasen si me dolía algo o si necesitaba algo. “Me estaba volviendo loca, sin lugar a dudas.” Me sentía culpable, desahuciada sin realmente haber hecho nada malo.

Pasaron quince días, todos mis intentos por convencer a Renata de aquella locura, se tradujeron en más palizas por parte de Jimmy, incluso ella se orinó sobre mí, humillándome algo más si cabía.

Renata y el escolta de Leonardo, practicaban un sexo desmedido en aquel gimnasio, a espaldas de su jefe... La bailarina tenía la libido por las nubes.

—¡Sácame de aquí! ¡No soy una perra! —le propuse a Jimmy con el fin de que me dirigiese unas palabras.

—Es el proceso. No eres la primera a la que le hace esto. Nosotros somos los malos y Leonardo tu salvador... esa es la idea. Al final, siempre lo consigues, y lo amarás, lo necesitarás... ¡Nosotros, mientras, nos divertimos humillándote!

—Mi madre te pagará mi rescate, tenemos vacas, leche, quesos, un caballo...

—¡Ja, ja! ¡¿Quién lo diría?! Una modelo de rancho...

—Pon precio a mi fuga... pero déjame irme —le propuse.

—Dos vacas y un lote de quesos..., ¿piensas que tú vales eso? Leo pagó noventa mil pesos por tu cuerpo.

—¿Y tú? ¿Cuánto vales? ¿Cuánto cuesta una vida? ¿Una muerte a tus espaldas?

—Estás resentida por tu “novito”, ¿ese huevón! Tuve que quemarlo por capricho tuyo. ¡El *hijoeputa* era duro! Tuve que azotar sus huesos con un hierro para triturarlo... es curioso cómo un cuerpo de un metro setenta, después de calcinado, cabe en una cajita de zapatos.

—¡Malnacido! ¡Desgraciado! Él era un niño bueno, honrado y acabó con un tiro en la cabeza —maldije encolerizada, luchando con mis ataduras.

—Todos hemos sido niños y..., buenos. Pero la vida, la política de un país que te empobrece, te obliga a tomar decisiones... ¡Y estás frente al cañón o tras el gatillo!

—Raúl vino a salvarme, me amaba de verdad. ¡Tú morirás sin saber qué significa querer! Un matón no puede ser amado ni por su madre...

—¡Quién necesita el amor cuando tiene dinero! —apostillé convencido.

—¡Todos! —espeté—. El amor es el sentido de la vida, la base de nuestra religión.

—¿Ahora te encomiendas a Dios? Yo ya hace mucho que lo cambié por Jesús Malverde, el santo de los narcotraficantes.

—Raúl también era creyente, a su forma, pero lo era. Se iba a casar en una iglesia con mi prima Isabel..., pero ahora no hay rancho, padrino, ni novio..., solo ruina.

—Bueno güerita de rancho, tengo que marcharme... Pero míralo por el lado positivo, Dios no salvó a tu amorcito, pero evitó que Leonardo le diese una muerte dolorosa.

—¡¿Habrás algo peor que un disparo a bocajarro en la cabeza?! —le grité.

—En las tripas... —me confirmó—. Te desangras lento, consciente de ti mismo, sin poder hacer nada, mientras te cagas encima... ¡Como tú! —añadió cerrando la puerta de la sauna con un macabra sonrisa entre dientes.

A los veinte días, cuando ya no recordaba ni quién era, vino Leonardo, y me acarició el brazo con una sonrisa. Con sumo cuidado, me deslió de las sogas y lloré al estirar las extremidades. Me tomó en sus brazos, y no llevaba camisa. Por su espalda asomaba un colorido dragón tatuado. Estaba sudado de haber estado boxeando, pero olía muy bien; mirándome a los ojos me dijo, mientras me sacaba de aquella jaula de madera, evitando pisar mis deposiciones:

—¡Tranquila bonita! Ya estoy aquí, es hora de que te pongas en tu sitio.

Jimmy apareció con productos de limpieza y una mascarilla de papel que le restaba seriedad.

—Deja la madera de cedro impoluta y, si es necesario, usa la lijadora, ¿entendido? —ordenó Leo a su escolta.

Luego, me sumergió lentamente en una bañera tipo exenta, donde había velas colocadas en el filo y nenúfares de espuma. Sin perder la sonrisa, se quitó los pantalones y los *boxer*; tenía un tatuaje de un escorpión sobre el muslo. Tras veinte días, recibiendo impactos de punteras de zapatos, salivajos, micciones y guantazos, aquella caricia que me provocó la esponja surcando mi piel, erizó cada poro que emergía de la carne —hacía mucho que no recibía una muestra de cariño, y él lo sabía bien—. Mientras sus manos de sicario se recreaban en mis muslos y sus entresijos, yo no pensaba en mi familia, no pensaba en él, no pensaba en mi futuro a corto plazo... simplemente disfrutaba del placer de una caricia, en el presente de aquella bañera; él se metió debajo de mí, haciendo las veces de

respaldo.

El olor a champú, la fragancia a sales de baño, y sus manos oscuras entrando y saliendo de aquellas espumas, como un delfín travieso; me resultó como el mayor regalo de mi vida, tras el largo encierro.

—Relájate... —me susurró al oído, apartando mis cabellos mojados a un lado.

Yo me dejé llevar y me acosté hacia atrás, sobre su musculado pecho. Desde allí, veía el espejo que había en el techo, sobre la escayola, y que brindaba un curioso plano cenital de nosotros dos, sumidos bajo la efervescencia del jabón. Entonces, cerré los ojos para disfrutar del agua caliente y de aquel abrazo maternal, que me entregaba Leonardo.

Pasé veinte días en el suelo de aquella sauna, hasta llegar a ese momento de libertad en mitad de una burbuja de oxígeno, que me daba el aliento suficiente como para hallar belleza en la esperanza de seguir viviendo. Su respiración se oía cercana a mi oído, corta y rápida, como una fiera a punto de atacar. Su masculinidad se hacía notar con ímpetu, en lo más profundo, bajo las aguas..., pero yo solo quería disfrutar del placer de los olores, de aquel bálsamo reparador de temperatura perfecta. No estaba predispuesta para el sexo y, menos aún, con mi captor..., pero sí sentía como un aprecio repentino, por haberme sacado de aquella cámara finlandesa.

La experiencia terminó cuando tiró de la cadena del tapón de la bañera, y la calidez que me envolvía se marchó por el desagüe. Ahora estábamos desnudos los dos, bajo aquel espejo de techo que se empañaba.

Él salió haciéndome un paseíllo, donde, a cada paso, se le marcaban los músculos: muslos, oblicuos y abdominales conformaban el marco bonito que entonaba bien con aquella erección a la que estaba sometido.

Trajo una bata de baño de algodón rizado. Estaba muy mullida y con acabado “*velour*”, que le daba un toque aterciopelado. Con firmeza, me ató el cinturón del mismo tejido. Luego me recogió el pelo, en una cola alta. Y, mirándome a los ojos, me dijo:

—¡Eres linda, Valeria! Incluso al natural, desprendes la esencia que necesito.

—Gracias —le respondí.

—Ahora vamos a comer...

—¿Comida de verdad? —pregunté sorprendida y cansada de la comida rápida de nuestro país.

—Tengo un manjar para ti, las princesas obedientes obtienen privilegios exclusivos.

Leonardo me parecía muy amable, un salvador... Y lo necesitaba a mi lado. Él se puso una bata más corta de seda, con motivos

orientales. Sus pectorales depilados, asomaban entre los pliegues de sus finas telas.

De la mano me sacó del cuarto del baño, y me llevó de nuevo hasta el gimnasio. Allí, había colocado dos sillas con respaldo de madera y una mesa. Sobre el mantel granate, había un enorme cloche dorado; dos copas anchas y una botella de lambrusco italiano.

Alrededor del cubreplatos, en vez de tenedores y cuchillo, había dos cucharas doradas. El olor estaba encapsulado y cegado bajo aquella campana. Mi estómago bramó, como si fuese el reclamo de un animal en celo. Tenía tanta hambre, que era capaz de hacer lo que fuera por probar un bocado.

—En esta reconciliación, quiero que esta vez me cuentes tus intenciones verdaderas —me retiró la silla para que me sentara y me dio un cálido beso en la mejilla—. ¿Estás preparada para ser mi esposa?

—Sí... —asentí, sin despegar la vista del reflejo dorado.

—¡Mírame a los ojos, Valeria! —me requirió con tono firme—. Soy una persona muy activa sexualmente, caprichosa, generosa y protectora. ¿Estás dispuesta a seguir disfrutando de estos lujos o prefieres seguir en aquella sauna maniatada?

Leonardo había cambiado, o quizás mi manera de verlo. Ahora veía algo que antes no apreciaba. Me mimaba, me ofrecía dulzura en su voz y no me estaba escupiendo en la comida, como aquellos dos cancerberos que se acostaban a sus espaldas.

—Soy toda tuya... —me puse en pie y le mostré mis pechos que habían bajado de talla, abriendo mi bata de flores azules—. ¡Pero no me devuelvas a esa apestosa sauna! Quiero estar limpia, oler a perfume, tener el pelo arreglado y estar bien depilada para ti. ¡Me doy asco con este aspecto! He perdido mis curvas... —sollocé desesperada.

Él me miró con una sonrisa repleta de perversos matices, ya que acostumbraba a morderse el labio, atrapando su comisura entre sus perlas dentales. Sus pecosas manos, se posicionaron sobre las mías.

—Ahora mismo estás hecha un monstruo..., pero yo te amo. Y te ayudaré a que consigas un aspecto envidiable —me prometió.

—¡Quiero estar igual de guapa o más que Renata! —añadí envidiosa por su aspecto.

—Está en tu mano, Valeria. Tu ambición por ser la mujer más bella de Chiapas, puede hacerse realidad conmigo —calló un instante—. ¡Ahora tápate esos pechos, vamos a comer!

—¿¡No te gustan verdad!?! —me preocupé.

—¡Cenemos! —propuso Leonardo levantando el cloche.

El gesto transcurrió en cámara lenta, y el vapor del platillo caliente escapó de aquel blindaje curvo. El olor me hizo viajar varios cientos de kilómetros o, mejor aún, me hizo viajar al pasado. Una lágrima se

quedó estancada en mi lagrimal:

—¡Sopa de pan! —exclamé emocionada recordando los almuerzos de pequeña en el rancho.

—Un plato típico de San Cristóbal de las Casas. ¡Necesitas ganar peso! —confirmó Leo.

No pensé mucho más, tras ver aquella receta del siglo XVII frente a mí, metí la cuchara entre los pimientos, los plátanos machos, los huevos y las papas; luego llené mi paladar, encerrando aquel bocado melancólico, en mi máquina del tiempo.

El rancho me vino a la mente: las gallinas, el calor en el establo, mi mamá llamándome para comer, los camiones lecheros, mi papá sumido en su libro de cuentas, mi hermano Miguel lleno de churretes, Raúl tocando su guitarra en el cenote...

—¿Qué tal está? Es un plato típico, pero lo ha cocinado un gran *chef* —me preguntó Leo—. Desde que me cambió la vida, jamás cocino, lo hacen los mejores por mí.

—Gracias..., gracias, gracias, gracias... ¡Sopa de fiesta! Es curioso lo que cambia el paladar: antes lo odiaba y ahora me parece divino —le dije esperando que entendiese la metáfora.

Los siguientes diez minutos transcurrieron conmigo comiendo como si no hubiese un mañana, y él mirándome en silencio. Bebí como una vikinga en el Valhalla.

—Necesito ir al baño, no aguanto más. ¿Puedo levantarme? —pregunté poniendo a prueba los músculos implicados en el “beso de Singapur”.

—¡Ándale!

Entonces me levanté, y me metí en la sauna que olía a lejía. Subí mi bata y me acucillé.

—¡No! ¡Ahí no! —gritó Leonardo sobrecogido—. Ve al baño.

Aquello no fue producto de mi dislexia, simplemente acudí donde llevaba veinte días seguidos haciendo mis necesidades. Cuando me senté en el inodoro, pensé en lo bueno que estaba siendo Leonardo conmigo. Pero era ver mi reflejo en el espejo, y espantarme a mí misma: “Renata tenía razón, estaba hecha un monstruo”.

Cogí un cepillo de dientes de Leonardo y me cepillé con ahínco los dientes... necesitaba hacerlo. Eran muchos días sin higiene dental. Cuando volví, Leonardo había retirado la mesa. Y me esperaba, para devolverme de nuevo a la celda de cedro.

—Me lo he pasado genial, pero te portaste mal... —se excusó Leonardo.

—¡No me hagas sentirme más culpable! Lo siento, seré buena —supliqué.

Leonardo me tomó del brazo con delicadeza y me llevó hasta uno de los bancos del interior de la sauna, no me ató.

—No voy a cerrar la puerta, ¿te portarás bien? ¿Me prometes que no huirás?

—No te vayas, quédate, no quiero estar más tiempo sola.

—No sé qué pasa realmente por tu cabeza. A qué nivel de entrega estás... —me cuestionó.

—¡Haré lo que me pidas! —respondí segura de lo que quería.

—Eso suena muy, pero que muy bien. Pero no quiero una sumisa..., busco algo más, busco una esposa sofisticada y obediente.

Me sentía limpia, me sentía más persona. Habermelo sentado a una mesa a comer, en vez de en un bebedero de animales, había provocado en mí una sensación de bienestar que no estaba dispuesta a cambiarla de nuevo por los golpes y las micciones de Renata y Jimmy. Así que mi mente tomó una determinación presa del pánico:

—Entiendo que no te quieras quedar, pero no te has ido y ya te echo de menos..., ¿podrías venir mañana tras el almuerzo?

—No estarás sola. A esas horas están aquí Jimmy y Renata —aseguró.

—Ahora soy parte de ti... y como tal, a esa hora ocurren cosas que igual no te gustan, y no me refiero a el maltrato al que me someten... ¡Follan a tus espaldas! ¡¿Lo sabías?!

—No estoy para jueguecitos, Valeria. Jimmy y Renata no tienen nada en común... —argumentó molesto.

Leonardo quedó pensativo y luego me robó un beso, para despedirse.

La noche pasó fugaz. La sauna estaba tan limpia, que me ayudó incluso a conciliar el sueño. Aquella noche soñé con unos gigantes que pasaban por el rancho. Soñar con gigantes, significaba alcanzar metas; pues soñé lo mismo, el día en que Mamma Chloe me dio el “sí quiero”, para ser “modelo”. Circunstancia que me tenía en un sinvivir respecto al resultado, pues más que chica fetiche pase a ser mujer objeto.

La mañana transcurrió puntual, monótona. Llegó Jimmy con su camiseta de tirantes llena de verdín, escupió en mi bebedero, me quitó la bata que usé de almohada, y me orinó encima con su mini pene. Luego vino Renata con un nuevo corte de pelo y un traje precioso color turquesa. Ambos se quitaron la ropa, cerraron la puerta e hicieron algo que no se les ocurrió antes: encender la sauna.

El vapor de la sauna, me recordó a las cámaras de gas de Auschwitz. Apenas podía respirar; lo habían puesto al máximo. Mi cuerpo exudaba con violencia, todo resbalaba allí dentro. Entonces me lancé hasta el cristal empañado. Donde el torso de Renata, retozaba contra él, haciendo vibrar la lámina semitransparente.

—¿Qué carajo ocurre aquí?! —se oyó un rugido bestial desde el marco de la puerta del salón—. ¿Qué hace la sauna encendida?

—Perdone, Leonardo. Nos dejamos llevar... —se excusó Jimmy.

Leonardo ordenó apagar la sauna y abrir la puerta. El vapor escapó lentamente, creando una niebla que difuminaba la esbelta figura de Renata. Desde el suelo, con el rostro perlado de sudor, le sonreí con alevosía a la profesora de baile.

Mientras los amantes se vestían, entró Leonardo en la sauna, como un bombero en un incendio, y me rescató en sus brazos. Al oído me masculló:

—¿Desde cuándo viene sucediendo esto?

—Desde... el primer día —respondí contundente, sorprendida por la frialdad de mi propio embuste.

Mientras Jimmy y Renata se miraban horrorizados, Leonardo olfateaba mis cabellos anhelando el aroma a champú de fresas; pues ahora mi melena olía a orín.

—¡Hijos de puta! Lleváis cinco años viviendo de mis lujos... Agarrando los billetes que yo gano apretando el gatillo... ¡¿Y así me lo pagáis?! —gritó furioso Leo.

—Usted nos dijo que la humillásemos... que destruyéramos su autoestima —argumentó Renata.

—Así es, su autoestima, no la mía —aclaró molesto Leo—. El procedimiento se llama síndrome de indefensión adquirida..., funciona muy bien para crear un vínculo de empatía..., y se ve que ha resultado. ¡Valeria tras veinte días, me ha demostrado más lealtad que vosotros en todo este tiempo!

—¡No la creas! ¡Te está mintiendo esta zorra de rancho! —exclamó Renata preocupada.

—Esta chica humillada, orinada y leal, me ha hecho retrasar una muerte de mi pistola, para que viese esta traición... —explicó Leonardo sacando un revólver plateado—. Ha visto una posibilidad más allá de obtener unos pechos de silicona...

—¡Zorra usurpadora! —añadió Renata.

Leonardo se fue hasta ella y le abofeteó. Desde el suelo, yo no perdía detalle.

Algo crecía en mí. Sentía deseos de venganza por mi captura, por el asesinato de Raúl, por la jugarreta de Mamma Chloe... Y solamente deseaba una cosa: que los ejecutara delante de mí, con aquel revólver del viejo Oeste.

—¡Renata! Coge tus cosas y no vuelvas más. Si te veo por aquí... ¡Reemplazaré tu silicona por plomo! —le aseguró Leo con el rostro serio.

—¡Ella me provocó, Leonardo! La cocaína le confundía y..., yo no soy de piedra —argumentó Jimmy, que estaba tan horrorizado que,

incluso, se orinó encima.

—Amigo de fatigas... Renata mantenía mi imagen, me enseñaba a bailar, me daba placer... Tú, sin embargo, me ayudabas a deshacerme de los cuerpos, a salvaguardar mis espaldas, a hacer que me sintiese seguro... Y eres muy bueno matando, ¡pero no sabes respetar! Me has demostrado que eres un tirador sin escrúpulos que solo se guía por los billetes... Y, si te dejo escapar, puedes aceptar una suma importante por aniquilarme. ¡Tu contrato acaba de expirar!

—¡¡Espera, Leonardo!! —grité desde el suelo, deteniendo su dedo índice que se disponía a apretar el gatillo—. ¡No le dispaes en la cabeza!

—Los dioses te están hablando Leonardo a través de esta güerita, para que no te equivoques —trató de convencerle Jimmy que, de rodillas, pedía clemencia al que lo encañonaba.

Leonardo tornó su mirada hacia mí, extrañamente quería oír lo que yo le iba a decir, y con un gesto que señaló sus dos varoniles hoyuelos en la cara, me invitó a continuar hablando:

—Jimmy tiene razón —hablé—. Dios me está hablando, lo escucho en mi cabeza alto y claro..., ¿y sabes qué me dice?: “No te equivoques, no le dispaes en la cabeza... ¡Si no en las tripas!”

—¡Bang, bang! —giró el tambor al son del gatillo.

Dos balas de plomo se alojaron en las entrañas de Jimmy; retorciéndole de dolor, bajo el sol de la claraboya del gimnasio... No solo no cerré los ojos, sino que tuve la sangre fría de anunciarle con la palma de la mano que le restaban cinco litros de dolor. Luego, gateé hasta las piernas de Leonardo y le abracé; extrañamente, aquel experimentado sicario, estaba temblando.

—No me dejes nunca. ¡Te quiero! —confesé.

Él me respondió con una caricia en la cabeza, calmándome como a una perra bajo la sombra de su amo. Sin lugar a dudas, Leo había saciado mi sed de venganza, aunque también fue el verdugo de Raúl. Pero debía elegir bajo qué suela de zapato quería vivir, y elegí una pisada que, en aquel mundo de monstruos, me ofrecería una oportunidad de seguir respirando.

12. Bondage



Jimmy había cerrado sus párpados hacía tres días, aliciente que me ayudó a despertar, a comenzar a ver con claridad cuál era el medio en el que debía subsistir. Acepté, dolorosamente, que estaba muerta; ahora era un recuerdo en una cajita de cenizas para una familia desestructurada a todos los niveles. Pero sabía que si conseguía ganarme la confianza de Leonardo, podría enviarle dinero de alguna manera a los míos. Así que tomé una drástica decisión, posiblemente por mera supervivencia tras el *shock* en el que estaba sumida y que me repetía como un mantra: “Valeria acabas de reencarnarte en una nueva persona, ahora busca tu acomodo y vive esta vida con los medios que están a tu alcance”.

Pinté un mundo nuevo, en el que Leonardo era Raúl. Sí, el alma de mi mejor amigo residía en el cuerpo fornido de aquel que lo asesinó. Eso me ayudaba a tolerarlo.

Trascurrieron tres días de transición, en los que Leonardo se hallaba desubicado; pues ahora nadie protegía sus espaldas, y tampoco nadie cubría sus impulsos masculinos. La música alegre que antes resonaba en el salón por las tardes, se transformó, para él, en una sonata de mudez, sin partitura.

Con el fin de no estigmatizarse, desmontó la sauna, cambió las lamas del suelo y colocó un equipo de música con altavoces, alrededor del gimnasio. Instaló cámaras de vigilancia, alarmas y puso armas repartidas por todas las habitaciones.

En aquellos días no me tocó, a pesar de manifestarme sus intenciones sexuales quizás por estar menstruando o quizás por el disgusto de la pérdida, tenía la libido por los suelos. Yo tampoco me sentía atractiva, había perdido la dignidad en su más amplio sentido frente a él y estaría percibiendo mi bajón moral.

Trascurrieron unos días y pasé de ser oruga a mariposa; ya estaba depilada por láser, con las uñas de gel y con el cabello tintado de rubio con mechas *balayage* color ceniza. Mediante compras *on line*, me pidió una docena de trajes, *jeans*, blusas y tacones nuevos.

Una noche, durante una romántica cena, me encomendó tres pruebas que debía superar en el plazo de dos semanas: primero, estar atenta a él como si fuese el centro de atención; segundo, saber estar entre amigos fingiendo ser feliz y libre; y, en tercer lugar, debía satisfacerlo sexualmente cada día.

El primero lo llevé perfectamente bien, pues lo necesitaba. Me sentía protegida y bien cuidada. Ahora vivía una vida lujosa, aunque encerrada en una casa de la cual no podía salir. Era muy atento conmigo, me traía regalos cada tarde tras cobrarse una nueva alma; luego, descargaba esa adrenalina con puñetazos en el saco de boxeo.

El primer sábado que vivimos juntos, me llevó a cenar al restaurante “Las Pichanchas”, en un reservado. A la entrada del mismo, había unas letras gigantes en el arco de entrada en el que podía leerse: “Siéntase chiapaneco”. Lo cual denotaba que a Leonardo le gustaba nutrirse de las raíces del pueblo, quizás para no olvidarse de dónde venía... Allí, convinimos con una pareja amiga de su confianza, un poderoso hombre de negocios de Tuxtla Gutiérrez, su esposa e hijos.

Leonardo sobre aquella mesa tan bien servida apenas comía, más bien se limitaba a intercambiar conversación con los contertulios, a observarme cómo me desenvolvía en su mundillo...

—Norma, ¡a ver si vos sois capaz de convencer a Leonardo de que sea mi escolta! —dijo el magnate, cogiendo la mano de su esposa.

—Lo voy a dejar... —sentenció Leonardo—. En breve, me dedicaré a las finanzas. Hablaré con don Marcos, ¡quiero sentar la cabeza! —respondió mientras me miraba de reojo.

—Prefiero tenerlo de amigo, que de escudo humano..., lo aprecio bastante —dijo Norma con tono irónico.

—¡Pues cuando dejes tu profesión de tirador, deberías adiestrar a los principiantes que velan por la seguridad de los míos! Son niños con armas de verdad, pero sin vocación —añadió el magnate.

—Deberías retirarte del mundo de los negocios..., vivir una vida plácida en un *resort* de Cancún o en la Riviera Maya —aconsejó Leonardo.

—Tú sabes, tan bien como yo, que no es el dinero. Te acostumbras a agarrar billetes y a acumularlos... pero es el poder el que te vuelve adicto, el respeto de que te obedezcan por ser quien eres... ¡Y eso no lo compra el dinero!

En mi vida me habría imaginado estar con personalidades tan influyentes de Chiapas, ni con tan buenas palabras hacia un sicario; aunque no tenían ni idea de cómo se usaban los tenedores del pescado y los de la carne. A las preguntas de cómo nos conocimos —pues Leo me dio la licencia—, les conté que durante un desfile de modelos en Sinaloa... Situación que me hizo reajustar la mente y falsearme,

inventándome que aquellos seis meses de instrucción en la academia fueron los países donde desfilé.

Todo lo que Mamma Chloe me enseñó sobre protocolo y etiqueta, podía ponerlo a prueba y lucirme ante ellos. Estaba a la altura de sus conversaciones, les dedicaba gestos a los niños y les hablaba de los dibujos animados que ellos veían. Y, de esta manera, hallé la paz engañándome a mí misma, proyectando una película irreal —de esas que traía mi prima Isabel en las tediosas tardes de lluvia en el rancho—, pues ya veía a Leo en el papel de Raúl, a esos niños como a mis primos, al poderoso hombre de negocios como a mi tío, y a su mujer como a mi madre; esa era la fórmula que hallé para autoconvencerme en cada escenario.

La esposa del influyente magnate, quedó encantada conmigo y así se lo hizo saber a Leonardo. Circunstancia que me ayudó a ganar puntos en el marcador virtual de su corazón.

De nuevo, cogimos un taxi de vuelta a casa; allí los grados de alcohol dieron paso a la tercera prueba: el postre.

Leonardo tardó en abrir la puerta del jardín y desactivar la alarma. El flamante *Jaguar* estaba en la puerta, con rocío sobre la tapicería de cuero; yo también estaba ebria, desinhibida.

—¡Tumbémonos! ¡Veamos las estrellas! —exclamó como un adolescente, arrojándose al interior del vehículo.

El coche de época era un biplaza. Con radio moderna de CD y sin capota. Me tumbé sobre su pecho, y podía oír su corazón latir, mientras observaba la luna llena. Él pasó su mano sobre mi mejilla. Juntos contemplábamos los luceros de la noche.

—¿Has pensado alguna vez en tener hijos? —le pregunté sin perder de vista el satélite de marfil.

—¿Después de haber cenado con esos niños, aún te restan ganas de pensar en tener descendencia? —dijo Leo.

—¡Son agotadores! Pero aún así, creo que es bonito...

—Yo fui un chamaquito de la calle..., mis padres me abandonaron. Y esta es la herencia que han dejado en la ciudad, un asesino al servicio del cártel —tragó saliva.

—En tu mano está cambiar el rumbo de tu vida y el de tu descendencia. ¡Serías un buen padre! —argumenté tras notar su tono de tristeza.

—Ya he tomado el timón de un nuevo barco: ya no seré sicario, ahora seré narcotraficante mayorista. ¡Estoy cansado de soñar con los rostros de aquellos que yacen bajo mi revólver! —argumentó Leonardo.

—¿Y cuando reúnas los suficientes billetes, dejarás este sucio mundo? —le pregunté.

—No. La idea es hacerme con el mercado *yankee* y, luego, seré el

líder de un cártel... Solo me quedan ocho almas que llevarme.

—Negocios... —discrepé—. No te veo con la templanza suficiente.

—El narcotráfico es la cultura que premia al hombre hecho a sí mismo. Y yo me he hecho valer con más de cien cadáveres a mis espaldas. Ahora toca no mancharme más de sangre ...

—Creo que es una buena decisión, Leo —mentí abrumada por la cifra de fallecidos.

—¿Leo? Me gusta que me llames así, ¡je, je, je! —me respondió.

—¿Esa que tanto brilla es...? —le disipé tras la metedura de pata, señalando el firmamento.

—La estrella polar. Siempre fue la guía de los navegantes en la ruta de la seda.

—¿Te gusta mucho Asia? Veo que tienes referencias por todas partes de tu casa.

—Cuando disparé a una mujer mientras amamantaba a su bebé, y no me mató Dios, supe que no existía. No hay juez personificado, solo flujos de energía, ¡nadie va a bajar de las nubes a sacarte el corazón! —se justificó Leonardo.

—¿Y te fuiste a Japón por una falta de fe? —le pregunté.

—No, por metanfetaminas. Fui de escolta de un capo durante dos años. Y encontré el camino del budismo, entre otras prácticas íntimas... Ven, hoy te mostraré mi secreto sexual.

Me levanté como pude de su firme pecho, intrigada por conocer aquella práctica sexual, de la que me habló Renata. Él caminaba delante de mí, mientras yo miraba su culo respingón bajo el pantalón de lino.

Una vez dentro, cerró la puerta y me llevó a un dormitorio, que no era el principal, sino más bien parecía una sala de placer. Sobre la puerta de madera lacada en naranja, ponía una inscripción: "*Svadhithana chakra*".

Antes de abrir, me sonrió con sus labios enrojecidos y su mirada pícara. Tenía los párpados un poco caídos por la embriaguez, pero aún no estaba patoso. Yo sabía de sobras que íbamos a hacer el amor, que aquella noche me iba penetrar con poca destreza debido a su estado, pero debía de pasar la prueba y ser suya de una vez por todas.

Al cruzar la puerta naranja, hallé una habitación enmoquetada de beige y granate, con una cama colgante en mitad de la recámara. Cuatro gruesas sogas, sostenían una base de madera rústica, sobre la que se sostenía el colchón que estaba vestido con un edredón de color violeta. A la derecha, había una bonita silla cuadrada con respaldo, en cuyo asiento tapizado, se mostraban cinco lazos de satén rojo. Junto a la pared, un tocador con fustas, esposas, plumeros y vibradores de distintos tamaños. Tenía portavelas de cristal, en forma de flor de loto y varitas de incienso, listas para ser prendidas. A la izquierda, había

un sillón estrecho de cuero blanco, en forma de “m”.

Leonardo se aproximó hasta el cajón de la cómoda-tocador y sacó un mechero, con el que fue prendiendo las velas que estaban por todas partes, además de la varita de incienso.

—¡Desnúdate! —ordenó con tono firme, mientras se desabrochaba la camisa.

Yo accedí, un tanto temblorosa, aunque con ganas de descargar todas las tensiones vividas. Posiblemente estaba ovulando, pues mi predisposición se antojaba óptima. Leonardo estaba sumido en su ritual, despojándose de sus prendas; las cuales doblaba sobre la marcha. Yo, en cambio, me quedé mirándolo.

Sus pectorales bien definidos, creaban dos mesetas despobladas sobre su torso. Y entre sus músculos, como un arroyo seco, descendía un canal que moría en un suelo de barro cuarteado —“¡Qué abdominales!”, pensé—. Llevaba un *slip* negro, con un elástico en el que se podía leer *Calvin Klein*, el cual atesoraba un misterio aún por descubrir...

—¡Qué haces ahí, mirándome! —espetó clavando su mirada en mí—. ¡Quiero ver tu bonito cuerpo en todo su esplendor!

—¡Es que no puedo, bajar la cremallera de mi espalda! —exclamé estirando mis brazos.

Leonardo caminó desnudo sobre la moqueta, sin ropa..., solo con el *slip* negro. Y, tomándome del brazo por encima del codo, me giró; ahora lo tenía tras de mí, notando cierta agresividad en sus gestos. Su olor a *Dior*, se entremezclaba paulatinamente con el aroma del incienso y de la cera que se derretía lentamente.

De un ademán, bajó mi traje hasta los tobillos, quedándose el allá abajo. Seguidamente, levantó un tacón, como si fuese a herrar a una yegua y me dejó el pie al desnudo. Luego sacó el traje, repitiendo la misma operación. Me hallaba desnuda, con un tanga de encaje color morado y mis pechos firmes, señalando un falso norte, pues no sabía realmente en qué aguas me disponía a navegar.

Su lengua se posó como una libélula en mi tobillo y comenzó a ascender: lento, húmedo, sin prisas... Luego, retiró el hilo del tanga hacia afuera y noté un murmullo, un aleteo en mi entrepiernas, que me excitó lo suficiente, como para quererlo dentro de mí. Pero él, se puso en pie, recto, con su miembro encapsulado en aquellas telas negras, empujando mis nalgas en lo que en la adolescencia conocí como *petting*. Entonces me vendó los ojos, me susurró al oído y me recondujo, hasta la silla.

—Déjate llevar, mariposita..., no temas y disfruta.

Estaba temblorosa, pues parecía que aquel macho alfa, me iba desflorar de nuevo, ya que me había pasado seis meses de academia sin penetración, más el mes de encierro, circunstancia que me hizo

cuestionar si igual se me había regenerado el himen.

Sus manos estaban frías, pero sabían dónde tocar para crear más deseo en mí. Antes de sentarme, noté cómo cortó el elástico del tanga, con una tijera. Seguidamente, me acomodó y me pidió que uniera las manos a la espalda. Entonces comenzó a atarme con aquellos lazos de satén rojo. Una vez inmovilizada, me susurró al oído:

—Esta noche, no habrá palabras de seguridad. Así, que disfruta de tu sexo...

A pesar de mi rebeldía, y dominancia sexual con Raúl, debía admitir que no me estaba disgustando el estar a merced de mi amo. Me había comprado, sí, pero realmente me había salvado de la prostitución: “Mejor estar bajo un zapato limpio y con estilo; así, tan solo debía amoldarme a los dibujos de su suela”.

Mi corazón latía bajo mi pecho, inyectando sangre sobre mis pezones, que parecían dilatarse en busca de sus manos. Manos que se columpiaban por mi figura, evitando tocar los puntos erógenos; un gran calor se apoderó de mi interior.

—¡Tómame de una vez! —le rogué deseosa.

Él me encajó la mandíbula con sus manos y me ordenó que me callara.

—Valeria, para mí, el *bondage* no es una práctica sexual, sino un modo de vida. En mi etapa en Japón, aprendí el *shibari*... y, ahí, entendí que existía algo más allá del puro deseo carnal —Leonardo tomó unas cuerdas que comenzó a apretar sobre mi cuerpo, envolviéndome como una serpiente emplumada—. El cerebro da el matiz, no las cuerdas. El amarre ayuda a conectarnos, como si fuese una extensión de mí que te acaricia, te viste, te abraza, te susurra...

No sé cómo ocurrió, pero aquella firmeza que me estrangulaba con suavidad, me tenía sometida, desprotegida ante todo lo que me podía hacer. La humedad que emanaba de mi interior, me empapó los muslos generosamente. Sin quitarme el antifaz de seda, se postró delante de mí; yo tenía las manos atrás, pero notaba una caricia en la comisura de mis labios. Me acerqué, inclinando el peso de mi cuerpo en aquella dirección, notando como mi piel sufría un daño placentero, cuanto más estiraba dentro de aquellos nudos que me invadían toda la piel. Con Çlos pechos, noté sus dos cuádriceps, y supe que la suavidad firme que tenía frente a mis labios, era su pene erecto. Entonces saqué la lengua, y tracé un balanceo, sobre su masculina cima. Notando una reminiscencia peculiar, la cual yo deseaba derramar a toda costa.

Leonardo quitó la venda de mis ojos, pues quería que lo mirase mientras le practicaba el sexo oral; pude apreciar un tatuaje negro de un escorpión en su muslo, haciendo referencia a su signo del zodiaco.

Tras dejar que su longitud galopase por encima de mi húmeda lengua, durante un par de minutos, finalmente rugió sumido en un

fuerte orgasmo, mientras me sujetaba de los cabellos con firmeza.

A continuación, se puso tras de mí y me desató. Aquel sentimiento de liberación, anuló mis ansias de penetración con él, más bien quería que me abrazara y me besara; fue como un nivel de sexo distinto al que estaba acostumbrada.

—Ya no eres vainilla, enhorabuena —confirmó—. Ya has sabido elegir otros sabores en la heladería del placer.

—¿Soy mejor que Renata? ¿He estado a la altura en el *shibari*? —pregunté haciéndome la competente.

—Te has dejado llevar, nos hemos comunicado a un nivel mental, espiritual... tengo grandes planes para ti —me confirmó.

Luego, nos duchamos en plan romántico. Notaba aún las sogas sobre mi cuerpo sin tenerlas, como si fuesen las garras de placer de Leonardo.

Nos cepillamos los dientes y luego volvimos a la habitación de las perversiones, aunque esta vez para dormir en aquella cama que pendía del techo.

—¿Y ese sillón blanco? Tiene un diseño curioso —le señalé, por su forma en eme.

—Es un sillón tántrico, pero aún no lo he estrenado —me guiñó el ojo.

—¿Tantra? ¡Eso es hacer el amor por telepatía! —confirmé convencida.

—¡Qué graciosa eres, Valeria! —sonrió—. Para tu sorpresa, es para todo lo contrario, para facilitar las posturas del Kama Sutra.

—¿Otro día, no? —sugerí agotada y ebria.

—Mejor —espetó dándome un cálido beso—. Por cierto, tienes un regalo para mañana en el gimnasio, donde estaba la sauna.

Me dio la espalda con un giro que hizo balancearse aquella falsa alfombra mágica. Yo quedé fija contemplando los colores de su tatuaje, como si aquel reptil alado tuviese propiedades terapéuticas para la relajación; pues me dormí agotada observando aquellos trazos que pertenecían al dragón que se retorció en su piel arenisca.

13. Diamantes glaseados



Amaneció y desperté con un extraño desayuno sobre la cama flotante: una cerveza *Coronita* y un platillo de chilaquiles con salsa verde. No sé cuánto tiempo llevaba Leonardo observándome fijamente; parecía que le gustaba mirarme cómo dormía. Entre sus manos tenía una caja de regalo, color aguamarina con purpurina. Me enfoqué en la comida, sin mostrarme intrigada por la sorpresa.

—Un desayuno de princesas... ¿Cerveza?! —bromeé—. ¡Aún no me ha crecido bigotón!

—Es el cura resacas recomendado por los mejores médicos... ¡Nos pasamos con el vino espumoso!

—¿Y el regalo? Mi cumpleaños es en marzo...

—A mi lado, todos los días serán una celebración.

—Está delicioso... ¿lo has cocinado tú? —pregunté.

—Cuando las borracheras te visitan noche tras noches, es la primera receta que dominas a la perfección.

Engullí el queso fresco que había sobre la tortilla cortada en triángulo y, luego, di un sorbo al botellín de cerveza. Estiré las manos hacia la caja de regalo, estaba intrigada. Sin quitar la mirada de mis pechos, como hipnotizado por los dos péndulos que le señalaban, me hizo entrega del presente.

Como una niña, deslié el paquete y arrojé el lazo a un lateral. Elevé la tapa y pude ver un flamante iPhone 6. Sinceramente, aquel regalo solo podía confirmar una cosa: que Leonardo confiaba en mí..., pero a la vez me suscitaba dudas tales como: “¿a quién iba a llamar si estoy muerta para los míos?”.

—¿No me vas a decir el precio? —ironicé, poniendo a prueba su humor.

—Ya capté en nuestra primera cita, que no te sentaba bien que fuera propagando el precio de todo lo material que nos rodeaba... ¡Pero las cosas saben mejor si se exhiben! —confesó Leonardo—. ¡Puedes encenderlo! Te he dado de alta en una cuenta de Spotify para que escuches música, también en una cuenta en Amazon para que compres libros, ropa, maquillaje y tacones..., pero nada de redes sociales, nada de llamadas tramposas... A cambio, tienes memorizado un número en tu agenda. Sé que te va a hacer mucha ilusión...

—¿Te vas? —intrigué.

—¡Tengo trabajo! —contestó con cierto tedio—. Ya solo me quedan

dos almas para conseguir mi línea de confort.

—Te esperaré aquí, con mi regalito... Dos disparos y todo acabará —le animé.

—¡No te canses mucho la lengua hablando por teléfono! Que cada día necesito sexo y te quiero bien enterita... ¡Y cómete todo el desayuno! ¡Estás flaca!

Leonardo tomó su indumentaria de matar y una pistola automática de uno de los cajones donde alojaba su ropa interior. La puerta tronó y la alarma hizo el pitido de activación. Yo di un nuevo bocado al desayuno, y encendí el aparato.

Primero, me fui a Spotify y busqué una de mis canciones favoritas: *Runnin'* de Naughty Boy y Beyoncé. Y me tumbé en el colchón, a respirar libre, boca arriba, agarrándome a las sogas que pendían del techo de escayola. Luego seguí con Pink, Sia y, al final, con Jessie y Joy. No tenía palabras para agradecer aquel gesto; la música era un pilar en mi vida. Me sentí muy anímica y con muchas ganas de vivir esta nueva vida de lujos. Pero aún me faltaba por descubrir el número que había en la agenda. Sinceramente, me bloqueé. No sabía con quién me dejaría hablar, supuse que con la mujer del magnate. Pero lo tenía fácil, solo debía abrir la agenda. Al pulsar sobre el icono, salió una sola entrada: "Smile ;)". "¿Quién se llama Smile?", me pregunté.

Entonces pulsé temblorosa y aguardé, los tonos parecían cuchilladas en mi vientre, finalmente se oyó una voz de mujer joven:

—¿Sí?

—Hola, mi nombre es Valeria... y mi esposo me ha dado este número, pero no conozco a ninguna Smile —dije intrigada, mientras al otro lado solo se oía un llanto.

Después se escuchó un lamento ahogado.

—Disculpe si le he molestado —me disculpé.

—No..., todo lo contrario. ¡Hermana! No sabía de ti... ¡Buaa! Bendito sean los oídos que te oyen... —se emocionó.

—¿Ainara? —titubeé.

—¡Valy! ¡Valy! —se entusiasmó, dando saltos al otro lado.

Aquella voz latosa, me desmoronaba con cada palabra. ¡No me lo podía creer! Era Ainara, mi amiga.

—¿Estás bien, Ainara? ¿Estás encerrada? —pregunté intrigada.

—¿Qué dices? Lo llevo bastante bien, a pesar de que nos compraron. Diego me trata como a una reina, vivo una vida casi de ensueño... —hizo una pausa—. Lo único malo es que no me deja ver a los míos. Pero sí me deja llamarlos por teléfono.

—¡Buuah! —lamenté desahogándome— ¡Yo he sufrido mucho Ainara! ¡No es justo esto que nos han hecho!

—Te equivocas, no todo el mundo puede vivir una vida en la cima —respondió.

—¿Cima? ¿Pero no te ha pegado, no te ha encerrado en alguna habitación?

—No..., lo único es que tengo que echarle un polvo semanal, a pesar de que no me gustan los hombres. Eso es duro, pero poco a poco lo voy llevando bien. El sexo ha pasado a un segundo plano en mi vida.... —me confesó Ainara en un tono preocupante.

—¿Recuerdas aquella mañana en el camión, cuando íbamos al casino? Vi a mi padre vestido, y susurrándome una canción... Pues ya estaba fallecido. Al menos me intentó advertir del destino que me deparaba... ¡Por eso se apareció!

—Todo ha sido muy duro, pero debes pasar página. Habla con Leo y hazlo entrar en razón para que te deje ver a los tuyos.

—Fue duro al principio, pero mi mamita es una mujer fuerte. Y junto a Adal, mi hermano Miguel y mis tíos..., levantarán aquel rancho del que nunca debí salir.

—Hazle el amor y cuando esté sensible, se lo propones.

—Lo tengo prohibido. Además le entregó a la policía las cenizas de Raúl, para que le dijese a mi madre, que eran mis restos... A todos los efectos, estoy muerta.

—Lo siento..., ¡tenemos que vernos Valy! —dijo con tono preocupado.

—Me encantaría, te echo de menos, pues ahora sí que eres mi única familia... Pero no creo que Leo dé lugar a ello.

—Leonardo viene mucho al casino, Diego es su amigo íntimo. Y, al parecer, quiere entrar al negocio de mayorista como socio... A ver si convengo a Diego, tendré que hacerle el beso de Singapur, ¡ji, ji, ji!

—¡Qué loca estás, Ainara! ¿No sé, ni en qué calle vivo? Pero supongo que no estarás muy lejos.

—Nos hemos trasladado a Puerto Arista, junto al mar. Estamos a un par de horas de distancia —me explicó Ainara.

—¿Cómo puedo convencer a Leo? ¿Es muy hermético? —le dije.

—Ahora jugamos en una liga de hombres, y la única manera de formar parte de su mundo es tenerlos comiendo de la palma de la mano. Y entre las piernas, tenemos esa arma por las que sus corazones de hierro, se derriten...

—Ok, buscaré la manera —dije.

—Bueno, te dejo. Llegó Diego, ha comprado un yate. Un beso.

—¿Mañana te puedo llamar? —le pregunté deseosa de oír un sí.

—No me pidas permiso... ¿Recuerdas que hicimos un juramento? Y eso, lo llevo yo a la tumba; siempre que me necesites, estaré ahí. Además, la Valeria que yo conozco se mete en los despachos y desobedece normas. ¡No va llamando a las puertas a pedir autorización! —bromeó haciendo alusión a nuestros devenires con Mamma Chloe.

—¡Te quiero! —le declaré.

—Yo también. Y piensa siempre en positivo, Valeria. ¡Has conseguido salir del rancho! Ahora eres la pareja de un hombre acaudalado..., un beso.

Al colgar, tuve una sensación agri dulce. Ella parecía contenta, más entusiasmada de lo normal. Y aunque ella era intensa, parecía que había sufrido un lavado de mente. No quise pensar en qué le podían haber hecho estos animales, pero quizás lo mejor era seguir sus pasos y agarrarme a esta nueva vida, donde yo era una reencarnada.

Agradecida por el detalle y el desayuno, decidí entregarme a *full* con Leonardo. Darlo todo y manejarlo a mi antojo. Mi nuevo objetivo se llamaba Ainara, necesitaba un abrazo de mi hermana. Entonces busqué una pluma estilográfica y le dejé una nota manuscrita a Leonardo, diciéndole cosas bonitas, incluso tuve que hacer un tachón, ya que escribí Raúl en lugar de su nombre. Luego, la dejé donde debía guardar la pistola al volver.

Seguidamente, tomé todos los tacones de mariposa que no eran de mi número y los metí en una bolsa de basura, y los puse junto a la puerta, para donarlos a un barrio pobre. En la bolsa, también metí un fardo de billetes de la estantería. Necesitaba hacer limpieza interior. Hacer algo bueno, para sacar lo malo que me acontecía.

Luego busqué un bonito vestido verde, bien escotado y vaporoso. Después aguardé escuchando canciones hasta cerca de las ocho, cuando debía de llegar para descargar su adrenalina en el saco de boxeo. Pero para aquella hora, le tenía un plan de reconquista. Para ello, conecté vía Bluetooth el iPhone al equipo y preparé una *track list* con canciones.

Leonardo llegó, guardó el arma en el dormitorio y tomó la nota. Luego me encontró con un bonito traje que hallé en el armario. Y puse un reguetón suave, para bailar kizomba. Él quería golpear el saco, descargar su adrenalina, pero yo le incité a bailar.

—¡Me gustaría ducharme, Valeria! —sugirió, ante el sudor que le empapaba la camisa y que parecía envasada al vacío sobre sus músculos.

—No te preocupes... ¡Me gustan los hombres que huelen a hombre! —ironicé haciéndole un gesto de invitación.

Leo se acercó a mí, unió su pecho al mío y seguí sus pasos de kizomba.

En el momento en que acabó la canción, comenzó una bachata de Romeo Santos.

—¿Esto no parece bachata dominicana? —se extrañó ante mis contoneos.

—No... hoy bailaremos bachata sensual —exclamé acercando mi pubis a su entrepierna.

Nuestros cuerpos se fusionaron, en una fricción sensual; donde los olores se entremezclaban por el inevitable contacto de nuestras pieles. Sus ojos marrones se clavaban en los míos, no había piedad en ellos, no parpadeaba. Yo sonreía, le mostraba mi perfil fotogénico para conquistarlo, como si él fuese un reconocido fotógrafo.

—He leído tu nota. Preciosas las palabras dedicadas, pero... ¿eres disléxica?

—¿Cómo te has dado cuenta? ¿Te he pisado los pies, verdad? —extrañé ante su avidez.

—Has cambiado las B con las D y las C están del revés... ¡pensé que era una adivinanza! —me vaciló deteniendo la bachata—. ¿O igual era una invitación a tu corazón?

—Quería agradecerte todo lo que has hecho por mí. Gracias. ¡Ahora llévame a la habitación, soy toda tuya!

Leonardo me llevó hasta el dormitorio de la puerta naranja, dispuesto a abrir mi segundo chakra. Notaba esa adrenalina en su forma de agarrarme el cuerpo, tenía furia contenida y así me lo haría saber. Tras besos y caricias, me mordió el labio con sus dientes. Luego me puso contra la pared, de espaldas. Bajó la cremallera del traje verde, y me dejó solo con las braguitas francesas. Mis nalgas, salían hacia afuera, dejando en medio la tela con encaje negro. Las nalgadas iban y venían, con golpes secos que me sacudían. Yo estaba apoyada con los antebrazos en la pared, sin verlo..., pero sentía su mano firme, azotándome con suavidad. Cada palmada, me hacía vibrar, me producía un dolor leve que me ponía cachonda. La intensidad de esas nalgadas, comenzaron a tomar un matiz más duro, más pasional.

—¡Eres muy traviesa, Valeria! —masculló—. Las niñas malas deben ser castigadas.

En aquel instante, en el que notaba cómo mi culo vibraba con cada azote, decidí bajarme las braguitas, para facilitar la penetración; circunstancia que Leonardo aprovechó para esposarme las manos atrás. Luego me llevó de la melena, como si fuese una correa canina, y me colocó boca abajo en la cama flotante. Allí comenzó a descargar su furia sobre mí: primero con una fusta y luego con una paleta de madera..., cada golpe seco concentraba el dolor en un punto, que se expandía concéntricamente en forma de placer cuanto más se alejaba de aquel epicentro. Mis pechos se endurecían y mi sexo se volvía cada vez más húmedo. Luego soltó los objetos de placer y tomó unas bolas chinas que fue introduciendo en mi sexo; notaba como cada esfera entraba dentro, acelerando mis pulsaciones... Esta vez no hubo velas, ni incienso, su olor a sudor varonil, era el encargado de empalagar la estancia.

Cuando noté que introdujo la última bola, separó mis nalgas con las manos y jugueteó con su pene en mi ano. Simuló un par de embestidas

y allí eyaculó, dejándome de nuevo a medias.

Quedé esposada durante veinte minutos, tiempo que aproveché para hacer balance: me había gustado, pero los orgasmos solo venían de su parte. Situación que decidí revertir, pues mi clítoris necesitaba una alegría inminente.

Pasaron dos noches de sexo, alternando *bondage* japonés, y luego un poco de dominación nalgada/fusta; estaba cansada de su sexo egoísta. Y, entonces, tomé un camisón celeste, con perlas y encaje; me hice dos coletas colegiales y me puse un ligüero en el muslo izquierdo y unos tacones de terciopelo del mismo tono que el *babydolls*. No llevaba tanga, ni bragas, mi sexo estaba completamente accesible... Y lo esperé hasta las ocho de la tarde en su rincón de desahogo favorito; sin música, sin velas, sin notas disléxicas de amor, solo con toda mi carne trémula ardiendo en pasión.

Leonardo llegó, soltó la pistola en la habitación, como de costumbre, y caminó hasta el gimnasio; yo sabía que había sido su última víctima por asesinar, y esa adrenalina que traía concentrada, quise aprovecharla a mi favor. Al abrir la puerta, pude ver su rostro desconcertado, no esperaba aquel montaje que le tenía preparado. Pues el saco de boxear estaba descolgado a un lado, y en su lugar, estaba el sillón de *tantra* que ya tocaba ser estrenado. Yo le sonreí de manera traviesa y cuando hallé el contacto visual, le fui clara, sin tabúes:

—¡Fóllame! No malgastes tu cólera sobre un saco lleno de serrín... hazlo contra un cuerpo lleno de deseo.

Leonardo, cargado de testosterona y furia, caminó deshaciéndose de sus mocasines, luego de la correa y el pantalón de lino; seguidamente se rompió la camisa, sin desabrochar ningún botón. Yo me recosté boca abajo, sobre aquella “m”; postura que me recordó a la silueta de mi yegua Balenciaga cuando la montaba. Luego miré hacia atrás, impaciente, y pude ver un hombre lobo en plena transformación bajo aquella luna llena, que asomaba por la claraboya.

El sillón estaba pensado para desarrollar el Kama Sutra sobre él, pero yo solo quería un “empotrador”, no un artífice del sexo de amarre... Y no tardó en cumplir su cometido, en encontrar mi vagina y penetrarla con fuerza. Ahora sí, ahora me sentía mujer. Mientras él galopaba tras de mí rompiéndose el pubis con mi trasero, notaba como mis pezones acariciaban el cuero blanco que tapizaba el sillón. Mis gemidos se convirtieron en alaridos de placer, en gritos de una bestia siendo forzada por un monstruo. Las nalgadas, sus palabras, el roce perfecto de mis pechos contra el tapizado de piel...

—¡Ummm! —llegó el primer orgasmo por mi parte y fue exquisito.

Ahora me puse de cara frente a él y elevé las piernas colocándoselas sobre los hombros, haciéndole de nuevo accesible la penetración dominante. Toqué mi clitoris mientras lo miraba a los ojos y me mordía el labio. Leonardo me quitó el camisón de encajes, paseó su lengua por mis senos, como si lamiese una bola de helado que se derrama por un lateral del cucurucho, y comenzó a descargar de nuevo, toda esa furia, que yo interpretaba como pasión.

—¡¿La gatita se ha vuelto salvaje...?! —balbuceó sin detener su oscilación contra mí.

—Tengo diecinueve años... es normal que a tu gatita le guste más arañar, que maullar.

Repetidamente se hundió en mí, como un pistón de acero, que concentraba su potencia en oblicuos y abdominales. Era una roca, de piel morena y mirada perversa. Su pene no era muy generoso, pero lo suficientemente grueso como para ejercer una fricción perfecta. El segundo orgasmo llegó; mis uñas de gel, se clavaron en sus omóplatos matando, a buen seguro, a su colorido dragón. Luego él se retiró y culminó sobre mi depilado monte de Venus.

Extasiados, farfullamos sobre lo sucedido, Leonardo se había quedado saciado, en cuanto a odio y placer.

—A partir de ahora... *fifty-fifty*. ¡Se acabó el monopolio asiático! —le advertí.

Leonardo sonrió, mientras me animaba para entrar en el *jacuzzi*. De la mano y sin ropa, nos sumergimos con las piernas temblorosas.

—Mañana llegarán los muebles para mi nuevo despacho —me anunció, mirándome a los ojos fijamente—. ¡Se acabó apretar el gatillo!

—Me alegro por ti. Supongo que has elegido una habitación para llevar el negocio.

—En el salón. Me gusta trabajar con amplitud...

—¿Podría pedirte un favor muy importante para mí? —aproveché su estado de júbilo para seguir el plan de Ainara—. ¿Podría hacer una llamada a los míos?

—¿Qué intentas con esto? Sabes que no puedo dejarte...

—Solo necesito escuchar el “Sí, dígame” de mi mamá, luego le diré que me he equivocado... —le rogué.

—¡Jamás, Valeria! No lo vuelvas a insinuar, ya han asumido que no existes...

—¡Entiendo! Perdóname... Me alegro que no tengas que seguir sumando fallecidos a tu conciencia —le dije reflexionando sobre la estupidez que cometí.

—Nunca se sabe, Valeria... Ahora voy a tratar con peces gordos, y siempre habrá un desleal que quiera hacerse con aquello que yo

construya —formuló Leonardo—. Pero tú y yo juntos, seremos indestructibles.

14. Un oasis en la oscuridad



Enero de 2018

Día de Todos los Santos, Navidades, Fin de Año... Ninguna fiesta tiene sentido, cuando te faltan los tuyos. Aun así, me acostumbré a vivir esta nueva etapa de mi vida, no centrándome en lo que no tenía, sino enfocándome en aquello que sí poseía. Ahora mi vida con Leonardo se tornó esplendorosa, no faltaba de nada en nuestra vida; excepto para mí: el campar a mi libre albedrío. Leonardo era tan celoso que no me dejaba respirar un segundo sin que él estuviera enterado. Salíamos juntos a todas partes, íbamos de la mano cada vez que se terciaba, y recelaba de todo aquel que se acercaba demasiado a mi persona.

Durante las reuniones que celebraba con sus amigos, nos dividía en distintas salas: las mujeres en una habitación y los hombres en otra; como si fuera una época antigua donde las féminas no tuviésemos la capacidad intelectual para entender los temas que los hombres discutían entre whiskys y fumarolas de puros.

En esas sesiones conocí a muchas mujeres ambiciosas, que se llenaban la boca de precios y marcas de alto *standing*; en ningún encuentro tuve la suerte de coincidir con Diego ni mi hermana de academia: Ainara.

En el constante control al que me tenía sometida Leonardo, seguía siendo Ainara la única con la quien podía hablar por teléfono, sin mayor problema; estaba totalmente prohibido cualquiera otro contacto que no fuera ella, y aunque me registraba el historial de búsqueda del navegador, yo le encargaba a Ainara que me buscara información sobre temas que me interesaban.

Al pasar tanto tiempo junto a él, entendí bien las normas del juego por las que se regía, e, incluso, hallé puntos débiles para manejar a ese lobo solitario de colmillo fino: lo primero, fue consentirlo haciendo las veces de mujer sumisa; me fue fácil meterme bajo la piel de mi mamita, pues por la vía *feminazi* poco tenía que hacer con un macho alfa; después comencé a tratar de ayudarle con el trabajo, dándole pautas que recordaba, tras hablar en multitud de veces con mi padre en las comidas sobre el presupuesto del rancho.

Cada día comenzaba a visitarlo en su oficina con excusas sencillas:

llevarle el almuerzo, llevarle un trago, presumirle los *baby-dolls* que compraba en internet, y una vez que todas esas sorpresas pasaron a ser habituales, también le daba masajes eróticos en horas de trabajo, en aquel amplio salón que usaba de despacho.

A Leonardo se le daba mejor matar, que negociar. Él hacía de inversor, sin tener que tocar la cocaína ni la goma de amapola, que tanto éxito tenía, al parecer, entre los nuevos minoristas. Pero Leonardo, iba a por todas. No oía mis consejos de rancho, pues mi familia nunca procuraba abarcar un nuevo rubro, hasta no tener bien afianzado el anterior. Y lo que sí tenía claro era que, junto a Diego, estaba dispuesto a conquistar el imperio estadounidense. Leo negociaba y el Gitano, lavaba el dinero en el casino.

Los *yankees*, eran los clientes más duros de tratar, sin embargo, los que mejor pagaban. Leonardo no entendía nada de inglés, aunque hablaba un japonés fluido; esta circunstancia dio lugar a la contratación de una profesora de inglés, para que él y yo, perfeccionásemos lo poco o lo mucho que sabíamos, pensando en las futuras negociaciones.

Me acostumbré a mirar la vida que se abría ante mí con otros ojos, y a agarrar todo lo bueno que se aproximaba hasta mi persona... Solo me faltaba un piano, para ser completamente feliz...

Así que me esposé a las sogas de la cama y lo esperé boca arriba, con nata sobre mi cuerpo, para que aquello que le iba a proponer, se lo tomase de forma más dulce. Él acudió a la llamada, subiéndose a horcajadas sobre mí, colocando sus rodillas sobre mis axilas en una posición completamente dominante.

—Leo... me estoy aburriendo de hacer lo mismo siempre. Quiero que hagamos algo nuevo —le coqueteé, mientras con mis pechos le hacía un sándwich en su sexo.

—¿Qué tienes en mente? —decía inmutable Leonardo, que se había acostumbrado a hablar normalmente, mientras estaba recibiendo atención sexual.

—¿Qué te parece si llamamos a Diego... —Leonardo dio un respingo— y a Ainara?

—¡Mmmm! ¡Ooohh! —Leonardo se excitó, su hombría creció exponencialmente.

—¡Parece que la idea te agrada! —le respondí entusiasmada.

—Pero Valy..., tú sabes que no me gusta que nadie más te vea, no pienso compartirte.

—Lo sé, por eso lo más conveniente es que todo quede entre amigos, ¿no es así? —dije mientras le guiñaba un ojo.

La idea de que Diego me viera desnuda no le agradaba para nada a Leonardo —y a mí tampoco—, sin embargo, tener a dos bellas mujeres a su servicio, seguro que era algo que le gustaría contemplar.

Leonardo pensó que aquello era una improvisación mía, un desvío sexual para hacer más interesante nuestra vida de pareja, pero todo fue un plan trazado por nosotras, para poder vernos.

Tras convencer Ainara a su pareja, Leonardo y Diego, no tardaron en aceptar el trato de intercambio de parejas.

El día llegó, Diego quería contarle algo en persona a Leonardo en su yate privado, y se suponía que allí tendríamos aquella experiencia “*swinging*”.

Llenamos una maleta con tequila, bikinis, crema bronceadora de zanahoria, mi iPhone para tirar fotos, y un fardo de billetes bastante cuantioso. La emoción me invadía: abrazar a Ainara, no tenía precio.

Leonardo arrancó el ruidoso motor de aquel coche clásico, que, a pesar de ser de año 1949, tenía radio con CD, entre otras mejoras. Y condujo dirección al puerto. Durante el camino aprovechamos para platicar:

—¡A ver qué tal se porta el *Jaguar Mk140*! Espero que no nos deje tirados... y avísame cuando me vayas a fotografiar, no quiero salir con cara de bobo —me advirtió Leo.

—Nunca me he subido a un descapotable —añadí echándole una foto improvisada a Leo con mi celular.

—Este regalo se lo hizo don Marcos el Kraken a su hijo Alexander. Cada año, se gasta una fortuna en lujos; premios que se niega a aceptar... Alexander dice que no quiere que compre su cariño con objetos materiales.

—¿Y te lo regaló sin más...? —le sonsaqué.

—Nadie da nada sin contraprestación... Lo he adiestrado como sicario, le he enseñado a moverse entre la gente con sigilo, a apretar el gatillo con firmeza...

—Parece muy antiguo...¡Quizás por eso te lo regaló! —teoricé.

—Alexander es muy distinto al jefazo..., es un niño rico que ha vivido más tiempo en Estados Unidos que en México. Pero el Kraken está empeñado en dejar su legado a alguien de su sangre. ¡A pesar de que está muy verde para los negocios!

—Es normal que los negocios queden en familia. En mi rancho, las cosas funcionaban así —le ilustré.

—Alexander odia este mundo que su padre le quiere imponer...

—Ya tenemos algo en común ese narco junior y yo —atajé.

—Además, apenas se habla con su padre, ya que él es producto de una violación..., su madre, la cantante de boleros Rita Aguilar, se lo llevó lejos de aquí en su día. Pero su carrera musical cayó en picado y Rita fue en busca de don Marcos, para agarrar billetes.

—Entonces ayudó a Rita, impulsó su carrera musical... —le evidencié.

—Más bien la terminó de hundir... —espetó metiendo una nueva marcha—. Don Marcos tenía su esposa, la cual no le pudo dar hijos; y, a la vez, mantenía una aventura con Rita. Cuando su esposa murió, Rita volvió a los brazos del Kraken, y comenzó un infierno para ella... Acabó enganchada a la heroína, entre otros vicios... El Kraken es un animal de tentáculos destructores, un depredador sin corazón.

—Menuda historia de amor y fama... —añadí hurgando en una guantera, que tenía bajo el salpicadero.

—Don Marcos, es la peor persona con la que un ser humano se pueda topar —aseguró—. Respecto a Rita, nunca la reconoció como su esposa, más bien la usó como diva de la prostitución para cerrar negocios con otros mayoristas; incluso la maltrataba, hasta que al final, Alexander, la pudo ingresar en una clínica de desintoxicación..., donde aún sigue.

Mientras escuchaba atentamente a Leo, removía mi mano dentro de aquel hueco, donde hallé un CD, un paquete de pañuelos y tres cartas manuscritas. Aprovechando una pausa de Leo, le propuse:

—He encontrado un CD, ¿puedo poner un poco de música?

—Nos quedan casi dos horas, para llegar a la playa. Así que, a ver si nuestros oídos se anestesian ante el ruidoso motor —dijo Leonardo contemplando mi melena que se agitaba por el viento.

El CD era original, no como los míos que eran copias ilegales. “John Legend” ponía en la carátula. Tras pulsar el *eject* y comprobar que no había ningún disco, introduje aquella obra de arte que nos entretuvo durante una hora de camino. Aquel chico afroamericano cantaba como un ángel, y siempre lo hacía acompañado de un piano. Aquellas notas de solfeo, me recordaron a Mamma Chloe en nuestras largas cenas, donde platicábamos sobre el mundo distópico que estaba aún por sucedernos; las notas sonaron con elegancia:

“MIm DO SOL RE, MIm DO SOL RE MIm...”

Esa partitura, más adelante se convertiría en la clave numérica que despertaría algo dentro de mí; pero, en aquel instante, aún era pronto como para averiguarlo, ya que mi nivel de inglés aún no era óptimo como para traducir el significado de aquella bonita canción.

Al fin, el olor a playa, se coló en nuestros olfatos; una mezcla de brisa salina y de humedad. La gente ya no vestía pantalón largo y camisa, sino bikinis y bermudas. Los manglares nos advirtieron de que habíamos llegado a nuestro destino. Lujosos coches iban y venían cargados de chicas jóvenes y hombres maduros..., allí se percibía la vida loca.

—¿Hemos venido un poco pronto a la cita, no? —le advertí.

—Quería estar un rato a solas contigo, en este paraíso del Pacífico... —me sorprendió.

—¿Te estás volviendo romántico a la vejez?

—¡Jo, jo, jo! —sonrió falsamente—. ¡Qué graciosa! Tendré que duplicar mi ración de *Viagra* para estar a la altura...

Leonardo aparcó el coche en una bolsa de aparcamiento, se aseguró de que llevaba algo en su bolsillo y se descalzó. Yo lo imité dejando los tacones en el maletero. Tomé mi pamelita y el bolso de mimbre; acaparé su atención para realizar un *selfie*. Al fondo apenas se distinguía el horizonte, pues todo era azul; tan solo dos barquitas, delimitaban la extensión que pertenecía al cielo y al mar... Los alcatraces surcaban la orilla de aquella playa, que parecía salvaje. A la izquierda, había una palapa con música *chill out*. A la derecha, un exuberante manglar donde unas aves revoloteaban cosiendo aquel tejido vegetal con hilo transparente.

—¡Vamos a cazar mapaches! —dije mientras él me conducía al lado contrario de las hamacas.

—Mejor aún... ¡Vamos a nadar entre tortugas! —su propuesta me dejó sin palabras—. Porque sabes nadar, ¿verdad?

—En el estiércol del rancho... —mascullé—. Soy una chica de secano, y sé defenderme en una alberca, pero no en un mar con olas.

—Cuando el cartel me recogió de las calles, uno de los principales, me trajo a esta playa. Le gustaba robar huevos de tortuga, para luego venderlos.

—¿Huevos? ¿Se comen...? ¿Como los de las gallinas? —pregunté.

—Se hacen unas ricas tortillas... —ironizó—. ¿Tienes el bachillerato?

—Sí, chamaquito superdotado, olvidé que tú, viniendo de las calles, tenías un doctorado... —añadí con sarcasmo—. Pero no cuentes conmigo para quitarle las crías a las tortugas, ¡jamás separaría a un bebé de su mamá!

Leonardo se sintió molesto por mi comentario, pues como a buen Escorpión, no se le escapaba detalle.

—Las tortugas vienen a desovar a la orilla, es uno de los santuarios de tortugas marinas más importantes del mundo... Nosotros tomaremos sus huevos y los pondremos a salvo en aquel centro de conservación, antes de que sean pisados por todoterrenos o caigan en manos de algún ser cruel —añadió señalando una construcción que estaba cercana al manglar.

—No sabía que la naturaleza te importaba, no sabía que tras esos pectorales de hierro, hubiese un corazón que latiese con fuerza, aún sin haber sogas y fustas de por medio —intrigué.

—Todos tenemos nuestra pincelada de color, por gris que sea

nuestro lienzo... ¡Pero déjate de sermones de monja y enséñame ese bañador de una vez!

Leonardo se desvistió, y yo hice lo mismo. Dejamos la ropa arrugada en la arena, donde apenas soplabla viento. La playa estaba poco concurrida. Leonardo, me dijo lo bella que estaba y, tomándome de la mano, me metió en el oleaje. La otra mano, la mantenía misteriosamente cerrada.

Allí, en el líquido turquesa, se veían los caparazones de las tortugas, que venían como balsas de piedra a atracar en la orilla. Una vez en la arena, soltaban sus esféricos pasajeros.

—¿No me querrás hacer el amor sobre una tortuga?! —le chingué^[8].

—¿Cómo lo has averiguado? —me siguió la broma.

—Viniedo de ti, cualquier modalidad de sexo es posible... ¡Japón es muy diverso!

Cuando nos dimos cuenta, estábamos rodeados de esos nenúfares de superficie parcheada. El agua era tan cristalina, que incluso podía ver otras especies de peces nadando entre nuestros pies. Leonardo, acariciaba los caparazones de aquellos animales que pasaban cerca de él, y, sobre una de ella, colocó lo que llevaba guardando con misterio en su puño. La isla flotante repleta de hexágonos, sostenía ahora una cajita que guardó el equilibrio a duras penas ante el oleaje.

—Tómalo, es tuyo... —aseguró Leo sonriente.

Cuando la tortuga pasó sin temor por mi vera, tomé la cajita de joyería y abrí su contenido. Dentro había un bello anillo con un pedrusco blanco.

—¡Qué brillante más bonito! —aluciné por su belleza.

—Un brillante, hace referencia a las cincuenta y siete facetas del tallado, no a la piedra. En tus manos tienes un diamante de siete quilates, no te confundas —aclaró con rigor.

—¡Es precioso! Aunque fuese de bisutería seguiría siendo ideal. ¡Me lo pondré! Aunque no llevo las mejores galas.

—Incluso sin ropas, ya eres elegante, pero espera... Déjame verlo... —Leonardo me lo arrebató de la mano, y mi mirada quedó clavada en el agua, como hipnotizada—. ¿Quieres casarte conmigo?

Yo temblé. Estaba en un paraíso con un hombre guapo, varonil y millonario. Estábamos rodeados por naturaleza salvaje y bonitas tortugas que embellecían nuestro alrededor: “¡Qué podría decir!”

—Sí, quiero —le confirmé.

—¡Uff! Temía que te enamorasas de una tortuga... —dijo bromeando.

Luego nos fundimos en un gran beso, el sol hacía resplandecer mi anillo tras su nuca, donde yo le apretaba contra mí...

—¡Ahora vayamos a salvar a esas tortuguitas! —añadió Leonardo.

Desenterramos al menos una veintena de huevos de la orilla, y los llevamos al Centro de Protección de Fauna Marina. Luego, nos sentamos sudados en la playa, cubiertos de arena y el uno sobre el otro riendo a carcajadas; en ese instante me di cuenta que el diamante no tenía ninguna importancia, que no necesitábamos los lujos para divertirnos. Y pensé en el rancho, pues parecía que recolectaba huevos de gallina en aquel silencio evocador.

Por delante de nosotros pasó un chico con gorra, tirando de una especie de carreta con ruedas de bicicleta. Siendo nosotros de los pocos visitantes de la playa, se acercó. Sobre el carro había unos botes con jarabes de frutas, vasos desechables, un bote de leche condensada y una nevera isotérmica con hielo picado. En un lateral del carro, se podía leer: “Ricos raspados^[9], al estilo Puerto Arista”.

—¡Buenas tardes! ¿Les apetece un raspado de frutas con leche condensada, para esta bella parejita? —exclamó el vendedor ambulante.

—Buenas tardes chamaquito, ¡aquí estamos “echando la hueva”! —dijo Leonardo haciendo alusión a nuestro estado pasivo frente a las olas.

—Tengo muchos sabores... ¡Estos son los granizados más ricos de todo Chiapas, con frutas naturales de la zona! Y tengo tamaño grande y mediano —aclaró el amable vendedor.

Yo me acerqué hasta las botellas de colores en busca de un sabor que me llamara la atención; habían, al menos, doce gustos distintos: plátano, piña, coco, cereza, uva, etc...

—Una pregunta, güey, ¿este carro lo llevaba antes un hombre mayor, chingón, con bigotes a lo Cantinflas? —le preguntó Leonardo.

—Sí, mi papito. Ahora está enfermo, yo lo estoy relevando... No le veo mucho futuro a este negocio de raspados, pero es nuestro pan —apostilló el joven.

—Es un trabajo honrado. Cumples un propósito importante... mi chica y yo estábamos aquí deshidratados. ¡Con los *tompiates*^[10] como pasas! —alabó la labor del chico.

El chico moreno con camiseta de tirantes sonrió. Leonardo no solía usar esas palabras tan castizas, pero quería simpatizar con el joven vendedor ambulante.

—Yo lo voy a querer grande y de vainilla... —bromeé mirando a Leo, haciendo alusión a mi anterior preferencia sexual—. Bueno, mejor de frambuesa con leche condensada.

—¡Ese está *chida*^[11], Valeria! Yo lo voy a querer de tamarindo con pistachos...

El joven picó el hielo, lo sacó de la garapiñera y lo sirvió en un vaso de plástico, le puso un trozo de kiwi, le vertió jarabe de frambuesa, clavó una pajita y lo coronó con leche evaporada.

Luego, preparó el de Leonardo.

—¡Espérate, Valeria, tenemos que brindar! —detuvo mi primer sorbo.

El joven sonrió de nuevo, nos veía muy frescas^[12] como para brindar con vasos de plástico.

Leo sacó un billete de doscientos pesos y se lo dio al joven. El chico lo rechazó:

—Lo siento, amigo. Solo son treinta pesos..., no tengo cambio. ¡Está la playa desierta!

—No te he pedido la vuelta. Es más, si me vuelves a ver, te daré otro billete del mismo color —aclaró Leonardo sonriente.

El joven cerró el papel verde en su puño marrón. Y añadió un: “¡Está padrísimo!”

—Ahora, puedes irte a casa, a comprar medicinas para tu papá...

El joven se alejó entusiasmado, trazando una línea diagonal, para abandonar la playa con premura. Tirando de espaldas de aquel carromato, como si fuese azotado por un látigo.

—¡Brindemos! Diego nos espera —dijo Leo alzando el vaso de plástico.

—¿Tienes fiebre? —bromeé—. Huevos de tortuga, anillo de diamantes, pedida de mano y dos raspados por doscientos pesos...

Leo chocó su granizada contra la mía, y tomó un refrescante sorbo.

—Mi mentor me trajo aquí, cuando yo era un mocoso. Había matado a tres personas bajo su instrucción, y yo tenía dudas sobre este mundo de drogas y dinero rápido. Posiblemente estábamos aquí, en este mismo lugar. Y pasó ese hombre chingón, haciendo chistes sobre el origen de los cocos y el jarabe de vainilla. Miguelón, mi maestro, llamó al vendedor de raspados, y le preguntó cuánto ganaba al día, el sudado hombre respondió, diciendo que tras doce horas al sol, ganaba veinte pesos a lo mucho, aunque añadió que era el hombre que había visto más pechos de silicona del mundo... Miguelón me dijo con esa voz ronca que le caracterizaba: “Cachorro, piensa bien cómo quieres vivir tu vida. Estando al servicio de la gente, sucio y sudado sirviendo granizados; o siendo el que es servido, sin sudar y con un auto aparcado a pie de playa” —calló, melancólico, haciendo balance del camino que tomó—. ¡Y aquí me tienes, Valeria! Pero ese joven, igual se entusiasma. Espera recibir otra propina extra, que le dé un aliciente para seguir sudando, para seguir sucio por fuera, pero limpio por dentro, ¿me entiendes?

No le hizo falta añadir más, parecía que la ternura infantil quería abrirse paso en aquel pecho de plomo. De nuevo, sentí que Leonardo se estaba esforzando por ganarme, pues esas cosas eran las que realmente a mí me gustaban. El valor del dinero cuando abundaba, parecía ser como un puñado de sal que, sin prestarle atención, dejabas

derramar entre tus dedos.

Sucios, despeinados y con los dientes tintados por el raspado, sonreíamos como dos adolescentes. Sin lugar a dudas, la reflexión se instauró en mi mente inquieta, pues cada vez me alineaba más a su persona: “Las malas decisiones nos llevaron por derroteros distintos, y, de una manera u otra, nos unieron como víctimas bajo la bandera de la ambición y del lujo”. Pero ahora nos restaba una prueba difícil: el intercambio de parejas.

15. Intercambio de parejas



Tras una divertida tarde de pareja, subimos de nuevo al *Jaguar* y conducimos durante quince minutos hacia el puerto deportivo. El sol cayó a plomo sobre el horizonte, salpicando el cielo con estrellitas de mar. Al bajar del coche con la maleta a rastras, pudimos observar que, a pesar de que la noche se coronaba oscura arriba, los neones daban color al pantalán. Había palapas con música y mucho movimiento *cool*.

—¡¡Valy!! —gritó Ainara desde un yate atracado.

Leo y yo, alzamos la mirada. Pero todas las embarcaciones estaban llenas de tripulantes que rumbeaban al son de la música con copas en sus manos.

—¡¡Aquí, arriba!! —insistió Ainara alzando más la voz.

Leonardo levantó la mirada hasta un enorme yate negro con letras doradas, y con la inscripción “*Yo soy de Cai, pisha*”.

—¡¿Pero qué cojones...?! —se sorprendió Leo silueteando el yate con la mirada.

—¡¡Ja, ja, ja!! —se carcajeó ruidosamente Diego desde la cima de aquel “ferry”.

—¡Este pendejo español! Está definitivamente como una cabra —me advirtió entre risas.

Yo corrí con mis tacones, escalinata arriba, en busca de mi morena favorita. No lo podía creer... La tenía a menos de un metro de distancia. ¡Ainara estaba guapísima!

—¡Mi hermana! —gritó arremetiéndome un abrazo fuerte y dándome besos “rompe pómulos”. Ella tenía una peineta amarilla y me colocó a mí un clavel rojo en el pelo.

—¡Creí que no te volvería a ver jamás! —sollocé de alegría.

Leonardo saludó a Ainara, y Diego me llamó bombón en plan piropo de albañil.

—¿No lo había más grande? —ironizó Leonardo asombrado por la envergadura del barco.

—¡Qué *paza*, cabrón! —respondió Diego con ese acento peculiar—. ¿Se habéis dado un revolcón entre las palmeras? Creí que me ibas a dejar tirado...

—¿De dónde has sacado la pasta para este buque mercante? El negocio está recién emprendido, pendejo.

—Necesitaba un caprichito. Ya le devolveré el dinero a eze chipirón...

—¿Chipirón? —extrañó Leo ante su falta de respeto al peligroso líder.

—¡¡El *Kruken* de los cojones!!

—No hables así de don Marcos, no le pierdas el respeto. Estamos en México, no en Andalucía —le advirtió Leo mirando a su alrededor, pues en cualquier yate podía haber alguien cercano al capo.

—¡Eres un aguafiestas! ¡Todo no va a ser trabajar...! Disfruta del vino *güeno* que te he traído, un “*Pedro Ximénez*” —le mostró la botella—. Desde que mi morena lo probó, ya no quiere tequila.

—Diego, esta es tu fiesta y no quiero cortarte el punto. Pero deberle dinero al capo, no es muy inteligente —advirtió Leonardo, algo serio.

—¡Ainara!, cuéntale al galán de telenovela nuestros planes —requirió el Gitano a su chica.

—Después, ¿no? Que estoy hablando con mi mejor amiga —contestó Ainara, sin quitarme los ojos de encima.

—¡Olé! Pasando de mí... bueno, yo le daré la primicia... —se hizo el interesante—. El mes que viene, me voy a España para *siempre* —ceceó contundente.

Ainara cambió el semblante al ver a Leo arquear las cejas. Yo me volví, para oír bien.

—¡Ya nos cayó el *chahuiztle*^[13]...! ¿Cómo que te vas? Tienes un contrato. ¿Y el casino? Ese dinero también es mío... —discrepó Leonardo.

—Mira, yo aquí no *zoy* feliz, ¡tan lejos de los míos! Además, aquí los mexicanos estáis majaras, el más tonto te echa el mármol encima... —aclaró Diego.

—Nadie va a ir a buscarte a Cádiz —aclaró Leo, dándole una palmada en el pecho a su socio—. El problema es que como se entere, no te va a dar tiempo a salir de aquí.

—Ya no hay vuelta atrás, y me casaré allí con mi morena. Para que le den los papeles.

—Yo creo que los porros que te fumaste en tu época de chamaco, te han dejado sin neuronas... ¡En cuanto pises tu país, irás de cabeza al talego!

—¿Dos años..., tres? —teorizó Diego.

—Cinco años, al menos, por tráfico de drogas...

—Tengo treinta, saldré con treinta y cinco, para vivir toda la vida, *zin* dar un palo al agua —aseguró Diego orgulloso de su plan.

—¿Y qué hay de mí, Gitano? Don Marcos es muy estricto con los pagos...

—¡Lo tengo todo pensado, Cachorro! —interrumpió el español—. Voy a poner el casino a tu nombre...

—¡Pero yo no quiero un puto bingo! Quiero ganar posición en el Norte, crecer.

—No es un bingo, Cachorro: es un lavadero de dinero negro —aclaró mirándonos a las chicas.

—No me parece buena idea.

—Tranquilízate, voy a poner *música* y vamos a tomar unas copitas. Y, si quieres, dúchate en mi barco, ¡que das pena!

—Hemos estado jugando con tortugas marinas —se justificó Leo sacudiéndose las ropas.

—¿Marinas o ninjas? —apostilló Diego.

La música sonó a través de los altavoces del yate. Un repertorio de rumbas, flamenco y pop español. Ainara y yo, nos sentamos en unas hamacas, cerca de la proa, y, con una copa de aquel vino de pasas, comenzamos a intercambiar impresiones.

—¿Y ese *anillaco*...? —exclamó Ainara mientras me cogía de la mano.

—Me ha pedido la mano...

—En plan "*Sucedió en Manhattan*" —dijo emocionada.

—Más bien al estilo: "*Buscando a Nemo*"... —sonreímos.

—Pues yo me casaré con él, en Cádiz. Pero, que sepas que te invitaré a ti y a Leo. Vendréis en vuelo privado —conjeturó Ainara.

—Y realmente, ¿estás enamorada de Diego? —le pregunté.

—Menos de su peludo cuerpo, de todo lo demás —bromeó Ainara—. Es muy gracioso, no me maltrata, tiene mucho dinero, tampoco es muy mayor y, además, tiene unos ojos azules preciosos..., el único hándicap es el sexo heterosexual. Pero, tenemos una asistenta que está cañón y Diego la deja que se nos una para que yo me motive...

—¿Y lo entiendes cuando habla? —dije sonriente—. Cecea, sisea...

—¡Uff, ja, ja, ja! —sonrió mostrándome su dentadura perfecta—. Tiene un bisturí en la garganta: no hay palabra que deje entera. Ya me he acostumbrado a su distorsión bucal... ¿Y tú, con el pluscuamperfecto Leo, no tendrás quejas?

—Yo al principio no lo veía... —añadí tomando un sorbo.

—Pero tú has triunfado con Leonardo. Es guapo, está depilado, habla correctamente, es joven... ¡Piensa que para vivir estos lujos, en la mayoría de los casos, tienes que compartir vida con un viejo adicto a la *Viagra*! Y estos, de momento, son potentes.

—Por más que intento alejar ese pensamiento de mi cabeza, no puedo olvidar que un día me compró. Llevo toda la vida intentando escoger, pero el destino lo hace por mí... Y, encima, con un atractivo asesino reconvertido a narcotraficante.

—¡No te confundas! —espetó Ainara—. Es sicario: mata por dinero, no por placer.

La copa de vino saltó de mis manos, tras sobrecogerme por la naturalidad de su respuesta... Notaba que mi hermana estaba demasiado alineada con el vil mundo que le rodeaba. La cubierta de madera, se llenó de cristalitos y el vino volvió a abrigarse a la madera, como en su maduración de bodega.

Ainara estaba muy cambiada de cuando la dejé aquel día en el desfile; y, entonces, noté que igual era yo la inadaptada. El hecho de que Leo estuviese esforzándose tanto por mí, me estaba haciendo comprender muchas cosas. Como que él era quien era, porque su huevo cayó en manos inapropiadas, le pasó como a esas tortugas, que desovaban abandonando a sus crías a su suerte.

—De todas maneras, Leonardo ha cambiado de tarea; y ahora es como Diego, una mente financiera. Pero me resulta extraño cuando abro los cajones de casa y veo tantos sujetadores, tantos vestidos, tantas joyas. No hay un favorito, no existe lo especial, simplemente lo quiero y lo tengo... ¡Es como si el dinero no valiese nada, como cuando consigues un truco en un videojuego, de esos que te dan dinero ilimitado!

—¿Te refieres a los *Sims*? ¡Ja, ja, ja! ¡Qué adicción! Pero mírate, Valy..., ¿cuándo te imaginaste así? En un yate enorme, con una copa de vino exquisito, y con tu mejor amiga echando unas risas... ¡Ahh! ¡Y con un brillante en tus dedos!

—Es un diamante..., “el oscuro brillo de los diamantes”, a veces recuerdo las palabras de esa bruja que nos vendió y encuentro mensajes ocultos en sus charlas, como: ¿cuál ha sido el precio de este anillo? ¿Cuánta gente ha recibido un plomo, para que yo luzca esta joya en mis dedos? ¿Por qué sufrimientos he tenido yo que pasar? —reflexioné mientras miraba el opaco horizonte desde la cubierta.

—¡No hay quién te entienda! Odiabas esa vida con tus padres, en la granja. Quisiste salir a toda costa del seno familiar, para vivir una vida de lujos. Y ahora, no valoras que estás a otro nivel, codo con codo, con la *jet-set* de México. ¡Un hombre joven millonario, no puede fabricar dinero! Lo tiene que ganar y, normalmente, no es dinero limpio el que se almacena en abundancia. ¡Y lo sabes! Pero cuando lo mires todo bajo las lentes de la no rebeldía, nada te parecerá una imposición...

—Tienes razón..., no te enfades conmigo, Ainara. No termino de asimilar todo esto.

—¡Jamás cariño! —exclamó abrazándome—, solo quiero que abras los ojos sobre la nueva realidad, que estamos viviendo. ¡Estamos en la cima!

—¡Ya habéis bautizado el barco! —ironizó Diego, olfateando ruidosamente el olor a vino de pasas que había empapado la madera de la cubierta.

—Botado, se dice —corregí.

—¡No importa, me encanta! Este aroma me recuerda a las calles de Jerez, cuando pasas por la vera de las bodegas... ¡Vamos! Que voy a *tocá* la guitarra —dijo Diego.

Evitando los cristales rotos del catavino bajamos hacia la cubierta, donde Leonardo jugueteaba con los acordes de la guitarra, mientras unas chicas de otro barco le pedían que tocara algo —por primera vez me puse celosa—. Entonces, bajé con mi *trikini* negro, que descubriría mi ombligo sensualmente, y abracé por detrás a Leo besándole el cuello.

—¡No conocía tu faceta de trovador! —le dije sorprendida.

—Lo mío no son los instrumentos..., nunca tuve la paciencia suficiente para entenderlos —se sinceró Leo.

Diego tomó la guitarra y se apoyó contra uno de los barandales. En su pecho lucía una cadena de oro, con la cara de un cantaor de flamenco: Camarón de la Isla.

—Voy a tocar una canción para mi gente, para vosotros. Es un poquito triste, pero también es un himno que canto cuando me *ziento* melancólico. Una canción de mi paisana, la Macanita.

—¿Puedo ir a nadar...? —bromeó Leo.

La canción comenzó bonita, con sus uñas largas rasgando las cuerdas que cruzaban la guitarra, como si sacudiese su propia alma. Con el rostro apretado y lamentando, cantó lo que él denominó como unas bulerías:

*“... Más fuerte que la tristeza, son las guitarras y el sol,
las calles del corazón, las curvas de la belleza.
Cuando estás cerca de mí, solo me queda decir,
vaya usted con Dios, con Dios tristeza...”*

Cuando acabó aquel cante flamenco, abrigado por los acordes de la guitarra, sencillamente aplaudí. Me emocioné con la profundidad de la letra y el sentimiento que aquel “fofisano”, empleó con la fuerza de su garganta. Y como un bálsamo, limpió mi tristeza; la poca que tenía, la envié con Dios...

—Ahora toca bailar a las que sabemos, ¡animemos esta noche! —sugirió Ainara.

—¡Una bachata, por favor! —rogó Leo.

—¡¿Ya estamos?! Esta noche toca fiesta española. Además, *eze* baile de bachata solamente vale para ligar —se quejó Diego.

—¡¿Qué sabrás tú de bailes elegantes?! —espetó Leonardo.

—Esta noche no habrá bachatas... —aclaró Ainara.

—¿No? —sonreí siguiéndole el hilo.

—Mejor *kizomba* —espetó mi hermana moviendo la cadera de atrás

hacia delante.

—¡Uff, ni hablar! —refunfuñó Diego mirando a Leonardo—. Paso de fumar en ese cacharro. ¡Dónde se ponga un buen porro, que se quiten los vapores!

—Nadie ha dicho cachimba... —sonrió Ainara buscando la risa en nosotros—, hablo de un baile sensual a la vista, posiblemente el más provocador... Valeria y yo, os haremos una demostración.

La música sonó, Ainara era una diosa de estos bailes. Tenía un ritmo y un movimiento especial, que convertía en perfecto todo aquello que se proponía danzar. En la academia, nuestro profesor, Rodrigo, nos enseñó bien este baile de orígenes africanos.

Dimos cuatro pasos, hasta encontrarnos sobre la cubierta del yate. Las estrellas nos miraban en la oscuridad del mar, apretando su brillo en un intento por iluminarnos.

Ainara y yo teníamos una conexión especial, y en cuanto al baile nos sincronizábamos a la perfección. Primero nos acercamos con cuatro pasos, y comenzamos a separar y a unir las piernas al son de la batida de kazimba. Luego, vino la caminada, una especie de cortejo, donde ella daba dos pasos hacia mí y yo retrocedía, y luego a la inversa. Junto a los pasos durante la “batida”, también interpretábamos moviendo sensualmente nuestro trasero; eso era lo que realmente le daba un toque exótico. Movíamos las caderas, dejando firme el tronco, con nuestros pechos tocando el uno con el otro. Luego nos agarramos, sin perder el ritmo. Uniendo senos y ombligo, yo entrelacé mis brazos por su nuca, apoyándome en su mejilla; ella, mientras tanto, me agarraba la cintura por encima del culo, paseando su mano por la curvatura y dándome una cachetada para animar a nuestros hombres. Luego, interpretábamos los pasos de baile, de una manera sensual, fundiéndonos como dos llamas de fuego, agotando el oxígeno. Entre cruces, eles, andadas con cambio de dirección disociando nuestras caderas de los torsos; lanzábamos picotazos de abeja hacia atrás, inoculando veneno en la libido de Leo y de Diego.

No tuvimos de contornearnos mucho más, para hacer que Diego se uniese al baile; aún sin saber cómo iban los pasos básicos. Pero en vez de dirigirse hacia Ainara, me tomó a mí. La siguiente canción, sonó. Leo se quedó sentado sin tomar partida en el baile. Yo lo miraba, mientras el Gitano me hacía girar en círculos como si estuviese en una atracción de feria. Ainara, caminó moviendo la cadera de atrás hacia adelante, con los hombros firmes. Luego extendió su mano hasta Leo, que la miraba con cara de bobo.

—¡Vamos, ánimo! —incitó Ainara, procurando meterlo en el juego de seducción.

Diego comenzó a hacer bromas poniendo carantoñas y haciendo

movimientos de bulerías experimentales. Sus manos surcaban con disimulo mis nalgas e intuí que a Leo —que valoraba tanto el precio de las cosas—, no le estaba agradando el mal uso que le estaban dando a su chica.

Ainara insistió hasta convertir a Leo en un participante más. Le costó arrancar, ya que estaba más atento a mí, que a su pareja de baile. Continuamente, buscaba el contacto visual hasta que al fin lo obtuvo: pupila contra pupila —supongo que me envió un mensaje cifrado, pero yo no lo entendí.

—¡Me estoy poniendo *palote*! —exclamó Diego, haciendo referencia a su estado de erección— ¡Vámonos para el camarote!

Ainara, aprovechando la caminata de la batida, danzó en dirección al camarote del yate en busca de la intimidad, ya que los otros barcos también tenían fiesta en su camarote. Diego, directamente, me llevó del antebrazo lejos de las estrellas.

Leonardo bajó solo y se sentó en un banco, mirándome fijamente con el rostro un poco más serio que de costumbre; su cabeza estaba en otro lugar...

—A mi amigo le hace falta más vino, me parece a mí... —dijo Diego sirviendo una copa a Leo—. Tanto revolcón en la arena, me lo ha dejado *destrozaito*.

Ainara se acercó hacia mí, soltando el broche de su top y mostrando el esplendor de aquel nuevo busto de silicona; aún se le veían las dos cicatrices rojizas bajo el pecho. Luego me dio un sensual muerdo. Yo le paseé mi lengua por sus labios, sibilamente —realmente aquello no me ponía cachonda, pero si quería ver a Ainara en persona, aquel era el sacrificio que debía hacer con mi mejor amiga—. Diego se bajó los pantalones y se sacó el miembro sin previo aviso. Leo tornó un poco más la mirada en dirección contraria y tomó un trago de vino.

—¡Mira qué "*pechonalidad*" tiene Ainara! —bromeó Diego, dándole pie al tímido Leo a que mirase a su chica—. ¡Venga, ve y pruébalas! Al tacto parecen naturales...

Diego se deshizo de todas sus ropas y se quedó solo con aquella cadena de oro que pendía de su cuello, reposando sobre un lecho de vello... Ya no había marcha atrás.

Ainara comenzó a bajar mi bañador, supongo que para facilitar el acceso a mi cuerpo. Lentamente, dejó mis pechos al aire, trazando una suave espiral con sus dedos sobre mis pezones. Luego descendió hasta los tobillos, bajando mi bañador por completo. Diego colocó la cabeza de Ainara sobre mi entrepierna y susurró perverso:

—Ainara, te quiero ver como una gatita sedienta..., lamiendo ese cuenco de leche...

Ella obedeció, mientras Diego se posicionó tras su pareja, que

estaba en forma de “ele”, con el culo en línea recta con la espalda; seguidamente, recibió dos nalgadas de distinta sonoridad; una de ellas sobrecogió al inmóvil Leo.

Inmediatamente noté la lengua de Ainara sobre mi clítoris, acompasado con un vaivén por las embestidas del lujurioso español, quien se mordía el labio con fuerza.

Leonardo se armó de arrojo y se desprendió de su camisa de flores. Luego, se tocó el miembro viril, por encima del pantalón.

—¡Ven Leonardo! —dijo el Gitano separando a Ainara de mi monte de Venus—. ¡Te la he dejado a punto de caramelo!

Leo caminó hacia el trasero de Ainara, la cual se sentó en un banco con cojines blancos y desplegó sus piernas en “v”. Leonardo se bajó los pantalones cortos, su miembro estaba a medio camino, entre la flacidez y la dureza; apenas se divisaban esas venas que le otorgaban unas erecciones con garantía de orgasmo.

Diego caminó hacia mí, con su polla torcida, como un cuerno hacia un lado. Tenía abundante vello púbico, que se anillaba formando un traje que recorría su panza, pecho y ascendía por la espalda hasta la cabeza; Leonardo y Diego, eran como la noche y el día. Aquello no iba a ser fácil. Iba a ser lo más parecido a una violación, pero sin drama de por medio. Yo acepté, lo medité, se lo propuse a Leonardo y ahora no me iba a echar atrás; pero el intercambio no fue buena idea desde el principio, quizás aquel instante en la playa, nos hizo recapacitar sobre nuestra relación y su plenitud.

Cuando aquel español se dispuso a conquistar mis tierras, Leonardo rugió como un maya dispuesto a hacer frente a aquel usurpador; aunque con su arma alicaída.

—¡¡Vámonos de aquí ahora!! —gritó Leonardo fuera de sí, empujando a Diego a un lado—. ¡Aleja tu verga de mi dama!

—¡Tranquilo, Cachorro! Un gatillazo lo tiene cualquiera... —bromeó Diego observando como Leo no estaba lo suficiente excitado—, ¡será del vino!

—¡Valeria, vístete de una puta vez! —me dijo, medio gritándome Leo, subiéndose los pantalones.

—¿Nos vamos a quedar a medias? Venga... yo me cojo a la mía y tú a la tuya. ¡Cada oveja con su pareja! —animó Diego.

—Lo siento Diego, pero no ha sido una buena idea... —afirmó Leo enfundándose los pantalones.

—¿Lo del intercambio? ¡Tú me convenciste, cojones!

—Todo ha sido un error: tanto el intercambio de nuestras chicas, como el unirme a ti en los negocios — Leonardo se abrochó la

camisa—. ¡No te van a dejar irte! Tú y yo, tenemos cuentas pendientes con el Kraken. Y don Marcos no negocia, directamente te aplasta.

—¡Que le den! —espetó el Gitano—. Él no me va a decir cómo tengo que vivir mi vida, ¿me entiendes?

—¡Llévanos al puerto, venga! —dijo con dureza Leo, haciéndome un gesto para que me vistiera.

—Espera, voy a terminar lo que empezaste —dijo Diego, hincando su cuerno viril en la herida húmeda de Ainara.

Leo me tomó del antebrazo y me sacó de allí, medio desnuda. En la cubierta, aguardamos a sus orgasmos en mitad del océano. Los gemidos llegaron como si una sirena estuviese cantándonos a nosotros, los marineros.

—¿Qué te ha pasado, Leo? —le pregunté, mientras él observaba la Osa Mayor con detenimiento.

—No soporto la idea de verte con otro hombre. ¡Te quiero solo para mí! —me confesó, clavando sus ojos pardos sobre mis pupilas.

—¡Te entiendo! —le aseguré—. A mí, tampoco me agradó, más bien me dejé llevar siguiendo el juego a Ainara.

—Y entonces..., ¿para qué me convenciste, si no tenías la necesidad de sentir dos hombres sobre ti?

—Era un plan loco para abrazar a mi mejor amiga... ¡Demasiado loco, quizás...!

—Pues no sé si la volverás a ver... Diego se las va a tener que ver con don Marcos y sus tentáculos no dudarán en convertir este yate en un pecio hundido.

La embarcación de recreo se puso en marcha, y Leo no volvió a hablar; se quedó mudo como cuando disparó a Jimmy en el gimnasio.

Ainara vino llorando, pidiéndome perdón por el fallido plan de intercambio:

—¡No quería abusar de tu cuerpo, Valy! Solo me dejé llevar para hacerlo divertido.

—Lo sé, ha sido una estupidez mía aceptar... —le dije secando sus lágrimas—. Pero me siento orgullosa de que mi primera experiencia lésbica haya sido con mi mejor amiga.

Ainara calló y me abrazó con fuerza, me quería de verdad. Y aproveché para transmitirle las palabras de preocupación de Leonardo, susurrándole al oído:

—Hermanita, Leo dice que don Marcos va a matar a Diego, si intenta huir. Convéncelo para que no se marche y pague la deuda. ¡Que luego se vaya a Cádiz o a Australia!

El yate atracó, le di un fuerte beso a Ainara sin saber si sería el último y me monté en el coche de Leonardo. No hubo palabras en la noche ni radio; solo el ruido del motor como protagonista en la carretera.

Leonardo tomó una dirección distinta de la que habíamos venido; no sabía bien a dónde me llevaba, o si era producto de mi desorientación innata causada por la dislexia. Tras una hora de conducción, detuvo el coche en una solitaria autovía. Enfurecido, me hizo bajar... Yo me asusté con su petición.

—¿Para qué? —temí ser víctima de sus celos en aquel inhóspito paraje.

—¡He dicho que te bajes! —vociferó poniendo a prueba al eco que no volvió.

Salí del *Jaguar*, sin abrir la puerta. Estaba descalza y me clavé unas piedrecitas de la cuneta al saltar. Allí, no había más luz que la luna y los dos faros del vehículo; todo lo demás parecía no existir a nuestro alrededor.

Leo caminó hasta mí y me condujo de la muñeca hasta el largo capó del coche. Luego me tomó ambas mejillas con sus manos para asegurarse de que lo miraba.

—¡Escúchame! Lo que me ha ocurrido es la primera vez que me pasa. Un gatillazo y una ataque de celos en la misma noche —escupió a un lado—. ¿Sabes qué significa eso?

—¿Que te he ridiculizado...? —contesté con la boca chica temiendo el mismo desenlace que mi amigo Raúl en el casino donde se produjo la venta.

—No... —me tapó la boca con su mano—. Significa que me has enamorado. Así que no quiero que me pidas más intercambios de pareja. ¡Tu coño solo tiene un dueño! ¡¿Entiendes?! —aclaró introduciendo un dedo entre mis labios inferiores.

Yo le respondí acariciando su entrepierna y noté una dureza que el yate desconoció. Aliviada por el giro emocional lo masturbé allí, en la oscuridad, en mitad de la nada; iluminados por los focos del coche como si fuese un cañón de luz de algún teatro ambulante. Él continuó con sus dedos, hasta que ambos culminamos en pie, cerrando el telón de aquella función entre protagonistas a puerta cerrada.

Luego subimos al coche y Leonardo pulsó el *play*, para poner a John Legend como banda sonora a nuestro amor. Conducimos durante dos horas más, haciendo una parada en una gasolinera para ir al baño. Finalmente, bajamos más al sur, exactamente a donde un cartel anunciaba: Tapachula.

Llegamos a una ciudad de aspecto serrano; y, aunque era de noche, los edificios tenían un aspecto acogedor.

—¡A pocos kilómetros tenemos un volcán! Pero no se ve ahora mismo —me indicó Leonardo señalando el oscuro horizonte.

—Sí... y también otro a solo veinte centímetros de tus dedos —le insinué llevando su mano a mi vulva.

—Acaba de entrar en erupción, no me vaya a quemar —respondió

Leo siguiéndome la broma.

La carretera adquiriría pendiente y subíamos hacia una sierra.

—¡Hace fresco! —exclamé cruzando los brazos sobre mis pechos—. ¿Conoces este lugar o simplemente has puesto rumbo a la aventura?

—Aquí nací y me malcrié..., en Tapachula —respondió.

—Es bonito, ¡pero vaya nombrecito! —discrepé.

—Estos españoles adaptaban los nombres aztecas, de una manera fullera. ¡Imagina a muchos Diegos campando a sus anchas, haciendo y deshaciendo...! —bromeó—. Tapachula significa: “entre aguas”.

Mientras callejéabamos con el vehículo descapotable, sus cabellos lacios se movían sobre su frente al son de viento. Miré su rostro perfecto y pude notar una sonrisa en su boca; como si proyectase su infancia, allá por donde pasaba. Pues volvía la cara fijándose en detalles insignificantes tales como escalones, árboles o bancos viejos en zonas verdes.

Cuando llegamos a un gran parque, detuvo el ruidoso *Jaguar*. Aquello parecía un pueblo fantasma: solo vimos un gato, que saltó por encima de un cubo de basura.

Leonardo se bajó, rodeó el vehículo y me abrió caballerosamente la puerta. Me tomó de la mano y me llevó hasta una vieja puerta de madera junto a una enorme iglesia.

—¡Toc, toc, toc! —llamó a golpe de nudillos.

Yo miré de lado a lado y no había nadie por aquellas calles, solo las farolas y las altas palmeras que se agitaban como danzando *reggae*.

—¿Vamos a confesar nuestros pecados? —bromeé.

—¡Sshhh! —añadió Leonardo colocando su oreja sobre la puerta.

—¿Quién molesta a estas horas? —se oyó una voz juvenil tras la madera.

—¡¿Padre Ricardo?! —respondió Leonardo preocupado por la identidad del que preguntaba.

La puerta se abrió un poco, desconfiando de nosotros. Por ella, asomaron unas gafas metálicas y un rostro de piel muy oscura.

—Son las tres de la mañana, ¿qué desean? —dijo el joven, molesto por la visita.

—¿Está el padre Ricardo? Soy un viejo amigo.

El joven calló un momento, de fondo se oía el volumen de una televisión. Está bien, pasen, el padre Ricardo está sufriendo una dura enfermedad que lo tiene más tiempo en la cama que en pie. Por cierto, yo soy Santiago el nuevo monaguillo que pronto se encargará de las misas de esta santa iglesia.

El joven confiado, nos llevó por un largo pasillo cuya pared era de ladrillos viejos. Posiblemente, formaban parte de aquella iglesia de aspecto antiguo. Al fondo, había una cama de hospital reclinable y una mesita auxiliar con una biblia y una botella pequeña de agua.

—Padre Ricardo, dice este joven que es un viejo amigo —nos presentó amablemente.

El cura, que estaba consumido bajo las sábanas, pulsó un botón y se elevó mostrándonos aquel rostro arrugado de cejas blancas y cabellos de tiza.

—¿A estas horas? ¿Quién no puede esperar al día? —dijo con la voz ahogada.

—¡Pero si está viendo la televisión! ¡No creo que tenga mucho sueño, padre! —espetó Leonardo.

Inmediatamente, caminó sonriente hasta un lateral de la cama y tomó con ternura la mano raquílica del padre Ricardo. El cura miró a los ojos de Leonardo y lo reconoció a la primera de cambio tras tantos años:

—No me lo puedo creer, ¿eres tú? El angelito de los perros.

—El mismo —le confirmó.

—¡Me alegra ver que te has convertido en un hombre! Tienes, incluso, un traje de chaqueta y, por lo que veo..., una bella dama —me hizo un guiño—. ¡Veo que Dios nunca te abandonó!

—Valeria Méndez, ¡un placer! —me presenté quebrando aquel momento de reconciliación.

—¡Santiago! —llamó a su capellán—. Este joven se llama Leonardo, pero hubo una época en que todos lo conocíamos en el pueblo, como el “angelito de los perros”. Porque donde tú lo ves: guapo, enchaquetado y con ese perfume que me está asfixiando —bromeó tomando un inhalador para asma—, él fue un niño de la calle; venía aquí con dos velas de mocos y vestido con harapos a pedir sobras... No siempre comía. Y se dedicaba a revolver la basura de los bombos, y morder algún resto de la cena de una familia... Era de los pocos sin familia, era un gato más de la calle, pero la iglesia, le ayudó en todo lo que pudo. Luego, siempre venía con un cachorro de perro, colgado en su pecho por una camiseta vieja puesta a modo de bandolera, y compartía su vaso de leche, con estos animales que tampoco tenían familia —relató con ternura.

Yo empecé a llorar por el conmovedor relato del padre Ricardo. Costaba imaginarse al pluscuamperfecto Leonardo en esa tesitura. Por las circunstancias por las que había pasado.

—Pues aquí me tiene, tras veinte años —confirmó Leo.

—¿Y qué te ha hecho volver? ¿La llamada de Dios? —preguntó el cura.

—Hace tiempo que perdí la fe en él... Aun así, vengo a desposar a Valeria.

—¿Quieres que te case? ¿Ahora? —preguntó extrañado el padre Ricardo.

—Es la única razón por la que he venido... Así me lo dictó el

corazón —se sinceró Leo.

—¡Qué prisas tienes! La iglesia está en mal estado de conservación, lleva en pie desde 1819, pero hasta mañana seguro que se mantiene de una pieza.

—Por favor, quiero a Valeria Méndez como mi esposa y usted, es la única persona que siento como familia... ¿Me casará, entonces? —le pidió Leo en un intento por convencerlo.

—Por ti, con la alegría que me has dado... ¡Aunque sea a rastras te llevo a ese altar! —atestiguó Ricardo elevándose a duras penas de la alta cama.

El monaguillo ayudó a levantar al padre Ricardo y lo vistió con la túnica de ceremonia. Luego le acercó un bastón y el cura nos condujo hasta el interior de la enorme iglesia, a través de una puerta pequeñita. A su vera, caminábamos sorprendidos por la bonita estructura de aquel edificio cristiano; Ricardo le hizo una pregunta evidente:

—¿Si no crees en Jesucristo, qué te ha hecho venir a contraer matrimonio a San Agustín?

—Como le dije antes, perdí la fe en la iglesia... Pero siempre creí en personas como usted —confesó Cachorro con una sonrisa de orgullo.

Ayudante y cura hicieron una ceremonia rápida. Nos absolvió los pecados, nos trazó varias cruces de agua bendita, leyó dos pasajes y nos pidió las alianzas.

—Leonardo, ¿quieres a Valeria hasta el fin de tus días, en la enfermedad y la pobreza...?

—Sí, quiero —respondió contundente Leo.

—Valeria Méndez, ¿amas a Leonardo, y prometes ser fiel, todos los días de tu vida...?

—Sí, quiero —dije echando un vistazo a las hileras de bancos, donde al fondo pude ver unas siluetas sentadas: mi padre con su sombrero y Raúl recostado contra el respaldar.

—Puedes besar a la novia —expresó el cura.

Me quedé atónita y el beso de Leo me tomó por sorpresa, mientras mi vista se perdía hacia los testigos nupciales.

—Primero el anillo —espetó el monaguillo, advirtiéndome que el padre Santiago se había saltado el orden.

Entonces miré de nuevo a Leonardo y estiré el dedo corazón donde él colocó el anillo; inmediatamente yo se lo puse a él, para acabar fundidos en un breve beso.

—Ya sois marido y mujer... ¡Id en paz! —aseguró el cura.

Yo miré con recelo a la figura de Dios. No sabía si culparlo o dejarlo al margen de todo lo que había vivido hasta el momento...

Leonardo y yo no firmamos el documento del juzgado, ya que sobre mí pesaba un documento de defunción. Leo no quiso arriesgar y

argumentó que: “¿Para qué necesitábamos papeles, cuando el vínculo de unión se había prometido ante Dios?”.

El padre Ricardo nos obligó a firmar y Leo obedeció a regañadientes.

—Bueno, espero que seáis muy felices y que pronto traigáis hijos a esta parroquia para bautizarlos..., el padre Santiago os aguardará con todos los honores, suponiendo que esta vieja estructura, se mantenga en pie —argumentó con anhelo el padre Ricardo con los ojos brillantes.

—Padre Ricardo... —dijo Leo besándole la frente—, seguro que este lugar perdurará en el tiempo. Los niños abandonados necesitan la fe para sobrevivir —añadió dejando sobre su toga eclesiástica un fajo de billetes bastante cuantioso.

Yo me despedí de ambos siervos de la iglesia y nos dispusimos a salir por la pequeña puerta lateral por la que accedimos a la capilla. Pero, como si su enfermedad se hubiese esfumado al ver la suma de billetes de quinientos pesos color café, el padre Ricardo lanzó el bastón a un lateral y exclamó como si fuese el propio mesías:

—¿A dónde creéis que vais? ¡Salid por la puerta grande de la iglesia, sobre la alfombra roja!

Leo y yo, nos giramos hacia la voz cascada del anciano.

—No se moleste, los vecinos se quejarán por el ruido de las bisagras —bromeó Leo.

—¡¿Pero qué demonios?! ¡Esto hay que celebrarlo...! ¡Santiago prepárate para repicar las campanas! —exclamó lleno de júbilo.

El joven ayudante, cambió el tono de su rostro, de chocolate puro a acanelado. Y tras subir sus gafas, que se resbalaban sobre la ternilla sudorosa de su nariz, le replicó a su superior:

—Pero, los vecinos nos van linchar, son las cuatro de la madrugada...

—Para lo que me queda de vida..., ¡así me convierten en un mártir! —ironizó Santiago tomando de nuevo su bastón de madera—. ¡El “angelito de los perros” ha vuelto!

El joven abrió las puertas de par en par, tanto a la derecha como a la izquierda, había bancos de madera con testigos fantasma de nuestro enlace. El techo tenía cuadros de madera, que daban profundidad de altura a aquel templo. Las puertas nos mostraban la ciudad antes del orto. Leo me tomó en brazos y bajo el ruidoso sonido de las campanas, me sacó del templo que años atrás fue su hogar.

—Los vecinos pensarán que se trata de un ataque nuclear... —bromeé ante la insistencia de las campanas, que resonaban con violencia para los 350.000 habitantes que debían de dormir en Tapachula.

La policía se personó en la puerta de la iglesia, con las sirenas

puestas. Al vernos apagaron las luces, y, antes de marcharse, entre risas, nos dijeron: “¡Vivan los novios! ¡Dios les bendiga!”.

16. Bajo los tentáculos del Kraken



Febrero de 2018

Tras la boda y la apasionada luna de miel en un complejo hotelero de Cancún, nuestra vida se volvió estresante con el nuevo negocio de mayorista de Leonardo.

Contratamos todos los servicios posibles para tener el máximo confort: limpiadora, cocinera, esteticista, entrenador personal, profesora nativa de inglés... No tenía que preocuparme por nada, incluso perdí mi afición por la costura, ya que tenía a mi servicio a las mejores agujas de Italia, París y España, a golpe de teléfono.

A pesar de tener una magnífica cocinera, me gustaba elaborar platos *light* para sorprender a Leonardo en nuestras cenas románticas.

A ráfagas, sobre todo cuando estaba sobre la bicicleta elíptica, me venían instantáneas de mi anterior vida. Me acordaba de mi mamá, mi papá, mi prima Isabel, del pedante de mi primo Adal, de mi hermano Miguel en su moto repleta de barro, de Raúl y nuestro cenote..., todo era un *puzzle* con piezas viejas que nunca terminaba de montar en mi cabeza.

Ciertamente, el dinero nos hacía más cómodo el día a día. Aunque, el precio a pagar por esos lujos, no tenía un costo bajo: tenía que ser la esposa de un narcotraficante.

El mundo del cártel, era un complejo mecanismo de engranajes, que daban como resultado una maquinaria de apariencia sencilla.

Era una cadena alimenticia, donde el león, iba dando mordiscos a todos los estamentos, con el fin de ganarse el respeto. Mientras los de abajo, se devoraban en manada sin lealtad alguna ni empatía, esperando dar el salto en el peldaño más alto posible.

Leonardo me explicó cómo funcionaba el sistema. Porqué gastaban el dinero de esa manera en vez de guardarlo. Y es que la libertad de un narco, es breve. Elevan a la máxima potencia la ostentación, ya que es una manera de mostrar su poder: animales exóticos, armas, mujeres bellas, billetes, diamantes, coches, ropas de marca, relojes de oro..., todo es un circo, un ritual de cortejo con la muerte que les acecha, una muestra de poder ante la competencia.

Las normas eran claras, el explotado lema: “*Carpe diem*” era su filosofía de vida. Por ello, para presumir ante los nuevos clientes tuvimos que hacer una gran reforma en el salón, contratamos a una

empresa que se encargaba de reproducir decorados y que trabajaba en películas de épocas antiguas. Y transformamos el salón con suelo de parqué, en una habitación del Palacio de Versalles; al más puro estilo barroco.

Teníamos que hacer creer a esos soñadores de fortuna que iban a vivir en un lugar de estas características, con una chica atractiva como yo y con un caro coñac en su copa. Pero todo formaba parte de una parafernalia de *marketing* puro y duro. Era una muestra de tenerlo todo, de que era posible acceder a todo, si te jugabas la piel pasando cocaína por la frontera.

El negocio, sencillamente, nos obligó a unirnos mucho más. Trabajábamos ahora codo con codo, gracias a que yo hablaba un inglés mucho más fluido que él.

Los norteamericanos eran huesos duros de roer. Tenían la ambición, el dinero y las ganas de correr el riesgo necesario para vivir una vida cómoda; pero también buscaban un precio barato, para sacar el mayor rédito en cada venta.

Teníamos que trabajar adaptándonos a los gustos de los clientes: aderezando las charlas de negocio con cenas ostentosas, vinos caros y putas de lujo. Algunos pedían armas o piezas de coleccionista a Leonardo como regalo, otros le pedían a cambio de cerrar el negocio, sexo conmigo... Y otros, sencillamente, se iban con un puñetazo en la ternilla.

Leonardo buscaba encumbrarse, tener más poder..., y el hecho de que Diego le hubiese dejado tirado en su inversión inicial, le hizo esforzarse mucho más para pagarle al capo la parte que le correspondía.

El Kraken cada vez lo llamaba con más frecuencia. Leonardo sabía cómo ganárselo, siempre le decía: “He negociado con japoneses, he llegado a entender su razonamiento, seguro que sé ganarme el favor de un norteamericano”.

Su expansión iba viento en popa, las transacciones se llevaban a cabo mediante llamadas usando códigos secretos de palabras y citas espontáneas en locales de intercambios de pareja y otros lugares insospechados.

Pasados unos días, en la segunda quincena de febrero, Diego vino con Ainara. Los dos habían cambiado de *look*: ella se había cortado el pelo y se lo había tintado con mechas californianas; él se había rapado la cabeza y estaba más delgado. Trajeron un notario y en el salón firmó la cesión del casino para Leo. Yo le di a Ainara un par de trajes para que los guardase de recuerdo y me despedí de ella; pues se iba a Cádiz, lejos de este país que tanto nos arrebató.

En la resaca del día siguiente entre lágrimas y abrazos, nos despedimos con pocas esperanzas de volvernos a ver, ya que yo,

oficialmente, estaba difunta..., y un pasaporte a mi nombre era tarea difícil sin unos papeles falsos.

Recuerdo que soñé en esos días con un colorido pájaro. Quizás el ave del Paraíso que me visitaba con su bonito plumaje y hacía un nido en mi cabeza; un mal augurio, sin lugar a dudas. Aquella tarde, tras un almuerzo casero de hervido de verduras, conversábamos en el dorado despacho, tumbados en un incómodo diván, viendo los frescos que decoraban el techo. Relajados, surgían otros temas:

—¿Tú en qué crees Leonardo? ¿Tu dios tiene nombre? Sinceramente, nunca te he visto rezar, ni persignarte...

—Cuando estuve abandonado en las calles, rezaba cada día en San Agustín, le pedía a Dios que encontrara a mis padres y me los trajera de vuelta. Yo, a cambio, cuidaría de todos los cachorros abandonados, en señal de que tenía amor que dar. Pero cumplí catorce años, como un pordiosero... Seguía huérfano, no veía futuro en mi mañana. Tan solo recibía el desprecio de los otros jóvenes y de las chamaquitas que me rehuían. Era duro ver que todos los de mi edad reían y disfrutaban, en compañía de sus pandillas... Entonces, supe que el cristianismo, era solo verbo. Que el crucificado estaba ahí para crear una comunidad en torno al amor, llena de valores y pasajes, pero muy lejos de los milagros...

—Y, entonces..., llegó el cartel —añadí a su relato.

—El diablo se fijó en mí, en un alma errante a las puertas de un cielo de piedra. Yo estaba cansado de ser un apestado, un joven que solo percibía el rechazo. Y, claro, ese hombre llamado Miguelón, me lo ofreció todo. Ahora me reía yo de la infame vida de aquellos que se reían de mi escalafón social.

—¡¡Pero apretar un gatillo no es algo que se toma a la ligera, y menos aún con catorce años!! —le increpé, por su decisión tan dura.

—Llega un momento en que pierdes la autoestima. Cada decisión que quieres tomar en la dirección adecuada, no obtiene el resultado que deseas y acabas tan frustrado que en tu interior solo habita la confusión. Esa ira trastorna tu mente, te disocia de los sentimientos ajenos y, como resultado, se llega a la pérdida de la empatía —calló un instante, dando a notar que había buscado explicaciones en los libros sobre su conducta—. No recibes amor, odias a la sociedad y solo deseas descargar esa furia con todo aquello que te abruma... Y, ya no hay vuelta atrás: eres capaz de descuartizar, quemar, decapitar, disparar. No hay arrepentimiento, no sopesas cuánto vale una vida...

El proceso que sufrió para convertirse en un monstruo, me sobrecogió; pues me recordó, de alguna manera, a la metodología que experimenté de mano de sus secuaces en aquella maldita sauna.

—¿Y por qué esa religión de los chakras? —le pregunté.

—Porque cuando pierdes la fe ahí afuera, tiendes a buscar

respuestas dentro de ti. Y en mi viaje a Japón, hallé el misterio de las ruedas que cohabitan en nuestro interior. Aquel país me aportaba cordura con su tradiciones. Los flujos de energía, el equilibrio interior, la conexión espiritual... Aún así no practico, ni llevo a cabo ningún tipo de alineación, pues supongo que las ruedas que habitan en mi bosque ya no giran desde hace mucho...

—¿Y te consideras un cachorro de león o de lobo?

—De lobo —respondió contundente—, el león es el rey de la selva, pero en la ciudad trabajan en el circo.

“¡Ring, ring!”, el interfono sonó, sobrecogiéndonos. No esperábamos una visita tras el almuerzo.

—¡El Kraken!! —se sorprendió Leonardo comprobando en la pantalla la identidad del que estaba fuera de la verja; Leo pulsó el botón de apertura—. ¿Qué querrá? ¿Enciérrate, y no salgas, me entiendes?

—¡Me estás preocupando, Leo!

—¡Obedece! —vociferó con firmeza.

Don Marcos el Kraken Cruz, era el cabecilla de este nuevo cártel. Leonardo no movía ficha sin su consentimiento. Supuse que venía a estrechar vínculos, pero descifrando el tono usado por mi esposo, mas bien venía dispuesto a estrechar sus devastadores tentáculos sobre nosotros.

La curiosidad me hizo meterme en el gimnasio y dejar la puerta solo encajada, con el fin de poder husmear por la rendija. “¿Qué aspecto tendrá el capo del cártel? ¿Será un hombre apuesto, un gordinflón o un culturista?”, me preguntaba.

Leonardo abrió la puerta y dejó entrar a su jefe y a todo su séquito de escoltas. Entre sus ocho hombres de confianza, pude reconocer a Omar Espinosa, el policía, que empujaba una silla de ruedas con un hombre algo viejo y bastante gastado por el consumo de narcóticos. Tenía un bigote largo y patillas anchas. De la camisa caían dos cordones que se unían en una pieza de oro, replicando un calamar salvaje enredando sus tentáculos en una carabela.

—¡Don Marcos Cruz! ¿A qué debo el placer de recibirlo en mi casa? —exclamó Leonardo con un tono que jamás había escuchado en el tiempo que había pasado junto a él..., era obvio que estaba muy nervioso.

—¡No te hagas el pendejo, Leonardo! Vengo a por mi dinero —contestó malhumorado aquel cincuentón; que más que un poderoso Kraken, parecía una sepia secada al sol.

—He tenido un pequeño contratiempo con mi socio. Y los pagos los estoy haciendo a final de mes..., usted sabe que soy legal —se excusó Leo.

—¿Contratiempo? Ya veo que en estas paredes están mis

ganancias... Has priorizado en decoración, en vez de saldar tus deudas —aclaró el Kraken.

—¡Es una inversión! Los putos yanquis necesitan impresionarse con un salón como este... —dijo Leo.

—La última vez que vine, el salón no tenía este aspecto de palacio —espetó el agente de policía volteando su mirada por la estancia—. Se nota tu nuevo estatus.

—¿Y tú, Omar Espinosa? —preguntó Leonardo—. ¿Has dejado el cuerpo de policía?

—Estaba cansado de que no valorasen mi trabajo..., soy ambicioso y quería un salón como este —añadió entre risas.

—¡Veo que sois viejos amigos! ¿Igual sabes dónde guarda los billetes este moroso? —dijo, preguntando a su porteador.

—No tengo ahora mismo para pagarle, ¡deme unos días! —dijo Leo mirando a su jefe que comenzaba a malhumorarse sobre aquella silla de ruedas.

—La última vez que estuve aquí, guardaba los billetes en aquella chimenea —señaló Omar Espinosa evidenciando a Leo.

—¡*Pinche* cabrón! —masculló enfurecido Leo dando unos pasos hacia donde indicaba el dedo acusador.

Leonardo levantó la losa de mármol que cubría su escondite de dinero, mientras don Marcos se levantó de su silla sin mayor dificultad, por lo que descarté su discapacidad.

—Así me gusta, Omar... —felicité con unos golpes en la espalda a ex policía—. ¿Ves, Cachorro? Lleva pocos días conmigo, y no para de darme alegrías.

—Es mi reserva de emergencias, no tengo aquí un buen montante —se explicó Leo, sacando un par de fajos de billetes.

—¿Me estás tomando por pendejo de nuevo? —dijo don Marcos desesperado—. ¡Esta situación sí que es una emergencia para tu salud!

Leonardo caminó con los dos paquetes de billetes y, cuando estuvo frente a frente al Kraken, recibió en la cara un inesperado puñetazo de aquel vejstorio. Me sobrecogí, emití un gemido y, sin querer, agité la puerta llamando la atención de alguno de los escoltas.

—¡Si le doy lo poco que tengo, don Marcos! —espetó Leonardo procurando captar de nuevo la atención hacia él, mientras hacía una mueca aguantándose el dolor del golpe en la cara—. ¡Me quedaré sin capital de inversión!

—No seas negativo, Leonardo —sonrió el Kraken arrebatándole los billetes a Leo—. Un tipo como tú debe tener siempre una alternativa..., y tienes una putita muy linda para pagar mi deuda, según tengo entendido.

—Con todos los respetos, pero es mi esposa —respondió Leonardo tomándome de la mano y sacándome de mi escondite—. La familia no

se toca...

El capo me miró de arriba abajo, y en sus ojos oscuros pude ver una penumbra que me causó verdadero asco.

—¡Mírate, canijo! Las mujeres nos hacen perder la cabeza... Son capaces de coger al tipo más duro de Chiapas y convertirlo en el puto Cupido, de la noche a la mañana. ¡Mira, sino, esta mariconada de salón!

—En breve tendré el casino de Diego el Gitano, y lo venderé para pagar su deuda, ¡confíe en mí! —teorizó Cachorro, que frenaba la hemorragia de su nariz con un dedo.

—Ese españolito y yo... Tenemos una charla pendiente —advirtió el Kraken poniéndose bastante serio.

—¡No se preocupe! Yo hablaré con él y le haré entrar en razón —medió Leo.

—¡Aquí hago yo los planes! ¡Soy el que manda en este reino y mi palabra es la ley! —dijo el capo poniéndose a pocos centímetros del rostro de Leo.

—No estoy contradiciéndole don Marc...

—¡¡Qué no me contestes, *hijoeputa*!! —interrumpió el Kraken, provocando una reacción en cadena en sus hombres que nos apuntaron con sus armas.

Cuando lo tuve cerca, pude observarlo con detenimiento: tenía entradas entre las canas, un bigote fino que caía a ambos lados de las comisuras de sus labios, la camisa que usaba era cara, pero no de su talla; se podía apreciar que la apariencia no era lo que más cuidaba.

—¡Acércate *ramerita*! —me mandó el capo mirándome más de cerca, enrollándose en sus tentáculos de deseo con la vista.

—Mi nombre es Valeria, le agradecería que... —aclaré sin mostrar miedo ante aquel cincuentón, mientras Leo me sostenía de un hombro, con el fin de que guardase las distancias.

—¡Dije... acércate! —insistió, agitando el dedo como un apéndice de sus tentáculos, aún estando a medio metro de él.

—¡No! —replicó Leonardo sujetando con fuerza mi clavícula, ya que mis labios estaban muy cercanos a su frente.

—¡Tsk, tsk! —se oyó un chasquido de lengua y, más tarde, un disparo me pasó cerca de la oreja.

—¡Argg! —gritó Leonardo retirando con brusquedad su mano de mi hombro.

Traté de guardar la calma y miré de reojo a Leonardo que estaba tirado en el suelo resistiéndose a abrir la boca. La alfombra de armiño color marfil donde tantas veces nos habíamos revolcado, ahora se estaba tiñendo de rojo.

El Kraken seguía moviendo el dedo esperando a que yo lo alcanzara. El resto sonreía con cinismo, mientras escuchaba cómo Leo

maldecía con la boca pequeña, taponando la herida de su mano pistolera.

—¡Ramerita! Las chicas que se hacen de rogar, solo consiguen una cosa... ¡Ponerme la verga más dura! —exclamó el cincuentón bajándose la cremallera de su pantalón.

Viendo que aquel frágil hombre, era indestructible para Leo, decidí acceder a su capricho vejatorio y coloqué mis senos sobre sobre su asquerosa mano: sus uñas eran amarillas y puntiagudas. En aquella vorágine de ansiedad busqué un gesto de confianza en Leonardo, pero solo se limitó a bajar la mirada; haciéndome entender de que eso estaba fuera de sus posibilidades.

En esos instantes entendí que ni siquiera mi esposo, el sicario más vil de todo Chiapas podía hacer algo por mí. Y que no había hombre fuerte que pudiera dominar aquello llamado “respeto”.

—¡Ahora llévame a una cama! Quiero ser tu primer cliente... ¡Ándale! —se detuvo y le ordenó a los suyos—. Y respecto a Leonardo. Si osa molestarme mientras me follo a su putita... vuélenle la cabeza con un plomo.

Simplemente obedecí. Mi corazón latía bajo mi pecho con fiereza, en mi garganta había un nudo que se retorció, cuanto más me adentraba en dirección a la alcoba. Don Marcos me seguía, tocándose la entrepierna con tesón. Evité entrar en la habitación de las perversiones, y lo llevé a la habitación de invitados. Recordé, de repente, que bajo la cama había una pistola semiautomática.

Cuando vi aquel rectángulo de colchón y escuché cerrarse la puerta tras de mí, supe que ya no tenía escapatoria, que don Marcos me iba a violar..., con suerte. Pues no podía quitarme la idea de la cabeza, que igual me iba a estrangular para darle su merecido a Leonardo.

Resultaba extraño ver a un fiero sicario, conocedor de artes marciales y diestro tirador, achantado por un viejo con el que, cara a cara, no duraría más de un minuto con vida. Pero mi protector, ahora no podía hacer nada y enfurecer al Kraken, lo contemplé como un error.

Entonces, pensé en actuar como buena anfitriona y me entregué haciendo de tripas corazón. Lo acerqué a la cama mientras lo iba desvistiendo, luego lo recosté y observé aquel cuerpo sembrado de vellos ceniza, que encumbraban una voluptuosa panza. Tuve náuseas, pues ni su colonia juvenil, podía cubrir su falta de aseo. Este anciano gordo y con entradas en la cabellera, como si en cualquier momento le fueran a salir cuernos de demonio, me partió el traje con la fuerza de sus manos. Sus dientes amarillos titilaron en una cínica sonrisa.

—¡Vamos, *ramerita*, no tengo todo el día! —me dijo tomándose del pelo y llevándose la boca hasta la estaca que tenía entre las piernas.

Entre lágrimas comencé a darle sexo oral, sin prestarme demasiado

como lo hacía con Leonardo. Pero para el señor que me había tomado a la fuerza no fue suficiente, pues me colocó sus manos entrelazadas en mi nuca y me apretó contra él, sin piedad, buscando una profunda mamada. Luego me jaló hacia afuera y, de nuevo, me llevó hasta él surcando sus posiblemente dieciséis centímetros, una y otra vez. Cuando entendí el movimiento, comenzó a apretar mis pezones agresivamente, tirando de ellos con dureza. Las lágrimas comenzaron a brotar de mis ojos, me estaba produciendo un daño físico y moral, que catalogué de irreparable.

Cuando retiré mi boca de su pene, pude contemplar que tenía su polla como una roca, y su glande era desproporcionadamente más ancho que el tronco de su verga. Nada más salir, comencé a toser por los golpes en mi garganta y campanilla.

—¡Estás arisca, Valeria! ¡No hagas las cosas más difíciles de lo que son..., la violación es inevitable, así que relájate y goza! —me dijo, mientras abría la puerta con el fin de que Leo se enterase de nuestro encuentro.

El Kraken, me cogió como a un pecio y me arrojó sobre aquel mar de espuma viscoelástica. Ahora me tenía sin ropa, con un tanga de encaje blanco, como única barrera de protección. Él viejo me separó las piernas. Luego me dio un guantazo en la cara gratuitamente, pidiéndome que lo mirase, pero me daba asco. No podía mirarlo a los ojos mientras iba a recibir sus embestidas y giré la cara hacia un lateral donde las lágrimas caían sin piedad sobre las sábanas.

Entonces pensé en Leonardo, soñé que igual se había deshecho de los ocho matones y en breve entraría en la habitación a quitarme a este pestilente pervertido de encima. Pero eso jamás sucedió.

—¡Si no me miras mientras te la meto, te romperé esa cara de ángel que tienes!! —vociferó con más ímpetu, volcando su voz en dirección al pasillo.

El Kraken deslizó el hilo de mi tanga a un lado e introdujo sin estimulación previa, aquella seta de mármol rojo; noté como me resquebrajó el alma. Luego dejó caer un espeso hilo de saliva sobre su glande, lo restregó con sus dedos por la tersa superficie dándole un característico brillo. Y comenzó a moverse con soltura de atrás hacia adelante, usurpando mi intimidad. Su rostro era de pura maldad, como si estuviese apuñalando a una indefensa oveja. Intenté retirarle la mirada de la tez, pero él me tomaba por el mentón y me sujetaba el rostro. Comencé a gemir de dolor, pues su polla me estaba haciendo bastante daño... Gimoteé acongojada por el sufrimiento, dándome cuenta de que eso era, precisamente, lo que más le hacía disfrutar.

De repente se detuvo. Me miró con deseo y me giró con fuerza. Luego tiró de mis tobillos y me bajó medio cuerpo de la cama, dejándome de espaldas a él, con las rodillas apoyadas en el suelo y los

pechos sobre sobre el colchón. En ese instante comencé a gritar llamando a Leonardo, temiendo lo peor.

—¡Estás muy rica! Bien peladita, pechos firmes y un culito apretado..., ¡pero aún no me has llevado al cielo, angelito mío! —me dijo cogiéndome de nuevo el cabello y enroscándolo en su puño mediante dos giros, como si fuese un potro a punto de desbocarme. Raudamente auxilió su asquerosa verga con la mano y me penetró por detrás, olvidándose de mi vagina.

El grito que emití, provocó un bramido de cólera en el salón que me hizo evadirme por unos instantes de mi violación; sin embargo, aquel monstruo ni se inmutó. Agarré las sábanas con fuerza, y resistí las embestidas como bien podía. Sus caderas se acercaban a mis nalgas sin piedad, hasta que su pene era repelido por la fricción y, así, una docena de veces, acelerando cada vez más hasta que se quedó dentro, en lo más profundo y se aferró a mi garganta. Apretándome con la fuerza de sus dedos en aquel espasmo de placer, mientras se vaciaba dentro de mí. Sin aire, hice un intento por zafarme de esas manos que no cedían ante el estrangulamiento.

Mi violador aflojó sus garras y el aire entró de nuevo en mis pulmones... Un ataque de ansiedad se apoderó de mí, comencé a temblar y a llorar.

El viejo sacó su verga de mí, y sentí repugnancia de los fluidos que se derramaban hacia afuera. No sabía si era sangre o semen, tampoco me importaba demasiado, el daño ya estaba hecho.

—¡No llores mi zorrita! Por el trasero no puedes quedarte embarazada... ¡Soy viejo, pero no pendejo! —añadió con un tono de felicidad que yo no compartía.

Entonces comenzó a vestirse, mientras yo quedé sumida en un océano de lágrimas. La pistola debía de estar a pocos centímetros de mí, pero temí cogerla y acabar suicidándome... Vomité sobre la cama por el olor que desprendía su cuerpo sudado.

Don Marcos se sentó en una silla para calzarse las botas, y su respiración se volvió bronca: un silbido mugía en su pecho. De repente, emitió un chasquido con su lengua y en cuestión de segundos se presentó Omar en la habitación, con un inhalador de asma en sus manos; como si aquellos episodios fuesen habituales tras cada coito.

—¡Gasp! —Aspiró rápidamente.— ¡Mira qué potranca más bonita! ¡Le quedaría bien un tatuaje de tentáculos por su espalda! ¿Qué opinas, Omar?

El ex agente, le dio la razón mientras le ayudaba a reincorporarse entre toses repentinas.

Entonces junté las sábanas desechas de la cama y me envolví en ellas, como un gusano en la crisálida. No quería ser objeto de miradas: me avergonzaba de mí misma, me sentía culpable. Don Marcos se

sentó en la silla y, con una risa de dientes amarillos, me guiñó un ojo.

—Date una ducha, angelito mío. ¡Apesta a vómito, y te quiero limpia en el salón ahora mismo! —me exigió el capo.

Las voces se oían con más fuerza en el salón, acompañadas por golpes de objetos que parecían ser lanzados contra las paredes. Yo, entre lágrimas, acudí al baño. Cogí unos *jeans*, una blusa amplia y zapatillas de *sport*. Olí todas mis braguitas y la que me pareció más limpia, fue la que escogí. Luego encendí la ducha, puse el agua casi hirviendo y usé abundante jabón. Seguidamente froté mi cuerpo, descamando con la suave esponja cada manoseo, cada roce, cada gesto no consentido por mí... quería borrar las marcas dejadas por sus perversos tentáculos, pero tras enjabonarme por segunda vez, me di cuenta de que esas ventosas repletas de maldad, no habían dañado la superficie de mi piel, sino que había dejado huellas imborrables sobre mi corazón... Bajo las gotas que hervían desinfectando cada rincón de mi cuerpo, intentaba convencerme a mí misma: “Solo ha sido un accidente, el Kraken se irá y no volverá jamás”.

Una vez seca, pero no lista para volver a ver a mi agresor hice aparición en el salón de la casa. Salí con el pelo recogido y muy perfumada, cabizbaja ante todos los hombres, que se sentían orgullosos por la violación a que me había sometido ese viejo. Agaché la mirada al ver al Kraken desde su pedestal rodante. El salón estaba destrozado: con las sillas rotas, los adornos desordenados y los cuadros rotos por la mitad. Entonces, miré a Leonardo, que tenía los nudillos ensangrentados y la palma de su mano vendada con un pañuelo; él se mordió el labio al verme, como signo de frustración ante lo sucedido...

El Kraken se aproximó hasta Leonardo haciendo rodar su silla. Extendió su mano hasta Leonardo y aguardó que éste le correspondiese con el gesto.

—Leonardo, confío en ti para llegar lejos en este negocio. Por eso te voy a dar una nueva oportunidad... —argumentó agitando la mano sana de Leo en un acto de cordialidad—, y, por supuesto, ya no tienes que preocuparte. Tu deuda está pagada...

—¿Ya no le debo dinero? —preguntó extrañado Leonardo por la afirmación.

—Así es, canijo... ¡La *ramerita* se viene conmigo para formar parte de mi harén personal!

17. El sótano



El desánimo anidó rápidamente sobre mi persona. Mi violador tenía ganas de perpetuar mi sufrimiento, más allá de aquel horrendo instante. Y asumí que yo no era nada, que no era ni siquiera persona, ni mucho menos mujer...

Bajo la atenta mirada de Leonardo, abandoné el que había sido mi hogar durante varios meses. Quise haber hecho dos maletas para meter todos mis trajes favoritos, pero Leo había enloquecido y estaba recibiendo una paliza de manos de los ocho *guaruras* del Kraken; por lo que partí con solo una.

—¡Esta lección te hará más hombre, Leonardo! En este negocio efímero, debes disfrutar cada día lo que posees, pues un día despiertas... y ya lo has perdido todo —sermoneó don Marcos, mientras se retiraba del salón con ayuda de Omar Espinosa.

Salimos afuera, pasando por el patio donde estaba el *Jaguar* aparcado. El Kraken, levantó una mano y el ex agente se detuvo. Desde el patio, le preguntó a Leonardo, que estaba custodiado por un matón, con el fin de que no intentase nada extraño:

—¡¿Por cuánto te vendió mi hijo esta reliquia?!

Leonardo salió al zaguán encañonado por un *guarura*.

—Alexander me lo regaló, por los servicios prestados..., ¡era eso o llevarlo a un desguace!

—No le gustan mis regalos de cumpleaños, la loca de su madre lo tiene malcriado... Pero pronto comenzará a valorar los caprichos, comprenderá que el dinero hay que ganarlo con esfuerzo y sacrificio —murmuró haciendo entender que tenía en mente dejar a su hijo a cargo del cártel.

Salimos y fuera nos esperaban tres *Hammers* blindados y una camioneta. En ese momento, un coche patrulla de policía pasó lento, contemplando la mudanza. Uno de los matones caminó hacia el coche y los patrulleros se alejaron evitando problemas; como si la ley fuese el maldito Kraken.

Omar Espinosa puso mi maleta en la camioneta y tres hombres se subieron conmigo. Yo miré al fondo de la calle, intentando ver a mi padre de nuevo cantando esa cancioncilla de la sirena... Pero mi vista se cegó, debido a una tela negra con la que me encapucharon. El vehículo arrancó ruidosamente, alejándome del único que, al parecer,

estaba interesado en hacer algo por mí.

Pasé dos horas de camino sin ver, solo sintiendo los magreos y tocamientos de mis vigilantes, sin poder poner resistencia, ya que si lo hacía, recibía un golpe en las costillas. Entonces comencé a hacerme más aún a la idea de que mi voluntad y mi físico estaban ahora en manos de estos degenerados...

Los zarandeos de la batea de la camioneta por los accidentados caminos me recordaban, una y otra vez, el daño que me había producido la brutal penetración anal que el Kraken me provocó. El vehículo se detuvo. Me retiraron la capucha que me cegaba y el color volvió a mis retinas. Con la fuerza de sus brazos, Omar Espinosa me tomó por las axilas y me bajó de la batea.

No sabía dónde me encontraba, en qué región de Chiapas podía estar. A mi alrededor solo veía maleza, por lo que entendí que estábamos a kilómetros de la civilización. Cuando caminé hacia la verja dorada, pude apreciar que tenía motivos marinos y un calamar gigante cercando un barco... Sin lugar a dudas, parecía mi rancho en mitad de la nada, solo que allí no existía un notable hedor a estiércol, ni una casa enorme de madera con tejado inclinado, sino más bien un palacio de formas redondas, fortificado por una especie de muro con almenas, con guardas con metralletas que vigilaban el perímetro... Si la casa de Leonardo parecía una habitación del Palacio de Versalles, esta casa era el Taj Mahal.

La verja con forma de pulpo, cuyos tentáculos coronaban la hoja blindada, se abrió mediante un mando remoto que poseía don Marcos. Había un estacionamiento con códigos numéricos y, tras entrar nosotros, aparcaron dentro los tres *Hammers* y la camioneta. Un césped verde rodeaba el palacio blanco y azul, con bóvedas y columnas en la entrada. Había hamacas y sillas de mimbre, con carácter árabe; pequeñas mesitas con ceniceros y, por el lateral, flanqueando aquella bonita construcción, brillaba el agua de un estanque que hacía las veces de piscina, con un agua cristalina donde flotaban flores. A nuestra llegada, se oyeron voces y un cerdo salió corriendo buscando salida por donde yo entré. Luego aparecieron tres jóvenes: uno con una cresta rubia en la cabeza, otro con un tatuaje que le cubría la cara y otro más rechoncho con una larga melena, todos con cuerdas y cuchillos. El gorrino gritaba lo que yo callaba, hasta que un tipo alto con un corte en la cara, aplacó al cerdo y le rebanó el cuello.

—¡Hoy tocaba matanza de cerdos! —exclamó el Kraken—. No despieces al cerdo, me encanta ver tu arte de matarife... Sacando todos esos órganos con tanta rapidez.

La puerta de la mansión se abrió y salieron cinco chicas: todas en bikini, tacones de aguja y el cuerpo cubierto de llamativos tatuajes

con motivos de tentáculos de tinta. Independientemente de su altura y mestizaje, la mayoría llevaban pelucas de colores y bustos exuberantes. En sus cuellos llevaban joyas y pulseras con brillantes en sus muñecas.

—¡Hola, don Marcos! —saludó una de las chicas de cabellos rojizos, desde la distancia—. ¿Es una nueva amigueta de juegos?

Don Marcos me miró sonriente, mientras yo temblaba. El resto de la compañía aguardó expectante su veredicto, mientras las puertas se cerraron detrás.

—¡De momento no, Ashley! —aclaró el Kraken.

Yo me quedé de piedra. Aquella chica en bañador y con los pechos operados era mi ex compañera de academia y la primera en ser subastada en aquel casino. El Kraken continuó tras ver cómo arrastraban el cerdo, que se desangraba delante de nosotros.

—Esta zorrita la tomé como prenda de pago, por las deudas de Cachorro. ¡Ya pensaré qué hago con ella: si la sumo a mi harén personal o dejo que se pudra para darle una lección a ese *hijoeputa* enamorado!

—¡Es mona! —replicó Ashley reivindicando mi belleza—, ¡dele una oportunidad esta noche!

—La *ramerita* de nombre Valeria, ya ha tenido una prueba y no fue capaz de complacerme como tú lo haces; así que, no vale como mujer. Pero los chicos se divertirán con ella tras las rondas de vigilancia.

La chica cambió su tez y se metió en la casa. Ese gesto me puso aún más de los nervios, pues no sabía a qué clase de infierno estaba a punto de ser sometida.

—¡Omar! Agarra su maleta y llévala a la habitación de las chicas —indicó don Marcos levantándose de la silla de ruedas y dejándola en mitad del patio—, y a esta jovencita bájenla al sótano y amárrenla bien fuerte.

Un matón con cara de cerdo al que el Kraken llamó Terry, se aproximó al capo:

—Don Marcos, acaba de llamar el americano. Viene de camino para negociar, ¿preparo a Bernard?

—¡Pues ándale, Terry! Déjelo limpito para que ese americano no se queje de que apesta..., ¡y que no lo mate! Hay que devolverlo a su madre, que me prometió que en una semana pagaría hasta el último peso que me debe...

Terry me tomó del brazo, apretándome como si fuese unas tenazas. No hubo palabras entre nosotros... Me llevó por un lateral de la casa, al lado contrario de la piscina natural. La fachada tenía ventanas barroquis con cristales abatibles. Al frente, la vista se perdía en un extenso terreno salvaje, donde había una tractor de arar con grandes cuchillas para labrar la tierra. Más al fondo, se veía un corral y, más

allá, un establo entre plantas de amapolas del opio. Por un momento, viendo la vegetación selvática que rodeaba el vasto horizonte, intuí que aquellas tierras eran colindantes a las de Raúl y por tanto a las de mi familia. El camino de piedras planas que pisábamos salvando el césped, se bifurcó: un camino conducía a la piscina trasera, en cuyo centro había una escultura de un calamar gigante, con sus tentáculos puestos a modo de asiento; y el otro camino se escondía bajo la vivienda, en forma de escalera. De pronto, un rugido nos estremeció... Alcé la mirada hacia un lateral y vi una enorme jaula de zoológico, con barrotes gruesos y, dentro, un león.

—¡Puto bicho de la chingada! —exclamó el que me custodiaba tras el sobresalto.

Yo no salía de mi asombro: “¡¡Un león en una casa particular!!” El sujeto me tomó del brazo y tiró de mí hacia abajo. Descendimos siete escalones, al fondo había una puerta oxidada con un largo cerrojo. El joven movió el cerrojo hacia un lateral y empujó la hoja; una enorme rata escapó del sótano, fugaz, topándose incluso con uno de mis tobillos..., a su paso dejó una estela hedionda, cuyo olor a metal jamás olvidaría en los días venideros. Al abrir la puerta y penetrar la luz del sol en aquel recoveco bajo los cimientos, varios gritos escaparon hacia el exterior, pidiendo auxilio.

El hedor que gobernaba aquel rectángulo repleto de pilares de hormigón, me hizo vomitar la bilis; pues durante la violación devolví hasta el último resquicio de comida que me quedaba dentro.

En el suelo habían, al menos, seis personas o lo que quedaban de ellas, sollozando de dolor: unos se echaban mano a la barriga, otros tenían unos hierros clavados en la espalda y otros se protegían el rostro temiendo un fortuito golpe. El suelo lucía un tono granate, que se hacía más oscuro conforme se adentraba en la penumbra. Una bombilla solitaria, iluminaba aquellos trescientos metros cuadrados.

Había bidones de ácido, una motosierra, sillas viejas, y en la pared herramientas tales como destornilladores, alicates o mazas. También había unas argollas de metal, de las que se utilizan para atar a las bestias en los ranchos, solo que esta vez aprisionaban a seres humanos que se retorcían de dolor en aquella tumba subterránea, donde se oía el constante zumbido de las moscas.

—Allí tienes una poceta, para orinar y cagar —me indicó el canchero de nombre Terry, mientras tomaba una soga con un aro metálico al final, que ató a mi tobillo con fuerza—. Tienes dos metros de cuerda para pasear, correr y hacer tus necesidades.

—¿Y el papel? ¿Y el agua? —pregunté ingenua.

—No te preocupes por la higiene, igual mañana te matamos y te lo haces encima...

Terry me dio una zancadilla y me tiró al suelo, usando su brazo

para desestabilizarme. Desde el pringoso suelo, lo miré con desprecio:

—¡Estúpido! ¿No tienes corazón?

—Claro que tengo, ¿quieres oírlo latir? He tenido un gesto de empatía con tus vecinos, ahora la nueva, también huele a mierda —ironizó Terry saliendo y cerrando la puerta.

La oscuridad se hizo con aquel sótano. Y los llantos comenzaron a tronar en aquel eco que no iba a ninguna parte. El olor a ferretería era tan fuerte, que incluso parecía que tenía una moneda bajo la lengua. Tuvieron que pasar unos minutos para que mi vista se adaptara a la penumbra y, entonces, pude apreciar con todo lujo de detalles, la gravedad del problema que tenía ante mis narices...

Había trozos de carne por el suelo, junto a restos de sangre coagulada. Al menos cuatro cuerpos magullados ocupaban el piso; no sabía si eran cadáveres o simplemente estaban heridos.

En el sótano contabilicé a cuatro mujeres, seis hombres y en una esquina a un niño de unos doce años. Al menos dos parecían estar muertos pues tenían hierros clavados por la espalda y los ojos desorbitados.

Entonces lloré, lloré de rabia por la maldad del ser humano, por el estrés acumulado por mi violación y por sentirme tan desprotegida bajo un Dios que no me escuchaba...

—¡No llores bonita! —masculló una voz desde el suelo—. Mi nombre es Hilario. Eres lo más lindo que he visto desde que llevo cautivo aquí..., eres como un arcoiris que acaba de salir en un sótano.

—¡Es que no lo entiendo! —lamenté descorazonada—. ¿Quiénes son ellos para quitarnos la libertad, para elegir por nosotros?

—Son demonios, seres sin corazón, sin alma, sin compasión... —masculló una joven entre toses, que me recordó a Ainara—. Y algo habremos hecho en otra vida, pues duro nos está castigando el Señor a través de Terry Terror. ¡Por cierto, me llamo Lucía!

Mi fe se derramó por aquella rejilla de donde salían las cucarachas en manada. Se fue como un charco de orín en mitad de aquella oscuridad tenebrosa, donde aguardábamos un desagradable final.

—Ser migrantes... esa es nuestra condena. ¿Quién nos mandaría alejarnos de nuestros hogares hacia Estados Unidos? Mi mamá me lo advirtió: “Manolete no seas avaricioso” —lamentó otro hombre.

—Yo soy mexicana, me llamo Valeria Méndez, y también estoy aquí. ¡No creo que sea una cuestión de naciones! —argumenté convencida—. Es una cuestión de respeto y valores morales, el sistema de nuestro país.

—¡Pues yo veo que todo es una cuestión de plata! —discrepó Hilario—. Piden un rescate a nuestras familias y si no, nos asesinan.

—Ese Terry Terror, no tiene sentimientos, ayer troceó a Gustavito con la motosierra y lo metió en esos bidones de ácido, a esperar que se

deshaga —dijo otro de los migrantes de nombre Carlitos.

El chico que estaba acurrucado al fondo, me preguntó:

—¿Qué día es hoy?

—Martes —dije.

—No... Me refiero a qué mes y año.

—Marzo de 2018 —apostillé.

—Entonces ya he cumplido doce años... —masculló el niño de melena por los hombros y ojos claros.

—¿Lleváis mucho aquí? —pregunté de manera general a aquellos desgraciados.

—Nosotros somos de Guatemala y El Salvador. Éramos humildes jornaleros del trigo, trabajábamos duro con un palo azotando el trigo para separar el grano... Pero la crisis civil de Venezuela, ha hecho que la mano de obra se dispare y que los salarios se queden a la mitad. Entonces, nos dispusimos a buscar una vida mejor, pero caímos, hace dos semanas, en manos del cártel. Nos quitaron los celulares y llamaron a nuestras mamitas, para pedir dinero a cambio de nuestra libertad —tosió y calló un instante contemplando a una mujer que yacía, ya cadáver, con el rostro morado—. Si nos fuimos de nuestros hogares, es porque somos tan pobres como las ratas que se pasean por este sótano... ¡No podemos pagar un rescate!

—Lo lamento —dije sobrecogida comprobando la crudeza de aquella, mi nueva realidad.

—¡Valeria! —dijo el chico—. ¿Sabes si el monstruo ha venido a por mí?

—¿Monstruo? Monstruos me parecen todos —respondí frustrada.

—No quiero que venga. ¡Otra vez no! —comenzó a llorar el chavo.

Entre gruñidos se reincorporaron los migrantes, que aún estaban con vida. Resultaba grotesco ver esos torsos con objetos clavados. El hedor parecía simpatizar con mis fosas nasales, pues aunque seguía oliendo a metal, ya no tenía náuseas.

La noche estaba a punto de caer y oímos aquel rugido felino: profundo y estremecedor.

—Valeria, ¿sabes qué pensamos cuando vemos esas herramientas ahí? —dijo Manolete.

—En matar a esos hijos de puta, uno a uno —espeté.

—¡No...! Pensamos en terminar con el sufrimiento que le causamos a los nuestros. En acabar con esta agonía a la que nos someten. ¡Un golpe o corte certero, y... se acabó! Pero nuestras sogas no llegan hasta allí —explicó Hilario.

—Nos la hemos jugado a una carta... y hemos perdido —lamentó Lucía.

—Si existe un infierno, espero que ese cuidador de cerdos y gallinas de nombre Terry, sufra todo el horror que nos provoca —clamó

Hilario al techo del sótano.

—¿Y tú? ¿Qué te llevó hasta aquí? —preguntó el niño que estaba famélico y vestía un chándal viejo.

—Digamos que un maldito poema y mi propio ego... ¡Quería ser modelo! —le dije, sintiendo añoranza—. Luego una mujer sin escrúpulos me vendió y el destino se truncó.

—Mi mamá era modelo también —me dijo orgulloso.

La respuesta de aquel joven no pasó indiferente por mi conciencia. Mi mente disléxica trazó caminos neuronales y conectó la información con maestría...

—¿Bernard? Ese nombre no es típico de México —le dije.

—Mi padre es alemán. Pero nos abandonó a mi mamá y a mí —explicó el niño.

—¿Y tu madre tiene una agencia de modelos? —pregunté enlazando la información en mi cabeza.

—Sí, al menos cuando me separaron de ella —calló un instante haciendo memoria—. Claudia es su nombre, pero aquí todos la conocen por Mamma Chloe.

Las náuseas volvieron a mi estómago: las mariposas se convirtieron en un nido de avispas que picoteaban con veneno mi interior. Y por un instante, pensé en darle una paliza a aquel niño, vengarme de esa malnacida. La cólera se apoderó de mí, ya que solo me quedaba eso dentro; y pensé en tomar un hierro de los que tenía clavado esa mujer en la espalda y pagar mi deuda de rencor con Mamma Chloe...

Pero recordé aquel dibujo del día de la madre en su escritorio. Y, por un instante, empaticé con mi proxeneta, pensé que aquello que vilmente hizo, estaba justificado. Quería salvar a su hijo de los tentáculos del Kraken a toda costa, reunir fácilmente el montante de la deuda y abrazarlo de una sola pieza. Entonces me di cuenta de que no podía ser como ella, si quería un mundo nuevo, debía empezar por cambiarme a mí primero.

—¿La conoces, entonces? —interrumpió entusiasmado.

—No, Bernard. Creí que la conocía —respondí cambiando la tez del chico.

Pasaron unas horas y el sueño nos venció. Bernard roncaba mientras el resto manteníamos un ojo abierto y otro cerrado, ya que las ratas y las cucarachas se paseaban por encima nuestra en busca de un poco de calor, en aquella fresca noche bajo el techo de hormigón.

Sñar era imposible, pero en aquel silencio sí podíamos imaginar. Y mis reflexiones hacia la sociedad me parecieron desesperanzadoras. No sabía qué clase de valores estaban aprendiendo esos jóvenes, que

se alistaban al complejo mundo de los narcotraficantes. Matar a cambio de una suma de dinero, podía llegar remotamente a entenderlo cuando no tienes nada que llevar a la boca; pero torturar a sangre fría por puro placer, me hacía cuestionarme muchas cosas.

Luego vinieron a ráfagas, como un arma automática, todas esas balas de recuerdos que me perforaban el alma, una y otra vez: la venta de mi libertad en el casino, el asesinato de Raúl, la noticia de la muerte de mi padre, la caída del rancho, las cenizas entregadas en mi nombre, la sauna, el frustrado intercambio de parejas con Ainara y Diego, la humillación a la que fue sometido Leo, la violación de aquel viejo que me penetró con maldad...

La ansiedad se apoderó de mi ser, no encontraba soluciones a mi situación, y el panorama que tenía a mi alrededor, tampoco me ayudaba. Entonces desperté, y oriné en aquella poceta. El trasero me escocía al paso del pipí a causa de la herida que me dejó el Kraken como recuerdo.

Con el escozor entre mis piernas y un cascabel bajo mi pecho, estiré la cuerda en su máxima longitud, en dirección a Bernard. Estaba dispuesta a vengarme de aquella mujer, estaba concienciada de que iba a estrangularlo...

Caminé haciendo ruido con mis tacones, con las manos alzadas y las uñas de gel al frente, como si fuese el león que tenían enjaulado. Pero las cuerdas estaban bien medidas para que no pudiéramos abrazarnos, ni matarnos... Mi venganza expiró a pocos centímetros de él.

El niño despertó y me vio acechante en la oscuridad. En respuesta, vino a mi encuentro. Con la soga como ancla, se prolongó tanto que nuestros dedos índices se enlazaron a duras penas; entonces sentí ternura y suspiré, transmutando mi maldad en bondad.

Aquel simple gesto, significó mucho. No era un abrazo, pero sí una muestra de cariño.

—¿En estos dos años no has visto a tu madre? —le susurré en el silencio del sótano.

—Ocho veces me ha visitado —musitó—. Me prometió que me iba a sacar de aquí costase lo que costase.

—Pues dalo por hecho, seguro que es una mujer que hace lo que haga falta por su hijo —le acredité.

—Tengo tantas ganas de abrazarla... ¡Tú eres lo más parecido a ella que tengo aquí! Eres alta, guapa, hueles bien e incluso tienes un anillo de diamantes —me confesó.

Bernard soñaba con aquel reencuentro, se aferraba a esa esperanza como un mecanismo de supervivencia en tan horrible jaula de cemento. Y de la manera que hablaba, transmitía que estaba acostumbrado a este terrible medio.

Entonces tomé el anillo que ni recordaba que lo llevaba y lo guardé bajo el elástico de mis braguitas, con el fin de sobornar a ese Terry Terror.

En voz baja seguíamos platicando, inmunes a las ratas que iban y venían a los cuerpos inertes de aquellos migrantes que ya eran cadáveres.

—¿Ha pasado mucha gente por aquí? —le pregunté.

—En dos años... unas cien. No todos mueren, algunos papás pagan los rescates. Me he habituado a ver las torturas... Pero tengo miedo.

—¿Y entonces? ¿Qué es eso que temes? —le pregunté.

—Al americano... —tiritó en un escalofrío que erizó los vellos finos de su raquítico brazo.

—Cuando llegué oí algo, sobre un tal americano... —le confirmé.

—Ese monstruo. Viene de vez en cuando a visitarme. Me da un baño y luego me fuerza a hacer cosas que yo no quiero hacer —el niño comenzó a llorar desconsolado.

El día volvió de nuevo, el sol nos apagaba cada vez más. En la puerta sonó un golpe metálico y el cerrojo tronó. Un murmullo se oía, advirtiendo que no venía el cancerbero solo. Los que estaban en el suelo, se replegaron hacia las esquinas recogiendo sus cuerdas.

—¡¡A ver cuándo cojones, malditos pendejos, limpiáis el sótano con lejía, amoniaco o lo que demonios haga falta!! —gritó don Marcos descendiendo por las escaleras.

—*Shit! Disgusting, i'm gonna throw up* —exclamó disgustado aquel tipo gordo, que vestía tirantes y un pantalón de pinzas color café.

—Bernard, tengo buenas y malas noticias para ti —advirtió el Kraken acercándose hasta el chico—: la buena es que tu madre ha pagado sus deudas; la mala es que tienes que hacer un último servicio para nuestro amigo americano, Robert Smith.

El niño elevó la mirada, con un temblor que agitaba sus largos cabellos.

—¡No, no quiero ir con él! —sollozó el niño—. ¡No quiero me toque...!

—*Come on, honey... Where are you?* —se burló aquel extranjero bien vestido, que debía tener unos cuarenta y ocho años, haciéndose visible ante los ojos de Bernard.

—¡Smith! Deja de hablar en inglés, ¡estamos en México, cabrón! —corrigió el Kraken molesto por aquellas palabras que yo entendí a la perfección.

—No lo bañéis vosotros esta vez, yo lo haré con mucho gusto —aclaró en un español bastante ininteligible—. Luego, cerraremos el

business.

El capo y el americano se retiraron escalera arriba y, a cambio bajó Omar Espinosa y Terry Terror, con un celular en una de sus manos. Tomaron a Hilario, lo reincorporaron y marcaron el número de su mamá.

—Señora, aquí tenemos a su hijo, y como sé que usted lo ama puede pagar su rescate por tres mil pesos... —aseguró Omar.

—¡¡Mamá te quiero!! ¡Pero no hagas el intento, me van a matar de igual manera! —gritó el guatemalteco que le faltaban falanges de sus manos.

Terry hizo honor a su sobrenombre y tomó una maza. De un tosco golpe le rompió la rodilla a Hilario.

—¡¡Arggg!! —gritó la víctima al martillazo.

—¡Le doy una última oportunidad para pagar el rescate de su hijo! —añadió Terry cogiendo el celular—. Piense en las noches que pasó en vela cuidándolo cuando era un bebé, cuando le enseñó a caminar y lo vio crecer... ¿No querrá un final así para su hijito, verdad? —explicó con suma crueldad.

Terry mantenía el celular en una mano y la maza en la otra. Y le indicó a Omar que le trajera unos alicates de la pared. Obediente, el ex agente de la ley cogió unas tenazas, dispuesto a ser cómplice de alguna atrocidad.

—¿En qué te has convertido Omar? —le acusé, sin poder reprimirme—. Eres joven, atractivo, con toda la vida por delante. ¿Por qué haces esto? No te creía tan cobarde.

—Lo legal no está bien pagado... Tengo aspiraciones y un sueldo de policía no es suficiente —argumentó Omar.

—¿Y te compensa ver sufrir a gente humilde cuyo mayor delito es huir de la pobreza? —añadí buscando un ápice de clemencia en aquella mano que sujetaba las tenazas.

—No estoy aquí para pensar, zorrita —respondió Omar aparentando que lo que le había dicho no le había molestado.

—Si no vale para hacer ganar dinero, no vale para nada. Lo mismo hacemos con las putas. ¡Así que cierra el pico, ramera! —advirtió Terry soltando la maza y cogiendo las tenazas.

—¿Y si te doy un diamante? ¿Lo perdonarías? —le solté, probando suerte.

Omar miró a Terry, y este me miró a mí.

—¡Vaya, un soborno...! ¿Y lo usas para salvar a este pendejo? —dijo Espinosa.

—Es el pago de su familia, e incluso vale más de tres mil pesos... ¡Podéis dividir las ganancias entre los dos! —les sugerí.

—¡Estaría padre! Pero quizás sea mejor matarlo y luego robarte a ti ese diamante, ¿no crees? —añadió Terry Terror.

—Este diamante por el pago de su vida —añadí.

—¿Y cómo sé que no mientes? Seguro que es una baratija —intrigó Omar.

—Me podrás matar si te miento. No gano nada. Sabes que Leonardo me compraba muchas cosas, incluso tú bebiste ese vino de ciento cuarenta años —argumenté sobre la calidad del anillo.

—Está bien... —dijo el ex agente tomando el anillo. Luego hizo una nueva llamada al celular—. ¿Señora?... Le felicito, ha debido rezar usted demasiado, pues un ángel ha salvado a su hijo.

Omar Espinosa quitó el aro metálico del tobillo de Hilario. Éste se levantó torpe, como un cervatillo recién nacido. Y caminó hacia la luz con su camisa aguamarina estampada con palmera y flamencos.

—¡Qué Dios os bendiga a todos! ¡Si tengo una hija algún día, le pondré Valeria! —auguró el guatemalteco Hilario.

La puerta se cerró de nuevo. La sed comenzó a aparecer en mi paladar, aunque me había quedado satisfecha por haber tenido un gesto de humanidad en aquel sótano de las barbaries.

—¡Nos podrías haber salvado a todas! —masculló dolorida una mujer que no se había pronunciado hasta ahora.

Por un momento, pensé en su envidia... Luego, me di cuenta de que tenía razón, que ese diamante valía por lo menos tres vidas y yo solo decidí implorar por una.

—¡Además, podrías haberte salvado tú! —me propuso Manolete.

—Lo he pensado... Pero a mí no me espera nadie allá afuera —añadí tristemente durante mi relato—: mi madre me da por muerta, mi novio está incinerado, mi familia sabe que los abandoné antes del huracán, no tengo quizás un techo donde dormir, ni un trabajo debido a mi dislexia. ¡No sé si quiero seguir viviendo!

—Si no tienes a nadie que te espere, no pasa nada. Mientras respires, siempre podrás construir algo partiendo de cero.... rehacerte —dijo aquella mujer de nombre Lucía.

—Mi padre siempre decía algo parecido a esto: “Tu bisabuelo compró unas tierras poco fértiles, e intentó sembrar café, maíz, frijoles, calabazas..., pero las tierras eran pobres y apenas maduraban sus frutos... y en vez de venderlas que era el camino fácil, estudió qué semillas se ajustaban mejor a las características del terreno. Y, *voilà!*, halló el agave. Su miel se pagaba por el doble que las anteriores cosechas y encima era una planta que agarraba bien en aquel lodazal. Cuando comenzó a generar ingresos y creía que lo tenía todo, vinieron unas riadas que tuvieron sus tierras sumergidas en agua durante más de veinte días... Por lo que volvió a no tener nada; aquella tierra estaba maldita. Pero tu bisabuelo pensó en que si no podía germinar nada bajo la tierra, igual era una señal para hacerlo encima del terreno; y, con los ahorros que tenía, compró una yunta de toro y

vaca. En unos años multiplicó las cabezas de ganado y se encontró con un hato..., hasta hace poco tenía una empresa lechera, con establos, y alimentando a cincuenta familias... Y todo eso, porque tu bisabuelo nunca se achantó ante la adversidad, sino que siempre halló una manera de sobreponerse ante las dificultades”.

—¿Y de dónde sacó tu bisabuelo los billetes para comprar unas tierras? —preguntó Manolete.

—Mi bisabuelo era de Texas, y se dedicaba al contrabando de armas hasta que un día decidió que debía sentar la cabeza — confesé—. Todo diamante tiene un oscuro brillo, no siempre es limpio aquello que luce transparente...

—¿Eso también te lo contó tu padre? —preguntó Bernard muy atento a la conversación.

—No, eso me lo enseñó tu madre —le contesté descubriendo mis cartas.

El chico cambió el semblante. Y arrugó las cejas bajo aquel marco de melenas.

—¿Conoces a mi madre? ¡Lo sabía! Eres igualita que ella...

—La persona que más odio en este mundo es tu madre. Me vendió a estos narcotraficantes para sacarte de aquí... —revelé mi traición.

—¿Y por qué te has portado amable conmigo? —preguntó triste Bernard, sintiéndose culpable y abrazándose las rodillas con sus manos.

—Porque creo que así sentirá remordimiento, cuando le cuentes que he estado cuidando de ti, en vez de ahogarte con mis propias manos mientras dormías sumido en un sueño.

La puerta se abrió de nuevo, el silencio imperó entre los cautivos...

—*Fucking!!* —se quejó Smith, haciendo aparición con Omar Espinosa.

—Viene el monstruo... ¡No dejes que me lleve! —rogó Bernard buscando mi dedo índice.

—*I'm wishing to put hard on the dick, while I make you shout...* —dijo el americano en su lengua natal, siendo yo la única de aquel sótano que pareció entender que los menores lo excitaban.

El niño comenzó a patear y forcejeó con Omar para evitar que le quitase la soga que lo dejaba en libertad. El americano auxilió al ex agente para abrir el candado que le ataba la pierna; pude ver sus ojos azules y planos contemplando al niño con malicia... Me pareció que no tenía alma, que su cristalino moría bajo sus cejas.

Aquella situación me abrumó tanto que no pude callarme. Y decidí intervenir usando mi inglés aprendido:

—¡Tú! Veo que estás bien caliente. ¡Llévame contigo y hagamos un trío!

El americano me miró, y, luego continuó sujetando al niño, que se

movía como el rabo de una lagartija. Omar Espinosa pudo al fin abrir el candado y liberar a Bernard para que acompañase a Smith. El niño intentó huir escalera arriba, pero el americano le dio un puñetazo que dejó al niño completamente quieto: un impacto de nudillos de ciento cuarenta kilos sobre un saco de huesos de treinta y ocho, a lo sumo.

—¡Seguro que tienes mujer! —insistí de nuevo, en inglés—. Puedo prepararte y ponerte a tono para que se te ponga bien dura...

Smith me miró, hizo un cálculo consumista y pensó en un dos por uno. La cultura de su país le prohibió negarse.

—¿Qué cojones estáis hablando? —intrigó Omar Espinosa sujetando al niño del antebrazo.

—El americano, quiere que yo vaya también con él —traduje al español.

—¡Puto gordo! ¡No sabía que era maricón! —exclamó el ex agente de policía—. Don Marcos no me ha dicho nada sobre esa opción.

—Soy su mejor cliente —dijo en español el yanqui—. No soy maricón, es por cambiar. Estoy cansado de chicas gritonas.

—A don Marcos lo único que le interesa es que este hombre cierre el negocio. ¡Eso es lo que prima por encima de nuestras decisiones! —le advertí al reticente Omar.

—¿Qué sabrás tú del Kraken? El único instante que has compartido con él, ha sido una violación —explicó el ex agente.

—Leonardo me enseñó cómo funcionan aquí los negocios... Deberías saber las normas que rigen el oficio —respondí a Omar.

Convencido, le hizo un gesto a Smith dando su conformidad. El resto de presentes no entendían por qué me había ofrecido a ser violada por el asqueroso yanqui.

El niño y yo salimos al exterior. Allí la luz del sol nos engulló y el león desde su jaula, reclamó nuestra carne rugiendo. A pesar de estar fuera de aquel sótano que olía a ferretería, el hedor nos acompañaba.

En el camino de vuelta a la casa, pude ver la pocilga y el establo al fondo. El tractor de arar estaba en un lugar distinto a cuando yo llegué; pero allí no se veían cultivos que precisaran de dicha maquinaria. Bordeamos la casa, y Bernard parecía que estaba más tranquilo por mi compañía. Bajo la luz del astro rey, pude contemplar el rostro repleto de churretes del niño y, en sus facciones, hallé la belleza de modelo de alto *standing* de Mamma Chloe.

—¿Oíste al Kraken? —susurré al niño antes de entrar en la casa, bajo aquel porche repleto de columnas—. Te vas a ir..., ¡solo es un último maltrato y estarás con tu mamá!

Nos condujeron hasta la puerta delantera, donde se produjo la matanza del cerdo cuando yo llegué. Allí, una camioneta con grúa descargaba una caja de madera enorme frente a nosotros. Los matones que hacían de mozo de carga, discutían sobre qué sería esta vez el

regalo de don Marcos para su hijo Alexander.

Ajenos al ruidoso camión, Omar Espinosa abrió la puerta del Tahj Mahal, donde un enorme pasillo se deslenguó bajo una moqueta roja que cruzaba la vivienda hasta el final. De la pared, emergían innumerables cuadros dorados y lámparas con tulipas, que deslucían el interior del palacio, por la mezcla de estilo colonial con árabe.

—¡Pam, pam! —Se oyeron dos disparos y Omar Espinosa sacó su arma apuntando al frente.

De una de las puertas, salió un chico con el rostro tatuado que llevaba una rata muerta cogida de la cola. Al ver a Omar Espinosa apuntándole con el arma aclaró:

—¡Tranquilo, güey! Estas ratas son enormes, pero con un par de plomos dejan de correr.

—¡No sé en qué época vives, Sabandija! Pero existen trampas para estos roedores —dijo el ex agente contemplando el animal reventado en manos de su compinche.

—Don Marcos no quiere veneno al alcance de nadie, prefiere que aplaquemos esta plaga a base de plomo y puntería. Supongo que quiere que nos ganemos el salario —aclaró Sabandija.

Al adentrarnos por el largo pasillo de paredes estucadas en marfil, pude oír música y ver un trasiego de chicas que iban y venían. Omar Espinosa nos abrió la puerta y nos indicó el baño.

—*Perfect!!* —añadió el americano contemplando la bañera de hidromasaje, en la que, sin duda, cabíamos los tres.

El niño me agarró fuerte la mano; sabía a lo que me exponía. Omar Espinosa me deseó suerte con aquel gordinflón violador de menores, y cerró la puerta.

El baño estaba alicatado con pequeños trozos de azulejos, que conformaban un colorido mosaico. La bañera ocupaba una esquina, con ducha y grifos de color dorado. Sobre la pared había un juego de toallas color granate.

—¡Desnúdate! —indicó Smith usando un español perfecto.

El niño le obedeció tembloroso, temiendo un golpe de aquella mole de grasa. El americano colocó el tapón en la bañera y comenzó a llenarla con agua caliente.

Una vez Bernard desnudo, el americano comenzó a quitarse los tirantes lentamente, añadiendo mientras se manoseaba su entrepierna:

—*Soaping you hard!!*

—Jabónate fuerte, Bernard —tradujo ante el gesto pétreo del niño.

Aquel cincuentón se despojó de sus prendas y se quedó con un slip celeste. El agua de la bañera comenzó a hacer espuma tras cada pasada de esponja por la piel del niño. Yo mientras, intentaba disuadir sus miradas desnudándome.

Una vez los tres desnudos, pensé en qué demonios hacía allí

acompañando al hijo de aquella mujer que me vendió como si fuese una cabra en una subasta de ganado. Quizás quería verlo sufrir, gritar impotente ante un deseo irrefrenable de alguien que lo iba a hacer suyo... Pero yo no era así. Ese niño iba a salir de aquí, y posiblemente le iba a hablar a su madre de mi actitud. Y, claro, quería darle una lección; dejarle un mensaje sublimar en su conciencia.

El americano se vino hacia mí, y me dio una patada en la barriga. Luego, en el suelo, me dio una cachetada en un muslo, y seguidamente comenzó a darme bofetadas bestiales en la cara. Yo intenté protegerme con las manos, y entonces, me tomó del cabello y me levantó del suelo.

—Tú —me dijo en inglés—, ¡chúpamela, ponla grande para que este jovencito mexicano grite de placer!

No podía hacer más que arrodillarme ante su miembro; la rata muerta a balazos me causó menos repulsión. Pero tuve que asimilar que mis nuevos días allí, si sobrevivía, serían con un pene entre los labios. Así, que descolgué una toalla de la pared y la puse para amortiguar la fricción de mis rodillas contra el suelo, en aquella incómoda posición; el americano dio un par de pasos y se montó encima de la toalla, evitando el frío suelo. Seguidamente, me abofeteó la cara y luego se masturbó mirando al chico, que retrasaba su higiene, con el fin de no estar listo jamás... Ante la demora del chico, me introdujo tres dedos en la boca y yo abrí la mandíbula con el fin de complacerlo.

El niño comenzó a llorar mientras Smith lo llamaba, obligándolo a mirarnos y a tocarse. Yo no sentía fatiga por la fea verga de aquel perverso, solo repugnancia al principio... y ese hecho, me sobrecogió. “¿Me estaba acostumbrando a comer vergas?”, pensé. Aquella situación no podía seguir así. Abrí los ojos, y medí visualmente que estaba a la distancia exacta para desnucarlo con el filo de la bañera. Me saqué su miembro de mi boca, retiré las rodillas de la toalla y tiré con brusquedad de la tela granate hacia mí como si fuese el mantel de una mesa.

El americano gimió de placer y tras el susto cayó a plomo de espaldas y se partió la nuca contra el filo de la robusta bañera de hidromasajes. Bernard me miró sorprendido, no daba crédito; acababa de matar a ese monstruo que tanto temía y que ahora se desangraba tiñendo en rojo las esferas de espuma que flotaban sobre el agua.

—¡Toc, toc! —Sonó la puerta de madera y se abrió sin más...

18. El instinto de los animales



La misma chica que me dio la bienvenida al llegar a la casa del Kraken, entró ahora sobrecogida por el golpe, y halló al americano recostado sobre la bañera con una escabechina que crecía bajo su pálido cuerpo. Del grifo seguía manando agua, haciendo subir el nivel de la espuma rojiza.

—¡¿Qué cojones habéis hecho?! —exclamó Ashley haciendo aspavientos—. ¿Está muerto este sapo yanqui? —lo movió con la puntera de sus tacones para comprobar que, efectivamente, estaba muerto—. ¡Me alegro!

—El Kraken me violó en mi propia casa... Y este niño no merece eso —dije mostrando empatía hacia Bernard.

—Entre estas paredes dejamos de ser humanos. ¡Estamos en las entrañas del cártel y su bilis nos deshace a antojo! —lamentó Ashley asumiendo el mundo que llevaba a sus espaldas.

—Pues le vamos a causar un corte de digestión importante —espeté temblorosa.

Ashley sonrió, luego me pidió que me vistiera y saliese por la puerta trasera.

—¡Tienes que irte! ¡Te van a arrojar al león! Yo entretendré a los guardias. ¡Huye, no mires atrás! —me aseguró apoyada con la espalda sobre la puerta del baño—. Y tú, niño..., no has visto nada. El americano resbaló, ¿entendido?

El niño asintió, y Ashley me pidió que me preparara para correr... Pero todavía no.

Ella se marchó y Bernard quedó mirando el cráneo abierto de su agresor, esperando que no se levantara jamás.

—Ya ha pasado todo, Bernard —le abracé dándole una toalla—. Tu madre vendrá a por ti... Y recuerda que incluso los monstruos, pueden ser derrotados.

—¡No creo que vaya a verla! Pero si sucede le hablaré de mi heroína —respondió Bernard.

La puerta se abrió..., esperábamos a Ashley y así fue. Sus mechones pelirrojos asomaron por la puerta con un trozo de mapa de huida.

—Deberás cruzar el campo de amapolas, hacia el norte y seguir las indicaciones de este mapa. Hay una moto con gasolina..., fue mi plan de escape de hace unos meses. ¡Espero que siga allí! Me costó

sobornar a ese cabrón.

—¡Ven conmigo! —le rogué.

—Soy el soporte psicológico de este harén del Kraken..., si me voy, estas chicas se suicidarán en cadena —añadió Ashley.

—¡Llamaremos a la policía! Tu relato es relevante. ¡No desperdicies tu oportunidad, por Dios!

—Hace mucho que no creo en Dios, Valeria —declaró la pelirroja haciéndome entrega del papel—. El todopoderoso es sordo ante los ruegos de las putas...¡Vete!

Plasmé un beso en su mejilla empolvada y salí corriendo en la dirección indicada. No hallé guardias, solo alguna rata en mi huida, que me sobrecogió. Bordeé la bonita piscina en forma de lago. Al fondo tenía la máquina tractora, y más allá el corral, las amapolas y el establo. El león rugió al verme pasar e inevitablemente lo miré: el rey de la selva estaba a merced de unos barrotes. Una pequeña loma ascendía campo a través. Tenía que mirar el mapa de Ashley, así que hice parada justo tras el tractor.

Me apoyé sobre la enorme rueda negra; una bandada de moscas revoloteaban alrededor de mí como aves carroñeras esperando a mi final. Al instante vino un olor a rata putrefacta. Sobre mis rodillas deslié el trozo de mapa que debía sacarme de allí, y estúpida de mí al pensar que la dislexia me permitiría descifrar las líneas y coordenadas de un jodido plano. Entonces solo me restaba correr, huir hasta que me fallaran las fuerzas lejos de los tentáculos de don Marcos. Así que di un par de pasos sigilosos, asomándome entre las cuchillas circulares de labranza. Y miré de nuevo a la casa, que debía de estar a unos cincuenta metros. De momento, nadie se había alarmado por mi ausencia ni por la muerte del americano.

Al apoyar mi mano en uno de los metales circulares, me manché con un fluido rojo. Al contemplar el utensilio mecánico que hacía de extensión del tractor, pude comprobar que había trozos de carne adheridos al metal. Instintivamente seguí las espirales rojizas y al mirar el terreno que yacía bajo las cuchillas, pude hallar un cuerpo hecho pedazos, como si fuese carne picada envuelta en una camisa aguamarina con flamencos y palmeras...

—¡Hilario! —mascullé ante su cadáver destrozado por la acción de aquella máquina, que debía tener otro fin muy distinto al de la tortura.

En aquel momento, la imagen de Terry y Omar se dibujaron frente a mí. Con un halo oscuro de traición en sus auras. Me habían engañado y de nuevo Omar Espinosa había jugado con las esperanzas de una madre. Llegué a la conclusión de que los mataban igualmente: con pago o sin pago por sus vidas.

Entonces alcé de nuevo la mirada hasta la casa, y hallé la escalera

que descendía hasta un cruento final: tenía que cambiar el prólogo de aquella historia de terror... Y con el trozo de mapa guardado en mi escote, corrí hasta el sótano.

Bajé las escaleras, jalé del pestillo y abrí la puerta: el hedor a metal tomó mi olfato de nuevo. Los que habían allí dentro, se sobrecogieron al verme. Luego se llevaron una grata sorpresa al comprobar que la identidad del cancerbero que los visitaba.

Sin dudar, cogí un alicate de la pared y lo lancé al más joven, que parecía ser más fuerte, y así me ayudase con sus compadres.

—¡Ándale! Ayúdame a liberar al resto —le ordené al chamaco que haciendo oídos sordos, se marchó de aquella sala de espera del propio infierno.

Entonces, tuve que retrasar mi huida, por lo que me vi obligada a liberar una segunda migrante. Ésta tomó un mazo y un destornillador y a toscos golpes me ayudó a liberar al resto de cautivos.

—¡Dios le bendiga! —dijeron uno tras otro, tras ponerse en pie.

—¡Tomad este mapa, y corred entre las amapolas, como si no hubiese un mañana! —exclamé no quedando allí atados, más que dos migrantes que ya eran cadáveres.

Al salir de aquella oscuridad, pude ver como los recién liberados, se esfumaban entre la alta cosecha de bolas negras, cojeando y arrastrando sus piernas magulladas.

Sin mapas, decidí tomar una referencia de huida: el establo. Con la macabra escena de Hilario despedazado en mi retina, me pareció oírlo gritar a título póstumo; pero el sonido no venía de delante, si no de detrás...

—¡¡Coged el *Jeep*!! ¡Cacemos a estas ratas que huyen! —escuché claramente a los matones del Kraken.

Entonces volé, corrí como una sombra bajo el sol campo a través, donde aquellas amapolas me llegaban a la altura de la cintura. El vehículo rugía desde atrás, las balas silbaban sin compasión destrozando las bolas negras que sostenían la flor; liberando el aceite del opio.

El establo estaba a unos pocos metros y en mi línea visual ya no vi a ningún migrante corriendo por el horizonte, ya que una gran arboleda ensombrecía el camino.

Como si fuese el propio león, un caballo relinchó al notar mi presencia. Estaba bien abrevado y con una montaña de heno a su alrededor, su porte indicaba que era un purasangre.

El animal me miró desafiante. Posiblemente olió mi adrenalina y supo que estaba aterrorizada; los caballos tienen una conexión emotiva muy desarrollada. El equino me trajo paz, pues me recordó a mi yegua Balenciaga. Con cautela, me olfateó ruidosamente y yo le respondí acariciándole el suave hocico; él resopló. Sin quitarme la

vista de encima dio un par de pasos evitando asustarme y después balanceó su hocico tocando mi cara en un gesto claro de compasión. Este acto me dejó sin respiración.

Comencé a derramar lágrimas, sintiendo en mis carnes como aquel caballo, me ofrecía todo su cariño; como aun siendo un animal, era más humano que esas bestias bípedas sin corazón. Por su actitud, sabía que el semental estaría dispuesto a dejarme montarlo. Además, yo estaba acostumbrada a cabalgar sobre Balenciaga, en mis encuentros con Raúl... En ese instante yo no quería romper aquella caricia aterciopelada, quería detener el tiempo, nutrirme de ese amor que me estaba entregando aquel caballo, con cada gesto maternal.

—¡Aquí estás pendeja! —sonó una voz tras de mí, rompiendo aquel momento mágico.

Al girarme me encontré con Terry Terror de frente. Venía con un palo de madera dispuesto a llevarme a la fuerza ante el Kraken.

El purasangre emitió un bufido y allanó las orejas hacia atrás. Aquel torturador no le estaba cayendo nada bien al animal.

—¡No me obligues a abrirte la cabeza aquí! ¡Sal del establo ahora mismo! —me amenazó Terry haciendo amagos con el palo.

No tuve opción a salir, pues el semental me empujó con su hocico hacia atrás, apoyando su quijada en mi hombro. Aquel joven sabía de torturas, pero no de expresiones animales...

El caballo bufó de nuevo, y arrugó el labio superior mostrando la dentada. Luego agitó el cuello de un lado a otro, como serpenteando.

—¡Quita burro! —exclamó el hombre golpeando al animal—. Esta putita va a disfrutar noche tras noche de violaciones... Su cuerpo será de todos, menos de ella —vaticinó Terry sobre mis días venideros.

El caballo dio un paso atrás tras la agresión, se escoró protegiendo mi figura y defendiendo a su potranca recién adoptada, se puso en pie produciendo un relincho, que empujé al león que rugía a lo lejos. Relampagueó desde arriba y clavó las pezuñas delanteras en el pecho de Terry, haciéndolo volar unos metros sobre las amapolas. Aquel desgraciado tenía, posiblemente, las costillas clavadas en los pulmones por la violencia del impacto recibido, cuyo sonido me sobrecogió.

El *Jeep* llegó con cuatro individuos: Sabandija, Omar, Gallo y un don Marcos muy enfadado. Al llegar hasta Terry le preguntó:

—¡Hijoeputa! ¿Qué cojones haces ahí que no te levantas? —soltó el Kraken.

—¡Sigh! —suspiró mientras un hilo de sangre salía de su boca, con la camisa rota y una bota de agua descalzada.

Gallo intentó entrar a por mí, y en su cresta rubia recibió un bocado del semental.

—El caballo está desbocado señor, hay que abatirlo —aseguró el

joven.

El Kraken apuntó con su ametralladora de gánster a Gallo y gritó para que todos lo escuchasen:

—¡Os pago por hacer vuestro trabajo... y eso incluye entrar en ese establo y sacar a la zorrита! ¡¡Quien le haga daño a mi purasangre, lo enterraré vivo!!

Los tres intentaron entrar a la vez y uno de ellos, Sabandija, recibió una fuerte manotada del caballo negro, que le dislocó el hombro. Inmediatamente hubo un segundo bocado para Gallo, que intentó invadir el establo.

Yo me fui más para atrás. Pero allí unos brazos me agarraron con fuerza, mientras el caballo giraba descontrolado. Omar Espinosa entró por la parte trasera.

—¡La tengo! —exclamó el ex agente.

De malas formas me sacó de allí, mientras el caballo seguía dando coces y bocados a los que intentaban huir en dirección al *Jeep*.

—¡Qué bravo es mi caballito! Por eso lo bauticé como AK47... No como vosotros, pendejos, que no tenéis sangre alguna —soltó como un zumbido don Marcos ante la actitud pasiva de los suyos.

—Esta fulana liberó a todos los migrantes y ahora no tenemos a ninguno para pedir rescate —explicó Omar señalándome mientras Gallo ponía en marcha el vehículo.

—Esta mujer trae la ruina allá donde se aproxima —me reprochó el Kraken—. ¡El cártel necesita financiación, zorrита! Y los billetes no caen de las nubes precisamente, pero igual caen de tus muslos a partir de ahora —me aseguró tocándome la entrepierna.

—Secuestráis a gente pobre y sin recursos para ganar dinero... No tiene ningún sentido. ¡Y, además, cuando una de sus mamás se esfuerza por hacer el pago del rescate, matáis igualmente al secuestrado! —argumenté mirando a los ojos a Omar Espinosa.

—Si pagan el rescate, vuelven con los suyos. De no ser así perderíamos la credibilidad —argumentó el Kraken.

—¡Mientes! He visto a Hilario destrozado bajo las cuchillas de arar —respondí.

—¿Hilario? —preguntó don Marcos frunciendo sus cejas a la altura de las entradas de la cabellera.

—Es el migrante que ejecutó Terry ayer, usando el tractor —precisó Omar Espinosa.

—¡Ahh! ¡Sí que gritó ese *hijoeputa*! Su mamita lo dejó en mis manos y nosotros somos unos tipos muy divertidos... ¡Los disparos en la cabeza ya están muy vistos! —ilustró al respecto don Marcos.

—Yo pagué a Omar y Terry con un anillo de diamante, para que dejasen en libertad a ese inocente. Pero se ve que tus hombres se quedan con los beneficios —dije con intención de enfrentarlos.

—Eso no es cierto, ¿verdad? —dijo el Kraken con tono amenazante—. Si alguien osa quedarse con el dinero de un rescate, prostitución o droga: ¡sabe que va en línea recta hasta la jaula de Sandokán!

En sus palabras vi la solución para deshacerme de Omar Espinosa; iba a ir derecho al león si conseguía demostrar que era un traidor. El ex agente comenzó a sudar por aquella cabeza afeitada.

—Exacto —respondió Omar preocupado.

—¡A ver zorrita! ¿Ese anillo tiene un pedrusco transparente y un aro de oro blanco? —preguntó el capo sacando mi sortija de pedida de su pantalón beige.

—Ese fue el pago por la vida de Hilario —aseguré—. Me lo regaló Leonardo.

—Omar y Terry me lo entregaron de inmediato. Son leales a mi figura. Aunque esté en el bando de los malos, aún tiene la honradez del cuerpo de policía... ¡Esperemos que sea así por mucho tiempo! —se enorgulleció el Kraken.

Mi plan se esfumó, me di cuenta que Omar era un tipo listo y yo una estúpida. Ahora estaba de nuevo bajo los tentáculos de un animal que destruía todo lo que estaba a su alcance. Mi única satisfacción era la muerte de ese desgraciado llamado Terry, y que ya cadáver, poco terror podía producir.

El *Jeep* se detuvo y me bajaron de malas formas. Me condujeron por la misma puerta por la que huí, donde un hombre fotografiaba en el baño al cadáver desnucado del americano; el niño no estaba.

—El chamaquito ya está vestido y listo para ser entregado a su mamá —aclaró el fotógrafo que tenía una larga melena.

—¡Estupendo, Benjamín! Mamma Chloe ha reunido el dinero, ha cumplido con su trabajo. Es hora de devolverle a este mocoso —respondió el Kraken.

La vivienda tenía hilo musical y en ella se oían guitarras, acordeones, redoblantes y requintos: lo que venía siendo un narcocorrido. Las chicas paseaban de un lado a otro: algunas portaban platos con comida, otras deambulaban sin mirar a don Marcos a los ojos; en cambio, el capo las remiraba con deseo.

—¡Vamos a ver putita... —me dijo cogiéndome de los antebrazos—, el gasto que has provocado en mi negocio, tiene que ser subsanado! Eres muy mala dando placer y además tienes un moratón espantoso en el ojo... Te daré dos oportunidades: ¿servir de putita mansa en la fiesta de esta noche, o servir de alimento al león?, que lleva dos días sin comer y se me va a morir el pobre animalito. ¡Elige!

—¿Qué diferencia hay? Tu palabra no vale nada para mí. Después de que me uses como a un objeto, igual me matas —dudé de sus intenciones.

—¡Es probable que mueras! Las mujeres estáis aquí para darnos placer. Y según nuestra experiencia en casa de Cachorro, complacer a un hombre no es tu fuerte —argumentó el Kraken.

—Prefiero ser carne de violación, que comida para el león —elegí procurando seguir con vida.

—Pues recuerda ponerte un par de guantes de terciopelo negro, aún no estas capacitada para tocar a tu amo... —me exigió el Kraken.

En ese momento apareció Omar con la silla de ruedas, donde el Kraken se posó como si fuese una atracción de feria.

—Está bien zorrita... En aquella puerta del fondo están las otras chicas. Entra y que te cuenten los secretitos para tener feliz a los proveedores colombianos que vienen esta noche.

Caminé intentando digerir las instrucciones de aquel demonio cincuentón. De momento estaba viva y tenía una oportunidad de seguir respirando, si ponía mis intimidades a merced de todos. Solo era eso. Olvidarme de mí, hacer algo que no me apetecía, y encima sin rechistar...

Mi pecho se puso tiritar, mi corazón se aceleró violento como si un mazo de aquel sótano, me estuviese partiendo el esternón de adentro hacia afuera. El esperado ataque de ansiedad llegó tarde.

No quería ponerme a andar y a respirar hondo, caminando de un lado a otro del pasillo, pues pensarían que quería huir. Así que me arrodillé y apoyé una mano en el pomo largo, de la puerta de las chicas. La hoja cedió un poco, pero no pude entrar, ni retirarme. Ashley fue a socorrerme:

—Entra de una vez, ¡se van a colar las ratas!

—¿Le está dando un infarto? —preguntó otra chica sobrecogida.

Rápidamente cogieron unas revistas y comenzaron a abanicarme la cara. Luego me sirvieron agua y me dieron espacio para respirar, hasta que mi corazón se rindió comprobando que no podía romper mi caja torácica, a base de latidos.

Calmada, contemplé a aquellas chicas variopintas que vestían según a su moda: faldas de colegiala, pantalones cortos, bikinis; otras sencillamente llevaban *babydolls*. Aquella habitación era enorme, de unos cincuenta metros cuadrados. Tenía cortinas rojas con visillos dorados, dos lámparas de araña que colgaban del techo y el suelo era de parqué de roble. En un lateral había un enorme vestidor de baldas blancas, como si fuese una tienda de ropa donde los vestidos y los zapatos se apilaban esperando a ser lucidos. Sobre las mesitas de noche había botellas de agua, clínex y pastillas antiinflamatorias. Tenían también un baño privado, no más pequeño que donde

desnuqué al americano. Con tres platos de ducha y un largo tocador de mármol color serpiente con un espejo en horizontal, que reflejaba los numerosos botes de pintura y perfumes, que se sostenían sobre la encimera.

Ashley me llevó de la mano frente a las otras chicas y las fue presentando:

—Aquí somos cada una de un país: Juanita y yo, somos mejicanas; María Camila y Ximena, son de Guatemala, Liliana y Marina son de Colombia y Flavia de Brasil —calló y luego me presentó—: ¡Chicas! Aquí tenemos a Valeria, nuestra heroína. Se ha cargado al cuidador de los cerdos y las gallinas, al cabrón con más maldad de esta casa: Terry Terror. ¿Que de qué conozco a esta loca? —aclaró ante las chicas—. Yo tuve la mala suerte de ser engañada por la misma mujer que ella. A mí, me compraron por treinta mil pesos... A ella por noventa mil. Pero al final ambas hemos acabado en el mismo lugar de mierda.

—¡Ahh! Y aquella que duerme vendada de arriba abajo es Regina —añadió Ximena señalando a lo alto—. Viene del cirujano. Le han colocado implantes de silicona... Luego le pondrán un tatuaje como este —dijo mostrándome su dibujo de tinta—. Es el proceso de selección de don Marcos primero llevas guantes de terciopelo negro y si te considera merecedora de su harén, te marca la piel con tinta.

—Mejor aquí, que en un bar de noche haciendo diez servicios por día —lamentó Ashley calmando a las chicas—. Eso es lo peor que he vivido desde que soy una ramera.

Me ruboricé. Tenía frente a mí a ocho chicas monísimas, tatuadas con tentáculos negros de tinta y con cuerpos envidiables; todas me acogieron como a una más, por la hazaña del semental, llevándose de una coz la vida de aquel carnicero de rehenes.

Ashley me abrazó, parecía que había visto a una diosa en aquel templo de perversión. Y me resultó extraño pues no nos llevábamos muy bien en la academia.

—¿Por qué te alegras de que esté aquí? Tuvimos nuestras diferencias —le pregunté recordando la academia.

—Cuando te conocí, era una joven soñadora, que quería ser modelo para conquistar a un hombre poderoso. Ahora soy una puta en el harén de un perverso viejo... Por lo que no me rijo por la envidia, ahora soy más práctica —argumentó Ashley a modo de reflexión.

—Te entiendo, aún así te doy las gracias, Ashley —después, dirigiéndome a las chicas, les pregunté—: ¿Nunca habéis pensado en huir de aquí? —quise saber.

—¡No tienes ni idea, Valeria! Esto no es un instituto donde se puede saltar la valla. Es una puta prisión —espetó la brasileña mostrándome su sonrisa con los dientes repletos de caries.

—Estás en el corazón del cartel —me aclaró Ashley—. Nadie se la

juega al capo, ni los hombres más peligrosos osan faltar al respeto al Kraken. ¿Qué puede hacer una mujer como tú?

—Ganarme el favor del Kraken... Debe tener un punto débil —tramé.

—La única opción de salvar tu pellejo, es tener un tatuaje como los nuestros. Por aquí han pasado muchas chicas, pero solo nosotras nos hemos ganado el “privilegio” de formar parte del harén personal del Kraken y así, seguir respirando.

—¿Han pasado muchas? ¿Qué opciones tengo yo? ¿Cómo me dirijo al capo por su nombre o por su apodo? —pregunté perdiendo los nervios.

—¡No te preocupes más que por satisfacer sus ansias de follar! Mamma Chloe nos adiestró bien para satisfacer a un hombre exigente... Solo has de cumplir sus deseos, piensa que un hombre no tarda mucho en eyacular —me dijo Ashley, intentando tranquilizarme.

—Son mini infiernos de quince minutos —añadió la colombiana Liliana—. Luego siguen fumando marihuana hasta que quedan rendidos en un sofá.

—Esta noche vienen proveedores importantes, eso significa que tenemos que hacer que se vayan contentos... Y, quizás Valeria, estés pensando que no es justo, pero si no sirves bien esta noche, mañana estarás alimentando al león.

Sus palabras producían en mí un sentimiento agrisado: me calmaba y me inquietaba en porciones iguales.

—Lo primero es tapar ese moratón. A don Marcos no le gusta que sus chicas tengan cicatrices, ni marcas de maltrato alguno... por eso tenemos el mayor taller de maquillaje de todo México —me dijo Ashley, llevándome hasta el tocador del baño.

—Son marcas internacionales de cosméticos... —expresé.

—Don Marcos concede nuestras peticiones, no suele mirar el precio de las cosas. Y las piden los chicos por internet.

—Entiendo.

—¡Me parece a mí que no hay tono que cubra ese color morado! ¡Llevaremos máscaras venecianas! —improvisó Ashley.

—¡Máscaras! —solté extrañada.

—Sí, cambiamos nuestros estilos para parecer distintas. Tenemos mucho vestuario variado, solo que algunas tallas nos han quedado grandes... ¿A ti se te daba bien la costura, no?

—Sí —respondí—. Pero no me dijiste el por qué tanta euforia al tenerme aquí, a tu lado, cuando antes no podías verme en la academia.

—Como te dije, ahora pienso de una manera más práctica. La supervivencia te hace pensar de una manera básica... y es cuestión de sumas y restas: ¡Cuántas más piernas haya para abrir, menos

trabajaremos las demás! —me aclaró Ashley.

—¿Cuántos hombres vienen a estas fiestas? —pregunté, observando los botes de pintura de uñas.

—Todas las noches hay fiesta. Cuando no hay invitados, vienen los tres mariachis a jodernos —me aclaró Ashley mientras orinaba en váter.

—Pensé que el harén era exclusivo de don Marcos —respondí decepcionada—. ¿Los mariachis?

—Ya los conocerás, por desgracia —vaticinó Ashley—. Son los tres hombres del Kraken que se encargan de la casa: Gallo es el de la cresta rubia, Sabandija es el estúpido de la cara tatuada y Benjamín el obeso de las largas melenas... Parecen niños, pero no tienen sentimientos algunos hacia las mujeres.

—Y durante las fiestas con compadres de negocios, ¿cómo debo actuar? ¿Me acerco a don Marcos o a los invitados? Si no lo hago bien esta noche, me asesinará —le confesé.

—Primero él elige con qué tres chicas, quiere estar rodeado, y el resto de nosotras nos encargamos de los demás.

—¿Le gustan los tríos? —indagué por las preferencias del viejo capo.

—El Kraken dice que los calamares gigantes tienen tres corazones. Y él, no puede dejar ninguno de los suyos sin recibir amor.

—Es un viejo asqueroso —dije con repugnancia.

Ashley se acercó hasta una alacena de madera, y comenzó a sacar cajitas de medicinas:

—Por cierto, en ese armario está el botiquín —señaló—. En él hay cicatrizantes, cremas para las hemorroides, spray de frío para contusiones, tratamiento para hongos y cistitis, alcohol... ¡Ahh! Y pastillas del día después, por si a algún pistolero se le escapa la munición.

—¿No usan preservativos? Nos pueden contagiar una enfermedad de transmisión sexual —pregunté abrumada.

—No piensan mucho. Están drogados y solo piensan en follarnos... Cuando tengas a uno encima: estarás tan atenta a que no te maltraten, que no pensarás en los condones —me aseguró Ashley.

—¡Tengo mucho miedo! —temblé abrazándola.

—Solo debes seguir las normas: siempre di que sí, siempre sonríe, amóldate y jamás trates de huir, Valeria.

—Eso no va conmigo —espeté con la boca chica.

—¡Toc, toc! —la puerta sonó y asomó un cañón de pistola por la ranura lateral.

Omar entró en la habitación, nos miró con deseo y nos advirtió que los colombianos nos aguardaban en el salón. Ashley nos dio las máscaras venecianas y nos vestimos con lo que nos pareció. Las chicas

cubrieron sus miradas con plumas, brillantes y perlas; y se perfumaron saliendo de la habitación como si fuese el *backstage* de una pasarela de moda.

Ashley se quedó la última y me dijo ajustándome aquel antifaz:

—Es muy importante que no te quites esta máscara durante la noche, los invitados son muy delicados y quieren chicas guapas sin el rostro desfigurado. Además, ponte los guantes, el primer día debes llevarlos para que sepan que eres una nueva adquisición.

Me quedé sola en aquella habitación reflexionando, junto a la chica vendada que parecía muda. “Aquello era servir como puta o morir como mujer”. Debía olvidarme de aquella joven de rancho con ganas de volar, y aires de superioridad. Debía asumir que ahora era una nueva persona dispuesta a escapar de aquella prisión, y la condición para escapar seguía siendo la de continuar respirando un día más.

Tenía que hacerme con un tatuaje de tentáculos sobre mi pecho, debía salir a ese salón y dejar satisfecho a todos aquellos que iban a abusar de mi cuerpo, sin opción a decir un “no”.

19. La noche de las máscaras



De nuestra habitación hasta el salón de fiestas, debía de haber como veinte pasos... luego el pasillo continuaba hacia el exterior. Realmente, no sabía qué me iba a encontrar, ni qué me iban a hacer en aquel lugar. La palabra “puta”, me venía grande. Nunca había estado en un burdel, ni había ejercido como tal. Lo de Leonardo fue algo forzado, pero yo consentí las relaciones. Ahora estaba en el purgatorio de nuevo, no se cuántas formas diferentes tomó el limbo en este último año: casino, sauna, sótano y ahora salón... Omar estaba al fondo con un pinganillo en la oreja, que advertía claramente que todos estaban comunicados por *walkie talkie*. Al verme, se apoyó en los asideros de la silla de ruedas del Kraken, esperándome justo en la puerta por donde debía de entrar; tras él pasó una rata que corría veloz.

Omar abrió la puerta del salón y se asomó. Luego cerró y vino hacia mí.

—Güerita, ¿a ver a quién liquidas esta noche? —bromeó cerrándome el paso con su mano, poniéndola contra la pared.

—No estoy de humor..., me van a volver a violar, a torturar o qué sé yo...

—¡Incluso con la máscara estás estupenda! —añadió mirándome de arriba abajo—, ¡y no te preocupes! Tómallo como un trabajo. Ve a una de esas mesas y dale unas caladas a esas cachimbas de cannabis. ¡Verás como todo fluye mejor!

—No tienes ni puta idea lo que esto significa para mí..., lo desprotegida que estoy. ¿No te queda ni un solo resquicio de justicia? —le dije decepcionada.

—Llevas una máscara como Catwoman y unos guantes muy suaves. Ya eres una heroína... ahora la dulce güerita de granja tiene otra identidad —dijo Espinosa sonriente, ajeno a mi dolor.

—¡Vete a la mierda! —exclamé pasando bajo el arco de sus brazos, como si me adentrara en una cueva llena de vampiros.

Omar colocó su mano sobre mi brazo, evitando que accediese a la sala. Susurró algo al *walkie* pulsando el botón lateral y luego se dirigió a mí:

—Espera... yo puedo ser tu Leonardo. Aquí entre estas paredes llena de hombres brutos y malos. ¡Piénsalo, Valeria!

—¡Si se enterase Leo, nos mataría a los dos! Sigo siendo su esposa

—respondí.

—¡Ja, ja, ja! Ahora tienes otro dueño. Cachorro no volverá.

—¡No te acerques a mí! Me las apañaré sin follarte, ¡mala persona! —le aseguré.

—¡Cuida esa boquita, Catwoman! Pronto vendrás reclamando mi protección y entonces quizás sea yo quien te diga que no —me advirtió el ex agente.

Al abrir las puertas, el olor a incienso aromático y alcohol se hizo profundo. Al pasar, Espinosa, cerró la puerta detrás de mí. No tardé en acostumbrarme a la luz tenue que despedían las lámparas de aceite colgadas en la sala, cuyas paredes parecían estar tapizadas con cortinas finas.

Aún en pie, estaban los cuatro colombianos con sus pistolas metidas en la cintura del pantalón. Vestían camisas de flores y pantalón claro. Estaban rapados y eran bastante corpulentos. La mayoría con cortes en las cejas y brillantes en las orejas; realmente parecían tipos duros.

Había varias rejillas que repartían el aire acondicionado de manera uniforme. En el centro de la habitación, el piso era de alfombra roja con ribetes dorados. En un lateral, había un sofá enorme, con pequeñas mesitas colmadas de mariguana picada, cocaína y cachimbos. Al lado contrario, había un diván enorme donde se encontraba don Marcos con tres chicas alrededor, que le hacían carantoñas.

—¿Aquí vamos a hablar de negocios? ¿En esta *guachafita*^[14]? —dijo uno de los jóvenes colombianos, mientras seguía con la mirada el trasero de una de las chicas.

—¡Pues claro! Las chicas no se enteran de nada, su labor es que estéis lo más cómodos posible —respondió don Marcos.

Todas llevaban las máscaras, y no distinguía bien quienes eran cada una de ellas; excepto Flavia, la brasileña, que se la había retirado para poder esnifar una línea de polvo blanco que alineaba con ayuda de su antifaz.

—¡Marina, pon un poco de música para mis amigos colombianos! —pidió el Kraken desde aquella posición.

Los cuatro colombianos y los tres hombres del Kraken apodados por las chicas como los mariachis, eran los invitados a aquella fiesta; donde los narcocorridos sonaban de fondo, amenizando aquel salón de luz tenue. Don Marcos se levantó del diván y fue preguntado por el más veterano:

—¿Y cómo ha doblado sus pedidos en tan poco tiempo, *men*? ¿Cuál es su secreto?

—Eliminé la mala hierba que no dejaba que mis semillas tomaran el sol —respondió con firmeza el Kraken—. Para eso conté con buenos sicarios y eliminé el antiguo cártel que había por aquí. Ahora mis

tentáculos se extienden por todo Chiapas, señor Abraham —explicó don Marcos al líder colombiano haciendo aspavientos.

Mientras conversaban, yo me senté en el brazo del sofá junto a un extraño mueble dorado. Al fijarme bien me di cuenta que era un sofisticado piano de cola. De repente, mis dedos sufrieron un ataque de temblor, como si un extraño síndrome de abstinencia les aconteciese. En ese instante, necesité deslizar mis dedos sobre las teclas y liberar mi alma. Pero no se trataba de lo que yo quisiera hacer; sino de ganarme ese maldito tatuaje para seguir respirando. Y para ello, debía saber quién era el cabecilla de aquellos mayoristas colombianos, para satisfacerlo.

—¡Mucho pasado! Pero bueno, aquí está con su caserío árabe. ¿Tiene usted familia en esos países? —dijo el capo colombiano encendiendo un puro.

—No, simplemente tomé aquello que me gustó de su cultura: sus viviendas y los harenes —aclaró don Marcos dando una nalgada a una de las tres chicas que tenía encima.

Uno de los colombianos, sacó una bolsa de plástico de un bolso de deporte, que reposaba en el suelo. Trazó un corte con una afilada navaja y luego introdujo su larga uña del dedo meñique en el polvo blanco.

—Está cocaína es de la mejor pureza, cuesta algo más cara, pero tus clientes valorarán el cambio. ¡Pruébela! —insistió acaparando la atención de la brasileña Flavia.

—Hace tiempo que no consumo por motivos de salud... —aclaró el Kraken—. Todos los abusos pasan factura: tengo diabetes, hipertensión y fibrosis quística en los pulmones. Situación que quiero aprovechar para sugerirle un cambio de poderes.

—¡Qué vaina te ocurrió! ¡No me digas que vas a dejar el negocio, *men!* —se preocupó Abraham, el líder.

Entonces reaccioné al disgusto del colombiano y cerciorándome de que los tres corazones del Kraken estaban ocupados, me deslicé hasta la posición del mayorista; me senté en su muslo y comencé a tocar su entrepierna con el suave tacto de piel sintética de melocotón de mis guantes. “Ni por un asomo, en mi vida anterior, me imaginé haciendo algo así”, cruzó por mi cabeza.

—¡Bien, zorrita, relaja a nuestro invitado! —se alegró don Marcos al ver cómo distraía a aquel hombre que tenía tensas las mandíbulas—. Los excesos me están pasando factura, voy a buscar un sucesor para continuar con mi legado. Un hombre de confianza.

—No nos fiamos ni de uno de tus hombres, viejo —discrepó Abraham—. Me dio su palabra.

—Les hablo de mi hijo Alexander. Él tomará las riendas del negocio.

—¿Y cuándo... —se detuvo Abraham, dándose cuenta de que su miembro se endurecía bajo la tela blanquecina que cubría sus piernas— me vas a presentar a tu sucesor?

—En breve... Respecto a su persona, no lo juzguéis por su aspecto. Ha vivido muchos años ajeno al negocio, pero mi mejor tirador lo ha convertido en un tipo duro.

—¿Vendrá esta noche? —preguntó uno de los colombianos.

—Mañana es su cumpleaños, y le he regalado este caprichito. No creo que se lo pierda —auguró el Kraken.

—¡Una mesa dorada! ¿Es la puta mesa de Salomón? —exclamó Abraham confundido.

—Es el piano más bello del mundo, del fabricante *Goldfinch*. Viene de Europa y me costó seiscientos mil euros —alardeó don Marcos.

—¿Euros? —se sorprendió Cheto—. El más bello no sé, pero seguro el más caro...

—Mientras tu hijo me pague los encargos, no hay problema —espetó Abraham más centrado en mi masturbación, que en las importantes palabras del Kraken.

—¿Estáis de carnavales o es que chanda están las chicas, que deben tener el rostro cubierto? —añadió uno de los acompañantes de Abraham, intrigado por los antifaces.

—Están buenas, Cheto. ¡Parece que te has caído del zarzo! —le corrigió su compañero molesto por su estado.

—¡Wey!, que no haya problema para mis amigos cachacos^[15] —corrigió el Kraken—. ¡Quitaos las máscaras chicas!

Aquella orden del Kraken lo cambiaría todo, aquella noche. Ashley me dijo que no me quitase la máscara por nada del mundo. Era como mi escudo, mi traje de Catwoman según Omar... Pero todas las chicas se quitaron el antifaz sin piedad.

—¿A ver qué carita tiene esta diablita? —dijo Abraham levantándose la máscara con el dedo índice. Su rostro se transmutó—. ¡¡Las habéis recogido de una casa de acogida!!

El asco parecía mutuo, por lo que me sentí en igualdad de condiciones. Mi rostro estaba bastante desfigurado por el puñetazo que me dio el americano antes de que yo lo matara. Y aquel colombiano, para nada atractivo, se sintió molesto; situación que hizo peligrar mi oportunidad de supervivencia.

—¡Valeria, vete a la habitación! Fue un error traerte a esta fiesta con ese ojo hinchado —me ordenó molesto don Marcos.

—¡No! Son los agujeros y las caricias las que dan placer. No un rostro bonito. Quiero quedarme y hacer feliz a tus compadres colombianos —me resistí a abandonar el salón, mostrando mis guantes maculados por fluidos preseminales.

—Pues eso, hazlos felices privándonos de tu presencia —espetó

endureciendo sus facciones.

—Me pondré la máscara y confíe en mis habilidades. Déjeme formar parte de esta fiesta —insistí preocupada por mi destino.

Don Marcos hizo un chasquido de dedos. Omar entró en el salón, vino hacia mí y me retiró de malas formas del colombiano. Como si fuese una apestada me sentó en el diván, lejos de la reunión.

—¡Qué lástima! Nos engañó con esas bonitas *quicas*^[16] que tiene la vieja —lamentó uno de los colombianos haciendo referencia a mis pechos naturales.

Los mayoristas contemplaron a las otras chicas, y llamaron a las demás que estaban entretenidas con las cachimbas y bailando entre ellas de una manera erótico-folklórica al son de los narcocorridos. No querían más sorpresas.

Don Marcos aprovechó para escrutar su ganado, pero una de las chicas se quedó rezagada. Repetidas veces llamó a una de ellas, que estaban consumiendo cocaína por enésima vez en una de las mesas. Al elevar la mirada pude saber que era la brasileña Flavia. Sin apenas poder mantenerse en pie, caminó hasta su dueño, y cuando llegó hasta el borde del piano, pude ver que estaba sumamente demacrada: con los dientes rotos y podridos.

—¡Esta vieja está hasta las cejas de nuestra cocaína!, mañana “borra casset”^[17] —se jactó Abraham.

—¡Argg! Ya te echaste a perder, con lo bonita que eras cuando llegaste —lamentó el Kraken poniendo su fino bigote recto en aquel rostro de maldad.

Flavia solo se limitó a reír, mientras don Marcos metía la mano debajo de uno de los cojines hasta encontrar un arma; el mismo revólver con el que le dejó un estigma a Leonardo en su mano. Fríamente, le pidió que se acercase a él, haciendo ademanes con la pistola. Ella acudió sin miedo como una toxicómana en fase terminal, apoyando su cueva putrefacta de marfiles negros al cañón del arma; entonces, Flavia, lamió el orificio de la pistola, don Marcos apretó el gatillo...

—¡Pam! —Sonó el disparo en el silencio de la sala.

Los colombianos se tiraron hacia el respaldar evitando ser salpicados de sangre y yo grité sobrecogida. Las chicas parecían felices de que no fueran ellas las receptoras de ese plomo. Espinosa que me custodiaba esperando una nueva orden, hizo un amago para sacar su arma del cinto temiendo un tiroteo entre líderes. El Kraken guardó el arma evitando que aquellos cachacos se sintiesen desconfiados. Chasqueó sus dedos amarillos, y Gallo y Sabandija retiraron el cadáver de Flavia.

—¡No os entretengáis troceándola! —advirtió el capo—. Tiradla más allá de las amapolas. Nadie está interesada en saber de ella.

En la sala quedaron Omar y Benjamín, como escoltas del Kraken. Los colombianos parecían disgustados por todo lo ocurrido. El resto de chicas, posiblemente bajo los efectos de las drogas, el alcohol y la experiencia, actuaban como si aquello fuese totalmente normal; yo, sin embargo, no sabía qué destino me tenía preparado aquel verdugo sin alma y, con el fin de no recordarle mi abominable rostro, cubrí mi contusión con la máscara emplumada.

—¿Puedo tocar el piano? —pregunté a la desesperada, intentando ser útil para no acabar como la pobre de Flavia.

Don Marcos puso mala cara pidiendo que me marchase de una puta vez, pero Abraham aceptó:

—Sí, deja a la chica que toque algo... ¡Esta música me está traumando!

El Kraken realizó un nuevo chasquido y una de las chicas apagó la música.

—Los narcocorridos son la música del pueblo, son las únicas bandas que hablan de nuestras hazañas. Son los juglares del siglo veintiuno —añadió don Marcos orgulloso.

—Me gusta más el rock —confirmó Abraham— por cierto, escuchaba un grupo muy bueno llamado Kraken... por lo que usted siempre me dio buena espina. ¡Ahora a estos peladitos les gusta más ese reguetón sabrosón! —concluyó el capo colombiano abofeteando la nuca de Cheto.

—Cuando oyes que hablan de los lujos, pienso en mí... —añadió don Marcos—, en mis mujeres, mis billetes, mis diamantes. ¡A ver cuándo cojones le dedican una copla a mi león Sandokán!

—¿Tiene usted un león acá? ¿Cómo es posible? ¡No debe ser fácil traer una fiera desde África! —urdió el colombiano rascando su cabeza rasurada.

—Se lo compré a un tipo que vino a montar un circo en la ciudad. Me ahorré todos los trámites y permisos de aduana...

—¡Es usted un tipo listo, Marcos! —admitió Cheto.

—¿La pianista enmascarada va a tocar algo esta noche? En caso contrario, podría terminar lo que empecé bajo mi pantalón... cerraré los ojos para no vomitar —expresó impaciente el capo colombiano.

Tomé asiento en el silencio sepulcral de aquel salón, donde todos aguardaban mi música. Yo solo era una novata, que aprendió algunas melodías junto a Mamma Chloe en nuestras noches de pláticas. Pero suponía que aquellos individuos, no tenían ni idea de Mozart o Vivaldi. Así que, temblorosa, me aferré al teclado y a las notas alegres que se desprendían de la vibración de cada nota.

De pronto, noté el cabezal frío de la pistola acomodada en mi sien:

—Empieza a tocar algo bonito, quiero ver si este piano funciona, ramerita —me amenazó el Kraken.

Agité en el aire los dedos, poniendo a prueba la rigidez de aquellos guantes y como calentamiento previo a la interpretación. Y, enseguida, llené aquel salón de música: toqué “*Claro de luna*” de Beethoven, con aquellos guantes que me restaban tacto sobre el marfil.

Sumida en la música, comencé a interpretar una bella melodía, totalmente ajena a la selva que me rodeaba en aquel salón. Era como subir unos peldaños hacia el cielo, como volar ligera como una mariposa, pero sin despegar los pies del suelo. Desilusión y esperanza al mismo tiempo, ahora entendía a nuestra proxeneta, el porqué necesitaba tocar estas notas de evasión.

Luego palpé la combinación de las teclas en una partitura más animosa, para levantar el ánimo; pues las chicas estaban sobre los colombianos y yo no quería más disgustos.

—Voy a doblar mis inversiones. El puto Donald Trump cada vez pone más difícil el paso por la frontera. Ahora quiere levantar un muro para...

—¡Ding, dong! —Sonó el timbre de la mansión.

Yo seguí tocando, jugando con las teclas. Omar se acercó al Kraken con misterio y le dijo algo que no alcancé a escuchar. Pero pronto descubriría de qué se trataba...

Mi repertorio se estaba agotando. Había fallado en varias notas que pasaron desapercibidas. Cada pulsación de tecla era como un latido ganado en aquel pulso de existencia efímera. Y es que los restos de sesos de Flavia me recordaban la facilidad con la que estos degenerados te robaban la vida.

Ya solo me restaba una canción; no me atrevía a repetir ninguna canción, a pesar de que no me estaban prestando demasiada atención. Entonces fui a ello, a mi último cartucho. No recordaba bien las notas, pero aquel bello piano era inspirador.

Mi canción comenzaba a sentirse como un fuego que no me calentaba, solamente estaba ahí para robarme el oxígeno y ahogarme de poco en poco. Mis dedos dejaron de moverse, mi mente se había desconectado de mi conciencia para salvaguardar el último brillo de humanidad que aún quedaba en mi corazón. El silencio no duró más de veinte segundos. Cuando, de pronto, a mis oídos llegó de nuevo la melodía que pretendía tocar..., pues mis dedos estaban como poseídos, como si el cadáver de Flavia hubiese tomado las riendas de mis falanges enfundadas en aquel tejido de riguroso luto.

Pero abrí los ojos y pude comprobar unos dedos largos, perfectamente arqueados que parecían dibujar garabatos al moverse velozmente sobre las teclas del piano para completar los tiempos que requerían de la otra mano. Un bonito perfume me empalagó el olfato, luego alcé la mirada procurando conocer la identidad de aquel

pianista. Y me resultó mágico cómo un olor me transportó a Tuxtla aquella mañana, cuando fui a comprar la comida para la celebración en el rancho y estaba precisamente siendo apuntada por el arma de un sicario, con dos jóvenes atractivos resoplando sobre cada muslo mío.

A través de mi máscara pude ver el perfil afilado de un muchacho de mi edad, tenía cabello cercano a los hombros. Seriamente concentrado en la melodía, repetía el mismo acorde una y otra vez, como si esperara acordarse del tramo que seguía; entonces moví mi mano derecha y en una serie de teclas diferentes comencé a seguir sus pasos, terminando aquella bonita composición de Chopen.

—Me alegra saber, que tienes un corazón tierno para tocar un “*Nocturne 9.2*” con tanta energía. Eso solo significa que dentro de ti hay mucha magia... —aseguró con mucha delicadeza retirando sus manos de las mías.

—¡¡Qué sorpresa pendejos!! Leonardo y mi hijito —interrumpió nuestro cortejo de manos el Kraken, helando mi corazón y señalando hasta donde yo estaba—. ¡Feliz cumpleaños Alexander! ¡Ese es tu regalito...! Me refiero al piano y si quieres a la chica... ¡También!

Los colombianos sonrieron ruidosamente ante las palabras de júbilo de don Marcos.

Desde el sofisticado piano de formas redondas, procuré girarme en dirección a los dos invitados. Alexander tenía el cabello lacio y castaño cobrizo, con unos ojos color roble y perforaciones en las orejas. Vestía unos pantalones ajustados tipo *flat-snickers* y una camisa azul marino con cuello en “V” de algodón; era bastante delgado pero estaba musculoso.

—¡Gracias padre! Es un “*The piano baby*”, una pieza única... —añadió sorprendido.

—Mi hijito Alexander, tiene el talento de su madre, una diva de las rancheras. Le pagué los estudios en las mejores universidades de Estados Unidos, e incluso estuvo alistado en un conservatorio de música muy prestigioso... Ha vivido unos años bajo mis tentáculos, pero ahora le toca a él remangarse y trabajarse el futuro por sí solito —argumentó don Marcos.

—¿Y el otro *men*? —extrañó Abraham.

—Ese es Leonardo Cachorro, uno de mis mayoristas. Se está encargando de expandir el negocio hacia tierras yanquis... Es el mejor sicario de México, pero no el mejor pagador —presentó con cierto retintín.

Tras mi máscara, comenzaron a brotar lágrimas que descendían por los cerros de piel, que ahora eran mis mejillas.

Y aquí estaba Leo, elegante, con una camisa de lino y una chaqueta color café. En la misma mano que recibió el disparo del Kraken, llevaba un maletín de cuero.

—¡Bonita velada! ¿Sois de Colombia? —intentó averiguar Leonardo estrechando con fuerza su mano a los invitados—. Estuve por allá hace años.

—¿Qué te trae por mi casa, a estas horas de la noche? —cuestionó don Marcos.

—Alexander me pidió que lo trajera y de camino quería hablar con usted —argumentó Leonardo buscando un gesto cómplice tras la máscara.

—Esta noche no es la más indicada para hablar de asuntos menores. Estos hombres son nuestros proveedores... sin su cocaína tú y yo, estaríamos trapicheando por las calles o apretando el gatillo por unas monedas —aseguró el Kraken.

—Mis respetos —se disculpó Leo.

Alexander dejó de mirar el piano, y se abrazó a su padre con frialdad, luego les estrechó la mano tímidamente, uno a uno.

—¿Sabía que era un *gomilo*^[18]? —masculló uno de los colombianos al ver el aspecto delicado de Alexander.

—Se crió entre caprichos —confirmó don Marcos—, pero ese hombre que tiene a su lado, lo instruyó para usar una *Glock 42*, como si fuese una extensión de sus manos.

—¿Y no podía dejar su negocio al maestro de su hijo? Parece un tipo más fiable —sugirió Abraham hiriendo el honor del Kraken.

—Este *hijoeputa* tiene que aprender primero a ser un buen pagador —aclaró molesto el capo—. Pero les aseguro que cuando mi hijo esté listo, será como tratar conmigo.

—Yo ya me iba, don Marcos —añadió Leo—. Vine a saldar mi deuda con usted.

Leonardo abrió el maletín haciendo florecer billetes del mismo color de su chaqueta que se desordenaron al ser liberados de la presión del cierre.

—¿Cuánta lana me debías, canijo? —exclamó el Kraken.

—Un millón de pesos... pero te traigo otro medio, para recuperar a mi esposa.

—¿Tu esposa? ¡No vengas a faltarme el respeto a mi casa, *hijoeputa*! —se enfureció don Marcos, que tosió bruscamente poniendo en evidencia su delicado estado de salud—. ¿Me acusas de roba-mujeres delante de mis compadres, colombianos?

—Ni mucho menos. He venido a saldar dos deudas. ¡Solo es eso! —se excusó Leo.

—Esa zorrita que tienes de esposa, no vale para nada. Está mal domesticada y es problemática... Si piensas que vale un millón de pesos, te diré que tus billetes son como morralla para mí... Si de veras la quieres, tendrás que ganarte mi confianza. Fue desagradable para mí volarte la mano, ¿entendido?

No podía creerlo. Leonardo había venido a por mí con medio millón de pesos en ese maletín; cinco veces más de lo que pagó por mí. Y volvió dispuesto a rescatarme de aquel naufragio en aguas del Kraken. Pero aquello era una cuestión de egos y orgullos, que poco podían solventar un maletín repleto de pesos. Leonardo me miró y le hizo una propuesta a don Marcos:

—Pues invierte ese millón de pesos en nuestros compadres colombianos, y al menos déjame diez minutos con Valeria, quiero hablar con ella a solas...

—La fiesta está aquí, Cachorro. Si quieres decirle que la quieres, adelante. ¡Si algo sobra aquí es amor! —ironizó Marcos mirando a los colombianos que estaban bien atendidos por las chicas de su harén.

—¡Padre! Hoy es un día de júbilo. Te ha reunido medio millón de pesos... —rogó Alexander ante la agonía de su amigo.

—Deseo concedido, ¡ándale! —dijo don Marcos chasqueando los dedos—. ¡Solo diez minutos con tu muñeca desfigurada! Y que no se quite los guantes de puta.

20. El beso de Singapur



Leonardo se levantó enérgicamente y me llevó de la mano fuera de la sala; Alexander se sentó al rápidamente al piano.

Tras la puerta estaba Omar Espinosa con la silla de ruedas y un botiquín para atender al Kraken, en sus horas bajas.

—La puerta contigua es el cuarto de invitados. Allí tendréis vuestro *vis-à-vis*, para eyaculadores precoces —bromeó Omar haciendo referencia al tiempo que nos concedió el capo.

—¿Estás envidioso de su hombría? —le reproché al ex agente—. Leonardo sabe tratar a una mujer y no va robando anillos de compromiso por ahí.

Leonardo lo miró con odio y me llevó a la sala de invitados. Desde allí, se oía el murmullo de la fiesta, y las notas del piano con claridad.

En la recámara de invitados había una moqueta con motivos de elefantes de colores verdes y rojos, que pisamos al entrar. Una gran cama con un dosel rojizo, nos dio la bienvenida. Leonardo me sentó en ella. Tomó mi mano y comprobó que el anillo de pedida no seguía ahí. Luego, intentó quitarme el antifaz, pero le frené; no quería que me viese fea, sin embargo, vio mi mejilla violácea.

—¿Qué te han hecho estos cabrones? ¿Te golpearon para robarte el anillo?

Yo comencé a llorar desconsoladamente, mis lágrimas brotaban ahora por la superficie satinada del antifaz. Leo me retiró la máscara y se sobrecogió.

—¡No llores, Valeria! —me dijo besándome aquel moratón—. ¡Te quiero! Y te juro que te sacaré de aquí.

—¡No puedes, ni siquiera tú puedes...! —sollocé, negando con la cabeza repetidamente—. Dame tu pistola.

—No sabes disparar. Además, sabrían que yo te la he dado...

—No es para ellos, es para mí... Un disparo rápido, como el que recibió Raúl y finalizará esta pesadilla —le argumenté.

—Olvídate del pasado y preocúpate del futuro, Valeria.

—No hay salida... —mascullé.

—¡Serás mía o de nadie! Y sabes que no me gusta perder —me aseguró Leonardo, cogiéndome de los brazos—. ¿Quién te ha golpeado? ¿Omar?

—No... ya está muerto..., ese americano abusador de niños —respondí orgullosa de mi acción—. Lo desniqué antes de que me

violase.

—¡Joder, joder...!! —gritó desesperado Leonardo, golpeando el colchón con su puño

—Respecto al anillo, se lo di a Omar para que liberase la vida de un migrante..., pero me engañó; lo mató igualmente y le dio el anillo al Kraken para ganarse su confianza —le relaté.

—Ese uniformado corrupto... ¡Lo mataré! —dijo, decidido a acabar con la vida del Omar.

—¡No! Es mi único protector en esta casa, me ha prometido protección —respondí agarrándole el brazo para que no saliese—. Igual ya no vuelves a pisar esta casa.

Leonardo me dio un guantazo que me volvió la cara. Luego me agarró la mandíbula con cierta agresividad:

—Jamás digas eso, ¿me entiendes? Serás mía a cualquier precio.

—Lo tuyo no es amor, es obsesión —concluí al oír sus palabras.

—Llámalo como quieras... —respondió Leonardo—. Omar es un embaucador, y si te toca un pelo..., si intenta forzarte, ¡se las verá conmigo!

—¡No te metas en mis decisiones Leonardo! No merezco la pena —me eché las manos a la cara y me hundí psicológicamente—. Ahora soy una puta en esta casa... Ya no soy tu mujer.

—¡Cállate de una jodida vez! Eres una chica muy fuerte. Y te quiero conmigo. Haré lo que sea necesario para que vuelvas a mi lado. Dame unos días... Tú, intenta sobrevivir.

Leonardo me besó con pasión. Sus ojos casi fueron engullidos por los míos, dada la fiereza con la que galopó su boca sobre mis labios.

La puerta se abrió de repente, Omar hizo un gesto de tiempo muerto. Yo me coloqué la máscara y ambos salimos de la habitación. Al entrar en el salón, Alexander cantaba una canción en inglés, arropada por una bella partitura que ya habíamos escuchado antes Leonardo y yo; exactamente de camino al puerto, cuando fuimos a buscar a Diego y a Ainara. Y no solo escuché aquellas notas que abrieron una brecha en mi corazón, sino que, mágicamente, la voz del hijo del capo me cautivó entonando en inglés:

*“... Y estoy tan mareado, no sé qué me golpeó,
pero estaré bien.*

*Mi cabeza está bajo el agua, pero puedo respirar,
estás loca y yo no estoy en mis cabales...”*

Ahora entendía perfectamente la letra de aquel cantante llamado John Legend, a través de la voz aterciopelada de Alexander Cruz. Leonardo me apretó la mano enguantada con fuerza; entonces supe que, también él, recordó la melodía de aquellos días de sosiego, justo

antes de ir al santuario de las tortugas.

—¡Ya está de vuelta la parejita de enamorados! —bromeó el Kraken, arrancando una sonrisa de uno de los colombianos, que sin desatender a la conversación movía la cabeza de Ashley contra su pubis.

—¿Puedo hablar con usted, don Marcos? —preguntó Leo.

—Es de mala educación interrumpir una bonita canción de piano, espera a que acabe mi hijito, y entonces hablamos —dijo don Marcos aguardando el fin de la canción.

Alexander detuvo las teclas de aquel piano y fue a servirse una copa. Desde lejos contemplaba como las chicas que estaban marcadas con tatuajes en el cuerpo, se encontraban desnudas satisfaciendo a los colombianos, como si fuese una orgía bacanal. Marina se acercó a él y este la rechazó. Parecía que le incomodaba el sexo grupal.

—Ahora canijo, ¡escupe! —requirió don Marcos a Cachorro que no me soltaba de la mano.

Como fondo, los gemidos forzados de las chicas hacían de hilo musical.

—Prefiero hablar a solas con usted —respondió Leonardo.

—¡Soy un viejo enfermo! No creo que sea tan importante para que tenga que oír el mensaje en pie —añadió el Kraken reticente de abandonar el sofá donde le cercaban las chicas.

Leo tiró de mí y me acercó hasta el oído del Kraken.

—¡Quiero llevarme a mi esposa! Ponga un precio —insistió Leonardo en su propósito de posesión.

—Tu dinero acaba de bajar su inflación. Has inflado a quinientos mil pesos, una zorrita que que no vale para nada... —aseguró el capo—. Así te irá mal en los negocios.

—Te he pagado un millón y medio, más mi esposa, más ese anillo de diamantes que el capullo de Espinosa le arrebató a Valeria —reclamó Cachorro.

—¡Te equivocas todo el tiempo Leo! —soltó enfurecido el Kraken, apartando a las chicas que jugaban con su lengua sobre el peludo cuerpo del viejo—. Todo lo que está bajo mi dominio, lo considero mío. El anillo, tu esposa e incluso tu vida... ¡Todo me pertenece!

—¿Y qué fin le espera a mi chica? —interrogó Leonardo preocupado por mi integridad en aquel duelo de propiedades humanas.

—¡Contempla mi harén! Todas ellas se han ganado mi respeto. Llevan un tatuaje que las protege, porque son como mi ganado purasangre... Tu zorra no es digna de llevar uno. Usa guantes porque para tocar mi verga hay que ganárselo con mucho placer. Por lo que, mi querido amigo, la considero carne de segunda —calló para toser y luego enumeró a los suyos—, y estos bocados quedan para mis

aprendices: Benjamín, Sabandija y Gallo.

—¡Se lo ruego don Marcos! —agonizó en su respiración Leonardo—. A mí me fue muy útil. Sabe cocinar, coser, toca el piano..., también me ayudó con su inglés para cerrar negocios con los distribuidores americanos.

—Sí. ¡Y también los mata! —espetó el Kraken—. Veo que haces mención a tu apodo de Cachorro, pues estás muy tierno —en esos momentos le faltó el aire, y el Kraken sacó un inhalador del bolsillo de su camisa de cuadros que estaba sobre el apoyabrazos del sofá—. Pero tu zorra al parecer es muy buena en todo, excepto en lo único que debe hacer bien: ¡follarme!

—¡Te recompensaré! No la regales, no la des a otras manos —acaparó verbalmente Leo temiendo por mi destino.

—Te criaste bajo la caridad de una iglesia, así que sabrás rezar para conseguir un milagro —ironizó el capo.

—Dame una semana y no te arrepentirás... —dijo Leo con la mirada pétrea, improvisando un plan maestro—. Me llevo los guantes de Valeria. No la maltrates como a una simple puta.

—No te prometo nada... y ahora vete. Tengo que atender negocios de hombres duros.

Leonardo me besó, se llevó los guantes y se despidió de Alexander que parecía estar de su lado; después me dejó bajo el amparo de los amenazantes tentáculos del Kraken y sus secuaces.

—¡Que siga la fiesta, cabrones! ¡Tenemos muchas chicas para compartir! —exclamó don Marcos.

Los colombianos se apiñaron contra Ashley, en un grupal para ella sola. Por detrás, por abajo y por arriba descargaban su impulso sexual en ella. Las otras se preocupaban de Alexander, que cedió a los tocamientos y, cómo no, del Kraken con sus tres corazones.

—¡¡Vete a tu habitación!! —gimoteó envuelto en placer don Marcos, trazando un ademán al aire para que me marchase de la sala.

Antes de abandonar aquella orgía bacanal, tomé un porro de cannabis que humeaba sobre una de las mesas y le di unas cuatro caladas a fondo; jamás había fumado, pero no fue difícil. Pensé que si quizás me narcotizaba aplacaría mi ansiedad y escaparía mentalmente de aquella jauría de bestias sexuales, pues esa era la receta de sumisión de las chicas.

Salí dirección a la habitación del harén, bajo la atenta mirada de Omar que estaba atento a sus auriculares. Yo, mientras, solo escuchaba las voces que susurraban en mi cabeza, debido a las caladas de cannabis que comenzaban a aturdirme.

—Piensa lo que te dije... Luego vendrá la post fiesta y no querrás que esos tres niñatos te hagan cosas feas —me susurró desde el pasillo el custodio de la silla de ruedas.

Ahora estaba sola: sin Leonardo, sin interés por parte de mi nuevo dueño, de espaldas a Dios... Y eso hizo crecer en mí un extraño mecanismo de supervivencia. Quizás la promesa de volver de Leonardo, y la letra de aquella canción de John Legend, interpretada por el hijo del capo, me removió la conciencia y mi mente disléxica se organizó uniendo hilos. Esas notas de piano debían de ser una señal de este destino, cuyas manos de niño me movían como una bola de acero en un laberinto de metacrilato. Y recordé esos labios angostos de Mamma Chloe diciéndome: “Si la vida te lanza por un precipicio, aprende a volar; si te agarra del cuello y te sumerge bajo el agua, tendrás que desarrollar branquias; y si te encuentras en el infierno, no seas una diablesa si no la mujer del puto Lucifer... ¡Ese es el secreto!”.

Antes de entrar en la habitación, miré hacia atrás y pude contemplar que Espinosa había entrado en el salón, seguramente atraído por un chasquido de aquel hijo de puta con nombre de calamar mitológico. Entonces indagué en un par de puertas más allá de la de las chicas. La primera tenía dos hojas correderas, con la representación de una carabela con los tentáculos alrededor; por lo que supuse que era la alcoba de don Marcos. Luego, empujé la otra y me topé con la cocina.

Parecía el fogón de un gran restaurante, con isla central y multitud de cacerolas. Había una nevera de doble puerta y una gran cámara frigorífica. Algunas cucharas de palo se mantenían suspendidas por alcayatas y, sobre unos platos sucios que había en el fregadero, había una peluda rata de ojos brillantes devorando los restos que quedaban apilados entre las vajillas. “Después de lo vivido entre estos monstruos, las ratas me parecían seres encantadores”, pensé. Entonces fui hacia los cajones; necesitaba un cuchillo grande y bien afilado. Removí media cocina, levanté manteles, servilletas, bandejas y todos los fondos de los cajones... Pero no hallé más que vasos, copas, y cubiertos desechables de plástico.

—¿Quién anda por aquí? —sonó una voz a la vez que se encendía la luz de la cocina.

Me tumbé en el suelo, y tras escuchar sus pasos acechantes me levanté.

—¡Buscaba un poco de agua! —me excusé ante Omar—. La maldad que emana tu lindo rostro, me seca la boca...

—Leo me ha mirado con muy mala cara... ¿Qué chingada le has contado de mí en esa habitación?

—¿Tan importante te crees, que te sientes el centro de atención de nuestras conversaciones...? No necesitamos hablar de ti, para entender el tipo de persona que eres.

—¡Ah!, ¿sí? ¿Y cómo crees que soy? —preguntó inquisidoramente Omar bajando el volumen del *walkie* y aproximando su pecho fornido

hasta el mío.

—En otro contexto, obviando lo hijo de la gran puta que eres... Diría que eres un joven que está buenísimo, con unos ojos cautivadores y una voz simpática. Un partido para cualquier jovencita de Chiapas... Pero yo vengo de un rancho y conozco muy bien la doble naturaleza de los animales domésticos: parecen dóciles, inofensivos, pero cuando el instinto escrito en su interior florece; muestran la alimaña salvaje que en realidad son. ¡Solo reflejo sin criterio, reacción sin pensar en las consecuencias del mañana!

—Pues te equivocas, Valeria... —aclaró Omar resoplando su aliento en mi cara.

—Si no, ¿por qué has dejado el cuerpo de policía? —le interrumpí—. ¡Por pura ambición! Eso nos ha traído a todos al epicentro de esta espiral de violencia y excesos, denominada cártel.

—El gobierno nos paga una mierda a los policías. Busco un futuro más cómodo, más valorado. Estoy cansado de llevar órdenes de desaparecidas a las mamás y de arrestar a delincuentes menores.

Sus palabras removieron mi conciencia, creando una especie de epidemia en todos mis recuerdos. La lástima se hizo conmigo y comencé a sollozar.

—¿Cómo fue lo de las cenizas? ¿Qué dijo mi madre al verte con ellas? —le pregunté entre lágrimas.

—Me invitó a cenar. Me puso un queso riquísimo y un chorizo picante. Se pasó toda la comida llorando en aquel establo derruido... Estuve a punto de decirle la verdad, pero yo me hubiese convertido en otro montón de cenizas si Leonardo se llega a enterar.

—¡Mientes...! Me pudiste haber sacado de casa de Leonardo. Tú, tu compañero novato, y el gracioso de Flores —le dije cogiéndole la cara con fuerza—. Pero no os importan las demás vidas, solo alimentar vuestras cuentas bancarias.

—¡Ahí te tengo que dar la razón, Catwoman! Me gusta el dinero y por eso no resolví tu caso de desaparición... Tengo puestas más altas las miras: busco un ascenso para ingresar en la DEA.

—¿Qué pendejada es esa? ¿Sigues siendo un policía?

—Cállate o te cargarás la misión... —me agarró del cuello.

—¡Pues sácame de aquí, por favor! —balbuceé sin aire.

Espinosa me soltó del cuello y me lamió la comisura de los labios, como si fuese un can.

—Eso te va a costar muy caro... Pero igual mañana ya estás muerta.

—Te lo ruego —me arrodillé frente a él.

Omar Espinosa se desabrochó el cinturón y sacó su miembro; a diferencia del Kraken estaba muy bien aseado. Y no hicieron falta más palabras para saber qué era lo que quería de mí.

A cada suave felación en aquella cocina, me fui dando cuenta de

que mi mente había evolucionado, ya que activé un sistema de defensa mental, que había bloqueado todo pensamiento de opresión y terror que me invadía... ¡Eso o el efecto apaciguador de la mariguana!, pues podía cerrar la mandíbula con toda mi fuerza y dejarlo eunuco de por vida.

Mientras yo le daba placer, Omar se levantaba la camiseta mostrándome su tableta bien definida y esos oblicuos conseguidos a base de gimnasio, que cruzaban en diagonal su pubis; dejando su pene erecto como un rascacielos emergiendo del cemento. Tan pronto pude, me senté en el suelo siguiendo sus instrucciones. Me situé en ángulo recto con las puertas de los muebles en mi espalda. Me agarré a un tirador de los cajones con cada mano, y comenzó con fiereza a penetrarme, en una felación inversa. Yo apretaba los labios con fuerza procurando frenar la longitud que se colaba hasta mi campanilla.

Tras la felación invertida que le procuré, me tomó con sus brazos y me subió a la encimera de mármol. Sin retirarme la máscara comenzó a embestirme de frente, mientras yo le abrazaba con las piernas como si de unas tenazas se tratara.

El poli malo se retiró de mi cuerpo con rapidez y eyaculó en el suelo. Se guardó su miembro aún latente y me tomó del brazo, mientras yo me subía las bragas con torpeza. Subió el volumen del *walkie* tras oír un cascabeleo metálico y me ordenó que saliese de allí de inmediato.

—¡Vete a tu habitación! Las chicas están a punto abandonar la fiesta. Y acepta este consejo: Leonardo se buscará a otra y te dejará a tu suerte.

—Si algo sé de Cachorro, es que cumple lo que promete. Si ha dicho que se va a ganar la confianza de don Marcos, encontrará la manera; si te ha dicho que te va a matar, lo cumplirá.

Yo, su objeto, me dirigí hasta la habitación con las camas literas. Cerré la puerta y me quité la máscara. El zumbido de las cuerdas del piano, ya no sonaban. En cambio, se oían algunas risas y cierto griterío.

—¿Estás bien? —me dijo una voz que provenía de una de las literas.

Al girarme, vi a la chica vendada. Era una mujer guapísima, envuelta como una momia.

—¿Crees que bajo este techo alguien puede estarlo? —repliqué.

—Me recuerdas a mí en mi primer día —afirmó Regina—. Tuve que pasar la prueba... Me golpearon, me insultaron, me robaron la identidad y casi me arrancan un pezón de un mordisco. ¡Ahora espero mi tatuaje! Ese que te hace ganado del Kraken, pero te da algo de seguridad.

—Esto es un jodido matadero. Somos carne de asesinos y psicópatas

sexuales —añadí a su relato.

—Lo peor son los chicos cuando se drogan. Vienen puestos de cocaína y muy excitados. El Kraken les deja las sobras para que se desahoguen.

—¿Pero si somos parte de su harén, procurará que no estemos muy impresentables para el macho dominante, no? —les hice ver.

—La única norma es que no nos maten, ni nos dejen incapacitadas... Pero como ya te dije, casi me dejan sin un pecho por la infección de un mordisco de dientes podridos...

—¡Voy a salir de este lugar! ¡Voy a escapar de este infierno! —exclamé convencida sin saber el cómo.

—Precisamente, acabarás en el infierno, si intentas salir de este palacio de maldad —añadió Regina.

—Estos hijos de puta nos quieren robar la esencia, anularnos como personas. ¡Pero yo no he olvidado que soy una Méndez! Mi padre se encargó de machacarme día tras día, con su *leitmotiv*: “Da igual a lo que te dediques, pero sé la mejor en lo que haces”.

—Ya me gustaría tener tu optimismo. ¡Ojalá consigas tu propósito!

—¡No! ¡Lo conseguiremos entre todas...! Solo tengo que sobrevivir a mañana para urdir mi plan.

—¿Tienes un plan, entonces? —se extrañó Regina—. ¿Sabes las decisiones que vas a tomar?

—Irás tomando forma con cada acción... Ahora tengo que dar un primer paso, con el que no llegaré a mi objetivo, pero me sacará del charco de mierda que me rodea.

A la sazón, me di una ducha para borrar de mi piel los restos de fluidos de aquel abusador que me tomó en la cocina; Omar era una belleza al lado del viejo, pero por dentro estaban hechos de la misma pasta oscura.

El agua caía sobre mi cuero cabelludo y bajo él, se forjaba un propósito. Con las piezas que tenía y con los rostros de mis captores comencé a recordar cosas, a tejer una serie de actos que iba a llevar a cabo.

El efecto de la mariguana seguía apoderándose de mi cordura, tanto que las alucinaciones se hicieron presentes y pude ver a mi padre en el reflejo de los azulejos del baño. Lo escuchaba de viva voz y me decía así: “Deja de ser una rebelde y enfréntate a tu destino, Valerita. Pues cuando huyes, no haces más que escapar hacia él”.

La algarabía se hizo con la habitación. Desde el plato de ducha se oían los balbuceos de las chicas, que, borrachas, intentaban codificar el castellano. Luego llegaron las voces de los chicos, los tres mariachis. La puerta del baño que estaba encajada, fue abierta. Y tres niñatos, pues no tenían barba fuerte todavía, entraron jactándose de mí.

—¿Pero que tenemos aquí? ¡Si está bien mojadita...! —dijo Gallo—,

tendremos que secar tu piel a lametazos...

—Un último polvo antes de que el Kraken te descuartice... —confesó Sabandija, agitando el tatuaje de un águila que le cubría las facciones—. Las negociaciones no han fraguado.

—¿Qué demonios habláis? —me intranquilité por sus palabras, olvidando que estaba desnuda a merced de aquellos niños.

—Tras el numerito tuyo con Leonardo, el vergonzoso aspecto de estudiante “fresa” de Alexander, y, luego, el mal estado de salud de nuestro jefe..., los colombianos se han retirado del negocio en estampida... No ven futuro a su cartel —explicó Benjamín, recogiendo su larga melena con una goma elástica.

—Tan siquiera la orgía grupal de los cuatro con Ashley, ha servido para retenerlos... —espetó Sabandija—. Han llamado incluso al enfermero para que atienda al Kraken, le ha dado una subida de tensión que casi lo deja muerto en la habitación.

El mal pronóstico se cumplió y, sin ropa, salí en busca de Ashley. Me notaba torpe por los efectos de aquellas caladas de mariguana e iba pisando el accidentado suelo donde se quebraban las máscaras allí tiradas. Ashley estaba encima de una litera aferrada a una almohada. Sus llantos me contagiaron. Los tres jóvenes que entraron en el baño sin pedir permiso, me siguieron y se subieron al somier en busca de la desconsolada Ashley con el fin de que bajara; pues el Kraken había dado permiso a sus hombres, para que hiciesen uso del harén.

—Aprovechemos que está todo bien dilatado, Ashley —dijo Gallo sin respetar el dolor que sentía la pobre chica.

—¡Dejadla en paz, hijos de puta! ¿No veis que está llorando? —me interpose con el cuerpo desnudo frente a ellos.

—No me importa... Estoy en mi derecho —dijo el Gallo—. ¡Que se tome un tequila y se le irán las penas!

—¡Sois unos cobardes! En la calle no hubieseis tenido opción ni a hablar con mujeres tan maravillosas como nosotras —les recriminé mientras recibía un empujón y me apartaban de la cama.

Entonces fui al baño y cogí un desodorante de *spray*. Cuando volví donde estaban los tres jóvenes tirando de los pies de Ashley, les rocié los ojos de perfume femenino, como si fuese un *spray* de pimienta anti-violadores.

—¡Hija de la chingada! ¡Loca hija de puta! —gritó entre lágrimas Benjamín.

—¡Te violaremos ese trasero prieto! —amenazó Gallo que parecía que jugaba a la gallinita ciega.

Entonces corrí hacia afuera de la habitación, debía escapar de su cólera. Y, al abrir la puerta, me topé con el musculoso pecho de Omar.

—¿Recuerdas lo que pasó en la cocina? ¡Cumple lo que prometiste...! ¡No dejes que me violen! —le rogué aferrándome a su

camisa.

—¡¿Ahora me necesitas?! Lástima..., las cosas son cuando yo las decido y no cuando tú quieres... Los milagros a Jesús Malverde, el santo de los narcotraficantes —dijo empujándome al interior de la sala y cerrando la puerta.

Unos brazos me cogieron el cuerpo desnudo; luego llegó el dolor y el sentirme una presa indefensa. Las risas que acompañaban las embestidas de aquellos jóvenes puestos de cocaína hasta las cejas, hacía que aquel momento resultara perturbador. Ashley estaba cerca de mí, siendo forzada de nuevo. Ella tan solo cerraba los ojos y apretaba los dientes. No me hizo falta estar dentro de ella para saber que en esos instantes no sentía un solo atisbo de su personalidad.

Al finalizar, nos sometieron a las dos a un humillante *bukake*, mientras el resto de chicas miraban inertes. Sabandija, Gallo y Benjamín se fueron sin más. Sin dar las gracias ni pedir perdón.

En manada, se dirigieron hacia la ducha todas las chicas, todas excepto Ashley y yo que estábamos traumatizadas, y nos quedamos tumbadas sobre el parqué; nos habían robado la dignidad de nuevo.

—¿Ninguno tiene hermana? ¿Madre? ¿Ninguno siente nada por las mujeres? —dije indignada, mirando a Ashley.

—Estos venderían a sus hermanas con tal de echar un buen polvo —respondió la pelirroja—. Todo esto es por ser mujer, por tener una naturaleza más débil que la de los hombres.

—Dios le dio la fuerza a los hombres, pero a nosotras la inteligencia. Y pienso hacer uso de mi capacidad de manipulación para escapar de este asqueroso lugar —lancé en un reto, ante el asombro de mi compañera de violación grupal.

—Estos hombres son indomables... Para ellos somos como las rosas de un jardín, esperando a que nos deshojen o nos arranquen el tallo de raíz.

—¿Rosas? Las rosas tienen espinas... Y a partir de ahora se lo haremos saber —concluí.

Con energías renovadas me levanté y ayudé a la pelirroja a ducharse. La complicidad creció entre nosotras, a diferencia de lo que había en la academia; en ese instante deduje que el destino es caprichoso, que no merece la pena enfadarse con nadie, pues no sabes cuándo vas a volver a encontrarte a esas personas, ni bajo qué circunstancias. Aseada por enésima vez, tomé la máscara de nuevo y un camisón. Pensé en la teoría de Raúl: “Elige bajo qué suela quieres vivir...”, y decidida a un plan suicida salí de nuevo en dirección al zapato que quería tener sobre mi cabeza.

Abrí la puerta y esta vez no hallé a aquel traidor del pinganillo que incumplió su promesa de protegerme. Omar no tenía palabra, ya eran dos veces las que me había demostrado que no era honrado.

Se oían ronquidos por todo el pasillo. Cerré la puerta para evitar que entrase alguna rata, y me fui hasta la sala donde se produjo la “fiesta”. Todo estaba revuelto: había copas por todas partes, colillas, cocaína, incluso la sangre cuajándose de Flavia sobre la alfombra... Entonces me acerqué al piano y vi que había dos rayas de cocaína, listas para ser esnifadas, sobre la tapa que cubría la caja de cuerdas, y buscando un aliciente para lo que iba a hacer me metí una por la nariz.

Un ronroneo similar al de un gato se oyó en la sala, me acerqué y comprobé que era Alexander. Tenía los pantalones bajados y un slip con elástico negro, donde se podía leer *Calvin Klein*. Estaba completamente dormido, y me resultó muy atractivo con el cabello recogido a modo samurái.

En mi garganta se formó una especie de gota espesa que no podía tragar. Cogí una botella, y, para bajar aquella sensación, inundé mi garganta con vodka caramelo. Luego tomé la botella y me la llevé. Caminé de puntillas hasta la habitación de la carabela y abrí las hojas. Allí estaba don Marcos, resoplando ruidosamente. En la mesita de noche que tenía a su lado, había una inyección de insulina y el aparato digital para medir el nivel de glucosa. Entonces, encendí la luz de la lámpara de la mesita de noche, para evitar sobresaltarlo. Luego, a horcajadas, pasé por encima de su redonda figura.

—¿Qué haces aquí, piruja? —masculló el Kraken adormilado buscando una pistola bajo su almohada—. Ahora mismo no tengo fuerzas ni para apretar un gatillo y volarte esa cara de sapo que tienes.

—No tienes que hacer nada... Te voy a llevar al paraíso esta noche.

Entonces elevé la botella de vodka y bebí, dejando dos hilos avellana cayendo por la comisura de mis labios, que recorrieron mi cuello hasta empapar mi camión y traslucir mis pezones bajo el satén.

—¡Vete de una vez! Apenas puedo respirar y además ya me he descargado... Vete a tu cama y sueña por última vez antes de que ocupes la fosa de una ciénaga.

—Ya que voy a morir, déjeme ser útil en mi última noche —insistí—. Aquí tienes muchas putas, pero no una mujer que esté a la altura de un hombre con clase como usted... Leonardo me eligió por eso mismo, por no parecer una vulgar zorra.

Comencé a masturbarme con la mano derecha pensando en Leonardo, quería estar lo más lubricada posible para aquel viejo que me repelía... Pero mi corazón estaba acelerado, excitado y con ganas de hacer incluso el amor; la cocaína dominaba mis sentidos. Toqué la entrepierna del capo y ya estaba erecto, fruto no de la edad, si no de las pastillas azules. Luego alcé la cadera insertándome en él. Don Marcos estaba listo para un segundo asalto.

Entonces puse en liza la acción que urdí en la ducha, y de la que

Mamma Chloe era responsable. Cuando la tenía bien dentro, y mis labios abrigaban la base de su pene. Comencé a bailar sobre él, realizando un movimiento de atrás hacia delante, imitando el pase básico del kizomba. Luego, usé la herramienta por la que todas éramos útiles bajo su percepción, y procuré hacerle algo que no le hice a Leonardo, pero que entrené por el tema de reforzar el suelo pélvico en alguna ocasión: el beso de Singapur.

—¿Pero no te vas a mover zorrita...? —dijo el Kraken deseoso de culminar y agitando mis caderas de atrás hacia delante—. ¡Cabalga! Y acabemos con esto antes de que te rompa la máscara de un puñetazo.

—No necesito cabalgar, para que sientas placer...

El Kraken abrió sus ojos debido al gusto que estaba sintiendo, y destensó su puño para agarrase a mí, como un pulpo a una roca.

— ¡¿Pero qué técnica es... esta?! ¡Sigue... no pares, Valeria! — balbuceó sumido en espasmos orgásmicos.

Comencé a poner en práctica el aleteo muscular de vagina: contraigo, retengo y suelto, contraigo, retengo y suelto... repito el movimiento de cortar el pis. Lo entendí como mi pasaporte a la vida, pues era una manera de distinguirme en esos “empotradores”, era una manera de ser la mejor en lo que hacía.

—Beso de Singapur... así se llama esta modalidad. Y tengo más trucos, Mamma Chloe nos educó muy bien para ser mujeres con clase en la calle y putas salvajes en la cama.

—¡Quítate! Voy a culminar...

Sin obedecerlo, me quedé sobre él esperando a que se fuera dentro de mí. Fue asqueroso, pero quería asegurarme de que se llevase un buen recuerdo... Su grito de placer quedó ahogado en aquella habitación, mientras clavaba sus uñas sucias en mis caderas...

—¡Estuvo padre! ¡A mis 55 años, jamás me hicieron eso...! ¡Parecía que tenías una boca en tu coño!

—Voy a ducharme, ¡espero que le haya gustado! —añadí—. Una pena que mañana esté muerta y no podamos seguir probando estos placeres exclusivos que reservo para usted.

—Valeria... espera —me sorprendió el Kraken—. Ha sido una noche complicada. Igual no es el mejor momento para tomar una decisión acertada. ¿Sabes a qué se dedicaba Terry Terror además de torturar a los migrantes? Era el granjero —me explicó haciéndome entender mi nuevo rubro—. Tengo entendido que vienes de un rancho, así que no te será difícil alimentar a los cerdos, las gallinas y cuidar del caballo...

—Por supuesto que no —espeté ilusionada—. He crecido entre animales.

—¿Me dijiste que sabías cocinar también...? Pues a ver cómo te comportas en estos días. Trabajarás en el servicio doméstico hasta que tu rostro vuelva a su ser... y luego ya veremos, Valeria.

Salí de la habitación y una rata pasó por delante de mí. Y recuerdo que sonreí. Me había llamado Valeria en vez de zorrita, por primera vez desde que llegué a este nuevo infierno.

Y entonces recordé la frase que mi padre me dijo en la ducha y tuve que darle la razón; me resistí a trabajar bajo las órdenes de los míos, entre animales, para estar ahora haciendo esa labor, pero en peores circunstancias... Estaba, sin lugar a dudas, escapando a mi destino.

21. Entre ratas



Abrí los ojos y estaba tumbada sobre la camilla de un quirófano clandestino. Nadie tenía guantes, nadie usaba mascarilla ni bata verde de enfermero, ni olía a desinfección. La duda se apoderó de mí: “¿Me van a sacar los órganos? ¿Me van a poner prótesis?”.

Tenía las manos atadas a la estructura de la cama..., no podía escapar.

No era capaz de ponerle facciones a ninguno, pues no tenían más que ojos negros y un rostro plano. Pero sé que los dueños de aquellas voces, no eran otros que Omar Espinosa, Gallo, Sabandija y Benjamín.

Uno de ellos, Gallo, tenía sus asquerosos dedos repletos de sangre y, de un ademán, sacó algo de dentro de mí:

—¡Valeria has tenido un bello ser! —dijo Gallo.

Sostenía en su mano a una criatura que agitaba sus múltiples extremidades.

—¡Es muy pronto para que nazca un bebé! —respondí como si no fuese dueña de mis palabras.

—Pues has tenido un calamar precioso... —dijo Omar, mientras el cefalópodo pasaba de mano en mano, desprendiéndose de él coágulos de sangre.

—¡Se llamará Marquitos, como yo! —intervino el Kraken que apareció en la sala.

—¡¡Arggh!! —grité horrorizada.

Desperté sudada, con el corazón latiendo a mil y tocando mi entrepierna para comprobar si habían diseccionado mi vientre: “Estaba intacta, solo había sido una pesadilla”. Mi corazón galopaba como un corcel desbocado. De techo tenía un somier de láminas de madera; sin duda estaba de resaca bajo una litera.

Mi olfato percibía un extraño olor: mi rostro estaba pringoso, como si me hubiese aplicado una crema hidratante antes de dormir, pero no lo recordaba.

Salí preocupada por el sueño: “Ese viejo repugnante eyaculó dentro de mí, yo se lo permití, pero no quería que un monstruo con su sangre, se gestase en mi interior”. Así que corrí hacia el botiquín, en busca de la pastilla del “día después”.

Estaba bastante dormida aún, pero recordaba bien que Ashley me dijo que tenían esas pastillas. Aquello era una farmacia pues había

todo tipo de medicamentos, hasta que al fin hallé las cajas. Había al menos cuatro envases perfectamente cerrados. Abrí la cajita de cartón y tiré de la tableta de color plata... “¡Maldita sea mi suerte!” La tableta contenedora, solo llevaba espacio para una sola pastilla, por lo que una caja entera solo servía para una sola ocasión. Entonces cogí las siguientes y ocurrió lo mismo... No podía creerlo, había exceso de todo tipo de medicamentos..., sin embargo, de la que a mí me hacía falta no quedaba; lo que hacía evidente que yo no era la primera chica a la que le ocurría un accidente de inseminación involuntaria.

Saqué el prospecto mal doblado de una de las cajas y leí las instrucciones.

—Tengo setenta y dos horas para interrumpir la gestación de esta abominación —mascullé en el silencio.

Entonces cogí una caja rosada y la puse sobre el lavabo. Me duché con agua fría, me perfumé y me miré al espejo. Mi rostro había descendido bastante en su hinchazón... ya parecía más yo. Apliqué maquillaje color terracota en mis pómulos y sobre los párpados, sombra de color violeta.

“Kraken, Kraken, Kraken”, el nombre de aquel viejo hijo de puta, resonaba en mi cabeza como una obsesión. Quizás el hecho de llamarme por mi nombre, en vez de zorrita, me hizo sentirme más viva en aquel infierno donde me llameaban a fuego lento.

Si este era mi destino: ser una sumisa toda mi vida; estaba decida a ser la mejor, la más servicial y bajo un zapato de lujo, cuya suela me diese margen de maniobra para recuperar mi identidad.

Entonces busqué una tijera en la zona de peines, lacas y accesorios del cabello y corté mi melena en plan *destroyer*. Con trasquilones en todas direcciones hasta que la melena descansó sobre mis hombros; de repente, unas manos se posaron sobre mis hombros, tras de mí vi una momia:

—¡Dame la tijera! —requirió la chica recién operada, contemplando la masacre estética a la que me estaba sumiendo.

—¿A qué altura quieres el cabello? —me preguntó.

—¡Sobre los hombros! Voy a decolorarme el cabello y a volver a tener mi pelo castaño.

—He estado pensando en lo que me dijiste y quiero ayudarte a salir de aquí —dijo Regina pensativa, mientras corregía los ángulos de mis cabellos—. Pero con una condición...

—¿En serio? Pues gracias. Tenemos que dominarlos, confundirlos, enfrentarlos entre ellos... —le expliqué entusiasmada—. ¿Y cuál es tu contraprestación por ayudarme?

—Destronar a Ashley —dijo con cierto resquemor en su pronunciación.

—¿De qué reino? Aquí somos putas, no vales más que para servir y

dar placer a los hombres.

—Quiero un corazón, formar parte de ese trío privilegiado del Kraken. Y Ashley es la rival a batir.

—Ella tiene un carácter complicado. Pero, ¿para qué quieres un puesto de favoritismo si vamos a escapar de este sitio?

—Necesito verla un escalón por debajo de mí —me respondió—. Llámalo venganza, pero es uno de mis pocos deseos.

—Me lo pensaré, ¿ok? —le respondí, notando que existían brechas entre las competitivas chicas—. Respecto al plan, pensé en tomar cuchillos de la cocina pero no hallé cubiertos de metal...

—¡Imposible! —me interrumpió Regina—. Alguna chica intentó vengarse de estos cabrones, y, a raíz de ahí, don Marcos compra la comida troceada. No hay cuchillos en su casa, ¡mira esta tijera! ¡No tiene punta!

—¿Y qué le pasó a esa chica que pensaba como yo? ¿Escapó, mató a alguien? —le pregunté intrigada, anhelando venganza.

—Tomaron una plancha de ropa y le abrasaron los genitales. Luego la decapitaron mientras aún gritaba por la quemadura... —relató mientras la tijera cortaba mis mechones húmedos de cabello, creando aquel sonido tan peculiar.

—La mayoría son chamacos... ¿Qué clase de educación tienen los hijos de nuestro país? ¿En qué se está convirtiendo México? —me indigné—. El gobierno debe tomar partido.

—Con el otro cártel el Chiapas, todo estaba más tranquilo. Pero este Kraken ha venido a destrozar todo lo que se aproxima a su alrededor.

—Pues está enfermo. Mucho no durará —dije.

—Bicho malo nunca muere... —añadió Regina mientras me decoloraba el cabello—. Pero me preocupa que el que venga sea aún más carnicero que don Marcos.

—Me gustaría que no lo hubiera, pero cuanto más conozco a estos animales, más me abruma la condición humana —obvié conociendo la calidad de personas que allí habitaban.

—¡Por cierto! —cambió de tercio la chica vendada—. Te unté crema para bajar la inflamación de hemorroides en la cara. Te ayudará a bajar esa hinchazón.

—Muchas gracias, estoy algo mejor —le respondí—. Pero vaya tufo llevo en la cara.

—Pues debajo de tu cama te dejé la pomada. Para cuando la necesites...

Tras unos tijeretazos más, tenía el cabello a la misma altura que mis compañeras. Así, podíamos llevar pelucas y evitar también dolorosos tirones de pelo, cuando practicábamos sexo con aquellos animales.

Ahora tenía una nueva misión en la mañana: conseguir que don Marcos me siguiese llamando por mi nombre de pila. Así que busqué

mi maleta, pero había sido saqueada, seguramente por alguno de los mariachis o las chicas. Entonces busqué la combinación más decente que había en aquel gran vestidor, y me puse el que parecía de ramera “casual”: falda negra de tubo y corpiño rojo con lentejuelas; ya que no había ni un solo traje elegante.

Cogí unos tacones, y salí espoleada hasta la cocina. En el pasillo estaba Sabandija con un arma semiautomática que pendía de su pecho. No me dio los buenos días, pero sí me preguntó algo:

—¿Vas a preparar el desayuno? Tanto sexo nocturno me abrió el apetito —me recordó con una sonrisa maliciosa que asomaba tras los trazos verdes de tinta de su tatuaje.

—Ya eres mayorcito para prepararte tu propio desayuno... —le espeté—. Aunque si no has recuperado la visión aún desde anoche...

—¿Para eso estáis las mujeres, no? ¡Para servirnos! —declaró el chico molesto por el comentario de mi *spray*.

—¿Opinas lo mismo de tu madre? ¿O de tu hermana?

—Mi mamita siempre me ponía todo por delante. Yo no le pedí venir a este mundo cruel —argumentó el tatuado joven.

—Las mujeres no elegimos tampoco venir a este mundo machista, tampoco..., pero igual acabas tú haciéndome el desayuno a mí.

—¡Sí, cuando las ranas críen pelos! —exclamó.

—¡Tú vigílalas cuando estés cerca de un estanque...! Por si acaso... —le respondí amenazante antes de entrar en la cocina.

Allí, hallé una silueta de espaldas a la entrada: una figura espigada y desnuda. Cuya única tela era un bóxer azul marino, con tira elástica sobre la cintura. Apenas tenía trasero, pero su espalda estaba bien definida. No era un chico musculoso, pero sí atlético. Tenía dos notas musicales tatuadas en su omoplato.

Manejaba sus manos sobre los fogones con soltura, abría la cámara frigorífica y sacaba alimentos cortados e incluso ya había filtrado café. Todo lo contrario a Sabandija.

—¡Qué bien huele! —exclamé acaparando su atención.

—¡Ups! ¡Buenos días! —dijo amablemente Alexander, haciendo un volteo rápido de cara para comprobar mi identidad—. ¡Perdona por mi indumentaria! Pero me quedé dormido sobre el sofá y no encontré mis pantalones. Preparo mi especialidad, ¡unas calóricas enchiladas suizas “ultraquesonas”!

—No te preocupes —dije sin importarme su aspecto—. Valoro los modales por encima de las apariencias.

Aquel chico de aspecto “fresón”^[19], era como un extraterrestre en aquella casa. Me había pedido perdón y además estaba cocinando en este mundo machista sin pedírselo a nadie...

—¿Eres Valeria, verdad? —se cercioró haciendo un ademán con una de las sartenes—. Estás mejor sin la máscara y con ese tono

avellanado en tu cabello.

—¡Gracias! Ya me iba. Solo venía a prepararle el desayuno a tu padre..., pero esperaré a que termines.

—Estos platos son para las chicas por lo bien que me lo hicieron pasar anoche —me explicó entusiasmado—. ¡Les voy a dar una sorpresa! Pero tú no desvelas mis intenciones. Por cierto, ¿sabes dónde demonios están los cuchillos?

—Es la segunda vez que entro en esta cocina, pero tengo entendido que no hay más que cubiertos desechables de plástico —argumenté abriendo un par de cajones cerca de la encimera de mármol donde me tomó Omar—. Tu padre no quiere armas afiladas en manos de nadie.

—Entiendo. Mi padre es un tipo precavido. ¡Pues no cocines, dale una de estas!

—Tu padre está muy enfermo. Diabetes, hipertensión y alguna enfermedad pulmonar. Había pensado en algo más vegetal, más sano.

—No había pensado en eso... es buena idea —me aseguró con una sonrisa—. ¿Eres nutricionista, Valeria?

Aquel era el hijo bastardo del Kraken, y para tener a un malvado progenitor, el resultado no parecía tan aterrador. Supuse que su madre debía ser muy bella, pues Alexander no tenía ningún rasgo de don Marcos. Parecía metrosexual y algo afeminado en sus gestos... Pero a estas alturas, ¿quién necesitaba a un puto macho alfa azotándome las nalgas?

—¿Cómo recuerdas mi nombre? En esta casa todos me llaman ramerita, putita o zorra —le informé.

—Leonardo me habló mucho de ti. Me comentó sobre los caprichos del destino: aquel día en el mercado de Tuxtla, cuando él me enseñaba los entresijos del negocio. Sinceramente, no te recordaba, estaba tan nervioso... —relató apartando las sartenes del fuego y añadiendo el queso esperando a que se fundiese—. Me dijo que fue todo un flechazo de Cupido; que te dio su teléfono y le llamaste... Y que a partir de ahí vivisteis enamorados hasta llegar al altar..., lo que no me cuadra en la historia, es por qué dejaste a Leo, para acabar sirviendo a mi padre. Tú, una pianista tan guapa.

Mi rostro cambió, debía dar miedo con el rostro aún algo hinchado, más el disgusto que me produjo por su falso relato de boca de Leonardo.

—¿Así te lo contó Leonardo? ¿Con Cupido de por medio? —le pregunté.

—Sí. No te avergüences. Leonardo es un seductor nato.

—¡Y un puto mentiroso también! —me enfadé.

Alexander apartó los platos y los colocó en una bandeja entendiendo que había metido la pata.

Entonces cogí cebolla picada de la cámara frigorífica y la puse a

hervir en una sartén. Tomé champiñones y preparé el mole. Todo lo arrojé con mala leche, disgustada por su opinión sobre mí:

—¿Piensas que me gusta que me peguen? ¿Qué me fuercen cuando yo digo no? ¿Qué quiero vivir mi vida entre estas cuatro paredes? ¿Qué me pongo cachonda con un cincuentón enfermo? —le repliqué, fuera de tono y de mis cabales.

—Tranquilízate bonita —me apaciguó abrazándome con su torso desnudo que olía a vapores de cocina—. La verdad es que pensé que sí. Yo vivo a diario cómo las chicas se acercan a mí por mi fortuna. Y es todo falsas apariencias, cuestión de ego, de superioridad... Les da igual que las humillen; no les supone ninguna dificultad acostarse con cualquier tipo ya sea guapo, feo, gordo, mayor, malvado o cojo. ¡La cuenta bancaria y la galantería es lo que prima!

—¡Pues te equivocas conmigo! Soy una víctima de este mundo de hombres infames. Yo quería ser modelo, huir de mi aburrido destino en el rancho y vivir por mis propios medios como modelo... solo eso. Pero las ansias por escapar de donde estaba, me cegaron la lógica y me agarré a la primera oportunidad que me surgió, sin pensar en las consecuencias o peligros...

—¿Y qué tuvo que ver Cachorro en todo esto? —me preguntó mientras emplataba las quesadillas.

—Según él, me salvó de caer en manos equivocadas. Pero cada vez tengo más claro que fue Leo quien me abrió las puertas del infierno para que entrase de cabeza —lo culpabilicé de mi sino—. ¡Me compró en una subasta!

—¡Lo lamento! —se sorprendió—. No ha sido franco conmigo... Te pido disculpas por lo que te haya podido hacer mi padre. Por Leo yo no puedo responder... —hizo una pausa—. Pronto heredaré yo el negocio y daré un cambio radical a todo —aseguró acercándose hasta mí y mascullando—. Odio quizás tanto a mi padre, como tú... Pero, si no tomo las riendas de su negocio, le humillaré y matará a mi madre en represalia, ¿entiendes?

Alexander se alejó con la bandeja humeante en sus manos. Yo me quedé paralizada ante su relato. Ahora los interrogantes crecieron en mi interior y el plan modificó su estructura, añadiendo una pieza nueva: el hijo resentido del Kraken.

—¿Te vienes luego a la piscina? ¡Hoy hace un calor horroroso! —gritó Alexander antes de desaparecer por las puertas de la cocina, como si yo tuviese total libertad de movimiento.

En diez minutos lo tuve todo listo y me dirigí hacia la habitación de don Marcos. Llegué a la puerta corredera donde se entrelazaban los

tentáculos de su sello personal. Se mantenían las dos hojas semiabiertas, y pude verlo hurgando en un pastillero.

Con una mano separé una de las hojas correderas, y, procurando no saltarme un ojo con un tentáculo de oro, penetré pidiendo permiso.

—¿A quién tenemos aquí? Si es mi zo... Valeria —corrigió torpemente—. ¿Sabes que he estado toda la noche soñando con eso que me hiciste, con el beso de... Chiapas? —exclamó con tono jocoso.

—¡Je, je!, de Singapur —contesté haciéndome la simpática, temiendo que igual quería repetir lo de anoche.

—¡Qué manía con ponerle nombre a los asuntos del sexo! Hay que tener una diplomatura para saber follar —espetó en un tono sarcástico mientras agarraba una botella de agua mineral—. ¿Qué me traes de desayuno?

Le mostré el plato con el mole y los champiñones, y me miró con asco. Luego agitó su olfato junto a aquel bigote de escobillón que lo había dejado crecer y exclamó indignado:

—¿Y mis frijoles? ¡Qué chingada de comida es esta! —se sulfuró—. ¡Que Ashley te enseñe mis preferencias matinales!

Necesitaba una respuesta rápida, no me esperaba ese rechazo culinario. Entonces, me comporté de la manera que mi madre, pretendía educarme en aquel rancho: siendo una sirvienta, una mujer dedicada a su marido.

—Somos lo que comemos, y su salud le está avisando que algo no va bien —argumenté—. Ya es hora de que alguien mire por usted, ¿si me lo permite?

—No soy ningún lisiado... ya viste con la fuerza que te penetré esta noche —respondió con brusquedad—. ¿Te has puesto una peluca?

—Me teñí el pelo... No se enoje, no iba por ese lado. Veo que la alimentación que usted lleva no le ayuda. Igual puede prescindir de alguna pastilla si controla sus niveles de grasa y azúcar en las comidas. Usted me está acogiendo y yo solo quiero ser útil —objeté.

Don Marcos tomó el plato de malas formas, y luego el tenedor de plástico. Tembloroso, clavó el cubierto en un champiñón, lo mezcló bien con la salsa marrón del “mole” y me dio a probar como si fuese una chavita.

—Si está envenenado, tú serás la primera en saberlo —añadió a su gesto paternal.

—Jamás haría eso a la mano que me da de comer —añadí probando el bocado, y deslizándolo mis labios de una manera sensual por la curvatura del tenedor—. ¡Uff! ¡Qué rico me ha salido!

El hombre comprobó sin moverse de la cama que no me había envenenado y accedió a probar el plato. No dijo nada, masticó y luego tomó más sirviéndose del agua de un vaso de plástico que tenía sobre la mesita de noche.

—Como usted sabe, vengo de rancho, ¡es una especialidad de mi tía!

—Mi gratitud hacia tu tía. Ahora vete...

—¿Podría hacerle una proposición, don Marcos? —espeté antes de retirarme.

—¡Escupe piruja! —me ordenó a la vez que masticaba.

—Tengo entendido que sus proveedores se han retirado, y que tiene que emprender nuevas alianzas...

—Veo que estás muy enteradita, hay mucha alcahueta entre estas paredes —se molestó.

—No se ofenda. Quiero ayudarle en sus negocios como hice con Leonardo.

—¿Tú? ¿Una mujer? ¡No! Mi padre siempre me repetía, que nunca mezclase a las mujeres en los negocios, sobre todo si hay dinero de por medio..., ¡y mi padre era un tipo inteligente!

—¡Como vos! —hice mención a sus capacidades; de la misma manera que hacía mi mamita con mi papá realzando su poderío—. Pero no me refiero a intervenir en sus asuntos de mayorista, sino de hacer este lugar, un centro de negocios diferente. No un lugar donde vengan a follar gratis y luego se vayan. Sino que le propongo que los proveedores vengan, vean a chicas elegantes y difíciles de acceder... y cuando firmen esos contratos, puedan yacer con nosotras, como premio. Tendrá el harén más selecto y deseado... ¡Para putas hay muchos burdeles en la ciudad! —argumenté sin pestañear, mirando sus negras pupilas sin brío.

—Eres un diamante en bruto, Valeria. Nunca ninguna chica, había pensado en mí, ni en mis negocios —dijo con cierto halo de misterio—. Pero soy un tipo viejo, y esa actitud hace que me chinguen las alarmas de que tus intenciones son otras... —acabó la frase apuntándome con una pistola, que sacó de debajo de las sábanas.

—He sido educada en el rancho para ser sumisa y servicial. En la academia de modelaje para dar placer y enseñar a las demás chicas a tener clase. ¡Seré su *madame*, su Mamma Chloe!

—¿Y le enseñarás a las chicas a hacer el beso de Singapur? —se inquietó.

—¡Pues claro! Eso y... mucho más —le dije paseando mi mano sobre su muslo.

—Está bien, está bien. No tengo mucho que perder, pues ya estamos bajo mínimos. Si sale mal, siempre podré venderos al mejor postor.

—Con su permiso me pronunciaré ante las chicas y comenzaré con la doctrina del sexo, ¡hasta luego! —le expliqué mientras me retiraba.

—¡Espera, no te muevas! —masculló con cara de maldad, apuntándome desde la cama—. ¡Quédate quietecita hija de puta, vas a

morir!

Aquellas palabras me sobrecogieron. Parecía que lo había hecho entrar en razón, pero el desayuno o la toma de confianza no le debió de gustar, pues no me llamó Valeria, sino hija de puta. Y lo peor es que me apuntaba con el cañón de la pistola al vientre.

—¡Pam! —Disparó sin piedad.

La bala pasó cerca de mi falda entallada, a la altura del muslo. Erró, aunque él gritaba contento asegurando que me había matado... Yo comencé a buscar el orificio de entrada del plomo.

—¡Rata hija de puta, te chingaste! —exclamó de nuevo haciendo referencia a su puntería.

Luego miré tras de mí, y pude ver una rata que había quedado hecha pedazos por un balazo.

—¡¡Cuántas ratas!! Deben de tener un nido... —razoné ante la presencia de tantos roedores.

—Esta tarde vendrá el matarratas profesional y acabará con esta plaga de bichos asquerosos. ¡Tú lo atenderás!

—Estaré atenta y lo recibiré. ¿Algo más?

—Como te dije anoche, te encargarás de ayudar a Ashley en la cocina. Antes era Terry el que estrangulaba las gallinas, recolectaba huevos y alimentaba a los caballos. Ahora es tu cometido. ¡A esa pelirroja no le dan miedo las vergas, pero sí las gallinas! —bromeó con su oscuro humor—. Y, por cierto, enséñale estas sosas recetas de rancho a Ashley, ¡estoy cansado de llevar pastillas allá a donde voy!

—Será un privilegio servirle y encargarme de esos animales —afirmé retirándome.

—¡Luego os convocaré para hablar de las nuevas normas! Ahora vete de una vez, musa del placer y la muerte.

Don Marcos encendió su *walkie* y avisó a Sabandija para que recogiese el animal abatido en su habitación. Mi plan comenzaba a funcionar, solo tenía que comportarme como mi mamá; convertirme en una doña Irene, versión 2.0.

Omar entró mojado en el pasillo, con un bañador tipo *turbopacker*^[20], sin camiseta y con una cadena de oro, con dos placas militares. Su torso musculoso estaba aperlado, por aquella mezcla de sudor y agua con cloro.

—¡Espinosa! —requerí antes de que se metiese en la habitación de los hombres—. ¡Necesito un favor!

Él sujetó la hoja de la puerta, mientras su cuerpo de gimnasio dejaba un charco de agua bajo sus pies.

—¿Te has cortado el cabello?... Me gustabas más antes, con la melena salvaje —discrepó sobre mi nuevo cambio de *look* —. ¿Dime Valeria?

—¿Necesito una caja de estas? —le enseñé la caja que guardaba en

la cintura de falda—. Una píldora del día después.

—¿Te han hecho un bombo? Hay que tener sexo con cabeza, que luego vienen los disgustos... —me reprochó irónico.

—¡Con cabeza! Aquí no hay mentes privilegiadas que digamos... —le respondí elevando el tono, ya que Sabandija venía con una bolsa de basura, desde el fondo del pasillo.

El chico del tatuaje facial me dio una palmada en el trasero al pasar y se alejó entendiendo el incómodo silencio. Luego Omar tiró de mí y me metió en la habitación. Me acorraló contra la pared ejerciendo presión con la fuerza de su torso desnudo, clavando su cordón de oro en mi pecho; Ashley se asomó y se retiró corriendo como si fuese un espectro de cabellos rojizos.

—Igual esta cabeza loca olvida tu recado. Esa pastilla abortiva es difícil de conseguir...

—Es anticonceptiva... —espeté—. Pero por favor, la necesito. Tengo como cuarenta y ocho horas máximo, antes de que un hijo no deseado crezca en mi interior.

—¿Quién será el papá? ¡Con tantas semillitas sembrando tu huerto! —se burló.

—¡Pendejo! Me prometiste protección y me lanzaste a aquella orgía de anoche. ¡No tienes palabra! ¡No tienes corazón! Algún día te abrirán el pecho y lo descubrirás... —le reproché.

—Con Omar Espinosa no se juega, baby.

—¡Te haré lo que quieras! —le propuse recogiendo unas gotas de su cuerpo con mi lengua—. ¿Cuál es tu precio por protegerme y por la píldora?

—Estoy pensando en tres cómodos plazos —respondió tocando mis pechos.

—No puedo esperar tanto, cada hora pierden efecto las pastillas.

—Yo tengo muchos amigos que buscan tener un bebé y llevan años sin conseguirlo... ¿Por qué vas a tener tanta suerte? ¿Por qué te lo tomas como una tragedia repoblar tu tierra?

—¡Porque me han violado! ¡Porque me han forzado en contra de mi voluntad! ¡Porque ese bebé sería un latente recuerdo de la persona que me desgarró! —argumenté—. ¡Me vas a traer esa píldora sí o sí! —le exigí tirando de su cadena de oro.

—¿O sino, qué? —me amenazó vocalizando con lentitud.

—¡Te delataré ante el Kraken! Un puto policía infiltrado... ¡Te trocearán, y te echarán en un cubo con ácido! —le amenacé tirando aún más de su cordón de joyería.

—¡¡Te crees que esto es un juego!! —dijo encolerizado Omar, cogiéndome del cuello con fuerza y apretándome contra la pared.

Sus bíceps se tensaron y sus venas recorrieron sus brazos, como si fuesen los latiguillos hidráulicos de una poderosa maquinaria. Noté

cómo sus falanges pasaron de estar sobre mis senos, a constreñir mi garganta.

—¡No enredes conmigo, pendeja!! —gritó fuera de sí.

Mi rostro se puso morado, y comencé a patalear, pues la fuerza de mis manos, resultaban inofensivas para deshacerme de mi estrangulador. Me mareé, Omar estaba dispuesto a asfixiarme allí, en aquella habitación donde dormían los hombres del Kraken.

—¡Qué demonios ocurre aquí! —exclamo una voz aterciopelada, que interrumpió la maquinaria que se esforzaba por destrozarme la garganta.

Una bocanada de aire entró en mis pulmones, como si no cupiese por mi boca; luego se hizo sitio en mi pecho, poniendo a prueba la elasticidad de mis costillas.

—¡No te esperaba tan cobarde! ¿Cómo te llamas? —requirió Alexander a mi agresor, con la misma indumentaria de piscina.

—Soy Omar Espinosa, el custodio de su padre. Esta puta quería sobornarme para que le consiga algo de cocaína.

—Esta joven tiene identidad... ¡Se llama Valeria! Y mientras yo esté bajo estas paredes, las chicas serán llamadas por sus respectivos nombres —aclaró Alexander con tono firme—. Nada de putas o zorras, ¿entendido?

Omar asintió la cabeza rasurada. Y Alexander me sacó de aquella habitación tirando de mi brazo hasta conducirme a la cocina, luego me invitó a mirar por la ventana que daba al lago artificial.

—¡Te esperaba en la piscina! Pero veo que te gusta meterte en líos. Ashley me dijo que estabas en apuros.

—Perdona. Pero no sé qué se me tiene permitido y no me atreví a bañarme sin pedir permiso a tu padre —le mentí a mi rescatador.

Ashley se incorporó a la cocina, con un bikini celeste y con un tono alegre, como si la doble violación de ayer, hubiese ocurrido hace mucho.

—¡Déjala en mis manos! —dijo la pelirroja alejando a Alexander de mi vera.

—Gracias por avisarlo, Omar estaba agresivo —le agradecí.

—Te debía una por intentar protegerme anoche. Pero ahora tenemos cosas más importantes que hacer. Según don Marcos eres mi nueva compañera de cocina.

—¡Pues vaya labor...! —dijo con desesperación Alexander—. Vivimos en un palacio con sofás de piel, alfombras "*Kerman*", un piano único y hasta un váter de oro. ¡Pero no hay utensilios de metal para comer! —se indignó Alexander.

—Los únicos cuchillos que visitan esta casa, son los del matarife para las matanzas de los cerdos. Por otro lado, nos ahorran el trabajo de pelar, picar y trocear... ¡Tiempo ganado! —explicó Ashley.

—Bueno, con tu amiga te dejo. ¡Y no te metas en líos morenita! —dijo Alexander mientras se retiraba.

—Un millón de gracias por haberme librado de las zarpas de Omar —agradecí.

Al marcharse nos dio la espalda y, lógicamente, le echamos un vistazo a sus dorsales y a ese trasero prieto en el bañador bermuda. Solas en la cocina, Ashley me miró y cambió el semblante.

—¿En qué asunto estás metida? ¿A qué vienen estos cambios?

—No quedaban pastillas del día después... ¡Tengo que conseguir esas malditas pastillas! —respondí a sus preguntas.

—Te entiendo. Nosotras hemos conseguido muchas cosas, sobornando a los hombres. La única pega, es que llega un momento, en que se creen tus propietarios y los favores no son correspondidos —me retrató la realidad de la casa—. Pero me preocupan más los cambios que estás provocando. ¡Ahora eres la granjera oficial!

—He movido pieza, Ashley. Ayer estaba predestinada a morir y hoy soy útil a ojos de Satanás.

—Ya te dije una vez que no intentases nada —espetó la pelirroja—. Eso se traduce en muerte. Cuanto antes asimiles que eres una sumisa de tu destino, antes aceptarás esta nueva realidad.

—Pero yo no quiero vivir bajo estas paredes. En unas semanas cumpliré los veinte y no pienso soplar velas entre estas ratas.

—Si llegas a soplar las velas, ya será un milagro. Aquí vivimos al ritmo de los narcos: al día —argumentó Ashley—. No hay planes a largo plazo. Mientras respires, siéntete dichosa.

—Tenemos que propiciar una matanza de cerdos, para que traigan esos cuchillos y rebanarles el cuello uno a uno.

—La decoloración te ha afectado a las neuronas, Valeria —bromeó Ashley haciendo un gesto desternillante en su sien—. Nos abatirían con sus pistolas.

Ashley se acercó a un robot de cocina y comenzó a disuadirme de aquel propósito kamikaze. Me explicó su funcionamiento y de qué manera estaban organizados los alimentos en aquella cámara industrial.

—Quizás esté embarazada de don Marcos —le susurré, cortando su respiración.

—¿Cómo? —respondió pálida—. Eso es un problema si se entera.

—Nadie se lo va a contar, ¿verdad? —le advertí a la única que sabía de momento mi secreto.

—La última chica que preñó, fue abierta en canal —me confesó preocupada.

—Nadie lo sabe excepto tú... Confío en ti.

—No creo que ese viejo sea muy fértil. ¡Tendrá “espermancianos”! —bromeó intentando quitarle importancia al asunto.

La cocina tenía una ventana con cortinillas. Ashley la corrió y me mostró la piscina. Allí estaba Alexander a sus veinticinco años comportándose como un niño de diez. Los guardas de don Marcos se sentían avergonzados por el comportamiento del que iba a ser su futuro líder, lo señalaban y hacían muecas.

—Creo que me he enamorado de Alexander —me confesó Ashley—. ¡Es tan diferente al resto de gentuza que nos rodea! Una pena que vaya a ser ejecutado tan pronto...

—¿Ejecutado?

—Solo sobreviven los animales. Cuanto más cruel, más respetado será. Y Alexander es una mariposa en un nido de abejorros y avispas... No tardará en caer —sentenció Ashley.

—¡Una lástima! Se agradece que te den las gracias, que no te llamen zorra, que sepa tocar el piano, que cocine... es un ángel en el infierno —relaté emocionada—. Incluso le prohibió a Omar que nos llamase despectivamente.

—¿No te gustará a ti también, no? Te ha llamado: “morenita” —apostilló.

—¡No me interesa Alexander! Yo me debo a Cachorro.

—Una pena que tu hombre no vaya a volver jamás, ¡es muy atractivo! —dijo Ashley—. Pero también hubiese sido lamentable para ti, que te comprase por segunda vez.

—Con tal de salir de aquí... Yo pondría el resto del montante —añadí—. Lo que no sé es qué podrá hacer, para ganarse la confianza de don Marcos. Aunque si existe una manera, dará con ella. Leonardo no lee libros, no ve la televisión... Su obsesión ahora soy yo.

—Es grato saber que alguien tiene interés por ti, más allá de estas paredes.

—Quiere sacarme de este infierno para llevarme a sus tinieblas. Y aquí vive el demonio, el resto de hombres me parecen ángeles caídos a su lado...

—Tuviste suerte, Valeria. No anduviste de dueño en dueño como yo. ¡Has pasado por solo una mano! Te conservó para él solo tras comprarte.

—Es como si hubiese borrado de mi mente ese instante, el día de la venta en el casino —expliqué.

—¡Nos narcotizó esa puta de Chloe! Yo recuerdo bien las caras de las chicas cuando iban llorando hacia sus dueños; sin embargo, me cuesta recordar qué sentí cuando me compró bien barato aquel viejo salido. ¡La mente es sabia! Sabe aislar los traumas —argumenté.

—Como dijo Mamma Chloe en esas noche de pláticas: México no es ciudad para chicas bonitas —dijo con cara de asco Ashley—. ¡Maldita hija de puta! Lo que no entiendo, Valeria, es por qué no mataste a bocados a su hijo, después de lo que nos hizo su madre —me

reprochó.

—Era un niño, estaba a punto de ser violado por un hombre de cuarenta y cinco años. Me dio lástima. El Kraken recién me había robado la virginidad anal.

—¿Pena? Nos vendió para sacar a su hijo de aquel sótano —se indignó la pelirroja—. ¿Crees que en algún instante pensó en nuestras familias? ¿En nuestro porvenir? El destino puso en tus manos la venganza perfecta.

—Yo, al contrario que vosotras, no vivo al día. Pienso a largo plazo, no pierdo la esperanza —aseguré—. Me cuesta llegar a soluciones paso a paso, soy disléxica. Pero mi cerebro hace conexiones complejas que resuelven los acertijos que me propone el destino.

—¿Y a qué conclusiones han llegado los cables pelados de tu cabeza? —instigó Ashley mirando la piscina.

—Estos narcos son difíciles de manipular porque están vacíos. No tienen sentimientos.

—¿Y cuál es tu plan a largo plazo? —me interrumpió impaciente.

—¡Creárselos! —respondí—. Sembrar sentimientos y emociones en sus inhóspitos corazones: hacerles creer que los amamos y encelarlos con los demás, subirles el ego y enfrentarlos con sus compañeros, convencerlos de que son los jefes y que otros quieren su puesto... Envidias, celos, ambiciones, competencia, desconfianza.

—¿Conflictos emocionales, y a ver por dónde sale todo...? —dudó Ashley—. Suena convincente —ironizó.

—Lo que nos hace diferentes a estos animales, es que nosotras somos seres sentimentales. Pero nos han enseñado con clases magistrales de maldad cómo actuar, y en consecuencia le pagaremos con la misma moneda.

—¡Estás loca güerita de rancho! —exclamó la pelirroja.

—Ya tengo mi color natural... tengo mi identidad.

—Por cierto, ¿por dónde nos podemos mover? —pregunté confusa por los límites permitidos.

—Por cualquier lugar dentro de estos muros: casa, piscina, jardines... El límite es el campo de amapolas. Si vas más allá te abatirán como a una pieza de cacería.

—¿Pero habrá obligaciones, no? —pregunté.

—Muchas. Unas chicas limpian el polvo, otras lavan la ropa, otras hacen los baños y las camas... Nosotras cocinamos. Es una rutina fácil. Desayuno, almuerzo, cena y sexo nocturno. El resto de las horas, es tiempo tuyo.

—Mantener lleno el estómago de los hombres y satisfacerlos sexualmente... nada que no haya hecho hasta ahora —apostillé—. ¿Y qué come el león?

—Al león lo dejan hambriento para que devore a algún migrante en

sus macabros espectáculos, pero tú liberaste todas las reservas de comida del felino —me advirtió—. El caballo, las gallinas y los cerdos están ahora bajo tu jurisprudencia.

—Y las ratas también—añadió el Kraken que venía acompañado por Gallo, los cuales aparecieron de la nada sin hacernos a la idea de cuánto tiempo llevaban allí escuchando—. ¡Ya está aquí el matarratas! ¡Ándale! Que os explique dónde va a poner las trampas de esos roedores.

Salimos temblorosas tras nuestro amo en dirección al pasillo. Con la puerta de entrada a la casa abierta, un contraluz dibujó la silueta de un chico gordito, con gafas y una gran bolsa de *sport* negra.

—¡Shhh! ¡Tú, el “matarratas”! ¡Ándale, no tenemos todo el día! —desesperó el Kraken.

—¡Técnico aplicador en control de plagas! —corrigió, pronunciando una frase hecha y que, lógicamente, yo la había escuchado en multitud de ocasiones en mi rancho.

Mi corazón de nuevo se ahogó, como si las manos fantasmas de Omar siguieran apretando mi garganta: “¿Qué hacía él aquí? ¿No existía otro chico en todo Chiapas para combatir esta plaga?”.

—Chicas, hemos traído al referente en cuestión de plagas de ratas.

—¡Así es! —añadió desde la distancia el joven—. ¡Da igual de lo que trabajes, pero procura ser el mejor en lo que haces! Ese es el lema de mi familia.

—¡Uff! Se me ha soltado la barriga —me excusé con la boca pequeña, encerrándome en el baño donde asesiné al americano—. Estoy indispueta.

—¡Qué oportuna! —refunfuñó Gallo mordiendo el *piercing* de su labio y acentuando su cresta con ambas manos.

Aquella broma no tenía gracia. El destino se mofaba de mí constantemente. Era mi primo Adal: aquel empollón en el cual querían que me fijara como referente estudiantil. Si el Kraken se enterase que es de mi familia y que estoy aquí retenida en contra de mi voluntad, posiblemente lo mate pasándole el tractor por encima; o, en el mejor de los casos, le vuela la cabeza antes de arrojarlo al león.

Una nueva prueba del destino sobre la cinta mecánica en forma de espiral, que nuevamente me acercaba la misma gente, a la que estaba predestinada a tener a mi alrededor.

22. Una muerte inesperada



¡Toc, toc! —Sonó la puerta del baño tras la cual yo me parapetaba, pidiéndole a la tierra que me tragase.

—¡Abre de una vez! —requirió don Marcos accionando la manivela de apertura—. ¡Está prohibido echar el pestillo!

Intimidada por la voz del Kraken, tiré de la cisterna y abrí la puerta. El ingenuo de mi primo estaba agachado tomando algo de su bolsa, yo salí y me coloqué tras Gallo, para que no me viese directamente; mi primo comenzó a hablar.

—Las ratas se reproducen a una velocidad muy rápida. Tienen una gestación de veintidós días y en cada camada pueden contar con unas diez crías o más —argumentó elevando la cabeza y quedando paralizado al verme—, y...

—¡Continúa wey! —dijo el Kraken, comprobando lo blanco que se había puesto el joven, haciendo más negra aún, la montura de sus gafas—, ¡me interesan esos temas! Tienes que conocer a tu enemigo a fondo, para poderlo destruir.

—¡Parece que ha visto un fantasma! —añadió Gallo ante la incapacidad de reacción de Adal, que no daba crédito.

—Lo que le ocurre, es que no está acostumbrado a ver a unas chicas tan guapas —reaccioné, evitando que saliese corriendo y fuese abatido—. No nos conoce, y será un joven tímido —añadí haciéndole muecas para que no metiese la pata.

—¿Do... dónde se habéis encontrado a las ratas? —preguntó Adal—. ¿Pon dónde se dejan ver?

—Por toda la casa. Esas hijas de puta campan a sus anchas —respondió don Marcos.

—Entonces tenéis una plaga importante —sentenció mi primo Adal—. Posiblemente hayan anidado bajo la tarima flotante, en el sótano, en una grieta, o en cualquier madriguera cercana a la vivienda.

—¿Y qué métodos hay? El dinero no importa —aclaró el Kraken.

—Ga... gatos, ciertas razas de perros como el bodeguero español, emisores acústicos, trampas, cebos envenenados... Hay muchas formas de acabar con ellas. Pe... pero, según me cuentas, la mejor opción es usar trampas con cebo envenenado.

—¿Necesitas agua o algo? Me recuerdas a mis ataques de bajada de

azúcar y subida de tensión —dijo el Kraken posando una mano sobre su hombro.

—Si las chicas te ponen muy nervioso, las enviamos a la piscina y punto —aclaró Gallo ante el nerviosismo de mi primo.

—Sí, un poco de agua no estaría mal —respondió Adal.

Ashley que se mantuvo en silencio, fue a por el vaso de agua.

—Respecto a las soluciones que me ofreces: los gatos me dan repelús y los perros requieren mucha atención.

—¿Cuántos metros tiene la vivienda? ¿Cuántas plantas tiene? ¿Almacenáis grano o bolsas de basura cerca? —preguntó mi primo ignorando quien era aquel hombre de bigote de escobilla.

—Tres cientos metros cuadrados y un sótano —alardeó don Marcos sonriente—. El corral de gallinas y cerdos está alejado de la casa y el establo también.

—Sería interesante que echara un vistazo a ese sótano. Posiblemente estén allí sus nidos —dijo, mi primo sin saber lo que allí abajo se cocía.

—Lo siento, pero el sótano es un lugar privado. Así que tú me das las indicaciones y, ya yo, decidiré qué hago al respecto —dijo el capo.

—Pues pondremos al menos veinte trampas, repartidas por toda la casa. Todas con un cebo especial. Las ratas son muy listas —me guiñó y continuó explicando—: si una come algo y muere al instante, ninguna rata comerá del mismo sitio... ¡Parecen animales tontos, pero se sorprendería de lo que son capaces! —hizo uso de sus alardes, mientras seguía mirándome con descaro.

—¿No tienes una trampa que les aplaste la cabeza? No quiero cebos envenenados, nunca se sabe dónde pueden aparecer, ¡acá hay muchas manos! —desconfió el Kraken de los suyos.

—No se preocupe. ¿Hay niños en la casa? —preguntó Adal.

—Hay muchos chamaquitos huevones —bromeó el Kraken aplastando la cresta de Gallo con la mano—, pero no hay niños pequeños.

Ashley volvió con el vaso desechable colmado de agua. Mi primo se quedó prendado de su belleza y bebió de un trago todo el contenido.

—De todas formas no hay problema. Todas las trampas vienen cerradas y atornilladas al suelo. Solo las podrá manipular aquel que tenga la llave de apertura y cierre —explicó Adal con la voz aclarada.

—Eso me da tranquilidad, joven —dijo don Marcos—. ¡Ándale! Que las chicas te acompañen. Yo tengo que salir a recoger un encarguito, ¡la tarde se va a poner divertida! —advirtió el capo con un tono que me puso la piel de gallina—. Sobre la llave, entrégasela a Gallo; él será el responsable.

El Kraken tomó su *walkie*, llamó a Omar y éste le llevó la silla de ruedas. Luego se esfumaron los dos, en dirección a los vehículos.

Mientras tanto, Adal sacaba unas cajitas negras con un orificio de entrada. Luego tomó la llave de forma hexagonal y abrió las veinte trampas en mitad del pasillo, bajo la atenta mirada de nosotros dos.

—Pondré diferentes venenos. Hay un mercado químico muy variado. A las cajitas con la pegatina azul le pondremos “*Warfarina*”: es un anticoagulante, un veneno que mata lento; a las de la pegatina roja, le pondremos unos cebos a base de vitamina D, eso hará que su organismo absorba mucho calcio en la sangre y como consecuencia tengan un fallo renal; y las de la pegatina plateada contendrán el veneno más letal: la “*Brometalina*” que producirá un ataque agudo en su sistema nervioso.

—¿Y por qué me explica todo esto? Ponga mucha cantidad y a ver si mueren de una puta vez —dijo Gallo aturdido por los impronunciabiles nombres de los venenos.

Ashley me hizo un gesto intrigada por la identidad del experto en plagas, quizás al ser mujer se dio cuenta de las miradas cómplices entre el visitante y yo.

—Vamos a repartirlas por la casa. Si nos dividimos acabaremos antes —sugirió mi primo Adal—. Mejor un chico con una chica, para que ellas abran la puerta y nosotros más fuertes carguemos las cajas.

—Yo me iré con mi hombre de cresta dorada —añadió Ashley entendiendo que quería estar a solas con mi primo—. Quiero confesarle una cosa a solas.

—¿Qué te pasa a ti? —añadió Gallo sorprendido por las palabras de cariño de la pelirroja—. Te noto cariñosa.

—¡Hoy tienes el guapo subido! —dijo Ashley haciéndome entender que iba a poner en práctica el plan que hablamos de generar sentimientos en los hombres.

—¡Valeria ven conmigo! —me pidió Adal con descaro.

Adal metió sus trampas en el macuto de deporte, manipuló unas bolsas de veneno y dejó apartadas las del sótano.

—¡Deme el resto del veneno que quedó en las bolsas! —requirió Gallo al matarratas—. Son medidas de precaución.

—¡Es peligroso! Puede intoxicarse —replicó mi primo intentando no deshacerse de aquel veneno.

—Está bien. No me ve capacitado... ¡Pues arrójelo por el váter usted mismo!

Adal cogió las bolsas de veneno, le acompañamos al baño y las arrojó a la taza del inodoro. Luego Gallo tiró de la cisterna.

—¿Es de oro? —alucinó el joven de granja.

—Sí, cagamos sobre oro macizo —respondió Gallo con antipatía—.

Ashley y yo, tomaremos este ala de la casa. Vosotros encargarnos de aquellas habitaciones —nos indicó.

Ashley se lanzó hacia la boca de Gallo, en un apasionante beso. Yo me llevé a Adal a una habitación cercana a la puerta de salida. Era como una salita de estar, con mesa camilla y un butacón de piel de cebrá. Esta sala tenía unas cabezas de ciervos y otros animales disecado colgados de la pared.

A solas, comencé a llorar y abracé a mi primo con todas mis ganas bajo la atenta mirada de aquellos trofeos de caza.

—¡Adal! ¡Cuánta alegría! —sollocé.

Mi primo me alejó con fuerza, soltó la bolsa de deporte en el suelo, y me contempló de arriba abajo conmocionado.

—Pero, ¿cómo es posible? Ayer mismo llevé flores a tu tumba —respondió atónito.

—Lo siento, de veras... lo siento —me disculpé—. ¿Cómo está mi madre? ¿Y mi hermano Miguel despertó del coma?

—Gracias a Dios, vamos retomando la normalidad en el rancho. ¡No olvides que somos Méndez!

—Fue una estupidez... ¡Yo y mis sueños de grandeza! —suspiré.

—La policía vino y trajo tus cenizas, argumentó que habías muerto y como nadie reclamó tu cadáver, fuiste incinerada...

—Todos están comprados por el cártel: gobierno, policías, jueces... —le interrumpí—. ¡Esta casa es del capo del cártel de Chiapas! Los narcotraficantes dominan el país.

Mi primo tragó saliva. Luego me confesó, mirándome a los ojos tras esos lentes empañados de sudor:

—¡Te prometo que te sacaré de aquí! Vendré con tu hermano Miguel y las escopetas de cartucho.

—¡No! —le respondí—. Déjalo estar... Todo estará mejor si sigo muerta.

—¿Pero sabes qué estás diciendo? Tu padre murió, nadie sabe nada de Raúl, tu hermano está convaleciente tras el coma, tu madre tiene una depresión de caballo, Balenciaga está famélica y no tenemos dinero para levantar el rancho —enumeró mi primo Adal preocupado—. Acepto cualquier tipo de trabajo por lejos que esté, todo para aportar ingresos extras a la remodelación del rancho... Por eso estoy aquí.

—¿Estamos a unos cien kilómetros de casa? —le pregunté sorprendida por lo cerca que estaba del rancho familiar.

—Por la carretera sí —confirmó mi primo—. Aunque tomando el sendero campo a través realmente estamos a la mitad de distancia tan solo...

—Tenemos poco tiempo antes de que llegué Gallo. ¡Escúchame! Esta casa es del narcotraficante más poderoso de Chiapas. ¡Tiene

comprada a la policía! Si recurres a ella, lo único que conseguirías es que os maten a todos.

—Eres una Méndez, llevas mi sangre. Y no puedo dejarte aquí de la mano de Dios —insistió Adal en llevarme con él.

—Dios hace mucho que me dio la espalda, Adal. Pero hallaré la forma de escapar de aquí o pereceré intentándolo. ¡Y júrame que no le dirás nada a mi madre sobre mi paradero!

—Valeria, no puedo vivir en paz sabiendo que estás aquí en contra de tu voluntad. Es muy fuerte ver la imagen de tu madre llevando flores a una lápida, cuando tú estás viva a cincuenta kilómetros de casa.

—Ponle a mi padre, de mi parte, Heliconia; esa flor que atrae a los colibrís. ¿Sabes cuál es? —le encargué a mi primo—. Volveré por mi propio pie, ¡te lo prometo! —agarré fuerte su brazo esperando que lo entendiese.

Mi primo me abrazó y metió extrañamente su mano en la cinturilla de la falda de tubo, luego me juró que no diría nada a mi madre sobre mi paradero; su lamento se ahogaba sobre mi blusa.

—Al menos ya sabes los tipos de venenos... puedes matar a todos estos malnacidos como ratas... Y espero que nunca tengas que hacer uso de ellos para ti, pero de ser así, usa el de la pegatina plateada —tragó saliva—. Será un suicidio rápido.

—No será fácil coger esa llave... —Gallo guardará esa llave como oro en paño.

La puerta se abrió, y entró Gallo junto a Ashley.

—¡No habéis puesto ni una sola trampa! ¿Qué coño habéis estado haciendo? ¿Follando?

Adal se giró y se metió los dedos hasta la campanilla y comenzó a vomitar... Todos estos años había estado subestimado al empollón de mi primo tan solo por su aspecto, y me sentí mal por lo superficial que llegué a ser.

—Le ha sentado mal el viaje —solté.

—Pues debe irse ahorita mismo. Don Marcos me ha dicho que os reúna a todos en el jardín. Yo me encargaré de repartir las trampas y de recoger tu desayuno, wey —le recriminó Gallo a Adal—. Toma este sobre con el coste de tu servicio y sal ahora mismo de aquí.

—¡Hasta otra! Y si necesitan reponer los cebos, vendré lo más rápido posible. Espero que todas las ratas mueran, incluso rezaré para que eso ocurra —expresó Adal con retintín.

—Sabemos que eres un profesional cualificado y responsable..., pero toma tu dinero y vete de una vez —ordenó Gallo con tono serio ante el que remoloneaba antes de irse.

Adal suspiró y se marchó dejando en aquella habitación todas las trampas. Luego salió al exterior y ya no volví a saber de él... Pero el

hecho de que hubiese salido con vida de aquel lugar me alegró; sentí que lo salvé de una más que posible muerte.

—¿Una reunión? —dijo Ashley que volvía con una fregona para que Gallo recogiese el vómito.

—Es una sorpresita de don Marcos —respondió con halo de misterio el chico de la cresta dorada—. Estamos todos invitados al banquete... ¡Repartamos estas trampas de una vez! Quiero ver quién es el afortunado.

Recogimos el vómito y fuimos a la habitación a cambiarnos de ropa. Ashley se oía qué iba a pasar, y quién iba a ser el anfitrión del banquete. Yo aún estaba por estrenarme en aquella práctica para traidores, que el Kraken solía hacer.

Al quitarme la incómoda falda de tubo oí algo que cayó al suelo. Pensé que era un pendiente, pero llevaba ambas perlas puestas... Entonces me agaché y sobre la moqueta hallé una llave de plástico oscura. Examiné su fisionomía y pude ver que tenía forma hexagonal, igual que la que tenía Gallo en su poder para abrir las trampas. “Mi primo Adal tenía mucho que ver en este hallazgo sorpresa.”

Me puse unos *jeans* azules y una blusa blanca que me quedaba bastante bien. Me sentía feliz por aquella visita familiar. Luego tomé la llave y la escondí bajo el colchón, sobre una lámina de madera.

Cuando salí al pasillo oí jaleo y un llanto que escapaba del cuarto de invitados; el lamento pertenecía a una chica. Una ráfaga de viento penetró en el pasillo debido a la comunicación entre dos puertas abiertas y pude percibir ese perfume varonil, esa fragancia de Dior que siempre usaba Leonardo; como una perra en celo olí a mi macho.

Entonces me alejé del llanto, sin descubrir la identidad de la dueña de las lágrimas y seguí la estela aromática en dirección al jardín, donde el aire a tierra húmeda me resultó acogedor, fue lo más parecido a estar libre. Desde allí contemplé la máquina tractora de asesinar; el cobertizo con las gallinas y cerdos; el establo a lo lejos y, más allá, visualicé mi rancho. De nuevo me dieron ganas de huir y refugiarme junto a aquel purasangre de nombre AK47.

Pero la expectación se concentraba cerca de la piscina en forma de lago. Junto al césped estaba reunida toda la plantilla del Kraken. Los tres mariachis: Gallo, Sabandija y Benjamín; Omar Espinosa y Alexander; el león deambulando en círculos y rugiendo en aquella maltrecha jaula; todas las chicas; tres tipos con ametralladora que debían controlar el perímetro; y, para mi sorpresa, Leonardo con su pantalón de lino blanco y una camisa negra de luto.

Me colé entre el tumulto, y por las caras pude apreciar que me estaban esperando. Leonardo se conmovió al verme aparecer. Dos preguntas asaltaron mi cabeza de inmediato: “¿Quién era esa chica, entonces, que lloraba en la habitación? ¿Y por qué estaba allí

Leonardo como si lo fuesen a ejecutar?”.

—¡Por fin, Valeria! —bromeó don Marcos arrancando una falsa sonrisa en los presentes—. Las novias tienen costumbre de llegar tarde al altar, pero esto no es una boda... es más bien un entierro.

El estupor me tenía cohibida. No sabía qué iba a suceder, qué iba a hacer o decir ese malnacido, que hacía las veces de heraldo de la muerte. Por un lado, me alegré de que se dirigiese a mí como Valeria, en vez de zorrita; pero el ambiente que se respiraba era de nerviosismo. Con sigilo me acerqué hasta Ashley y le susurré al oído:

—¿Se ha quedado alguna chica en la casa? Escuché un llanto desconsolado...

—Pensé que eras tú... —dijo Ashley, susurrando también.

—No. Cuando yo salí el llanto seguía —le confirmé.

—¡Amigos míos! —acaparó la atención el Kraken—. Hoy os reúno en torno a la jaula del león, para daros una lección de falta de lealtad. Muchos sabéis que, tal vez, esté un poco viejo y algo torpe de movimientos... pero mis dos cabezas —bromeó vulgarmente tocándose el bulto tras el pantalón—, funcionan de puta madre. Lo que quiero decir es que estoy perfectamente bien para saber qué hijo de puta me está faltando al respeto y cuál se está ganando estar a mi lado. Hoy tenemos aquí a tres protagonistas, que para bien o para mal, marcarán el devenir de este nuevo cártel. Comencemos por mi hijo Alexander “el pianista”, como muchos le llamáis ya, será el futuro capo. Y el respeto que me tenéis será transmitido por todos y cada uno de vosotros hacia su persona —añadió abrazando a su hijo por el hombro—. Cuando yo esté ausente en esta casa o muera algún día, mi hijo será vuestro jefe.

Don Marcos calló, y, con un chasquido de dedos, Sabandija me llevó de un brazo junto a Leonardo. Ahora tenía a todo el mundo mirándome con rostro sádico, y entendí que yo iba a ser la traidora que, junto a Leonardo, íbamos a ser devorados por aquel hambriento felino.

Leonardo ahora solo tenía ojos para mí, se sentía orgulloso de estar a mi lado, y me agarró con fuerza la mano frente a todos. Yo, sin embargo, esperaba el motivo de mi ejecución y pensé en las chicas que me habían delatado: alguna habría encontrado la llave de las trampas matarratas.

—En primer lugar —aclaró el Kraken—, esta mansión ya no va a ser un burdel donde nuestro clientes y proveedores vengan a mojar la verga y se vayan sin más. Valeria se va encargar de liderar y preparar a estas hermosas putas, para que sean señoritas elegantes y difíciles de acceder a ellas. Eso creará un aliciente para cerrar los negocios. Así que, a partir de ahora, se acabaron los “*after*”, como vosotros los jóvenes les llamáis. ¡Las chicas serán trofeos para quién se porte bien!

—exclamó—. ¡Y quien fornicie sin mi consentimiento con alguna de las chicas, recibirá un castigo ejemplar de esos que tanto me gustan a mí! —guardó silencio, alzando ese rostro con bigote y sombrero—. ¿Alguien tiene algo que decir?

El murmullo se hizo con los guardias, pues ahora tenían que irse a un club nocturno a gastarse los cuartos, mis charlas con el Kraken habían conseguido que nuestros cuerpos nos pertenecieran un poquito más.

—¡Disculpe mi atrevimiento! —dijo Espinosa—. ¿Pero usted piensa que los hombres que vienen de lejos buscando su hospitalidad, vienen a coquetear con las chicas? Yo más bien pienso que vienen a pasárselo bien y eso incluye que estas chicas sean accesibles.

—¡Tranquilo! Si no funciona el plan y no consigo mi propósito, estas chicas serán enviadas al camino de los migrantes, para saciar a todos mis chicos malos que malviven en aquellas trincheras. —afirmó el Kraken—. Esto no es más que un experimento.

Para mi sorpresa, don Marcos me estaba dando una nueva oportunidad. Pero Ashley elevó la mano dispuesta a hablar.

—Mi señor... Yo creo que no es justo que una recién llegada, sea la nueva *madame* de este lugar. Yo le he demostrado que estoy a la altura y llevo aquí más tiempo.

—¡Tienes razón, Ashley! —respondió el Kraken—. Pero nunca has pensado más allá de ti misma. Valeria se ha preocupado de mi salud, por el porvenir de mi familia y por darme el orgasmo más especial a mis cincuenta y cinco años.

—¡En eso le doy la razón a vos! Ha pensado en más allá..., pues está preñada de usted —me delató la pelirroja ante los presentes.

Mi corazón se disparó, Leonardo me soltó la mano en un acto de repudio repentino. El Kraken me miró con la mirada oscura y me advirtió:

—No sé, si son celos entre mujeres. ¡Pero si estás preñada, quiero que sepas que ese niño no va a nacer! Así que si es cierto ese rumor, ya te estás tomando la pastilla mata niños...

—No sé si estoy encinta, pero no quedaban pastillas —miré a Omar—, ¿verdad?!

—A mí, no me dijiste nada. No me lées —respondió Espinosa evadiéndose de cualquier responsabilidad.

Por un instante pensé en delatarlo. En gritar que era de la DEA; pero igual no me iban a creer pensando que buscaba librarme del castigo.

—Nada que no tenga arreglo... Pero no le restemos importancia al verdadero protagonista de este día. Me refiero a Leonardo Cachorro. Muchos sabéis que le dije que no existían pesos suficientes para ganarse mi confianza. Y el muy cabrón no se rindió ni se marchó en

busca de otro líder. ¡Mas bien hizo una gesta por volver! Y por eso le nombraré mi mano derecha, de ahora en adelante —anunció don Marcos señalando a su nuevo socio.

Torné mi mirada hacía la de Leonardo. Sus pupilas negras se hacían con el marrón de sus iris, como si un pozo de petróleo brotase en sus ojos.

El Kraken tomó el *walkie* y dijo:

—¡Que entre el alimento del león y su chica!

De repente un furgón entró en el jardín demoliendo el césped que rodeaba la piscina, acaparando la atención de los hombres; las chicas miramos hacia la casa intentando averiguar la identidad de la chica que lloraba desconsolada en la habitación de invitados.

Un tipo fuerte apodado Tatroo, arrastraba a un encapuchado, que a ciegas se resistía a andar. Era un poco gordo, con una camisa de flores desabrochada y llevaba un tiro en la pierna, que le hacía cojear. Cuando estuvo cerca de la puerta de la jaula, el león percibió el olor a sangre y rugió relamiéndose el hocico.

Lo pusieron de rodillas y en su pecho, pude ver un objeto que no pasó desapercibido ni para mí, ni para el Kraken.

—¡Quitadle a este pendejo el cordón de oro! No se vaya a atragantar mi gatito.

Cuando pensé que mi corazón no podía latir más fuerte, lo consiguió. Sentí como si un puñado de alfileres se clavasen en él y que con cada movimiento estas agujas se incrustaban sin piedad por los ventrículos.

—Pero, ¿qué has hecho?! ¡Eres un monstruo! —reproché con descaro a Leo.

—Sí, un monstruo enamorado. Te prometí que volvería a cualquier precio —contestó Leonardo con una frialdad desconocida por mí, a pesar de su condición de sicario.

La nueva chica, apareció entre llantos. Con sus largas extensiones y ese cuerpo de bailarina... Ainara estaba destrozada emocionalmente.

El Kraken retiró la capucha del que iba a ser vilmente devorado y el rostro de Diego Gitano, se dibujó sobre aquellos hombros.

—¡Este españolito me quería hacer la de Colón! Quería tomar nuestras mujeres, robar nuestras riquezas y volver a su tierra como un triunfador... Pero su galeón ha sido hundido por los tentáculos de un poderoso calamar, que lo ha destruido para siempre. Ahora su casino es mío, su putita también y su alma... ¡Su alma será cagada por este león junto a sus huesos! Cuando Colón llegó a América ya había gente, no descubrió nada...

—¡Me cago en tu puta madre! —grito encolerizado Diego—. ¡No tienes corazón! So cabrón, maricón, hijo de puta... ¡Te buscaré desde el infierno!

—No podías irte sin pagar tus deudas —añadió Leo con la voz temblorosa—. Los negocios son los negocios.

—Eso no se le hace a un amigo, y menos a alguien que te quería de verdad —lamentó Diego.

La jaula se abrió con un golpe de cerrojo y el Gitano fue empujado vilmente, mientras la volvían a cerrar enérgicamente para evitar que el león hambriento se saliese.

—¡Mi morena, te quiero! —le dijo a Ainara bajo la acechante mirada del felino—. ¡¡Te esperaré en el cielo, para seguir bailando esas bulerías que tanto te gustaban!!

El león olfateó la presa herida, tensó sus patas traseras y saltó sin piedad hacia la yugular del Gitano; destrozando su garganta con bruscos mordiscos y zarandeos. Ainara gritaba horrorizada mientras Gallo y Sabandija le sujetaban la cabeza obligándola a mirar el cruento espectáculo.

23. Cuando afloran los sentimientos



Con la grotesca escena del león devorando a Diego, nos metimos Ashley y yo en la cocina para preparar el almuerzo tardío para el Kraken. La tensión del ambiente se podía cortar con un cuchillo, pero estábamos obligadas a entendernos por nuestro bien.

—¿Qué intentabas ahí afuera? ¿No has tenido suficiente? El Kraken me va sacar las entrañas... —le grité a Ashley mientras le ayudaba a preparar la comida para la nueva junta de socios.

—¡Eres una arpía! ¿Sabes lo que yo he tenido que pasar para llegar hasta aquí? El mundo no gira alrededor tuyo, Valeria. Mientras tú paseabas de la mano con tu atractivo novio... yo estaba acostándome con diez tipos asquerosos cada noche. Incluyendo palizas, humillaciones y torturas. ¡Nadie me va a bajar de mi posición! —me respondió fuera de sí, haciéndome ver el sufrimiento que vivió—. Aquí me he sentido como una princesa, aunque sin reino.

—¡Ponte en mis zapatos y camina! Verás lo bonita que ha sido mi vida —ironicé ante su victimismo—. ¡Mataron a mi mejor amigo injustamente, me encerraron en una sauna donde se me orinaban encima y me pegaban, luego mi secuestrador me hizo amarlo hasta que lo consiguió, más tarde vino el Kraken para partirme el culo y llevarme hasta un sótano del cual no sabía si iba a salir con vida... Luego, Smith el abusador de niños, los tres mariachis anoche, ese Terry Terror al que el caballo mató, se la tuve que chupar a Omar, yacer con ese asqueroso viejo... ¿Quieres que siga? —callé un instante, saboreando la mierda de vida que había vivido en el último año, luego continué—. Tú y yo tenemos mucho en común, Ashley: somos sumisas del destino, estamos atadas a nuestras malas decisiones y a los hombres que deciden por nosotras... ¡¿No estás cansada?! ¡¿No sueñas con escapar de aquí, de una puta vez?! —

—¿Y por dónde empezamos?

—Tenemos que crear sentimientos en estos hijos de puta. Y aprovecharé que Leo está aquí dentro, para prender esa pólvora de celos que parte de mí —confabulé intentando que entrase en mis planes.

La puerta de la cocina se abrió; era Alexander, que entró luciendo un moderno peinado estilo samurái. Preocupado nos preguntó:

—¿Estáis bien, chicas? He oído vuestra discusión desde el pasillo.

—Lo lamentamos —dijimos las dos al unísono.

—No importa. Vengo a por una copa de vino. ¡Tengo el cuerpo cortado! No puedo quitarme de la cabeza al jodido león devorando la carne de ese desgraciado —se horrorizó mostrando su piel erizada—. Por cierto, ¿ya habéis ido a por las gallinas que ha encargado mi padre?

—Me toca a mí, pero no encuentro algo para cortarles el cuello —le respondí a Alexander.

—¡No es necesario, Valeria! Debes hacer como con tus amistades: les tuerces el cuello —argumentó Ashley haciendo el gesto en el aire.

—Te recuerdo que eres tú la que me has fallado contando mi secreto —respondí decepcionada.

—¡Dejaos de reproches! Yo iré contigo —dijo Alexander encelando a Ashley—. Te enseñaré cómo hay que hacerlo.

—¿Si quieres voy yo? —se propuso Ashley—. No vayas a lastimarte esos bonitos dedos de pianista.

—¿A ti no te daban fobia las gallinas? —me extrañé ante el ofrecimiento de Ashley.

—Estos dedos han trabajado duro antes de ser pianista. Aunque mi padre solo piense que he estado estudiando entre pétalos de rosas —respondió orgulloso de su pasado trabajador—. Si no lo hace ella, nunca aprenderá.

Alexander me sacó de la casa por la puerta trasera, y caminamos hacia el cobertizo donde estaban los animales. Tenía ganas de hablar conmigo, y, yo después de lo ocurrido, me encontraba totalmente receptiva.

—¿Es cierto que estás embarazada de mi padre? —me preguntó en un tono educado.

—No lo sé... Es cierto que eyaculó dentro de mí... ¡Qué vergüenza que te esté contando esto! —me llevé la mano a la boca.

—No, no pasa nada... —miró hacia abajo mientras caminaba, colocando un brazo sobre mi hombro, como dos novios paseando por el campo.

—¡Pues yo diría que sí...! Un pianista desgañitando gallinas —bromeé.

—Como sabes, yo fui fruto de una violación. Y eso, me ha convertido en un hombre con cierta sensibilidad hacia las mujeres. No decidí venir a este mundo de gánsteres; cuando tuve uso de razón, ya estaba metido en una familia desestructurada, donde las drogas y los sicarios eran el tema principal durante las comidas. Mi padre me pagó la mejor universidad de Nueva York; luego costeó todos mis caprichos, y siempre supe que ese dinero no era limpio... Soy un *mirrey*, me gusta la diversión y la exhibición, pero no la violencia.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Huir? Eso sería dañar el orgullo de tu

padre...

—No. No puedo. Tengo que convertirme en un tipo duro o me matarán —admitió afrontando su suerte.

—Me gustaría decirte que siempre hay una alternativa, pero a estas alturas lo que he aprendido es que el destino está escrito y que cuando una escapa, no hace más que acelerar el cumplimiento de sus designios —le afirmé con un ademán al aire—. Subrayas cada trazo escrito por la retorcida pluma que marca tu signo.

—Cuando eres el hijo de un capo, te conviertes en el primer objetivo de los otros cárteles, ¡o estás arriba o bajo la losa! —argumentó Alexander—. No se me olvidará cuando me lo contó mi madre en la sala de urgencias del hospital psiquiátrico, sabiendo que ella no saldría de allí al día siguiente...

—La teoría de Raúl sobre las suelas de los zapatos.

—¿Qué dices? —me preguntó con extrañeza, ante mi reflexión en voz alta.

—Nada, cosas mías... —le respondí haciendo una mueca—. Es curioso como el destino te ata. Yo intenté zafarme de mi vida de rancho entre animales y costumbres familiares; y ahora estoy aquí en contra de mi voluntad, sin ningún tipo de libertad y trabajando al servicio de los animales de corral de los que huí.

—Pues deberías haber seguido con la tradición familiar... Todo sería más sano. ¿Sabes lo estéril que es cuando las chicas se me acercan solo por mi posición económica? Les da igual si cocino bien, si sé tocar el piano o si soy el hijo de un peligroso capo..., solo quieren lujo y regenteo para mostrar en las redes sociales —me argumentó de nuevo, dolido por la falsa lealtad que le mostraban aquellas que le vendían su ilusorio amor.

—Ahora se ve todo muy fácil, Alexander. Pero meses atrás soñaba con ser modelo y presumir que podía vivir sin necesitar el rancho y sus retrógradas costumbres. Tú podías haber sido uno de mis objetivos en cualquier local. Yo era de esas que buscan la vida fácil a costa de un pendejo *milloneti*. ¡Soy de esas chicas que odias! —me sinceré retirándome de su cálido brazo.

—¡Una lástima, con lo guapa que eres! Venderte al mejor postor por tener una vida repleta de caprichos —se disgustó—. Pero te entiendo, a veces huimos de lo que nos quieren imponer nuestros padres a la fuerza, por pura rebeldía... Como si fuese malo por venir de ellos. Por eso yo he decidido, tras tantos años y recelando de mi padre, tomar ahora las riendas del negocio y, como dices, cuando uno escapa, lo que hace es que se precipita con más rapidez contra la mano que escribe su destino —reflexionó, asumiendo mi visión de la vida.

—Puestos a sincerarnos, tengo que decirte que tuve la ocasión de

leer tres cartas tuyas que estaban en la guantera del *Jaguar* de Leo. Estaban sin abrir, pero yo, cotilla, quería saber de ti... Fue triste aquello que leí en ellas.

—Al igual que cuando toco el piano, a veces escribo cartas para desahogarme. Sentimientos que se quedan sepultados bajo un sobre encolado que nadie leerá, pero que ya no están envenenándome el corazón dentro de mí —atestiguó—. Además, nunca hallé el momento adecuado para entregar tan cursi presente a un padre tan rudo.

Al llegar a la puerta que cerraba aquella pocilga mixta, donde aves y cerdos convivían, pudimos comprobar que alguien había degollado a unas gallinas y había confeccionado una especie de objeto esotérico con los huesos, dignos de un ritual satánico.

—¿Esto es santería? ¿Magia negra, verdad? —dije, asustada por los huesos de ave que se cruzaban, atados con briznas de plantas salvajes y sangre.

—Igual los hacía el antiguo cuidador de gallinas. Ese Terry Terror al que tú mataste, tendría un mal presentimiento y decidió alejar a los malos espíritus —dijo señalándome con un dedo acusador.

—Yo no fui su verdugo... Lo mató el caballo de tu padre de una coz. Supongo que fruto de esa mano burlona que escribe nuestros senderos vitales, decidió darle una muerte absurda.

—Carece de sentido que descuartice las gallinas que debe cuidar —supuso Alexander.

—Pues quedan dos gallinas solo. Si las usamos para guisar no pondrán huevos. Hay que comprar más o traer un gallo para que se reproduzcan —aconsejé, ante los pocos animales que allí quedaban—. ¡Avisa a Ashley para que improvise burritos, haga una ensalada o algo parecido!

Alexander sacó el *walkie talkie* e hizo caso omiso. Colocó el aparato de comunicación sobre un madero gordo, me tomó de los hombros y confesó aquello que guardaba en su paladar desde el inicio de la caminata:

—Después de lo vivido ahí afuera, después de la ejecución de ese hombre y el león devorando las tiras de carne humana... Tú eres mi toma de tierra —confesó mirándome con sus ojos canela—. No me gustas como para ser mi esposa, pero tienes algo especial.

Frente a esa confesión, emití un chasquido con la lengua producido por el nerviosismo.

—Quizás tu espontaneidad, tu postura en el piano, con ese pelo largo y los guantes de terciopelo negro... Eres como un ancla que me sujeta en esta marea turbia que me mece.

—Me ocurre lo mismo contigo. Se nota que somos piezas mezcladas en un *puzzle* que no nos corresponde —le confesé.

—Leonardo me había dicho tantas maravillas de ti, que me puso la

miel en los labios. Dibujé la mujer perfecta en mi mente y aquella noche en la reunión con los colombianos, te perfilaste fielmente ante mis ojos: con aquella máscara misteriosa tocando una partitura preciosa, entregada en aquel salón lleno de perversión y vicio, donde tu silueta de guitarra me daba la bienvenida... —se acercó un poco más a mí, volviéndose nítidas las pecas que salpicaban toda su cara—. Por eso, me gustaría que no te fueras de mi lado, o perderé la cabeza.

—Pues... me dejas sin palabras. Es lo más bonito que me han dicho durante mi estancia en esta casa —respondí ruborizada pensando que él había provocado el mismo efecto en mí, con aquella canción tocada e interpretada por su voz: “*All of me*” de John Legend.

—Pues no hables. No huyas. Te trataré muy bien bajo este techo —me aseguró, acercándose a mi piel.

Alexander también se había convertido en un asidero para mí; pero, a pesar de su promesa, yo pensaba de forma práctica, como Ashley, y prefería usarlo como escalera para salir de esta apestosa alcantarilla llena de ratas, que como amigo del cártel.

Una voz ajena a nosotros dos se coló en la pocilga, y nos separamos de forma inconsciente, ampliando la distancia a la que se encontraban nuestros labios, que se iban uniendo por inercia.

—¿Qué hacéis aquí? —dijo Leonardo, viendo a su amigo con las manos sobre mis hombros—. ¿Secretitos de amantes clandestinos?

Ashley apareció tras él, ciñéndose al plan que trazamos en la cocina, pues había llamado a Leo para venir a buscarnos.

Alexander retiró las manos rápidamente de mis hombros, tomó el *walkie* y salió con descaro a la pregunta sacando una pistola de la parte trasera del pantalón.

—¡No hay gallinas que sacrificar! Le iba a mostrar cómo se tuerce un cuello o en su defecto cómo se pega un balazo a un animal emplumado...

—Sí, sí hay gallinas... —comentó Leo con segundas—. Pero visten de Armani y tienen aspecto de samurái.

—¡Hay que cambiar el menú, Ashley! —informé a la chica de cabellos rojizos, procurando disuadir a los dos gallos del gallinero.

—¡Eso es imposible! ¡Recuerdo a Terry engreído, porque tenía más de doce gallinas ponedoras! —apostilló confusa—. ¡Se habrán escapado!

—¡Mira esos objetos de vudú hechos con sus huesos! —dije señalando el abalorio de huesos—. Parece que alguien invoca a la magia negra.

—En el pajar hay huellas de pies —descubrió Leo adentrándose hasta el límite del gallinero, antes de pisar el barro de la pocilga—. ¡Mirad! Parece que han saltado el murete para robar gallinas.

Los cuatro volvimos a casa, con asuntos dispares: la hipótesis de la

brujería y la relación oculta del pianista y yo. Entre Leo y Alexander, hubo un largo e incómodo silencio; su relación se estaba resquebrajando por mi culpa y esa sensación me advirtió que los sentimientos estaban floreciendo en los hombres que nos rodeaban.

En el pasillo estaba el Kraken sobre la silla de ruedas, en compañía de Omar Espinosa.

—¡Han usado las gallinas para hacer una especie de ritual satánico! —exclamó Ashley santiguándose—. ¡Tenemos que llamar a un santero!

—¡Sois muy mayorcitos para creer en esas pendejadas, ¿no?! —respondió don Marcos alzando sus cejas de ceniza—. Alguna alimaña ha devorado las gallinas y los restos os han sugestionado. ¡Son los efectos secundarios de ver cómo un león se come a un hombre sin piedad!

—Pues yo he perdido el apetito... —dijo Alexander—. Sandokán y la peste de esos restos de gallinas.

—¡Puedo hacer una ensalada con tomates y lechugas! —les propuse—. A Leo le gusta comer verde y a usted le vendría estupendamente un plato saludable...

—¡Está bien, Valeria! Pero échale aceite de oliva en honor al españolito —se jactó el Kraken.

—¿Ahora te asesora con la dieta? —se enceló Leonardo.

Un llanto de cólera escapó de la habitación de invitados; era Ainara. Mi corazón se disparó en pulsaciones, mientras los hombres hacían oídos sordos a sus lamentos.

—Valeria es un diamante en bruto, amigo Cachorro. Pero no has sabido explotar todo su potencial —le aclaró a Leonardo—. ¡Hace unas cosas con los labios de su panocha^[21]!

Leonardo me miró con desdén y pude ver como una vena se marcó en su sien como signo de amenaza. Evitando nuevos comentarios molestos, me perdí en dirección a la cocina sin quitarme de la mente a Ainara. Mi “hermana” estaba a punto de vivir la primera noche bajo los dominios del Kraken y tenía que hacerla entrar en razón.

El duelo entre venganza y templanza, iba a ser realmente duro; pues una no ve todos los días al rey de la selva comiéndose a tu marido... Y es que esa imagen tardaría días o años en borrarse de su memoria y de la de todas nosotras.

—¿A qué juegas, Valeria? ¿Piensas arrebatarme todo lo que quiero? ¿Ahora también te gusta el hijo del padre de tu hijo? ¿Para cuándo el trío? —me acorraló Ashley.

—¡Plaf! —le sacudí el rostro con un manotazo.

—¿Y estos ataques de celos? Allí no ha pasado nada. Te dije que era el plan para encelarlos —argumenté ante su interrogatorio—. ¿Por eso me trajiste a Leonardo al gallinero, no?

—Sí, pero no por el plan, si no por mis propias sospechas. Los celos los sentí yo —me confesó dolida.

—Tenemos que ser fuertes. Ya estamos sembrando semillas en ellos y pronto aflorarán sentimientos que hará las delicias de todas nosotras. ¡Tú confía en mi plan, pelirroja!

—Espero que tu plan salga bien —respondió Ashley cabizbaja—. Si me hacen volver a ese antro nocturno, le arrebataré el arma a uno de estos imbéciles y me volaré la tapa de los sesos.

Entonces me acerqué a Ashley e hice algo que llevaba mucho sin hacer y que posiblemente ella necesitaba: la abracé. Ella comenzó a llorar como una niña encaprichada por un juguete; en el fondo éramos chiquillas con pechos operados y acostumbradas a vivir en un mundo cruel llamado: cártel.

Tras la tensa conversación, preparamos las ensaladeras, y las llevamos hasta la sala de los trofeos de caza. Allí parecía ser el lugar donde se cerraban los negocios.

Dentro estaban sentados Alexander, Leonardo, don Marcos y Omar, que se pasaba un pañuelo por el labio limpiando la misma sangre que Cachorro lucía en sus nudillos. En el ambiente se percibía un fuerte olor a lejía tras el numerito de mi primo Adal.

—¡No quiero más espectáculos, Cachorro! Si te vas a venir a vivir a mi casa, no puedes estar peleándote cada día con Omar —advirtió el Kraken mientras se pinchaba la insulina con ayuda de un pellizco en el vientre.

Leo me miró sonriente, sabía que me había enterado de la noticia de que venía para quedarse. Supongo que lamentaba que no hubiese visto el puñetazo que le dio al agente Espinosa en vivo y en directo.

—¡Aquí están las ensaladas! Espero sea de vuestro agrado —dije dejando la ensaladera sobre la mesa y retirándome en busca de Ainara.

—¡Valeria, quédate! —me dijo don Marcos—, tú puedes retirarte, Ashley... esta noche no habrá fiesta. ¡Y haz caso a Valeria! Estuviste con Mamma Chloe aprendiendo secretitos placenteros y bien que te los callaste.

Ashley me miró muy mal, giró su cabello rojizo de manera brusca y se alejó.

—Los negocios son cosas de hombres... creo que debería irme con las chicas —añadí acentuando mis nuevos valores machistas.

Alexander tomó un taburete y lo colocó entre él y su padre, dejando de frente a Leo que me miraba con deseo. Yo subí el hule por encima de mis piernas, y no tardé en notar el pie de Leonardo con aquellas medias de hombre hurgando en mi intimidad, a lo que separé los muslos. Al rato noté la mano de largos dedos del pianista sobre un muslo y sobre el otro una vasta mano de uñas punzantes que

pertenecían al Kraken; el manjar parecía estar bajo la mesa y no sobre ella.

—Bueno, como bien sabéis, los colombianos se han echado atrás y nos han dejado con el culo al aire. Ahora nos faltan proveedores para abastecer a nuestros clientes de Estados Unidos... —hizo una pausa don Marcos para poner al día a Leonardo—. Pues Smith fue asesinado por tu esposa, y no tiene sentido expandir el negocio sin una materia de calidad.

—¿Y qué propone, padre?

—Tenemos que buscar otras vías de ingreso para el negocio. Empezar de nuevo, para hacernos fuertes en Chiapas.

—El DEA^[22] está muy encima nuestra, se anticipan a nuestros movimientos. Igual hay micros por la casa —argumentó Leonardo, trazando círculos sobre mis braguitas, compartiendo cuerpo con el resto de invitados.

—Supongo que Omar nos puede asesorar sobre los movimientos de la policía —le incomodé.

—La policía de México tiene sus chivatos —se explicó Omar que empezó a sudar con descaro—. Pero el DEA tiene otros métodos más sofisticados como la tortura y las amenazas de muerte a aquellos que se interponen en sus planes.

El resto volvió a la conversación de la mesa.

—Se me ocurren varias vías de ingresos —añadió el Kraken—: prostitución, tráfico de órganos, secuestros de migrantes... Valeria —me hizo referencia por haberlos liberado—, robo de petróleo, venta de animales exóticos...

—Buscaremos otros proveedores de cocaína, que no sean colombianos. Hay productores en Bolivia, Venezuela o Perú —espetó Leonardo.

—¿Y otro tipo de sustancias...? —añadió Alexander procurando ser útil—. Como metanfetaminas, LSD...

—Necesitamos un químico —interrumpió Omar—. Un laboratorio para sintetizar las drogas... ¿Tú tienes idea de química?

—No. En absoluto —respondió el hijo del Kraken.

—¿Con mi dinero estudiaste algo útil, Alexander? Me duele saber que todo el dinero que invertí en tus carreras, solo te ha servido para tocar el piano y aprender inglés...

—Soy notario, ingeniero en ciberseguridad y músico —añadió retirando sus manos de pianista de mi muslo, situación que aproveché para retirar el pie de Leonardo que cambió su gesto al ver que lo rechazé.

—¡Menuda sorpresa! Ya sé quién va a poner el casino de Diego a mi nombre —añadió el Kraken con una sonrisa amarilla, que me pareció una falta de respeto hacia el difunto.

Leonardo no paraba de mirarme. Yo evitaba centrarme en su mirada, pues estaba molesto por haber traicionado a Diego.

—¿Y Valeria, qué tiene que decir? —agregó Alexander apretando sus largos dedos sobre mis muslos—. Parece una chica inteligente.

—¡Lo es!, pero a ratos. Es impulsiva y comedida a la vez —explicó Leo haciendo saber a los demás, que él me conocía mejor que ninguno de los presentes.

Miré a don Marcos esperando su aprobación, y, como mi amo que era, me permitió responder:

—Pues yo comenzaría por comprar la tierra para ahorrar costes y buscar una buena producción de materia bruta. Me parece que deberías escoger a hombres de entera fidelidad y pensamiento analítico. Críticos a inspeccionar las tierras que prometen; porque muchos pueden venir a adularte con la idea de sacar a flote sus propias cosechas para prometer un producto de gran calidad, cuando la realidad es que faltarán meses para que la primera cosecha dé un resultado experimental. Tengo entendido que ahora está de moda que “el sabor y fuerza de la droga proviene desde la tierra, y es la obra maestra del agricultor” —guardé silencio un instante, di un trago de cerveza y continué inspirada como si mi padre, estuviese hablando por mí—. De esa manera puedes ofrecer un plan de financiamiento más efectivo para ambas partes, claramente inclinado a inflar más las ganancias en la adquisición de materia prima y, si lo vinculas con la ayuda de un químico, podrías incluso sacar tu propia droga y tener una especie de patente que genere ganancias al cabo de un año y medio de planificación —sentencié condensando el contenido de todas esas reuniones, que tan estúpidas me parecieron en el rancho.

Alexander trazó una “O” perfecta con su boca, mientras que don Marcos quedó boquiabierto como si hubiese presenciado un suceso paranormal. Sin dar crédito, me miró recorriendo con sus dedos su profuso bigote; se mostró estupefacto ante el intelecto de una vulgar puta que aspiraba solo a dar placer.

—Si te soy sincero, Valerita —me confesó el Kraken—. Jamás pensé en escuchar una recomendación tan inteligente de parte de una mujer. En mi vida pensé que alguna tuviera la capacidad de entender lo que hacemos aquí. Has hablado como una jodida embajadora del cártel... —añadió metiendo su mano en busca de mis muslos de nuevo, como si fuese el apoyabrazos de un sofá.

—Han sido años de conocimiento adquirido, ¡algo bueno salió de ser comprada por Leonardo! A él debería agradecerle lo que yo he aprendido —le dije al Kraken, cogiendo su mano y llevándola hasta mi zona más caliente, de donde Leonardo retiró su pie cambiando el semblante.

—Desde que te oí tocar el piano con unos molestos guantes de

terciopelo negro, supe que eras distinta a las otras chicas... —añadió orgulloso Alexander—. ¡Me has dejado de piedra!

—Leonardo, debido a los excelentes resultados que ha mostrado esta chica entre mis mujeres, y la lealtad que has mostrado entregando a tu mejor amigo... Quiero ofrecerte un nuevo puesto como analista de riesgos para futuros proyectos; una especie de supervisor que asegure las expectativas de rendimiento en ventas y tratos cerrados —dijo el Kraken con ánimos renovados.

—Es verdaderamente muy bondadoso de su parte, don Marcos —dijo Leo mientras me miraba fascinado—. ¿Puedo atreverme a hacerle una pregunta?

—¡Escúpela canijo, soy todo oídos! —respondió el capo.

—¿Sería posible que Valeria regrese a casa? —dijo con pulso de sicario—. Sé que soy un poco tozudo con el tema, pero no hallo mejor pago por mis servicios.

—¡Valeria...! —me nombró don Marcos tronando los dedos—, ¿deseas regresar con Leo?

El chasquido de dedos no consiguió acaparar mi atención, pues me quedé de piedra con la propuesta de Leo y, más aún, con la propuesta condicionante del Kraken.

La decisión me resultó igual a las películas que traía mi prima Isabel al rancho, donde el militar de turno debía cortar el cable rojo o el azul, a expensas de que la bomba no estallase. Con Leo ya no tendría que estar en ningún harén, sería solo suya, y volvería a una normalidad cuya rutina más o menos conocía... pero me echaba hacia atrás la manera en que había vendido a su mejor amigo. Por otro lado, me estaba empezando a ganar la confianza del Kraken, y veía la posibilidad de salvar a las chicas de este calvario esclavista, no podía irme ahora, yo era parte de las chicas, y nuestro destino estaba forjado en común... Y más claro lo vi con la vuelta de Ainara a mi lado; entonces decidí cortar ambos cables a la vez, a lo loco:

—Pero querido... —dije tomando la mano al Kraken y mirándolo con total inocencia—. Si estoy en casa.

Mi respuesta hizo estallar la bomba en la cabeza de Leonardo, ocasionando un gran caos en su mente calculadora. Pero de eso se trataba, de sembrar sentimientos malos y buenos entre los hombres. Los celos se encendieron en él, pues sus ojos titilaban con nerviosismo. Yo sabía que aquella respuesta no era la que quería escuchar, pero el Kraken estaba por encima de él, y de ahí ya nadie podía robarme.

Omar que estuvo en silencio todo el tiempo, sonrió burlándose del que le había partido la boca momentos antes con un puñetazo.

—¡Valeria, es la segunda vez que me sorprendes en este almuerzo! —bromeó don Marcos—. Creo que has sido muy injusta con tu esposo...

Leonardo estaba a punto de escupir bilis, como si la ensalada le hubiese sentado mal. Su labio comenzó a temblar, como si un terremoto brotase de su interior con epicentro en su corazón.

—Si usted me lo permite —añadí provocando una nueva reacción en Leo—. ¿Podría darle una última noche conmigo? —don Marcos alzó la ceja y a Cachorro se le iluminaron los ojos—. Un premio por su entrega por volver a estar de su lado. Esa es la idea que me gustaría que usted tomase para el harén: ¡solo quien nos merezca, nos follará!

Leonardo comenzó a morderse la lengua evitando hacer algún gesto de ira, mientras don Marcos alegaba:

—¡Lo permito! Esto me da a entender que vuestro matrimonio queda abolido. Y que solo será una ganancia extra como anticipo a mi generosidad.

—¿Esta noche, entonces...? —se levantó Leonardo de la silla ruidosamente.

—Haz las llamadas pertinentes, busca un terreno apropiado para sembrar más amapolas de opio, cocaína, mariguana... todo lo que pueda echar raíces. ¡Y vuelve esta noche a por tu recompensa! —aseguró don Marcos.

—Cualquier día vemos tu cabeza junto a los trofeos de caza —le susurró Omar a modo de insulto—. Podremos disfrutar todos de tu cornamenta.

Alexander trinchó unas hojas de lechuga mirándome con orgullo mientras masticaba.

Ahora tenía contento al Kraken y ardiente en odio y deseo a Leonardo. Sabía que se moría por atarme, por usar esas palabras permitidas y sucias... Eso, al menos, se creía él, pues lo que yo tenía entre manos, era hacerlo enloquecer en aquella casa de egos y honores.

24. El hilo de los títeres



Desde la cocina hasta la sala de los trofeos de caza, di un par de viajes para recoger el almuerzo; el llanto de Ainara se extendía por el pasillo y me cortaba la piel cada vez que pasaba por la puerta de la habitación de huéspedes.

Necesitaba un abrazo, un consuelo para su luto, tras la acción gratuita que cometían estos hombres. Matando, como si nada, a las personas; como si sus vidas no tuvieran ningún tipo de valor. Bajo la atenta mirada del Kraken y su hijo, retiré los platos y coloqué en la mesa una botella de licor de *Damiana* para que estrecharan hilos familiares; el timbre sonó fuera, alguien venía a la casa.

Estuve tentada de abrir la puerta, como si yo fuese la señora de la casa..., pero Omar salió al pasillo y me siseó para que cambiase de dirección. No me dio tiempo a llegar a la puerta donde estaba Ainara, cuando Sabandija entró tras Espinosa al abrirles.

—¡Pendejita! Han traído un paquete para ti —dijo Sabandija, acaparando mi atención, tras una enorme caja de cartón que apenas le dejaba ver.

Entonces paré en seco y me ilusioné tanto como el día de Navidad, cuando mi padre decía que un regalo era para mí; solo que aquel Papa Noel tenía la cara tatuada por un halcón maya.

—¿Se habrán equivocado? Nadie sabe que estoy aquí, aparte de Leonardo y, tal vez, el departamento del DEA —dije mirando a Omar con retintín.

El agente infiltrado respondió arrebatando la caja al improvisado chico de los recados y arrojándola al suelo con malicia.

—Sabandija, ¿has registrado el contenido de la caja? —instigó con aires detectivescos—. No me fio de ese enamorado llamado Leonardo.

—La remitente es una tal Mamma Chloe... ¡Y, claro, que lo he registrado! ¿Crees que soy estúpido por no haber sido policía? Te recuerdo que llevamos más tiempo que tú entre estas paredes, Espinosa... —dijo irritado Sabandija, sacando del interior de la caja unos bonitos trajes—. Son vestidos de noche que, según pone en esta carta, eran de una academia de modelaje que iban a desahuciar.

—Sabandija quizás no tenga estudios, pero eso no lo hace menos interesante que tú —añadí incendiando el ambiente entre los dos.

Omar metió la mano y removió la ropa buscando algo en el fondo.

Sin hallar nada más que prendas sedosas bien compactadas, desconfiado añadió:

—¿Por qué iba a molestar esa mujer? ¿Te has comunicado con ella de alguna manera? —me preguntó.

—Me he conectado a ella mediante los sentimientos, Omar. Y, supongo, que he tocado la fibra sensible de su conciencia... Ella fue la que me vendió al mejor postor, por lo que esos trajes son para que seamos más apetecibles para nuestros dueños —respondí.

Omar hizo un ademán, dando el visto bueno. Sabandija me preguntó dónde quería que lo llevase, pues pesaba demasiado para que yo lo moviese.

—¡Llévalo a la habitación de huéspedes, por favor! —le ordené, dándome cuenta de que estaba ganando algo de atención de ese niño matón, que, con sus brazos fuertes y esa cara tatuada, llevaba la caja de cartón a donde yo le estaba indicando.

Con delicadeza entré en la habitación donde se oían los llantos, y le hice un gesto a Sabandija para que la colocase sobre la alfombra; Omar venía detrás, pisándonos los talones. Entonces, cerré la puerta en las narices de Espinosa y no le di tiempo a Sabandija a soltar la caja, y, usando un lenguaje lo suficientemente claro y alto, le espeté en la oreja, para que aquel que estaba tras la puerta se enterase del contenido:

—¡Gracias, tienes unos brazos muy fuertes...!

—Aquí se trabaja duro —añadió echándole el ojo a Ainara, que lloraba desconsolada sobre el colchón vestido con sábanas blancas.

—¿Sabes que Ashley y las chicas no paran de hablar de ti? —le mentí—. Dicen que si ese Omar no hubiese venido tú serías la mano derecha del Kraken.

Su rostro se transmutó y dejó la caja en el suelo con delicadeza. Luego, subió los brazos tensando los bíceps, a pesar de no llevar peso sobre ellos.

—Ese Omar no me gusta un pelo y por eso te confiaré una confesión para que escales posiciones —en la puerta se oyó un crujir causado por el peso del cuerpo del que intentaba escuchar—. Puede ser tu ascenso. ¡Omar es un agente infiltrado del DEA! Y está esperando un pedido de los gordos para hacer que esto vuele por los aires... y él sea proclamado como un héroe nacional.

—¿Qué vaina me estás contando? ¡Deberías limitar los porros a solo la noche! —alucinó Sabandija, sacando morritos como si fuese a hacerse un *selfie*.

—¡¿Tengo cara de mentir?! Él me lo confesó, ¿te fiarías de un cuico^[23]? —afirmé ante su incredulidad.

—Y... ¿por qué no le has dado esta información a Leo? —me preguntó sabiamente aquel descerebrado.

—Porque Leo tiene una posición elevada y tú eres una mierda a su lado en esta escala de jerarquía. ¡Y no te lo mereces...! ¡Ese Omar acaba de llegar...!

—¡Cuida tu pico, pajarraca! —soltó indignado por mi insulto—. Lo vigilaré, por si acaso. Pero no uses la palabra DEA a la ligera..., don Marcos odia esas tres letras —me comunicó, bizqueando de nuevo hacia Ainara, que se hallaba tumbada boca abajo, esperando algún vil destino.

Sabandija salió de la habitación; al parecer Omar Espinosa ya se había despegado de ella. Caminé hasta Ainara que lloraba desconsolada, con los cabellos enmarañados y las sábanas empapadas en tristeza.

Sin ánimos de sobresaltarla, me senté en un filo del colchón y comencé a unirle la melena en una cola. Luego, pasé mi mano por su espalda escotada, que dibujaba una larga uve.

—¡Lo siento, Ainara! ¡No esperaba que Leo fuera a hacer algo así! ¡Yo soy la culpable! —sollocé acompañándola en su sufrimiento.

Ainara se frotó la cara en la almohada y, con el maquillaje corrido, me miró a los ojos. Su rostro estaba perfectamente desecho por el dolor y la tristeza. El hoyuelo de su barbilla se acentuaba con cada gesto de “pucherito”.

—La culpa es de Diego, por confiarse a la primera... Se encontraba solo, desterrado en un país que no era el suyo, y, en esa tristeza de la soledad, abrazaba a todo aquel que fingía ser lo más parecido a un apoyo, a un amigo... —se lamentó, y al instante cambió su tez, estimulada por mi nuevo *look* —. *¿Te has cortado el pelo?* —*me acarició un mechón*—. ¡De morena estás aún más cañón!

—¡Gracias mi niña! ¡Y lo siento, de veras! Vamos a salir de aquí, te lo prometo.

—Es imposible, Valeria —respondió entre lamentos—. Estos monstruos nos van a prostituir. Leonardo se lo dijo a Diego cuando entró en casa. Si se entregaba, yo sería tratada con dignidad, pero que si se resistía me llevarían a la frontera y me dejarían a mi suerte en tierras guatemaltecas.

—Esta noche hablaré con él. Hubo un antes y un después tras la propuesta del intercambio de parejas... Ahí se sintió celoso, nos casamos y ya no volví a oír de su boca hablar de Diego.

—Los dos actuaron por amor, pero con destinos distintos. Uno ganó y el otro perdió —dijo Ainara.

—Ahora tenemos que pensar en nosotras mismas, ¡en salir de este puto sitio...! —le invité a mi plan—. No quiero vivir bajo el miedo, ni bajo otras manos... ¡Quiero retomar las riendas de mi vida y decidir por mí misma!

—¿Cuánto tiempo llevas en manos del Kraken? Supongo que desde

que no respondes a mis llamadas... Demasiado tiempo —quiso saber.

Guardé silencio a la primera pregunta y mis ojos melosos, dejaron caer un espeso hilo como respuesta, pero me repuse de inmediato:

—Llevo aquí el suficiente tiempo como para saber que tenemos que irnos ya. Tenemos un policía infiltrado en la casa y no nos piensa sacar de aquí, prefiere que nos abatan junto a estos narcotraficantes en el asalto definitivo.

—¿Equipo de asalto...? ¿Nos van a rescatar...? ¿Cómo es posible que haya aquí un uniformado y no denuncie la situación? —se indignó Ainara.

—No estás en el mejor estado para entenderlo. Estás de luto; cuando tengas la mente más despejada te lo explicaré bien. Tú solo obedece y sigue mis consejos. Mañana vendrán unos agricultores mexicanos a trabajar para el Kraken, y necesito la mejor versión de Ainara para preparar una fiesta. Las chicas necesitamos de tus coreografías, para convencerlos de nuestra valía como putas excelentes.

—¿Pero de qué hablas...? —se desmoronó con mis palabras—. No pienso abrir mis piernas al primer asqueroso que se me acerque.

—¡¡Ainara!! —la zarandéé como si fuese una maraca—. ¡Escúchame! No es tiempo de lamentos. Te necesitamos para seguir respirando..., mientras seamos útiles no nos moverán de este sitio. No intentes nada extraño, tú déjate hacer... —le aconsejé consciente de la dureza de mis palabras—. Será como una inversión a corto plazo, un billete para escapar.

—Pero, ¿qué te han hecho, Valy? —se extrañó de mi comportamiento—. Me estás traumando con tus palabras.

—¡Me han abierto los ojos a base de humillaciones! Ahora sé quién soy... Soy una Méndez

—Si la policía no puede, ¿quién nos vas a sacar de aquí? —se desesperó Ainara—. ¡Saldremos con los pies por delante, envueltas en una sábana!

—Mi primo Adal estuvo aquí poniendo trampas para ratas y me confesó que por carretera estamos a solo cien kilómetros, pero campo a través distan unos treinta kilómetros entre un rancho y otro. Lo malo es que solo hay un caballo y plaza para dos.

—Tu primo llamará a la policía, seguro que lo hace y nos rescatan —dijo esperanzada Ainara.

—Le dije que no lo hiciera... los uniformados pueden estar comprados. Ese atractivo rapado que estaba cerca del Kraken, es el agente infiltrado —le confirmé.

—No entiendo nada... Pero veo que tú lo tienes claro.

—Espero que las chicas se tomen bien mi discurso. No llevan bien que yo las lidere.

—No creo que ninguna tenga ganas de seguir bajo los tentáculos del Kraken —añadió Ainara.

—Voy a meter a todas las chicas del harén en mi plan. ¡Las convenceré para matar a todos estos hijos de puta!

Viendo que mis palabras habían sobrecogido tanto a Ainara, que no le di margen al llanto, volví a aquello que me intrigaba: el paquete de Mamma Chloe.

Nada más doblar las alas de cartón de la caja hacia afuera, pude reconocer los vestidos que en su interior se hospedaban. Encima de la ropa había una bola de papel mal arrugada por Omar; al abrir la carta, se desprendió un fuerte olor a tabaco.

“Para Valeria Méndez:

Estos trajes de alta costura, forman parte de mi gratitud por haber recuperado a mi hijo, Bernard. Espero que Valeria, sepa defender bien los secretos que esconden los más bonitos tejidos en sus entresijos.

Firmado: Mamma Chloe.”

La carta era escueta, pero dejaba bien claro que estaba agradecida por lo que presuntamente le había contado su hijo y cómo le salvé de ese monstruo que iba a violarlo en la bañera... Y me sentí agradecida por el presente, aunque unos trajes bonitos nos iban a venir bien para la nueva disciplina de elegancia que le sugerí a don Marcos; pero, por otro lado, no entendía con qué intención nos lo regaló Chloe.

Comencé a sacar los modelitos, Ainara se animó y cogió uno que llegó a llevar en su día sobre la pasarela semi profesional. Se lo llevó a la cara y olfateando exclamó:

—¡Cuántos recuerdos bonitos, hermana!

Yo me emocioné al encontrar un traje azul con pedrería y plumas flamencas; fue como encontrar la piel de Mamma Chloe en aquella caja. Lo cogí de las tirantes y pude comprobar que le había cogido el bajo. Se había molestado en que aquel traje fuera para mí. Fascinada por la costura de aquel traje, paseé mi mano por debajo del pecho, donde las piedrecitas se engarzaban y noté una dureza que me llamó la atención. Había algo en el interior del traje, quizás un pintalabios en aquel bolsillo de emergencia que me hacía bordar en aquella sala de costuras de la academia.

Deslicé la mano por el escote y volví el traje, dejando expuesto el bolsillo de tela interior. Una “L” se dibujó bajo el vestido.

Saqué el contenido y hallé tres cosas: una nueva nota bien doblada, un anillo de diamantes y una pequeña pistola de espía.

Observé el arma con entusiasmo, el anillo con anhelo y la nota con intriga, Mamma Chloe había trazado un plan B, sin consultarnos.

Bajo la atenta mirada de Ainara leí en voz alta la misteriosa nota:

“Espero que estés leyendo esta carta, Valeria. Gracias por haber cuidado de mi hijo, él me ha hablado maravillas de ti. Lamento haberte hecho esto, pero debía escapar a mi destino. Era el billete a pagar. Ahora voy rumbo a Alemania, lejos de este país de locos. He decidido hacerte un regalito de cortesía: es una Glock 26,9 mm Parabellum, lo suficientemente pequeña para ser sutil y letal a la vez. Dispones de cuatro balas, piensa bien contra quién las vas a usar... Si esta carta no la está leyendo Valeria, que te den, hijo de puta y ¡viva México cabrones!”

Ainara se acercó para ver la pistola e hizo un intento de arrebatármela.

—¿Qué haces Ainara? —le dije poniendo el seguro como me enseñó Leonardo.

—Tengo que volarle la cabeza al Kraken..., y luego mataré a ese león.

—¡No! No seamos precipitadas, Ainara. Esa maldita Chloe nos vendió, pero ya no importa. Ahora se siente dolida y agradecida. ¡Sabía que podía sacar algo cambiando mi actitud y haciendo algo positivo lejos del rencor! —exclamé alardeando de mis facultades—. De todo se aprende. Y Leo me habló de la alineación de las energías y las ruedas de los chakras... ¡Y funcionó!

Ainara frunció el ceño y comenzó a rebuscar entre los trajes. Había ocho vestidos más, de diferentes colores y tejidos; cada uno tenía un bolsillo cosido en el interior.

Sobre la cama fuimos colocando todo un arsenal, digno de un módulo de presas: estiletes de metal, hojas de cúter, punzones afilados y filos de cuchillos... Todo eran armas con filo y punta, pero nada que ver con la emoción que causó la pistola.

—Ahora le veo color a tu plan, hermana. ¡Ahora sí! —dijo entusiasmada Ainara.

—Devolvamos las armas a los bolsillos, ahí están seguras. Y esperemos el momento adecuado para emplearlas —ayudé a recolocar los útiles de venganza en los vestidos, mientras le confesaba a Ainara lo que iba a suceder esa noche—. Me quedan dos cometidos aún: convencer a las chicas de nuestro plan y prepararme para Leonardo... esta noche íbamos a tener un *vis-à-vis*.

Con los *souvenirs* carcelarios a buen recaudo, me centré en la cita de esa noche. Como conocía sus gustos sexuales, me puse manos a la obra y mezclé todos los elementos que podían ser de su agrado. Puse una silla tapizada con terciopelo granate en mitad de la recámara. Y, junto a Ainara, cambiamos el juego de sábanas por uno sin rímel negro esparcido por todas partes. Ya solo me faltaba buscar unas cuerdas o lazos, para el *bondage* que, sin lugar a dudas, se le antojaba en cada encuentro íntimo.

Con la habitación de invitados decorada al estilo “lujuria mexicana”, elegí mentalmente una ropa interior bonita, y un vestido elegante de aquella caja.

—¡Vamos Ainara, ayúdame con la caja! —le pedí.

Nada más salir de la habitación de invitados rumbo a la sala de las chicas, Ainara vio, por primera vez, la recámara llena de literas y aquella representación de distintas nacionalidades de chicas que, tatuadas, conformaban el harén del Kraken.

—Chicas, ¡os presento a Ainara! —exclamé bajo la atenta mirada de las anfitrionas.

Todas se acercaron a saludarla y a darle el pésame por la desagradable ejecución de Diego. Todas, excepto Ashley que se quedó mirándola con desdén.

—¿No te alegras de ver a otra compañera de la academia? —pregunté a Ashley.

—No quiero encariñarme con otra nueva... Otra que quiera, como tú, quitarme el trono —añadió la pelirroja.

—No habrá trono —espeté con un tono serio—. ¡Es hora de matar a estos hijos de putas!

Las chicas me miraron, intentando adivinar qué sustancia había tomado. Los aspavientos y muecas no cesaron, hasta que una de las chicas habló:

—Con huir ya estaría bien... ¡¿Pero... matarlos?! —apuntó Regina.

—¿Piensas en un suicidio colectivo? —dijo Marina, la colombiana.

—Algo parecido... —me arrodillé ante la caja y saqué el traje azul de Chloe que estaba bien doblado en tres pliegues. Luego busqué en uno de los cajones un tanga negro, un ligero de encaje del mismo tono y un sujetador *push up* con bordados rojos—. ¡Voy a ducharme, tengo una cita antes de la noche y ahora os cuento!

—¿Y esos trajes? —preguntó Ashley, atraída por la belleza de las telas que le resultaron bastante familiares.

—Mamma Chloe me ha querido agradecer, de una manera barata, que acabase con la vida del violador de su hijo. Ahora estos trajes son nuestro pasaporte para escapar de nuestro cruento destino.

—¡¿Unos vestidos...?! —exclamó Ashley con retintín—. ¿Con poderes de atravesar puertas sin ser vistas? ¡Sinceramente no me lo creo! ¡Y si vienen de esa puta, menos aún!

—No nos hacen transparentes... Pero sí tienen la cualidad de albergar maldad en su interior.

Las chicas se miraron pensando en mi delirio. Y, como hienas alrededor de un animal muerto, acudieron hasta la caja para comprobar la belleza de esas telas con pedrería y descubrir los misteriosos encantos de malicia de que eran portadores.

Decidí no lavarme el cabello; ya que sino debía hacerme la plancha

y usar el secador. Así que la ducha fue rápida, pero efectiva. No tuve mucho tiempo de pensar lo que les iba a decir a aquellas mujeres, sumisas de esos hombres sin corazón. Pero tenía un sentimiento confuso que a la vez me iba aclarando la situación. Quizás era el desorden, producto de mi dislexia, el que me cambiaba lo evidente, por lo retorcido.

Me coloqué el traje de Mamma Chloe, y me sorprendí al verme, como una sombra, como un fiel reflejo de la persona que admiré y luego odié. Entonces, cogí una peluca de melena larga y castaña. Y con sus ondas me hice un recogido, similar al que llevaba nuestra proxeneta... Ahora me sentía como ella: una mujer sin escrúpulos capaz de hacer cualquier cosa, ¡por escapar a mi destino!

Cuando salí, Ainara y Ashley quedaron estupefactas en el acto. Por un instante pensé que iba a darle una “neura” a una de ellas y que me iba a ahogar con sus propias manos, en venganza por lo que les hizo... Pero las otras chicas, quedaron boquiabiertas por la belleza de aquel vestido con plumas flamencas.

Lo primero que hice fue asomarme al pasillo y, al comprobar que no había ningún oído cerca, puse una silla para atrancar la puerta, evitando que la manivela del pomo hiciese la oscilación de apertura.

—¡Chicas, oídme atentamente! —llamé a todas las presentes—. ¡Tenemos poco tiempo! La situación es la siguiente: el cártel del Kraken se desmorona. La falta de proveedores, genera menos ventas y eso solo se traduce a una simple fórmula: nuestros coños serán los encargados de reflotar este lugar haciendo servicios como putas de lujo para cerdos sin clase. Y yo no estoy dispuesta a pagar más aún el precio de los males de estos hombres... Llevo un par de días viendo clara la solución... Huir. Pero para huir, antes hay que matarlos a todos o, al menos, dejarlos malheridos.

—¿Y cómo, tipa lista? No tenemos pistolas... —recriminó Ashley.

—Tienes razón, no tenemos armas. Así que manipularemos a los que las tienen —afirmé convencida—. Cada una de nosotras intentaremos ganarnos la confianza de uno de los *guaruras*, y luego los enfrentaremos entre sí.

—¿Y qué debemos hacer? —preguntó intrigada Juanita, dando un par de pasos hacia mí.

—Estos hijos de puta se diferencian de nosotras por el simple hecho de no tener sentimientos... están vacíos —aseguré haciendo un gesto con las manos—. Por eso los insultos, la dignidad y la conciencia no les dice nada cuando emplean la violencia sobre nosotras. ¿Y cuál es la solución? Crear esos vínculos afectivos, ¡esas serán las cuerdas que ganaremos para manipularlos como jodidas marionetas!

—Suena interesante, pero si les decimos que son los mejores, entenderán que tienen más derechos sobre nosotras —discrepó

Regina.

—Les subiremos el ego para que teman perder su propia autoestima, les haremos creer que son únicos para que se vuelvan competitivos... ¡Esa es la clave! —dije emocionada para motivar a las chicas—. Ashley me ayudó con Sabandija y yo me estoy encargando de enfrentar a Leonardo con Alexander... por lo que os concierne a vosotras, deberéis de engréir a el resto de los mariachis.

Ashley se sumó a mi plan, cogiendo las riendas:

—¡Somos mujeres, y, por tanto, más listas que los hombres! Así que decidiros por quién, pues la conspiración va a dar comienzo... Debemos dejar la bebida y la coca, para tener una mente fría y calculadora.

—¡¡Pero será más duro todo!! Necesitamos desinhibirnos —añadió Juanita.

—Todo logro conlleva un sacrificio. ¡Hablo de libertad, chicas! —dije con autoridad.

—En cuanto salgáis allí afuera, id en busca de los tres mariachis y extended el rumor de que Omar Espinosa es un agente infiltrado del DEA.

—¿Es eso cierto? —preguntó una de las chicas.

—Sí. Pero no piensa hacer nada por nosotras. Ya me lo confesó mientras me forzaba —relaté con cara de asco.

—¿Y si no funciona tu plan? —preguntó Regina—. Ambas nos estáis metiendo en un callejón sin salida.

—Ahora os toca hacer de tripas corazón y apelar a la suerte. Se lo debemos a los nuestros... Pero, primero tenemos que hacer que esos ganaderos mexicanos que van a venir esta noche para reunirse con don Marcos, acepten el trato. ¡Eso nos dará ventaja!

—¿Y qué se te ocurre...?, ¡tú que estás inspirada! —me preguntó Ashley.

—Primero nos pondremos una ropa de granjera sexy, con coletas de colegiala y pantalones cortos; luego, desecharemos esa música penosa de viejos: los narcocorridos, y pondremos unos temas de reguetón que los distraiga junto a una coreografía que Ainara nos va preparar... Y estaremos atentas para mostrarnos útiles en todo momento al Kraken, en nuestra faceta como zorras de exposición.

—Entiendo —dijo Ashley—, tendrán tantas ganas de yacer con nosotras, que aligerarán las negociaciones y nos apuntaremos una victoria de cara al capo.

—¡Eso es! —afirmé—. Cuando escuché a Alexander cantar en inglés mientras tocaba el piano, mi mente se desbloqueó. La letra de la canción decía: “debajo del agua puedo respirar...”, y recordé las palabras de esa perra vieja, llamada Mamma Chloe: “Si la vida te lanza por un precipicio, aprende a volar; si te agarra del cuello y te

sumerge bajo el agua, tendrás que desarrollar branquias; y si te encuentras en el infierno no seas una diablesa, sino la mujer del puto Lucifer. ¡Ese es el secreto!”.

—Esa mujer no estaba buena del casco —añadió una de las chicas.

—El plan parece confuso, pero tenemos que empezar a generar reacciones. Vamos a tejer una red de malicias entre todos ellos, vamos a poner hilos a estas marionetas —expliqué orgullosa por la actitud de las chicas.

—¿Y Ainara? ¿No se va a mojar? —dijo Regina.

—Acaba de comerse un león a su amado... —respondí abrazando a Ainara con ternura—. Conque nos enseñe lo que sabe de baile, será un esfuerzo titánico en su estado de ánimo.

25. Hora de actuar



Elegí una fragancia fresca del gusto de Leonardo, y rocié mi cuerpo como en una cita de novios. Me sentía nerviosa, pues llevaba tiempo sin intimar con él, sin hablar a solas de nuestras cosas, sin ser su esclava del placer...

Una rata venía agazapada desde el fondo del pasillo, posiblemente envenenada por una de las trampas; el roedor moría con una clara agonía lenta, sin poder huir de un mal que crecía en su interior y, esta contemplación, me inspiró... Aceleré el paso y me metí en la habitación de invitados. Me senté en la silla, en mitad de la habitación, y dejé la mente en blanco. La soledad anidó en mí, como un pájaro; como el ave del paraíso que venía a dejar sobre mi cabeza sus huevos...

El ruido de la puerta me despertó bruscamente de la nada: de ese viaje de paz que realicé con la mirada abierta y la mente cerrada.

—¿Puedo pasar? —dijo Leonardo penetrando en la habitación con delicadeza.

—Pues claro —asentí con la cabeza.

Llevaba puesto un pantalón de lino color piedra, bastante ajustado; y una camisa celeste de mangas cortas, con vuelta cosida. Se había cambiado el peinado, ahora usaba cera fijadora para marcar su estilo de corte *undercut*, con rapado en los laterales. Su perfume de siempre devoró al mío... Ahora la habitación olía solo a él, como macho predominante, como dominante alfa.

—¿Qué prefieres primero..., hablar... o gemir? —me preguntó con seductoras pausas.

—Gemir sin fingir —le respondí cogiéndole de la mano.

—Está bien. Veo que has preparado la cita para mí, pero no voy a atarte. Voy a hacerte el amor salvajemente... ¡Quiero que te sientas libre!

Se acercó hasta mí y me elevó con fuerza de la silla. Sus labios eran fuego, que buscaban propagar sus llamas por dentro de mi cuerpo. Y lo consiguió..., sentí un ardor que llameaba mi vientre, enroscando sus brazos en mis pechos y entre mis piernas. Me quité el traje con euforia y noté como cayó la pistola al suelo, pero la pedrería disimuló el impacto del arma. Sus manos recorrieron cada centímetro de mi piel, desabrochando las telas que me restaban y dejándome desnuda

frente a su mirada matadora.

Sus pectorales depilados asomaban entre los botones de su camisa azul, como dos mesetas de roca, donde yo me iba a asir, mientras cabalgaba sobre su cuerpo. Pero él tenía otros planes, y cogiéndome por los muslos me elevó hasta su altura. Luego puso mi espalda contra el rugoso papel pintado de la pared y, sin demorarse demasiado, me mordió el labio con fiereza y comenzó a penetrarme, haciendo alarde de su potencial físico.

Mis largas uñas se clavaban en sus omoplatos tatuados, notando como se hundían hasta donde la piel permitía. Luego, incrementó la cadencia, moviendo la cintura sin piedad, de atrás hacia adelante y así sucesivamente. Su lengua recorría mi cuello y se columpiaba en el lóbulo de mi oreja... Yo, simplemente, ardía en fuego, como una bruja ejecutada en tiempos medievales.

De repente, me bajó del limbo. Y, en ese instante, lo cogí del cabello con fuerza, sentándolo en la silla, como si fuese un perro amaestrado. Tenía su pene erecto y brillante, bajo la luz tenue de aquellas lámparas *vintage* que emergían de la pared. Y, sin pensar demasiado, cabalgué sobre él, reposando mis nalgas sobre sus musculosos cuádriceps; en cada impulso provocaba un sonido ruidoso al chocar con violencia carne contra carne.

Su rostro de deseo cambió, el clímax estaba cercano y mi orgasmo a flor de piel. Mis emociones eran pasto de las llamas, haciéndome gemir como si una quemadura de tercer grado recorriese mi cuerpo. Leo sonrió y ahora le tocaba a él:

—¡Vete dentro de mí! —le susurré sensualmente con la respiración entrecortada.

—Pero...

—No hables —le dije cabalgando con más ímpetu.

Leonardo se retorció de placer, en un gemido ahogado. Las fibras de sus musculaturas se pronunciaron, endureciendo todos sus relieves.

Tras culminar los dos, nos fuimos a la cama. Desnudos nos contemplamos, dándonos nota mutua al coito mentalmente. Leo me robó un beso y, entonces, llegaron las preguntas incómodas:

—¿Quieres ser madre? —me preguntó dando un giro de cuarenta y cinco grados sobre el colchón.

—Lo que quiero es no saber quién es el padre —le expliqué—. Prefiero pensar que este hijo es tuyo.

—Sé que estás enojada por partida doble conmigo. Primero te sacaron a la fuerza de casa por unas deudas mías y, luego..., por lo de Diego el Gitano. Estoy sufriendo mucho sin ti.

—¡¿Qué sabrás tú lo que es padecer?! —le reproché.

—¿Y tú?, ¿sabes lo que es amar? —me preguntó Leo.

—No. Soy más de hacer ascos... Menosprecié a Raúl por su

condición y a mi familia, a pesar de la vida fácil que me estaban proporcionado, incluso a ti por haberme comprado ¡No sé si lo que me inunda es odio o un sucedáneo de amor!

—¡Parece ser que he convertido a ese chico de rancho en un mártir! —se inquietó—. Yo te voy a enseñar amar. Eres la mujer perfecta. Me produces una obsesión extrema, eres mi posesión más valiosa.

—Pero yo no soy un objeto. Si quieres estar conmigo deberás respetarme, estoy cansada de que me hagan sentir como una cosa.

—Estar enamorado es un estado de entrega total, y lo sabes porque tu vida se reduce a un solo aliciente... tener a quien deseas a tu lado —dijo con seguridad, acentuando sus hoyuelos—. Sacas lo peor y lo mejor de mí, haces que toda esta vida de asesinatos y excesos, cobre sentido... Y eso, querida Valeria, solo se consigue de una manera: estando enamorado.

—Mataste a mi mejor amigo, condenaste a tu único amigo. Si eso es amar..., me queda claro que no entiendes el concepto —le dije con rotundidad.

—Te prometí que volvería a por ti, costase lo costase. Y ese estúpido de Diego iba a darse a la fuga —se excusó reincorporándose en la cama—. ¿Sabes qué hubiese pasado...? Que yo habría quedado como un traidor encubriéndolo, y me harían pagar sus deudas con una lenta y dolorosa tortura. ¡Tuve que hacerlo! Lo hice para estar cerca de ti.

—¡Pues qué lástima! —me mostré decepcionada y me levanté de la cama—. Tengo que entregarte algo.

Leonardo no dijo nada, solo se limitó a contemplar mi figura desde atrás. Yo me agaché sensualmente de espaldas, sin doblar las rodillas, para recoger mi vestido. Luego me elevé y busqué en el bolsillo interior del traje. Palpé la pistola; tuve una extraña sensación de arrojo, que me hizo acariciar el gatillo con el cañón orientado en su dirección, pero, finalmente, opté por coger el anillo.

Después caminé hasta el borde del cochón y me senté, con una pierna cruzada bajo la otra.

—Toma este anillo de diamantes —le sorprendí.

—¡¿No es el que yo te regalé?!

—No, pero tómalo en señal de divorcio.

—¿Qué dices?

—No quería contártelo sobre la mesa, delante de don Marcos. Pero Alexander me ha comprado —le mentí, rascándome la nariz.

—Ese cobarde... Veo que, en cuanto puede, se apodera de lo que flota por encima de sus posibilidades. ¡Me demuestra que es igual que su padre!

—Dice que me puede ofrecer protección y una vida libre, visitando incluso a los míos —falseé la respuesta con una dosis de malicia extra.

—¡Maldito hijo de puta! Te está mintiendo, él sabe que no puede salir de aquí o lo matarán. Sabe de sobra que eres mía —maldijo Leonardo alzando la voz.

—Pues te acaban de embargar los bienes... Además, tú le contaste una mentira sobre cómo nos conocimos. No eres un hombre limpio con tus amistades

—Le enseñé todo lo que sabe. Lo cuidé al máximo y ahora quiere arrebatarme lo que más quiero... ¡me lo esperaba más hombre! —dijo acariciándose una mejilla.

—Ese lugar te corresponde a ti. Tú eres el candidato perfecto para apoderarte del cártel.

—¿De qué hablas, Valeria?

—Hablo de matar al Kraken —respondí contundente.

—Son planes para ti y para mí. ¿Eso quiere decir que no amas a Alexander?

—No lo quiero, pero ahora es mi dueño... Yo te ayudaré a subir posiciones, a terminar con todos.

—No es el momento adecuado ahora mismo, me acabo de ganar la confianza de don Marcos.

—En dos días será mi cumpleaños. ¡¿Y... qué mejor regalo que estar junto a la persona que más quiero?!

—No hay un mejor presente —sentenció—. Pero a ese traidor sabes que lo voy a matar, ¿no?

La puerta se abrió de repente, y don Marcos entró con Alexander y Omar.

—¿A quién dices que vas a balacear^[24]? —inquirió el Kraken.

—A cualquiera que traicione mi confianza —respondió Leo sin temor, mirando a Alexander—. ¿Ahora espías las conversaciones tras las puertas?

—Todo lo que acontece bajo este techo me pertenece. Lo que hablas también me incumbe, ¿entendido?

—¡El tiempo apremia! —dijo Alexander mirando mis pechos desde la puerta—. Los bolivianos nos esperan y tenemos que hacernos con estos productores, sea como sea.

—Espero que no hayas malgastado todas tus energías con Valeria, ¡te necesitamos ágil de mente, canijo! —bromeó don Marcos—. Hasta mañana no volveremos, bonita, así que aprovecha tu tiempo para adiestrar a mis otras chicas en esas artes de Singapur.

Leonardo procuró taparme con las sábanas, en un acto reflejo de celos. Alexander se marchó con Omar hacia el *Jeep* que los llevaría lejos de la casa, mientras que don Marcos, se quedó contemplándome desde la puerta, sátiro, relamiendo su bigote, como si se tratase del león enjaulado. Y estuvo allí, hasta verme completamente vestida; después se reunió con Leonardo, que guardó su pistola en el cinto, por

lo que pudiera pasar.

Cuando me quedé sola en la habitación, un ataque de pánico se apoderó de mí, no sabía cuánto más iba a resistir mi corazón; pues la ansiedad era su estado habitual últimamente.

“¿En qué me estaban convirtiendo estos monstruos?” Ahora me sentía como ellos, jugando con la vida y los sentimientos de los demás. Eran piezas, figuras de una partida de ajedrez donde cada movimiento tomaba una dirección... Y lo que me preocupaba, era que mi bando no dependía de un solo jugador contrario, sino de muchas manos para las pocas figuras que éramos; esto podía llevarme a un jaque mate repentino.

Aprovechando que la casa quedó sin jefes, me quité la peluca de la cual Leonardo ni se inmutó; me cambié de ropa, coloqué mi traje en el vestidor, me puse un pantalón corto, una camisa de cuadros anudada al ombligo y me fijé el flequillo con una pinza.

Salí al exterior a respirar aire fresco, y pensé en recoger unos huevos del establo mixto para cerdos y gallinas, aprovechando que los animales, posiblemente, estaban dormidos. El atardecer se mostró violáceo y pensé en los hilos púrpura que había anudado al títere de Leonardo. Sentí impaciencia por saber si todos los celos y desconfianzas que estaba sembrando en su huerto yermo, pronto darían resultados.

Bajo el silencio del crepúsculo, llegó a mis oídos un lamento que provenía del sótano. Intenté hacer oídos sordos, pero los gritos me obligaron a atender a ese pobre prisionero que aguardaba un vil destino. Intrigada bajé hacia el sótano, abrí el cerrojo y la poca luz del ocaso se coló en la planta del subsuelo; el olor a hierro se instaló en mi olfato, erizando mis vellos.

Los gemidos de dolor describían perfectamente la clase de herida que le aquejaba. Al llegar, mi presencia hizo que esos gritos se intensificaran. En aquel purgatorio con plaza fija en el infierno, no quedaban migrantes; solo había un joven con el rostro tatuado, que gritaba espantando el ave de tinta que se posaba en su cara.

Desde el suelo, luchaba con las ratas que mordisqueaban sus miembros desangrados por los orificios de bala. Parecía un despojo humano: con las rodillas en una posición antinatural y disparos en las extremidades superiores, que convertían sus brazos en unos apéndices gelatinosos, que me recordaron a su jefe, el Kraken.

—¡Valeria! —me dijo agonizante, mientras las ratas aprovechaban para salir de aquel sótano, que al parecer el propio Sabandija se encargó de sellar para que las ratas comieran de la trampa y muriesen

envenenadas—. ¡Quítame las ratas de encima!

—Solo veo una rata gigante, siendo devorado por pequeñas crías —respondí con total frialdad.

—¡Tengo las piernas rotas y no puedo mover los brazos! —gritó, intentando serpentear, encorvando el torso contra el suelo—. Tenías razón... Omar es un agente del DEA. Le pregunté cara a cara y me golpeó a traición. ¡Coge mi *walkie talkie* y avisa a don Marcos de la traición de Espinosa!

Tan pronto lo nombró, fui a por el aparato que estaba bastante retirado de su alcance, junto a las herramientas de hierro, cuerdas para amordazar y aquellos bidones de ácido para descomponer la carne. Evité mis impulsos y cogí el *walkie*.

—¿A quién llamo primero? —ironicé—. ¿A los servicios médicos o al Kraken? No, mejor voy a llamar a todas las chicas que has violado cada noche, o a todos esos migrantes que capturabais para que Terry los matara. ¡Ahora compartes destino con esos pobres desgraciados!

—¡Eres una puta... zorra... maldadita! —lamentó con frustración, con la voz entrecortada por el dolor.

Satisfecha por los resultados de mi plan, me acerqué lo y le clavé un dedo en una herida de bala del hombro; hurgué con la uña hasta topar con el plomo clavado en el hueso:

—¿Ves lo que duele cuando meten un dedo en un lugar que uno quiere?

—¡No! ¡Para...! ¡¡No hagas eso!! —me suplicó sin poder defenderse.

—¡Ja, ja, ja! —reí con malicia—. ¿No te suena familiar? Cuando una mujer dice no, es no. Ahora ya sabes lo que se siente, ¡pendejo! —espeté clavando con fuerza mi uña entre sus venas perforadas.

Saqué el dedo con su sangre y se me ocurrió poner un nombre en el suelo; mojé mi índice en su herida, como si fuese un sangriento tintero. Me dejé llevar por los crueles impulsos de venganza que surgían en mi mente, como una bestia en parto.

—¡Ojalá te violen mil veces más, puta! —masculló Sabandija con los labios pálidos, agitándose tras la máscara de tinta.

—Lástima que no estés vivo para verlo. Yo, en cambio, le contaré a las chicas tu patética muerte entre ratas —exclamé con aires de venganza—. Y quiero que sepas que Omar te mató por mi culpa. ¡Espero que se te haga largo el sufrimiento en la oscuridad, con cada mordisco de estas ratas hambrientas y sabiendo que nadie vendrá a rescatarte! —le aseguré sádicamente, mostrándole el *walkie*.

Salí y cerré la puerta sin ningún atisbo de remordimiento. Luego me dirigí hasta el gallinero; quería estar sola un instante. A pesar de no haber más que dos gallinas, hallé huevos y decidí recogerlos. Después, preparando el pienso para el engorde del cerdo, me llené de mierda hasta los tobillos pisando el estiércol; en definitiva, haciendo todo

aquello de lo que mi padre se sentiría orgulloso verme hacer.

En el barro había restos de gallinas muertas, pero también había huellas de pies desnudos que entraban y salían de la pocilga, dejando marcas de barro en el murete. Este hecho me hizo sospechar que alguien estaba robando gallinas y que no era un depredador de la selva, precisamente.

Escondí el *walkie* bajo un montón de paja y, al girarme, quedé petificada. Una figura estaba ante mí, un hombre con sombrero y bigote que me miraba sonriente...

—¿Papá?! —pregunté, sin dar crédito a la silueta de mi fallecido padre.

—Pronto acabará todo, Valerita... —susurró moviendo sus labios translúcidos—, lo he visto. ¡Sigue escapando a tu destino! —me ordenó, sobrecogiéndome la autoridad con la que acostumbraba mandarme en el rancho.

No tuve tiempo para responder y mucho menos para abrazarlo, pues se esfumó en la penumbra que producían aquellas bombillas que pendían del tejado mediante largos cables.

Volví hacia la casa con el hedor característico de la pocilga y el corazón palpitando a mil por la presencia del espíritu de mi padre; los cuatro huevos se agitaban sobre mi regazo como si hubiesen pequeños pollitos luchando por romper el cascarón.

Al entrar en la cocina, coloqué los huevos sobre la encimera y pensé en hacer algún revuelto campero para las chicas un poco más tarde para la cena. Ahora quería pasar un rato de libertad con las chicas, sabiendo que el Kraken estaba fuera de sus dominios. Pero al volver, me encontré a Gallo y a Benjamín abusando de las chicas.

—Pero, ¡qué hacéis aquí! —me enfurecí ante la orgía que estaban realizando esos dos imbéciles.

—Te estábamos esperando. ¿Has visto a Sabandija? —preguntó Benjamín mientras embestía con dureza a Regina.

—Lo vi hablando con Leo, pero no sé nada de ellos —me inventé para tener coartada.

—¡Pues él se lo pierde, más carne para nosotros! —añadió Gallo.

—¡Apartaos gilipollas! ¡El Kraken prohibió que nos tocarais! —grité tirando de la melena de Benjamín hacia atrás.

—Tienes razón, pero Juanita insistió en que viniésemos. Además, don Marcos no está y vosotras no vais a decir nada —dijo el joven de la cresta dorada.

—¡Te equivocas! Se lo diré en cuanto venga —respondí.

Gallo sacó el celular y llamó al Kraken, poniendo en modo “manos libres” el teléfono.

—¿Jefe? ¿Podemos hacer uso de las chicas?

—¿Cómo osas molestarme en mitad de una reunión? —se molestó

el Kraken.

—¡Se están poniendo bravas! Dicen que vos les dijo que no podíamos tocarlas —se aseguró Gallo.

—¡Las chicas tienen razón! Pero esa ley solo es cierta mientras yo esté presente. Ojos que no ven, corazón que no siente —afirmó el Kraken provocando una maléfica sonrisa en los chicos y un gesto de odio en las chicas.

Gallo apagó el celular y me soltó un guantazo que me hizo girar la cara.

—Mira lo que has conseguido... ¡Ahora tendrás que hacer crecer mi polla! —dijo el chico de la cresta de oro.

Comencé a masturbarlo mientras me tocaba un pecho, y cuando lo puse erecto esperé que se entretuviera con el resto de las chicas. Ainara me vio gatear y se acercó hasta los chicos para cubrirme. Cogí con avidez la llave de las trampas de las ratas que ocultaba bajo el somier de mi litera y salí de allí con sigilo. Regina estuvo a punto de delatarme diciéndole a los chicos que me iba, pero pareció entender que tenía algo entre manos.

Corrí dejando una ráfaga pestilente con las botas de campo, a través de la moqueta rojiza del pasillo y busqué el veneno con la etiqueta de “matar lento”. En el salón estaba la *Warfarina*, ese veneno de acción lenta que provocaría una hemorragia lenta en el estómago de su destinatario. La nariz me sangraba por la bofetada de Gallo.

Aspirando la sangre de la nariz, para no dejar rastros; introduje la llave con la cabeza algo inclinada hacia atrás y giré. Elevé la tapa de plástico de la caja negra y encontré una bolsita con polvos y rocas rojizas. Entonces cogí un grano de veneno, cerré la trampilla y fui en dirección a la habitación del Kraken.

Una vez dentro, agarré la botella y vertí agua en el vaso de plástico con el que solía acompañar la pastilla de la tensión; mientras mi nariz goteaba como un reloj de arena, dejando gotas calientes que daban pistas de mi trayectoria nocturna. Comprobando que ninguna gota había caído en su interior, disolví el veneno en el agua.

Era una oportunidad única y decidí ir a buscar la fortuna yendo a por todas. Entonces contaminé el contenido de la botella, para incrementar las posibilidades de envenenamiento. El ruidoso motor del *Hammer* se coló en la mansión y salí espoleada de nuevo a la habitación.

Allí los chicos ya estaban erectos y bien lubricados por los fluidos de las chicas, y decidí cortarles la libido de golpe, como quien castra a un purasangre con una hoz de segar maíz.

—Mientras Sabandija se desangra por el campo de amapolas, vosotros estáis aquí riendo.

—¡He escuchado excusas! Pero ninguna tan mala como esa —se mofó Benjamín.

—El Kraken os requiere en su habitación, ahora.

—¡Menuda pendeja pesada! —exclamó Gallo.

Benjamín se vistió, y, Gallo, que tenía los pantalones bajados, se los subió y fue a buscar al Kraken. Yo me asomé esperando que don Marcos apareciera y lo pillase en su habitación... Gallo salió molesto por mi bulo, con el puño cerrado dispuesto a hacerme pagar su segundo coito interrumpido, pero el Kraken ya estaba tras él, mirando con sospechas de dónde procedía el chico de la cresta dorada.

26. Daños colaterales



La noche se hizo larga entre aquellas literas, aguardando el resultado de la reunión del Kraken con los bolivianos. Nos sentíamos como animales enjaulados, que esperábamos ser entregados a un dueño de un momento a otro.

El respeto que me gané de las chicas, haciéndoles creer que no nos iban a tocar, lo perdí de pronto, por culpa de aquellos dos estúpidos. Y ellas aprendieron que mi palabra no tenía ningún valor, sobre todo en materia de inmunidad sexual. Fue culpa mía la idea de incitar a aquellos dos mariachis a que incumplieran la orden dada por don Marcos, cuando fue el propio capo el que abolió la norma, ofreciéndoles a ellos un vacío de autoridad para poder hacer uso de nuestros cuerpos.

Las chicas no me recriminaron nada, pero estaban molestas. Les había hecho creer que todo iba a cambiar y estaban igual o peor que antes.

A pesar de todo, mi confidencia sobre la angustiada muerte de Sabandija en el sótano, les dio algo de aliento para seguir confiando en mi plan de enredar a los hombres.

Ainara se había pasado llorando casi toda la noche, pues si a nosotras nos repudiaban esos mariachis necios, a ella le resultaban vomitivos debido a su condición sexual lésbica. Para calmarla, no tuve mejor idea que contarle que vi a mi padre en el gallinero, haciéndole recordar su aparición durante traslado en camión y que para ella un signo de mal presagio.

Abrazada a Ainara me dormí, digiriendo durante el sueño la violación a la que nos sometieron esos dos; que pudieron haber sido tres. A las siete de la mañana me levanté, todas las chicas seguían roncando. Cogí la llave de las trampas de las ratas de debajo de mi somier, y acudí al baño del pasillo. Cerré el pestillo de la puerta, me senté en el filo de la bañera donde desniqué al americano, y limpié el estiércol incrustado en el dibujo de la suela de mis botas, con el útil de plástico negro. Mientras dejaba impoluta la goma, pensaba sobre la teoría del peso de los zapatos sobre mí. Y me alegré al haberme quitado de encima la pisada de Sabandija. Ahora solo tenía que esperar a que el Kraken se tomase esa agua envenenada y yaciese muerto en su cama. Un ruido sonó por el pasillo y luego el pomo se agitó como poseído.

—¡Abre la puta puerta! No aguanto más —exclamó Omar sin saber quién estaba allí adentro.

—¡Voy! —respondí por inercia.

—¿Valeria? —se extrañó Omar— ¡¿Pues no tienes un baño en tu habitación?!

Me apresuré con la limpieza y envolví la llave junto a todas las virtudes de estiércol en una bola de papel higiénico. Luego tiré de la cisterna eliminando la prueba de la llave doble, por lo que Gallo iba a ser incriminado si el Kraken finalmente caía intoxicado.

Ante las exigencias de Omar abrí la puerta y lo dejé entrar. Pasó como un tren hacia el baño, llevándome por delante. No hicieron falta palabras para entender que Omar tenía cuentas pendientes conmigo, por desvelar su secreto.

Volví hacia la habitación y me duché. Me puse la misma ropa ranchera del día anterior, pues así estaba lista para recibir a los agricultores mexicanos. Me contemplé en el espejo, haciendo una catarsis a la velocidad de la luz. Estaba más delgada que incluso en la academia, pero los *shorts* vaqueros, junto a la camisa anudada sobre el ombligo, me quedaban bastante sexy.

Cogí las botas, ya immaculadas, y fui hacia la cocina. Preparé un café bien cargado y caminé en dirección a la habitación de don Marcos. Tras llamar dos veces y escuchar el tedioso chasquido, retiré las dos hojas y penetré en su nido. Don Marcos se hallaba tirado en su cama, con la mirada perdida en la habitación.

—¡Buenos días! —saludé bizqueando hacia la mesita de noche, buscando el vaso de agua y la pastilla.

—¿Qué me traes piruja? —dijo con tono jovial.

—Le he preparado un buen café. Anoche no pude servirle la cena... ¡Le eché de menos! —mentí.

—¡Dame ese café de una vez! El agua estaba asquerosa —me requirió bruscamente—. ¿Hueles a bicho muerto?

—Me acabo de duchar y mis botas están impolutas —respondí levantando las botas y mostrándole las suelas.

—No me refiero a ti, pendeja —espetó sonriente—. Hay gotas de sangre por toda la habitación, incluso por la botella de plástico y supongo que una de esas ratas se envenenó y estará descomponiéndose en la habitación.

—Es muy posible —respondí haciendo alusión a su persona—. Ayer estuvo Gallo en su habitación, igual le dio un balazo a esa rata de la que hablas.

—¿Gallo? ¿Ese chamaco no se ha enterado todavía de que hay trampas de rata o qué? —bromeó sobre el joven—. ¡Dame ese jodido café de una vez!

Entonces mojé mis labios y bebí un trago corto.

—¿Qué haces? —recriminó mi actitud.

—Perdón. Pensé que era obligatorio dar un sorbo por medidas de seguridad —fingí.

—Sí, tienes razón. ¡Aprendes rápido, Valeria! —dijo tomando un sorbo de la taza humeante.

—¿Salió bien lo de anoche? —le pregunté intrigada.

—Sí. Tenemos proveedores para reflotar nuestro negocio. Ahora solo nos queda convencer a esos agricultores de que siembren para nosotros y nuestra empresa irá viento en popa —argumentó.

—¡Dalo por hecho! Las chicas nos estamos preparando para dejar boquiabiertos a esos chicos rurales.

—Exacto. Dependéis de vosotras mismas —añadió el Kraken—. Si no los convencéis de que haya acuerdo, seréis vendidas y reemplazadas.

El *walkie* rugió, y don Marcos soltó tembloroso el café, parecía que los efectos del veneno estaban mermando sus facultades.

—¡Repite, pendejo! —le gritó el Kraken.

—Omar ha encontrado a Sabandija en el sótano..., bueno lo que quedaba de él —aseguró Benjamín acongojado—. Lo han tiroteado y las ratas se lo estaban merendando.

El Kraken dio un sorbo largo al café, empapando su bigotón en la taza humeante. Luego me dio el vaso de malas formas y se reincorporó de la cama. Al poner el pie desnudo sobre la alfombra del suelo, se tambaleó.

—¡Menudo mareo! No debí levantarme tan deprisa —argumentó mientras yo le ayudaba a sostenerse.

Su boca quedó muy cerca de la mía, de ella escapaba un putrefacto olor a café amargo. Seguidamente me cogió del cabello y tiró con cierta maldad.

—¿Tú no sabrás nada sobre el suceso? —dijo, forzándome a responder.

—¿Yo...? —respondí asustada.

—No te hagas la pendeja conmigo, siempre que hay una muerte estás cerca. ¡Eres la sobrina bonita de la parca! —me aseguró.

—Hubo un momento en que Leo me confesó que iba a matar a alguien de la casa—me inventé.

—Me resultó extraño no oír esos disparos yo diría que fue en mi ausencia. Pero averiguaré el porqué. Y ese pendejo... —hizo una pausa para tomarme del mentón y elevarme la mirada— o pendeja... ¡Pagaré la pérdida de una manera cruel!

—Aquí no tenemos pistolas, solo sus hombres.

—Todo ha coincidido con la llegada de Leo a la casa, veré qué tiene que decir ese canijo... Por cierto, ¿solucionaste lo del embarazo?

—Ssss... sí —titubeé.

—Perfecto, ese hijo no puede nacer. Es un embarazo no deseado, ¿entiendes?

Asentí y salí de allí con una mezcla de extrañas sensaciones. El plan marchaba. Las sospechas se estaban repartiendo en todas las direcciones. De Sabandija solo quedaba su tatuaje sobre el suelo del sótano, don Marcos había ingerido el agua envenenada, Leonardo recelaba de Alexander, Omar vivía aterrorizado porque pudieran descubrirlo y el Kraken tenía un traidor que desenmascarar bajo su techo. Pero el capo era un tipo desconfiado y sabía que algo no cuadraba en los acontecimientos relatados.

El almuerzo se sirvió, y los invitados no tardaron en llegar. Leonardo estaba allí, junto a los seis agricultores, ajeno a las sospechas que se cernían sobre su persona. El aspecto de los jóvenes, formaban parte del estereotipo de posibles candidatos a desposarme en mi vida anterior; y, por extraño que pareciese, ya no me parecían tan repulsivos.

Aquellos treintañeros, debían de haber heredado sus tierras y parecían buscar una salida económica. El huracán hizo estragos en estas tierras, y el dinero fácil siempre resulta tentador.

Leonardo llegó con unas flores para mí, pues ya no podía tener más sexo conmigo; Alexander lucía una camisa negra de luto por la muerte de Sabandija; mientras que Omar y don Marcos, vestían de una manera más alegre.

La preparación de las mesas fue la de siempre: la comida en la mesa auxiliar próxima al sofá de nueve plazas y, luego, repartidos por la estancia el tequila, una cachimba de mariguana, una bandeja de cocaína y ron miel.

Las chicas hicieron acto de presencia, haciendo desorbitar los ojos de los agricultores. Vestían trajes de fiesta, pues los vestidos de Mamma Chloe los reservamos para otra ocasión. El plan era sencillo, debíamos contonearnos con los invitados; rozarnos y provocarles con elegancia, como si fuésemos chicas ricas e inalcanzables para ellos. Las chicas no probaron la cocaína, pero sí bebieron algunas copas para paliar la ansiedad. Luego debíamos animar la fiesta con el baile y, posiblemente, saciar esos seis penes rancheros; si cerraban el trato con el Kraken, nosotros debíamos abrir las piernas.

Los hombres comenzaron a hablar, nosotros a bailar y a desconcentrarnos.

—¿Por qué debemos confiar en vuestras cosechas? —preguntó Leonardo brindando con tequila.

—Hubo un huracán el año pasado que nos dejó sin nada. El

gobierno no responde ante las catástrofes naturales, los seguros nos han valorado el terreno a la mínima y, finalmente, somos unos damnificados del sistema —dijo Carlos, el portavoz.

—Llevamos generaciones sembrando en estas dificultosas tierras, donde apenas crece nada. Y como nos han dejado a nuestra suerte, hemos decidido buscar un ingreso rápido —dijo otro de los jóvenes.

Tenemos plantada cocaína, mariguana y amapola de opio —espetó otro de los agricultores desesperado por entrar en el negocio—. Sus raíces agarran bien en estas tierras.

—Como bien sabéis, yo soy don Marcos el Kraken Cruz, y si os doy mi palabra sobre el trato, tendréis que llegar hasta el final... ¿Eso lo sabéis, verdad?

—¿A qué se refiere, exactamente? —preguntó Carlos.

—Pues que si decís “sí”, comenzaréis a multiplicar vuestra producción. Y no podréis retiraros del negocio en cuanto los billetes se os caigan de las manos —respondió el Kraken—. Esto no es un favor, es un trato a largo plazo.

—¿Y de cuántos meses de contrato hablamos? Las autoridades tienen helicópteros que sobrevuelan las cosechas —dijo preocupado uno de los agricultores.

—Años —apostilló Leonardo bebiendo un trago de tequila, mientras me miraba con deseo.

—Si aceptáis, estaréis toda la vida vinculados a nuestro cártel. Y solo yo o mi hijo Alexander podremos anular el contrato —aseguró el Kraken.

Los jóvenes se miraron confundidos, haciéndose a la idea de la magnitud de su decisión.

—Es un riesgo importante a asumir. No podemos garantizar una producción continua, pues dependemos de las inclemencias del tiempo, las plagas, las intervenciones de la policía... —se explicó el portavoz de los agricultores.

El Kraken se fue tras un cuadro de Jesús Malverde, lo descolgó y marcó cuatro dígitos en una caja fuerte que yo no sabía que estaba allí.

—¡Mirad a las chicas, pendejos! —ordenó Leo a los rancheros, mientras él grababa los números de la combinación de apertura en su memoria fotográfica.

El Kraken trastabilló con un fajo de billetes en sus manos. Cerró la puerta de la caja blindada y colocó el cuadro de nuevo en las alcayatas. Su estado estaba empeorando a paso acelerados.

—Esto es un anticipo para la siembra y los gastos. Tendréis que contratar jornaleros para cuidar las cosechas. Nosotros tenemos sembradas también amapolas, pero es una reserva de emergencia por si alguna vez nos quedamos sin financiación —argumentó el Kraken.

—Hay mucha gente enganchada a la goma de la amapola... ¡Es una droga barata! —añadió Leo—. Pero el menudeo no te hace tener una gran fortuna.

—Contiene opio y de ahí se extrae la heroína —argumentó Alexander haciéndose notar en los negocios, ante la incapacidad de su padre que se echaba la mano al vientre retorciéndose de dolor—. Así que decidiros: ¿ser millonarios o seguir a expensas de las prestaciones del gobierno?

Los chicos miraron el fajo de billetes y ni nosotras pudimos acaparar sus miradas; seguramente jamás habían visto tanto dinero junto.

Entonces, miré a las chicas y supe que era el momento.

—¡Un poco de alegría para nuestros invitados! Serviros unas copas y disfrutad de nuestro regalo para aquellos que trabajan con don Marcos...! —exclamé con euforia bajo la cara de asco del Kraken, que comenzó a toser algo de sangre.

Las chicas fuimos a nuestro cuarto de literas, colgamos los trajes y nos vestimos lo más sexy posible para esos rancheros. Siguiendo las instrucciones de Ainara, nos disfrazamos como si fuésemos vecinas y primas de esos camperos jóvenes.

Las camisas de cuadros y *shorts* vaqueros eran nuestra indumentaria; solo que en vez de botas, llevábamos tacones de aguja y dos coletas. La mayoría nos desprendimos de los sujetadores. Y acompañadas por un éxito de reguetón para adolescentes, entramos haciendo una coreografía ardiente que el propio Leo desaprobó con su mirada.

En mitad del baile, Omar se llevó a don Marcos sobre la silla de ruedas hacia el pasillo, dejando a la cabeza de la negociación a Cachorro y a Alexander.

Los jóvenes camperos se iban dando cuenta poco a poco, de que no fue la mejor idea recurrir al cártel, pues la solución rápida llevaba consigo estar bajo el dominio de los tentáculos del Kraken.

Camila puso el pen USB con la música adecuada. Todas habían estado ensayando la canción, y el público no se veía muy exigente...

Las chicas mostraron todo un derroche de sensualidad, bajo la atenta mirada de los chicos. En mitad de la canción, animamos a los invitados a bailar levantándoles del sofá. La negociación quedó a un lado, mientras los granjeros desgastaban sus pantalones contra nuestros muslos. Alexander y Leo no intercambiaban palabras, solo se limitaban a mirarnos. Los rancheros nos piropeaban, jadeando como si estuviesen dirigiendo el ganado desde un caballo.

La negociación estaba a punto, esos jóvenes iban a coger el dinero y a disfrutar de los bienes del negocio... Pero algo entorpeció el plan: uno de los chicos me conoció.

—Perdona mi atrevimiento, pero te pareces mucho a la hermanita de Miguel Méndez. ¿Eres de su familia? —me preguntó con halos de entusiasmo.

—Yo no soy de aquí, soy de Sinaloa —le mentí, sin poder ocultar mi rostro empalidecido.

—Allá dicen que están las niñas más lindas de todo México —espetó Carlos.

—¡Son tópicos! —exclamé mirando a Leo—. También se dice que los tipos de Tapachula siempre cumplen sus promesas...

Cachorro se levantó del sillón y me cogió para bailar, disuadiéndome del ranchero que cada vez estaba más convencido de que me conocía.

—¿No le habrás dado instrucciones para que avise a los tuyos? —interrogó de malas maneras echándome su aliento a alcohol y sujetándome con fuerza—. Si sales de aquí, será de mi mano.

—Pertenezco al Kraken y a su hijo... No tienes poder de decisión sobre mí —le dije intentando soltarme.

—¡¿Qué haces Leo?! —exclamó Alexander molesto por ver sus dedos apretándome el brazo con fuerza—. ¡Guarda las composturas ante nuestros invitados!

—¡Tú no te metas, Judas! —le recriminó Leo, tambaleándose por la borrachera de tequila—. Con la de mujeres bellas que te rodean bajo este techo y te encaprichas de mi esposa...

—¿A qué viene eso? No me faltes al respeto en mi casa. ¡Se te están subiendo los humos! —se sulfuró Alexander.

—Creí que éramos amigos. ¿Desde cuándo te preocupa Valeria? —le dijo Leo.

—Desde que la vi por primera vez —respondió el pianista—. Yo cuido a las chicas, no las menosprecio como tú o mi padre.

—¿Qué sabrás tú de este negocio? Si vas de bondadoso te matarán; si te dejas dominar por las chicas te arruinarán; si subestimas a los que te rodean te asesinarán... ¡Los niños como tú, no están hechos para estos negocios de hombres duros!

Las chicas intentaban distraer a los rancheros, disuadiéndolos de la discusión que yo había originado. Y aunque el tono de voz superaba a la música, los agricultores preferían prestar atención a las curvas de infarto que tenían a su lado. La mitad desprendían un olor a sudor característico de los chicos rurales, que parecían desechar la opción de los desodorantes *roll on* como complemento de su higiene.

Leo sacó su arma y pegó un certero disparo al altavoz. El baile se cortó de golpe y las sonrisas fueron sustituidas por rostros serios. Cachorro advirtió a los rancheros:

—¡Vamos a ver chicos, el Kraken se ha ausentado y yo soy su hombre de confianza! Tenéis dos opciones: llevaros el dinero y

empezar a vivir una vida repleta de lujos, o rechazar ese fajo de billetes y salir sin vida de este lugar.

—Es una gran suma, pero tememos no poder cumplir con las expectativas y que suframos algún tipo de violencia por algo tan impredecible como una cosecha —manifestó preocupado Carlos.

—No tenéis claro si queréis formar parte de esto, sin embargo, no dudáis en manosear a las chicas y beber tequila. ¡Esto no es un puticlub! —se crispó Leonardo con el arma aún en la mano—. Estáis arruinados. ¡Coged ese puto dinero y empezad a sembrar de una jodida vez!

Los jóvenes se miraron sin opción al rechazo, temiendo la misma suerte que aquel altavoz agujereado por el plomo. Alexander intervino:

—Yo soy el hijo del capo, y en calidad de heredero del negocio, os daré un día para pensarlo —contradijo a Leo—. Pero no habrá más chicas, ni tequila por esta noche.

Los chicos cogieron el dinero, tal vez desconfiando de las intenciones de aquellos hombres armados. Y, dándonos las gracias a las chicas y estrechando las manos con sus ahora socios, partieron de camino a sus parcelas, a sembrar miseria y maldad para el país.

El chico que me reconoció como una Méndez, se me acercó y me susurró al oído antes de irse.

—Sé quién eres, pero entiendo que no quieres que tu familia sepa que te prostituyes... Puedes confiar en que no diré nada, yo tampoco me voy a ganar la vida con un trabajo limpio.

Leo empujó del hombro al granjero, alejándole de mí e indicándole el camino de salida.

Una llamada vibró en el pantalón roto de Alexander; su rostro se transmutó a blanco y suspiró exhalando con fuerza.

Las chicas quedaron solas, sin música, ni parejas de baile. Y cuando fueron a sentarse en el sofá a descansar de los tacones de aguja, llegaron Gallo y Benjamín, que venían de trocear a su amigo y de echarlo en un barril con ácido.

—Con su permiso, Alexander —dijo Benjamín sirviéndose un trago de ron—. Ha sido desagradable descuartizar a nuestro compañero.

Gallo pidió hablar con Alexander a solas. Y, como no había radio, me propuso que tocara el piano para que la conversación no fuese pública.

—¿De veras, puedo? Será un placer —respondí acariciando las teclas del sofisticado piano de cola.

Leo se acercó hasta mí oscilando en su caminar y detrás de mí, me susurró al oído:

—No soporto más esta situación. Voy a sacarte esta noche de aquí.

El piano se detuvo. Mis dedos desafinaron tres notas y todos me

miraron. Alexander sacó su pistola y encañonó a Leonardo en la sien.

—Mi padre ha sido envenenado, y Gallo me dice que en el sótano Sabandija ha pintado con sangre el nombre de Leo en el suelo, antes de morir...

—¿Qué vaina es esa?! Yo estuve con Valeria todo el tiempo —confesó Cachorro enfurecido—. En aquella habitación solo hubo sexo, a tu pesar.

—¡Fuera de mi casa! —le gritó amenazante Alexander—. Si mi padre sale de esta, que él decida qué hacer contigo. Claro, después de entregar a tu mejor amigo, todo lo demás se vuelve sencillo...

—¡Te voy a partir la cara, chamaco! —dijo Leonardo, abalanzándose sobre Alexander sin temer el arma de fuego que le apuntaba—. Me dolió vender a mi amigo Diego.

Benjamín y Gallo sostuvieron a un ofuscado Leo, al que consiguieron sostener por encontrarse en su peor versión.

—¡Sacadlo de mi casa! —ordenó el pianista tomando el cargo de su padre.

—Siempre me envidiaste —espetó Leonardo mientras se lo llevaban—. Y por eso la amas a ella, porque te quieres parecer a mí.

—Valeria es especial, pero no la amo... —aseguró Alexander—. Me gusta la frescura de Regina, si piensas que debo sincerarme.

La chica nombrada miró con alevosía a Ashley y dibujó en su boca una amplia sonrisa. La pelirroja cambió su semblante alegre y Regina ahora tenía un aliado que le proporcionaría una plaza en el trono junto al futuro capo, por lo que el plan estaba en serio peligro.

—Volveré y lo sabes... —advirtió Leo agarrándose a la hoja de la puerta del salón.

—¡No me dan miedo los sicarios como tú! —exclamó Alexander—. Además, no podrás entrar. Reforzaré la vigilancia fuera y dentro de la casa. Pondré cámaras de vigilancia y micrófonos en cada habitación... ¡Se acabaron las traiciones!

—Tal vez no consiga entrar, pero algún día saldrás —amenazó Leo echando mano a su pistola, que ya no la tenía.

—No cambies de número de celular, así te contaré de los progresos de tu Valeria aquí dentro, y seguro que, más pronto que tarde, tu chica te llama para pedirte que no vuelvas jamás —dijo Alexander.

—¡Valeria se viene conmigo! —persistió Leo.

Alexander pidió refuerzos por el *walkie* y en cuestión de segundos aparecieron tres tipos con metralletas cortas en sus brazos, dispuestos a agujerear a Leonardo.

Entonces le animé a irse, pero alimentando a la vez sus ansias por mí:

—Adiós, Leonardo. ¡Será triste cumplir los veinte, sin que estés presente!

—Te traeré flores, te lo prometo. ¡Serás mía el día de tu cumpleaños! —espetó Leonardo marchándose de la mansión.

Cuando se fue, salí al pasillo preocupada por su destino. Pero los guardias volvieron del exterior y no oí disparo alguno. Y es que mi idea de escribir su nombre en el suelo del sótano, había creado un gran conflicto entre la familia Cruz y Cachorro, desterrando a la única persona que podría protegerme de los crueles tentáculos del Kraken.

27. Dos corazones para odiar



Cuando creía que todo lo que me rodeaba lo tenía asimilado, llegó la hecatombe; ahora con don Marcos ingresado en un hospital privado y Leonardo expulsado, Alexander era el narcojunior encargado de dirigir aquella organización, haciendo las veces de su padre. Y no se conformó con dejar las cosas tal y como estaban, si no que realizó nuevos cambios para asegurar su integridad física.

Primero vino un instalador de cámaras de vigilancia, cuyos monitores fueron instalados en la habitación de invitados, como un nuevo puesto de control.

Desde las seis pantallas se podía visualizar y oír tanto el exterior de la casa, hasta cualquier rincón del interior; los únicos puntos ciegos y sordos, eran los lugares más íntimos: la habitación de las chicas, la del Kraken, los cuartos de baño, el establo del caballo y la pocilga.

Luego nos presentó a los nuevos matones, Matarife, Tatoo, Cantinflas, Mediaoreja y Patoso..., todos ellos con aspecto de asesinos consagrados.

En pocas horas, aquello pareció más seguro que la base del Pentágono.

Aun sin el Kraken, las chicas estábamos tranquilas. Alexander tenía una visión de negocio, y en lo que a nosotras nos acontecía como mujeres, se notaba que había tenido otra educación más equitativa hacia las damas.

Regina, muy entusiasmada por la declaración de Alexander; estuvo toda la noche hablando de planes de futuro con él, frustrando a una Ashley que necesitaba de alguien que le diese su sitio en esta casa.

Junto a la pelirroja, fui a preparar el desayuno para los nuevos matones, quienes tenían expresamente prohibido hacer uso de nuestras vaginas... Aunque eso, claro, estaba por ver. Para cocinar me vestí sexy, me proporcionaba algo de decencia en aquel lugar donde la perdía constantemente. A Ashley —que se ponía ropa más cómoda—, le encantó mi blusa blanca de cuello de barco, combinada con una falda estallada de profesora de instituto y *stiletos* de charol con tacón de aguja de diez centímetros.

—Buen modelaje para servir un triste desayuno —ironizó ante mi indumentaria.

—Prefiero estar incómoda. Con esta ropa me siento más digna —le

explicué.

Acudí en busca de Alexander, que estaba en una habitación dando instrucciones a los nuevos escoltas sobre qué zonas debían vigilar, cuáles eran los turnos de monitores y en qué consistían las rondas. Los guardias abandonaron la recámara de invitados y yo entré hasta ponerme tras su espalda. Allí, el instalador de las cámaras, le explicaba el uso de los seis monitores y cómo se intercambiaban las imágenes, detectando el movimiento.

—¡Menos mal que apenas quedan ratas! —añadí—. Sino las cámaras se fundirían con tanto giro.

—¡Pues igual aparecen de nuevo! —exclamó Alexander contemplando mi modelo de *femme fatale*. Voy a quitar las trampas de la casa... No quiero más incidentes con el veneno. Este señor me ha dicho que hay unas barreras acústicas que hacen un ruido molesto para las ratas y evitan que entren en la casa.

—Así es, amigo —confirmó el instalador subiendo y bajando el volumen de las pantallas.

Alexander le estrechó la mano y le pagó en efectivo. Me quedé a solas con él, en aquella habitación de invitados, que seguía manteniendo la cama, entre otros enseres cómodos para descansar y hacer el amor.

—¿Y tu padre? ¿Se recupera? —le pregunté usando un tono suave.

—¿Qué te gustaría oír?

—¿Y a ti? —le respondí con una pregunta.

—Como ya te dije en su momento, me he llevado odiándolo toda mi infancia. No sabes la de veces que he rezado por su muerte..., por su sufrimiento. Yo soy fruto de una violación y, luego, el resultado de una crianza en una familia desestructurada —calló por tristeza, pero cambió inmediatamente de humor—. ¡Pero ahora todo es diferente! Me ha dejado un legado que seguir, el trono del narcotráfico de Chiapas.

—¿Y tu carrera de notario? Eres un gran pianista, eres joven y con dinero... Te mereces algo más que una vida lidiando con la muerte, alguien mejor que esa chica llamada Regina.

—¡¿Te creíste lo de Regina?! Fue una maniobra de distracción. Conozco bien a Cachorro y es muy celoso. Está obsesionado con su dama —se refirió a mí con un guiño—. Me hubiese pegado allí un tiro a mí y también a los otros chicos, sin que nos diera tiempo a apretar los gatillos...; a pesar de estar ebrio, Leonardo es una máquina de matar.

—Pues me parece muy cobarde por tu parte, Alexander —dije achacándole su conducta—, crear expectativas a una chica, que está tan falta de valía e identidad como las demás, resulta cruel por tu parte.

—¡Y Leonardo es muy valiente! ¡Te compró para desposarte! —casi gritó indignado.

—Lo sé. La vida me toma del cuello y me restriega los hocicos con mi destino. Hui de un matrimonio concertado, de la vida entre animales de granja, de estar encerrada en la hermética disciplina de los Méndez. ¡Y ahora mírame! Casada a la fuerza, cuidando gallinas y cerdos, sin libertad para ir a la ciudad y siendo maltratada en todos los aspectos.

—No deberías dar crédito a ese cretino de Leo. Comprendo que estés molesta conmigo. Y espero que entiendas, lo que tuve que hacer... Esa muerte a tiros y el envenenamiento de mi padre, coincidió con su regreso.

—Leonardo es muy ambicioso, pero yo estuve esa tarde con él. Tuvo que ser otra persona... —añadió.

—Otra persona que quizás tenga dislexia, pues escribió el nombre de Leo en dirección contraria al cadáver, puso la letra “e” de manera invertida y al parecer ha hecho desaparecer un *walkie talkie* —me acusó con insinuaciones.

—No sé de qué me hablas —respondí haciéndome la despistada—. No tengo pistola.

—Bueno ese Sabandija tampoco era un santo... Lo que me preocupa es la salud de mi padre y el autor de su envenenamiento. A lo que respecta entre tú y yo, quiero sepas que me gustas físicamente, pero no estoy enamorado como piensa ese loco de Cachorro —me confesó—. Eres un sorbo de aire fresco, oxígeno para mis pulmones... Una pincelada de color, en esta paleta de grises y negros.

—¿Piensas que voy enamorando a todo aquel que se me acerca? —le pregunté haciendo una mueca con mis ojos.

—No, pero quería que quedase claro —dijo besándome.

Me quedé sin palabras ante su gesto. No me quería, pero sí me besaba...

—¿Y esto? ¿A qué se debe?

—Me provocas una gran atracción sexual.

—Eres muy guapo, pero no me gustas. Si quieres acostarte conmigo, adelante. Soy esclava de tu padre y, por tanto, entiendo que tuya.

—Ahora no te gusto, pero cuando estemos toda una vida aquí, surgirá el amor entre todas. ¡Seremos la familia que nunca tuve! —afirmó—. Además, aquí tengo todo lo que necesito, ¡me adaptaré! Haré fiestas privadas con mis amigos y no necesitaré salir ahí afuera de momento.

—Te gusta tan poco este mundo como a nosotras. ¿No has pensado en liberar a las chicas? Todas hemos sido traídas en contra de nuestra voluntad. Sé que no te gusta nuestra situación.

—Ya hemos hablado de este asunto, pero te lo vuelvo a repetir. Yo creía que ibais camino de la prostitución, y que luego por tener una dosis de cocaína o por disfrutar de lujos, quedasteis atrapadas en este círculo.

—¿Lujos? —me indigné—. No podemos salir, no nos pagan, no nos tratan bien... Solo nos dan un plato de comida y una cama para dormir a cambio de violaciones.

—Tienes razón Valeria —dijo Alexander—. Lo pensaré. Pero sabes que si os dejo marchar, traerán nuevas chicas...

—¿Y...? —me indigné egoístamente.

—¡Que yo te quiero a ti entre estas paredes y al resto de chicas! Un capó necesita mujeres, es una muestra de poder.

—Te estás convirtiendo en un animal... No eres distinto a tu padre.

Mi plan para convencerlo de que nos liberara, se fue al traste. Alexander estaba sumido en su cobardía y asumió que fuera sería una presa fácil, para tanto lobo suelto. Él era una víctima de sus decisiones, que nos había arrastrado a todas nosotras a su clausura permanente.

—Mañana es mi cumpleaños. ¡Veinte añitos! —cambié de tema buscando su mirada.

—¡Creí que caían los cuarenta! —bromeó sonriente—. Te haré un buen regalo.

—¿Tocarás esa canción? ¿“*All of me*”? —le pregunté.

—Había pensado en un pastel de chocolate. Pero, además, te enseñaré a interpretarla, es más sencilla de lo que parece y más alegre que esa canción de Beethoven que tocabas.

—“*Claro de luna*”... ¡Cuántos recuerdos, cuántos secretos, cuántos sueños rotos...! —repasé en voz alta.

—Para los veintiuno, te contrataré a John Legend, y tocará en persona ese piano, para ti y para mí —me puso una mano sobre el hombro haciendo las paces conmigo.

—Sería un bello regalo —dije con la boca pequeña, pensando en otro año de vida.

—¡Mira! —me señaló uno de los monitores.

A su orden giré la cabeza, peiné mis mechones cortos y parpadeé compulsivamente, al ver a don Marcos que se bajaba de un furgón, mientras Omar le llevaba la silla de ruedas.

—¡¡He vuelto cabrones!! —gritó haciendo resonar su estridente voz a través de los altavoces de los monitores—, luego disparó con una metralleta hacia el cielo.

A mi lado resonó el *walkie* de Alexander, cuya voz metálica se acopló a la de los altavoces de los monitores:

—¡Ándale! ¡Todos a la piscina a celebrar mi regreso! ¡Brindaremos con ron Zacapa XO! —invitó el Kraken a todos los habitantes de su

mansión.

Salí de la habitación con el fin de avisar a las chicas, pues nosotras éramos siempre el servicio de catering. Al empujar la puerta, estaba Ainara más alegre que cuando llegó, “quizás se estaba refugiando en la danza para olvidar los malos tragos” —pensé—, pues estaba enseñándole a Ashley a bailar una cumbia.

—¿Quién lo diría? Con lo mal que nos llevábamos en la academia de modelos —le insinué sonriente—. El destino es caprichoso y no sabemos dónde podemos estar, ni con quién el día de mañana.

—Es una lección. ¡Hay que tener amigas hasta en el infierno! —añadió Ashley sin dejar de bailar.

—¡Chicas!! —acaparé la atención de todas—. ¡El Kraken ha vuelto! Y nos quiere en la piscina ahora mismo. Preparad vasos para ron... ¡y no llevéis cola o naranja para mezclar! Va a abrir una botella muy cara.

Las caras de desilusión se hicieron evidentes; todas queríamos a don Marcos muerto.

—¡Bicho malo nunca muere! —exclamó Ainara.

—Regina, ¿podemos hablar? —le pedí a la chica que, sin vendajes, lucía un tipo estupendo—. Es sobre Alexander.

—Dime —respondió—. ¿Te molesta que se me haya declarado a mí, en vez de a Ashley?

—No entiendo vuestra competencia, pero tengo que decirte que Alexander mintió frente a todos: fue una farsa para salvar el pellejo.

—¿A ti también te gusta el hijo del capo? —me preguntó—. ¡Pues me ha elegido a mí!

—No quiero que te rompan lo que te resta de corazón. No me pareció bien lo que hizo y ya le dije que era un cobarde —le expliqué—. Quiero que seamos amigas.

—Amigas como tú tan envidiosas, mejor no las quiero. ¿A saber que le has contado de mí?

La puerta sonó y las chicas fuimos llamadas para llevar el hielo para las bebidas y los vasos. Salimos hacia la cocina y Omar, por primera vez, nos echaba una mano; circunstancia que me extrañó. Verlo allí, con esa espalda musculosa que se dibujaba bajo la estrecha camisa, me trajo recuerdos de pasión prohibida y obligada sobre la encimera de la cocina. Me ocurría lo mismo cada vez que abría un cajón y agarraba un tirador...

En fila india, como un desfile de moda, salimos las chicas con el “diseñador” Omar en cabeza. En la zona de la piscina estaba el Kraken; inmortal, pero muy desmejorado a pesar de haber estado un solo día ingresado. Las chicas supusimos que iba a tratarse en casa, pues era un peligro estar expuesto ante Leonardo y los sicarios del cártel contrario.

Omar que no paraba de mirarme con recelo, repartió los vasos a todos los hombres, ya que la vigilancia se había multiplicado. Las chicas colocamos el hielo y esperamos a ser servidas con ese caro ron. Don Marcos, aguardó a que todos estuviésemos listos para comenzar con su discurso:

—Por suerte, ¡Jesús Malverde no me quiere todavía a su lado! —bromeó—. Y eso requiere de un brindis con mi familia y con estos nuevos miembros, que van a velar porque no haya más conspiraciones a mis espaldas. ¡Así que bebed en mi honor!

—¡Por don Marcos! —gritaron Gallo y Benjamín al unísono.

—¡Que te jodan! —mascullaron algunas de las chicas antes de beber.

Luego tragamos todos ese sabroso ron guatemalteco, y me acordé de los pobres migrantes del sótano que, en su pobreza, posiblemente jamás habían probado tan rico alcohol.

El capo caminó de izquierda a derecha frente a los barrotes de la jaula, con la fiera tras él, siguiendo sus pasos. Estaba asfixiado, su respiración resonaba tanto como el rugido del felino, pero debía decirnos algo importante y él quería ver con claridad nuestro rostro:

—Al parecer, alguien de los presentes pensó en envenenar a su protector... —guardó silencio con un gesto de decepción—. Pero puso una cantidad muy reducida de anticoagulante para un hombre como yo. Ese desgraciado me ha matado un corazón, pero todavía me quedan dos, dos corazoncitos para odiar... ¿Alguien tiene algo que argumentar?

—¡Yo! —elevó el dedo Regina ante la sorpresa de los presentes—. Fue Valeria quien envenenó a su persona. La vi con una llave de trampas para las ratas.

—Una gran teoría conspiratoria..., pero ya tenemos un responsable lejos de los celos de las mujeres —argumentó el Kraken quitando importancia a la traición de Regina—. Estas trampas no sueltan el veneno por los agujeros fácilmente, tienen un sistema de contención. Por lo que solo se accede de una manera... con la llave. ¡Con la única llave que hay en toda la casa!

Todas las miradas se clavaron en Gallo; el cual no daba crédito a la grave acusación. Su piel se volvió pálida debido a la adrenalina que contraía sus arterias; su cresta se volvió más brillante sobre las tinieblas que se le venían encima.

—¡¡¡Yo no he sido!!! Alguien habrá encontrado la manera de extraer el veneno. ¡Se lo juro! —aclaró Gallo, carraspeando su garganta que se secaba a un ritmo frenético.

—Tu palabra no vale nada cuando los hechos hablan por sí mismos... Estas trampas traen unos precintos de seguridad, y cuando se abre la tapa, ya no pegan; son transparentes y eso evidencia que fue

abierta con llave —sonrió el Kraken tenebrosamente—, y esa herramienta de apertura solo la tenías tú.

Gallo intentó echar a correr, pero cayó de bruces soltando un esputo de sangre por la boca. Luego comenzó a convulsionarse mientras se orinaba encima.

—Ahora la dosis sí que está bien medida... ¡¡¡Hay que ser más profesional Gallo!!! —añadió don Marcos, caminando hasta el joven que agonizaba por haber ingerido la copa preparada vilmente por Espinosa en la cocina—. ¡Haberlo pensado antes, cabrón!

La mayoría de los presentes aguardamos los mismos síntomas que aquel joven, pero se hizo obvio que solo el ron del custodio de la llave, era letal.

—De todas maneras, vas a pagar por el tema de la llave, Gallo —aclaró don Marcos—. Pero que el resto de presentes no piensen que están a salvo. Voy a descartar si hay otro implicado, pues en uno de los vasos de mi mesita de noche, había restos de sangre... Y un test de ADN me dirá si ha habido cómplice.

Tras darle dos pisotones en la cabeza, el capo chasqueó de nuevo la lengua e hizo un gesto hacia la jaula del león.

—¿Entero? —preguntó Matarife cogiendo a Sabandija por uno de sus brazos.

—¡No! Quítale los zapatos y el pantalón... y mete solo las piernas. ¡No se vaya a envenenar mi mascota, con el vientre de este *hijoeputa*! —aclaró don Marcos.

Gallo todavía estaba consciente, aunque carecía de reflejos para reaccionar. Su esfínter perdió el control mental y se hizo evidente al retirarle la ropa. La humillación estaba servida y ninguna de las chicas apartamos la vista del inminente aperitivo del león; incluso Ainara se adelantó una fila para ver cómo ese felino, zarandeaba el cuerpo de unos ochenta kilos de Gallo como si fuese un muñeco de trapo.

El león, no tuvo piedad...

—¡¿Qué bonito, no?! —exclamó el Kraken aplaudiendo—. Me encanta cuando la justicia se lleva a cabo. ¡Ahora solo nos queda matar a ese traidor de Leonardo!

Sus palabras me produjeron escalofríos, y noté como mi piel se sobrecogió como constreñida por sus tentáculos.

Con los restos de Gallo incrustados en los barrotes de la jaula, la tertulia continuó en el patio donde los supervivientes al envenenamiento le daban la bienvenida a don Marcos personalmente. Los nuevos *guaruras* no soltaban sus metralletas de asalto; aquel lugar parecía ahora una embajada americana en un país árabe.

Omar no paraba de mirarme, sus ojos negros predecían algún acontecimiento importante y, lógicamente, pensé en un asalto inmediato.

Ainara me tenía cogida la mano. Yo era como el mosquetón que sostenía su “línea de vida” en aquella escalada al Everest; donde si te preocupabas por salvar a tu compañero desfallecido, lo probable era acabar los dos muertos.

El ron que estaba muy sabroso, se diluía en nuestras gargantas. Y, posiblemente, estaba trazando un recuerdo imperecedero en nuestra mente, que nos recordaría aquel evento caníbal cada vez que probásemos de nuevo aquel *Zacapán XO*.

Las circunstancias se estaban volviendo escalofrantes. A pesar de todo ello, estábamos respirando todavía y muchos de esos malnacidos, ya eran pasto de la parca.

El mayor temor, era la inquietud que nos producía el no saber si las próximas en abandonar este mundo, podíamos ser una de nosotras.

Entonces agarré a Regina con la otra mano —“pues no podía tener a ninguna chica en mi contra para llevar el plan a buen puerto”— y las llevé hasta Alexander que bebía de la botella de ron directamente. Al bajar la botella su boca quedó como caramelizada.

—¡Hola Alexander! Regina me ha inculcado ante tu padre, pero necesito que ella vea que yo no soy como ella, que soy una chica legal —argumenté—. Y para ello, necesito que le digas a la cara lo que sientes por ella... Ella está enamorada de ti.

—No es necesario —añadió Regina intentando irse.

—Pues perdona por lo que dije anoche frente a Leonardo... —se disculpó Alexander—. Fui algo impulsivo. Pero no te cierro mi corazón, Regina.

—¿Puedes soltarme, Valeria? —intentó zafarse de mi mano, pero Ainara la sujetó por la muñeca—. Si es lo que quieres, te pido disculpas, pero por amar al que todas queréis.

—No necesitas disculparte —masculló el pianista poniendo una mano sobre su boca para hablar en secreto—. Sé de sobras que dejaste morir a Sabandija.

Regina se marchó, Ashley vino en su lugar.

—Es una acusación muy gratuita —añadí.

—¡Tampoco hemos perdido a un ser querido! Ese Sabandija, al igual que Gallo son despojos sociales —aclaró—. Y, respecto a Regina, no me vuelvas a hacer eso de “los cara a cara”, pues le he vuelto a mentir. ¡Me gustas tú! —dijo Alexander dirigiéndose a mí.

—Pero yo no te quiero Alexander. A esta pelirroja, por ejemplo, sí le haces tilín —respondí mirando a Ashley—. Yo le he cerrado las puertas al amor... Cachorro me lo dijo ayer durante la cita: “que no sé amar”. Pero ya sé por qué no sé amar..., porque para amar necesitas amarte a ti primera y debo olvidarme del exterior e invertir en mí, en amor propio...

Ashley no se esperaba mi respuesta y sonrió realizando la técnica

artística del *sfumato*; pero tampoco se esperaba la respuesta que Alexander estaba a punto de darme:

—Te entiendo. Acabas de salir de una ruptura amorosa que no te conviene... Pero conforme pasen los días aquí, entre estas lustrosas paredes, acabarás a mi lado. ¡Es nuestro destino, y no podemos escapar de él!

La respuesta de Alexander me dejó sin latidos, recordándome las palabras que usó Leonardo cuando me compró para que fuese su esposa.

El poder estaba corrompiendo al sucesor del Kraken y eso me restaba las ilusiones de un nuevo amanecer con un capo con pensamiento respetuosos..., pues al final todos tomaban el mismo sendero.

Ashley hizo un repentino movimiento y usó todas sus fuerzas para marcharse. Pero su brazo quedó de nuevo sujeto por una mano áspera, cuyo tacto conocía bien su piel.

—¡Un trío de chicas muy interesante! —admitió el Kraken—. Cuando me recupere, vosotras dos que estáis aquí, las dos “A”, yaceréis con vuestro dueño, mientras Valeria nos mira. ¡Será un presente para celebrar mi pronta recuperación!

—Ahora, con dos corazones, solo necesita a dos chicas, padre... —bromeó Alexander debido a los efectos evidentes del ron.

—Menuda suerte —dijo Ainara escapando del corro en dirección a su habitación.

—¡Pero ¿qué le pasa a esa chica?! ¿No me digáis que tenía un romance con Gallo? Esto parece el puto *Falcon's Crest*... —gritó indignado el Kraken—. Valeria, prepara bien a la viuda de Diego Gitano, tengo ganas de separar sus nalgas como hice contigo, ¿ok?

28. El peso de las acciones



Una vez en nuestra habitación, Ainara se derrumbó. Fuera quedaron las demás chicas y los hombres hablando de otros asuntos. Pero lo que a mí de verdad me importaba en esos instantes era el estado de ánimo de mi amiga.

El Kraken le abrió dos heridas a Ainara sin tocarle un solo cabello: el salvaje asesinato de su amor español, al contemplar al león devorando a ese pendejo de cresta dorada; y, por otro lado, la futura violación que le había prometido para celebrar su recuperación.

—Voy a alimentar a los cerdos y al caballo. ¿Te vienes? —le animé.

—No, ya he visto demasiados puercos por hoy —alegó Ainara cabizbaja.

—Está bien..., solo quería animarte.

Sin compañía, me puse de nuevo mi ropa ranchera y caminé feliz hacia los animales, pues ellos no pensaban en cómo hacerte daño constantemente. Resultaba contradictorio que me diese oxígeno la labor familiar de la que llevaba años intentado huir... Antes necesitaba ir a la ciudad, pasear por sus calles... Y, ahora, anhelaba lo que llevaba años renegando de él.

Ajena al murmullo alrededor de la piscina, me dispuse a salir por la puerta trasera, donde el tractor coronaba una pequeña loma aguardando como aquel león: carne fresca. De pronto, una mano me tapó la boca y el frío cañón de una pistola se posó en mi espalda, por encima de los riñones.

—¡Camina putita! En el gallinero no hay cámaras —masculló Omar usando un tono terrorífico.

Caminé buscando una solución a mi prematura muerte; sabiendo que, posiblemente, allí caería. Quizás, el espíritu de mi padre, intentó avisarme como aquella vez en el camión, cuando me cantaba desde lo lejos, vestido con aquel disfraz típico de carnaval:

*“Sirenita, sirenita, sirenita de alta mar,
alabemos al Santísimo y al señor San Sebastián.
Al pasar por tu ventana me tiraste un limón,
el limón cayó en mi cara y pasó a mi corazón...”*

Al entrar en la pocilga, me empujó y me arrojó contra una alpaca

de paja. Luego me encañonó con su pistola:

—¿A qué juegas, zorra? ¿Vas contando rumores sobre mí a todo el mundo? —calló, desabrochándose la correa del pantalón, sujetándola como si fuese un látigo con hebilla de águila.

—¡Eres un policía corrupto, no eres distinto a esos narcos! —le recriminé.

Espinosa guardó la pistola en su cintura y comenzó a azotarme, clavando las alas de metal de su hebilla de águila en mi cuerpo.

Las pocas gallinas que allí quedaban revoloteaban asustadas, mientras que los cerdos se acercaron atraídos por el olor a sangre que desprendía cada piquete que me producía la punta de su látigo; entonces le grité bajo los azotes:

—¡¿Cómo puedes mirar a una madre a los ojos y contarle tan cruel mentira, sabiendo que estoy viva... —me callé de repente, al recibir un golpe en la boca—. ¡Qué coño tienes dentro en lugar de un corazón! ¡¡No tienes alma!!

—¡No! Y por eso voy a poseer tu cuerpo antes de se ponga frío. ¡Vas a pagar los quebraderos de cabeza que me has provocado! Si mato a la perra, se acaba la rabia —admitió Omar.

Tras su declaración de violarme y asesinarme en aquella pocilga, decidí huir. Correteé entre los cerdos, huyendo de su látigo. Esquivé aquel cinturón de castigo, hasta que me arrinconó contra aquel murete manchado de pisadas de barro; intenté huir por encima de él, pero en cuanto me encaramé, Omar me agarró de un tobillo y me arrastró hacia abajo, donde caí sobre la paja llena de mierda de cerdo. Al apoyar mi mano, toqué un objeto sólido que yo había dejado el día anterior y que mi mente, quizás por instinto de supervivencia, me otorgó una nueva oportunidad para provocar otra reacción en cadena.

—¡Espera! —puse mi brazo a modo de escudo sobre mi cara—. No correré más. Podrás violarme y matarme, pero ¿todo esto por una misión? —le dije girando la rosca de encendido y presionando el botón del aparato, bajo las briznas de paja.

—Llevo años buscando un ascenso... No ha sido fácil infiltrarme en el cártel más peligroso de Chiapas. ¡Y una puta como tú, no va a chafarme mi gloria de ser un miembro reconocido del DEA! Una pena que no estés viva para verme condecorado en la televisión —argumentó Omar con aires de grandeza.

—¡A eso llamas gloria! Menudo currículum... Primero me diste una nalgada en vez de multarme; luego hiciste la vista gorda con la denuncia de mi desaparición en las manos; has dejado que me violasen esos chamacos hijos de puta; has asesinado a Sabandija por miedo a que te delatase e incluso has traicionado a don Marcos, un hombre enfermo —alegué, mientras sus cejas se arqueaban.

—¿Y desde cuándo te preocupa a ti el Kraken? —se extrañó

dejando su cinturón en el suelo y sacando su pistola de la cinturilla del pantalón, para dejarla sobre un madero—. Todos mis movimientos forman parte de un plan; para llegar a la cima hay que ser frío como el hielo. ¡Eso se llama ambición! Y vosotras sois el precio a pagar, las víctimas de un agente listo y muy hijo de puta —dijo bajando sus pantalones de un solo gesto, con el pene erecto listo para violarme.

Entonces saqué la mano del pajar y le mostré el *walkie talkie* de Sabandija con la lucecita roja parpadeando.

—Listo, ¡pero no lo suficiente! —añadí mientras su rostro descompuso de golpe.

Y cuando pensé que ese moreno no podía empalidecerse más, su piel se volvió gris igual que un cadáver de la morgue, al oír la voz del Kraken que resonaba metálica a través del *walkie talkie*:

—¡Sobre ser un *hijoeputa*, yo soy el maestro! Y tu confesión ha provocado que quiera dar una lección ejemplar, a aquellos que quieren venir a joder mi negocio.

De una patada me arrebató el *walkie*, el cual sonó de lejos:

—¡Te vamos a encontrar tarde o temprano! Y te vamos a cortar a pedacitos.

Los cerdos gruñían, estaban agitados. Tanto los que teníamos delante como los que hablaban por radio.

—¡Vete ahora que puedes! —le grité—. El karma te persigue, para cobrarse el precio de tus acciones.

—Sí, me voy a ir... Pero antes te voy a asfixiar con mis manos por haber destruido mi carrera policial.

Su puntapié se clavó en mi estómago, y, aunque fuese absurdo; pensé en ese bebé que podía estar creciendo en mi interior. Entonces, cogió su cinturón y me lo anudó al cuello, apretando con suma maldad, privando a mis pulmones del apestoso aroma a puerco.

—¡Toc! —Un tosco golpe sacudió la cabeza de Omar.

—¡Nadie toca a mi hermanita! —advirtió Ainara con otra piedra redonda en su mano, típica de los arroyos de aquellos parajes.

Omar me soltó trastornado por la pedrada que recibió en la cabeza, y tras comprobar que no sangraba, decidió acabar rápido con nosotras dos. Aturdido, cogió la pistola que tenía encima de la caja y disparó a Ainara; pero, por suerte, ella le lanzó otro pedrusco al arma y desvió la bala; haciendo de su brillante puntería de agente, un tiro errado que rozó uno de sus muslos.

Los gritos de Ainara alteraron al ganado. Omar, mientras tanto, giró el arma en mi dirección, su tiro iba a ser a bocajarro...

Pero una sombra salió gritando desde la penumbra de aquella oscuridad, como si un cerdo se hubiese personificado y hubiese aplacado a Omar.

—¿Papá? —mascullé sorprendida por aquel espectro.

—¡Arrgg! —se oyeron más voces guerreras, como si fuesen aztecas batiéndose con sus rivales mayas.

Mis salvadores llevaban unas ramas de “palo mulato”^[25], con las cuales azotaban el cuerpo de Espinosa, como si fuese una piñata de cumpleaños.

Corrí hasta Ainara y, abrazadas, pudimos comprobar que aquellos guerreros mayas, no eran los hombres de don Marcos, sino los guatemaltecos que yo liberé del sótano hacía unos días: Manolete, Lucía y Carlitos.

—¡Te debíamos una, Valeria! No queríamos irnos sin ti —dijo uno de los migrantes con el rostro deslavado y una sonrisa amarilla.

—¡Gra... gracias! —exclamé entusiasmada atendiendo a Ainara por el disparo.

Los guatemaltecos seguían dándole con el palo, sin piedad, clamando venganza y sintiéndose en deuda con mi gesto de liberación.

—No. Tú te sacrificaste por estos desconocidos y eso solo puede ser obra de Dios —aclaró Manolete—. Y nosotros no abandonamos a los que nos envía el Señor desde el cielo.

—¡Tenéis que marchaos! —les advertí—. No os preocupéis por mí.

El *Jeep* rugía en dirección a nosotros.

—Llevamos días aguardando el momento adecuado —argumentó Lucía—. Las gallinas nos ayudaron a subsistir en el campo... El resto de migrantes hace días que fueron con sus familias, para no salir jamás de sus aldeas.

—¡Ven, huye de estos monstruos! —dijo Manolete cogiendo la pistola de Omar.

—No le dispaes. Quiero verlo sufrir —añadí.

—¡No creo que se levante! Éramos jornaleros del trigo, unos expertos majando las espigas de trigo —espetó Carlitos que se había empleado a fondo con Espinosa como si estuviese trillando en el campo.

—¡Marchaos de una vez! ¡Ahora! Ya están aquí los hombres del Kraken. ¡Gracias por todo!

Desde el suelo, Omar clamó entre bramidos:

—Ayudadme a escapar y os liberaré a todos...

—¿Y perdernos como te arroja al león? —dije con malicia—. Venganza Omar. A todo cerdo le llega su San Martín.

—Nos has demostrado que en México hay gente maravillosa y tu proeza de valor será transmitirla a nuestros hijos y ellos a sus nietos. Nunca te olvidaremos, Valeria —me confesó entre lágrimas Lucía.

Los migrantes salieron por encima del murete dejando nuevas huellas. Se llevaron el arma de Omar y corrieron campo a través.

29. El test del embarazo



No pasaron ni cinco minutos cuando los hombres del Kraken nos encontraron en el interior de la pocilga. Espinosa estaba tirado en el suelo sobre los desechos de los cerdos, revolcándose como un marrano en aquel charco viscoso de tierra y sangre.

—Maldito traidor —dijo el Kraken—. ¡No sabes lo que odio al DEA!

—¿Le disparo en la cabeza? —preguntó Matarife.

—No, no, no... Vamos a hacer un sacrificio al estilo de los antiguos aztecas —guardó silencio unos instantes, con aires de misterio—. Le voy a sacar el corazón con un cuchillo mientras está vivo.

—No tenemos cuchillos, padre —dijo Alexander recriminando la falta de útiles en la cocina.

—No te preocupes por eso —calmó a su hijo—. Nuestro amigo Matarife, debe su apodo a su oficio de sacrificar a cochinos. Y seguro que tiene un buen equipo de filos cortantes en su vehículo —argumentó entusiasmado don Marcos.

—Pues claro, don Marcos —afirmó el hombre sin pestañear—. Ahorita mismo le traigo mis herramientas para descuartizar puercos.

—¿Y con las chicas, qué hacemos? Están heridas —dijo Alexander.

—Déjalas que sufran un poco y así recapacitan —repuso el Kraken.

—¿Recapacitar sobre qué? Me he jugado la vida por delatar a este malnacido —contesté mientras arqueaba las cejas en dirección al capo; después levanté la mano de la herida bala de mi hermana, para que la viese—. ¡Mira a Ainara! Gracias a ella, tienes al infiltrado en tus manos.

—Desde que llegaste a esta casa, Valeria, han ocurrido muchas cosas... Ha muerto un cliente muy importante, se han escapado los migrantes, dos de mis chicos han muerto injustamente, te has quedado embarazada de mí... Aunque también has traído placer, no lo puedo negar —argumentó el Kraken.

—¡Pues quédese con lo bueno! —espetó Ainara con gesto de dolor.

—Es que lo malo siempre le gana a lo bueno —sentenció sacando de su bolsillo dos objetos. Al abrir la mano me mostró dos llaves de trampas—. Alguien olvidó que estas llaves son de plástico y que flotan en el agua del inodoro.

Mi rostro me delató, pero la única persona que entró tras de mí en el baño fue Omar. Claramente me incriminó ante el Kraken por cómo

me miraba el capo, pero el agente que yacía en el suelo ocupó el puesto uno para ser ajusticiado.

—En dos días volverá el matarratas y tendrá que responder ante su negligencia. Averiguaré si extravió esa llave o si alguno de vosotros se la pidió personalmente... —advirtió mirándome fijamente de nuevo.

—¡Ese empollón! La habrá perdido sin querer. Tenía pinta de ser un bobo —argumenté.

—¡Me confesó que tiene una carrera universitaria! No subestimes su inteligencia por llevar gafas. Yo no os subestimo por tener una cara de ángel y un cuerpo del demonio...

—Disculpe, don Marcos —respondí cabizbaja.

—Nada. Ahora entra en casa y prepara a las chicas. Mañana es tu cumpleaños y quiero que lo disfrutes porque nunca se sabe si serán las últimas velas que soples —dijo el Kraken con cierto retintín.

—Ainara necesita un médico, le ha rozado la bala el muslo... —requerí mirando a Alexander que estaba más preocupado.

—Tranquila, la ayuda viene de camino —respondió el pianista.

—Esta potranca tiene que rendir mañana en mi lecho... Así que me encargaré de que la sane bien el doctor. ¡Tiene que hacerme esa técnica oriental que espero le hayas enseñado a hacer!

—En ello estoy —respondí—. Pero un buen regalo para mí, sería que la respetarais el día de mi cumple, hasta que esté completamente recuperada de su herida.

—Por los regalos no te preocupes, yo ya te he hecho el tuyo... Tatoo te va a tatuar un bonito tentáculo.

El ruido de unas hélices, agitó los altos árboles y nos advirtió con una amplia sombra del descenso de un helicóptero. Las chicas salieron de la casa junto a los otros guardias, ametralladora en mano. Omar comenzó a reírse a carcajadas entre risas y rugidos de dolor.

Yo pensé en el equipo de asalto de la policía, en un rescate momentáneo; pero no fue así... El purasangre relinchó desde lejos, mientras el helicóptero dejaba a un tipo gordito con bigote. Cuya bata blanca se agitaba al son del viento de las aspas. Llevaba un maletín en la mano y un estetoscopio.

—¿Y mi doctor? —se extrañó don Marcos desconfiado, gritando bajo el zumbido del aparato.

—Le daba miedo volar... Y yo era el único doctor al que le gusta ver los escotes de las mujeres desde las nubes —bromeó el doctor, alzando la voz con tono humorístico.

El médico me resultó bastante familiar. Pero con aquella bata podía recordarme a cualquier mexicano licenciado en medicina.

—Confíe en mí, tengo una dilatada experiencia en enfermería —confirmó el sanitario. También traigo el frasco para la extracción de sangre para el análisis Beta hCG, que le pidió al doctor Parrales,

además de los otros.

—Chicas, el doctor os va a hacer una pequeño análisis de sangre. ¡Pasen por aquí! —dijo el Kraken.

Cantinflas, uno de los guardias, trajo una de las mesas de la piscina y una silla, y las chicas nos fuimos sentando a esperar la extracción. El sanitario se mostraba algo nervioso y a mí me tocó la primera.

—¿El test de embarazo? —preguntó el doctor.

—Es para esta joven, se llama Valeria. ¿A ver qué disgusto me da? —aclaró el Kraken, dirigiéndose a mí con una maléfica sonrisa.

El médico tomo nota en un papel, anotando mi nombre al lado de un adhesivo con un código de barras.

—¿Cómo? Ese hijo de puta me ha llenado de agujeros con una hebilla y ahora, ¿me vais a sacar más sangre? —recriminé extendiendo el brazo, ante la pérdida de sangre por las heridas.

—Lo siento, me pagan por esto y, además, el piloto tiene que llevarlo al laboratorio antes de que se coagulen las muestras —sugirió el doctor mirándome fijamente a los ojos.

Me anudó una gomilla amarillenta, y cuando una de mis venas asomó bajo la piel, preparó un trozo de algodón empapado de alcohol e introdujo la aguja en ella. Necesitó hasta tres intentos para llenar aquel émbolo de cristal. Mi sangre salió generosa, con los números de la suerte impresos en las hormonas, listos para ser leídos bajo una lente de microscopio.

Mientras agitaba el tubo de muestra con ahínco, yo rezaba porque no me tocase el premio de una cesárea sin anestesia. El Kraken tras contemplar la destreza del sanitario sobre mi brazo, se mostró disgustado por el cambio de médico.

—No dudo de su profesionalidad, pero muy fino sacando sangre no es usted —expresó don Marcos.

Todas las chicas rotamos por la mesa improvisada de extracción, bajo la atenta mirada del piloto sobre el helicóptero.

El Kraken le entregó una bolsita de cierre automática, en cuyo interior se apreciaba un vaso de plástico como si fuese una prueba forense en la escena del crimen, y no tuve que ser adivina para entender lo que allí estaba ocurriendo.

El médico cogió el vaso sin saber para qué fin; yo en cambio, supe que era el mío.

—¡Vuelve en una hora! —ordenó el sanitario al piloto del helicóptero, entregándole los tubos para la prueba de embarazo y el vaso ensangrentado.

—Necesito saber el resultado tan pronto como pueda —advirtió el Kraken, mientras todos agachábamos la cabeza por la turbulencia de las hélices.

—¿Qué le ha pasado a este güey? —exclamó sobrecogido el

sanitario, tocando la yugular del apaleado.

Omar balbuceó un nombre que pasó desapercibido para los demás, pero que a mí me sacó de dudas al instante sobre su identidad: “Flores”. Luego, Espinosa dibujó una sonrisa en aquella cara hinchada por las varas de madera.

—¡Aquí yo soy la ley! —dijo el Kraken—. Y este *pinche* ha infringido la norma principal de convivencia: la traición.

—Como médico mi deber es atender a sus hombres... Y este chico, ¡necesita un traslado urgente! Tendrá hemorragias internas y huesos rotos —se preocupó el doctor por su compañero del cuerpo de policía.

—¿Vos os llamáis? —preguntó el Kraken.

—Flores... doctor Flores —dijo confirmando mi sospecha.

—Doctor Flores, ¿usted sabe que viene a tratarme por una hemorragia interna causada por un envenenamiento?

—Eso es —espetó el agente infiltrado.

—¡Pues olvídense de todo lo demás! Le pago bastante caro. No haga preguntas —sentenció el capo.

—¡Este joven va a morir! —insistió el médico temiendo por la vida de su amigo y por la marcha del operativo.

—¡Así es! Le sacaré el corazón con mis propias manos —explicó el Kraken—. Mas le hubiera valido que estas dos mujeres le hubiesen abierto la cabeza.

—Puedo llamar al helicóptero ahora mismo y evacuarlo. Como sabe nuestra clínica privada, es totalmente confidencial.

—¿Tiene usted mucho interés en sacar a este pendejo de aquí? ¿No serás del DEA tú también? —especuló don Marcos causando una reacción en cadena.

—No sé a qué se refiere... ¿DEA? —disimuló Flores ante la acusación.

Sus hombres desvistieron al doctor en busca de micrófonos, luego registraron el maletín y no hallaron indicios de culpabilidad alguna.

—Disculpe el mal trago doctor Flores, pero ya no nos fiamos de nadie —dijo don Marcos bajando la pistola.

—No pasa nada. Solo que olvidé hacerme la depilación láser —bromeó.

—¡Ándale! Entremos en casa y hágame el chequeo de una vez. Estoy deseando alimentar a nuestros dioses aztecas, con el corazón de Omar el traidor.

Entramos en la casa y un exquisito olor a chocolate fundido embriagaba toda la estancia. Flores atendió en primera instancia a don Marcos, mientras yo y Ainara lo estuvimos esperando en el baño.

Por el pasillo pasó Matarife, que traía consigo los cuchillos característicos para el sacrificio animal. Alexander y Ashley estaban compartiendo un rato de repostería, sin saber si yo, finalmente,

llegaría a soplar las velas del dos y el cero.

Flores se despidió del Kraken, y este salió hacia fuera para cumplir con la ofrenda sanguinaria hacia el dios Popocateztl^[26].

En el baño donde desniqué al americano, el doctor Flores nos curaba las heridas a mí y a Ainara, con el nuevo esbirro Tatoo bajo el dintel de la puerta; jugueteando con su iPhone. Flores estaba altamente nervioso, y no hubo chistes en aquel baño, pues los desgarradores gritos de dolor de Omar, se oían claramente por todo el interior de la casa, creando un extraño maridaje con el amargo olor a chocolate fundido que serpenteaba desde la cocina

Flores intentaba soportar el llanto por la tortura de su compañero junto a la piscina. El espanto al que estaba sometido le hacía que se le cayeran constantemente los objetos con los que intentaba curar nuestras heridas.

—¿Ahora eres médico? —mascullé al agente “gracioso” que aquel día casi maté en la carretera junto a Omar Espinosa.

—¡Qué alegría que estés viva, angelito kamikaze! —respondió en el mismo tono—. Perdona por la nefasta extracción, hice un curso exprés y los nervios jugaron en mi contra.

—Sí, eso tengo entendido —repuse—. ¿Nos matarán a todas en un asalto policíaco a la casa?

—¡Veo que Omar te tenía al tanto del operativo! —dilucidó.

—Sí —espeté—. Pero ahora no hay operativo. Ese malnacido abusó de mí, hizo la vista gorda ante asesinatos horribles, me devolvió a una habitación cuando intentaban violarme, le dijo a mi madre que yo estaba muerta... Y, además, intentó matarme con sus propias manos en la pocilga. ¡Ese cobarde merece sufrir y mucho!

Flores se sobrecogió por mis frías palabras: el angelito se había endemoniado.

—El asalto será mañana por la noche. Si oís una fuerte explosión afuera, resguardaros en un sótano o bajo una mesa —aconsejó Flores mientras limpiaba mis heridas con agua oxigenada.

Bizqueé la mirada en busca del guardia, pero seguía apretando su labio, mientras hacía filas de frutas en la pantalla de su celular. Flores desinfectó el muslo de Ainara y lo vendó, mientras se le perdía la mirada en tan bonitos muslos.

—Dentro de la casa hay unos ocho hombres, entre ellos el capo y su hijo —informé al agente infiltrado—. Hay cámaras, han reforzado la vigilancia... Pero también estamos retenidas un puñado de chicas inocentes. ¡Sácanos de aquí ya!

—Como te dije, el asalto será mañana por la noche. Pero tengo que darte un mensaje... —me explicó con aires de misterio—. Leonardo vendrá por ti antes del operativo. Concretamente mañana a las siete. Yo le ayudaré a entrar.

—¡Ese loco no se rinde! —añadí—. Lo matarán. Ahí fuera hay una fuerte vigilancia.

—Pues procura entretenerlos, haz algo si quieres salir de una puta vez de aquí.

Flores hizo un gesto, y en la venda del muslo de Ainara, introdujo un papel doblado en cuatro partes.

—¡Tú, el helicóptero ha vuelto! —interrumpió el *guarura*.

Flores recogió sus cosas. Me pidió que me curase todas las pequeñas heridas provocadas por la hebilla metálica y a Ainara le dijo que “nada de esfuerzos”. Inmediatamente se marchó, prometiendo volver mañana para hacerle una revisión al Kraken.

—¡Espera! —le frenó Tatoo—. Don Marcos dice que espera que le llames con el resultado.

—Por supuesto. Le avisaremos lo antes posible —asintió Flores.

Ainara y yo abandonamos el baño, dirigiéndonos hasta la habitación de las chicas. El plan tenía que llevarse a cabo de inmediato, tras las declaraciones del agente Flores.

Regina nos miró con desprecio y luego nos abrazó. No sabía si era falso aquel gesto, pero lo necesitábamos.

—Lo siento chicas, lo siento... —se disculpó Regina.

—No es tiempo de lamentos... —dije con tono firme—. Estos hombres no son inmortales: Omar está afuera sin corazón, Sabandija descuartizado, Gallo en el vientre del león...

—Mueren ¡pero siempre aparecen más! —dijo Ashley.

—¡Tenemos que matarlos a todos para poder escapar! —exclamé asombrando a las chicas—. Pero mientras tanto seguiremos creando desconfianza entre ellos, pues apenas se conocen. Debemos seguir haciendo lo mismo... Tenemos que manejar los hilos de esas marionetas —les animé.

—¡Escuchad lo que tiene que decir Valeria! —pidió Ainara ante el murmullo que trepaba sobre su voz—. Tenemos muy poco tiempo para trazar el plan, es posible que ocurra un asalto policial.

—Ashley, es el momento —le dije—. Tenemos que pensar en grupo para salir de aquí y quiero que me demuestres que eres esa líder...

—¡Chicas! —reclamó la de los cabellos rojizos—. Tenemos que vengarnos de estos cabrones sin alma. Hoy casi matan a estas dos y mañana podemos ser alguna de nosotras.

Todas se pusieron alrededor de mí, contemplando mis heridas y las de Ainara. Les expliqué lo que había ocurrido, pero todas ya habían oído los gritos de Omar. Ninguna fuimos citada para presenciar el sacrificio; y ese detalle me abrumó. Parecía que de nuevo las mujeres no teníamos nada que ver con los asuntos de los hombres.

—El plan es sencillo, será durante mi fiesta de cumpleaños; luego emborracharemos a todos los hombres e intentaremos meter a los

guardas en el salón, para restar vigilancia en el perímetro.

—¿Todos juntos? —intrigó Ashley.

—Leonardo va a venir a sacarnos de aquí, antes que la policía. No sé con qué medios, pero lo hará —les revelé—. Tenemos que mermar la guardia con alcohol, y usar los regalitos que tienen los trajes de fiesta de Mamma Chloe.

—¿Regalitos? —intrigó Regina.

—Dentro de cada vestido, a la altura de los pechos, encontraréis hojas de cúter, pinchos, estiletes, cuchillos sin mango —explicó Ainara.

El rostro de las chicas cambió, y un halo de color iluminó sus iris... Todas fueron a por los vestidos a comprobar si había algo oculto en ellos. Y su emoción, se hizo presente en sus labios dibujando una maléfica sonrisa de venganza.

—En el momento adecuado sacaremos esas armas del interior de los vestidos y no tendremos piedad con esas marionetas —dije haciendo un ademán en el aire.

—Tenemos que ser pacientes— aclaró Ximena—. Es demasiada tentación poder hacerle daño a uno de ellos.

—Tendréis que esperar a la señal... —dije.

—¿Y cuál será la palabra clave? —preguntó Marina.

—Venganza. Sin más añadidos —respondí.

—Recordad, hay que esperar el momento adecuado y apuñalar en la yugular, los ojos, sus huevos... esperad a que estén bajo los efectos del ron —instruyó Ashley.

—Tenéis que conducir a esos hombres al salón, y tú, Regina, no debes contarle nada a Alexander de nuestro plan. ¡Fuera encontraras el amor que mereces! —añadí ante la cara de desapruebo de la chica.

—¡Toc, toc!

a puerta sonó, era Tatoo:

—¡Valeria! El Kraken me envía para tatuarte la piel. Pero antes quiere que salgas ahí, afuera.

—Ok, dame dos minutos —le respondí temblorosa, pues nunca me habían hecho un dibujo corporal.

El guardia se fue, y aproveché para hacer una modificación en el plan con Ashley y Ainara, al margen del resto de chicas.

—¿Vosotras os vais a encargar de decorar el pastel con el chocolate? —indagué—. Tenéis que procurar que Alexander no os vea.

—¿Nosotras dos? ¿En qué estás pensando? El pastel está terminado, solo le resta enfriarse.

—Pues Ainara, hay un detalle que las chicas no sabrán. No me fío de Regina —le aseguré.

Ashley y mi hermana se agruparon para evitar que las alcahuetas se enterasen ante las sospechas que estábamos levantando frente al resto.

Y les expliqué el plan definitivo...

Una vez todo quedó claro, acompañé al presunto tatuador que me esperaba apostado en la pared del pasillo. Resultaba absurdo, que a pesar de todo lo que había pasado hasta el momento, me aterrara la idea de que me marcaran la piel con tinta, convirtiéndome en una cabeza más de aquel ganado sexual del Kraken. Tras sus pasos, salí afuera donde don Marcos me esperaba con las manos ensangrentadas junto a Matarife y Patoso.

Tres antorchas rodeaban el cuerpo sin vida de Omar, que reposaba sobre una mesa con las extremidades amarradas a las cuatro patas; en su pecho se abría un cráter horripilante del cual salían vísceras y trozos de músculos. Los insectos que se arremolinaban alrededor del destello, producían chisporroteos al suicidarse con las llamas.

—¡Valerita! Ves lo que le ha pasado a este hombre... ha sufrido mucho —declaró el Kraken.

—Se lo merecía por traidor. Pero no me gusta ver estas crueldades... —respondí—. Aunque me causa intriga conocer si este ser tenía una piedra en vez de corazón.

—Pues quería que lo vieras, no por venganza, si no por empatía... ya que si este celular suena y por un casual estás en cinta o eres la culpable de mi envenenamiento —dijo trazando un corte en el abdomen ensangrentado del cadáver con una daga de hoja doblada—, yo mismo te sacaré a ese embrión con este afilado cuchillo de hacer matanzas.

—Puede estar tranquilo. Mi lealtad es sincera..., porque yo lo desenmascaré.

—Tienes razón... —añadió el Kraken—. Por eso te has ganado mi marca, para formar parte del harén. ¡Estoy deseando escuchar el argumento de ese matarratas cuando venga mañana! Igual comparte destino con Omar...

—¿Entonces me la puedo llevar para comenzar a tatuarla...? Necesito un par de horas para completar el diseño del que me habló —explicó Tatoo.

—¡Espera, Valeria! —gritó, frenando mi marcha el Kraken—. ¿Cómo dos chicas habéis molido a palos a un agente tan cualificado?

—Nos subestimó. Y cuando lo haces cuando tratas con animales salvajes, te puede costar muy caro —argumenté marchándome.

30. Mi fiesta de cumpleaños



No pude dormir en toda la noche. Los tentáculos oscuros que sorteaban los piquetes de mi piel, me escocían como una quemadura; era como tener un apéndice del Kraken haciendo ventosa sobre mí.

Las ojeras se hacían pesadas sobre mis mejillas y parecían no permitirme cerrar los ojos, como si el párpado de arriba no llegase a descansar sobre el de abajo.

Ainara estaba a mi lado, hablando mucho menos de lo que acostumbraba; pues su situación solo le permitía acariciarme el pelo y regalarme algún que otro abrazo, ya que temía al sueño como un verdugo, pues al despertar el Kraken prometió tomarla a la fuerza.

Finalmente, fue vencida por el sueño; sabía que no podía escapar de su destino. En mitad de la noche, recordé la nota que el agente Flores introdujo en el muslo de Ainara, y con cuidado de no despertarla, extraje el papel.

Luego me levanté, fui al baño de la habitación y contemplé mi horroroso rostro y mi espalda tatuada frente al espejo. Cerré la puerta y deslié la carta sentada sobre la tapa del váter. En aquel silencio absoluto, la voz de Leonardo leía la nota en mi cabeza:

“Felicidades Valeria. No sabes cuánto dolor me acontece el alma, desde que no estás a mi lado. Vivo en una especie de rutina carcelaria, donde no hay cenas bonitas, ni escapadas a la playa, ni esos ojos bonitos que tanto me alumbraban en mis horas bajas... Cada minuto pienso en estar a tu lado, en besarte hasta el último rincón de tu piel, en sentir tu cuerpo mientras bailamos una bachata, en atarte de manos y pies, a merced de mis perversiones...”

Llevo años solo, caminando como un perro callejero por los lares del amor. Ahora he probado ese bocado, ese regazo acogedor y no estoy dispuesto a rechazar aquello que me ha hecho sentir humano, tras más de doscientos asesinatos.

No soy un hombre que va regalando el oído, soy de detalles... ¡Y qué mejor detalle que sacarte de esa casa, para que de nuevo tú y yo, seamos uno.

A las siete, nos vemos...”

Leonardo

Cerré la carta y lloré. Todo me resultaba tan confuso, que mi cabeza se enfrentaba a un sudoku nivel Dios.

Entonces me arrodillé en el frío suelo del baño y recé por los míos: por los vivos y los muertos... Este amanecer podía ser el último de mi vida, y entendí que todo este tiempo no hacía sino que huir de mi destino. Así que era hora de enfrentarme a él, en vez de escapar a mi sino. Pues mi fortuna recorría caminos inescrutables repletos de trampas y sorpresas inesperadas.

Despegué los párpados y eran las dos de la tarde; las chicas no estaban en la habitación. Ciertamente era extraño, pues antes del desayuno debíamos estar todas empleadas en nuestras labores y cometidos.

Me levanté de la litera, y un intenso olor a chocolate fundido me dio los buenos días. Al poner los pies descalzos sobre la moqueta, recordé que Omar ya no respiraba entre los vivos y que hoy cumplía veinte años. Me froté las legañas, y frente a mí vi un ramo de flores en mitad de la recámara. No sabía si estaba en mi propio velatorio: quizás había sido envenenada y mi cuerpo había salido de mi cuerpo difunto. Pero las cortinas fueron descorridas y todas las chicas gritaron un enorme: “¡¡FELICIDADES VALERIA!!”.

Alexander, que lucía nuevo *look* que lo mostraba más favorecido que nunca, entró en la habitación con un bonito paquete envuelto con papel de corazones rosas.

—¡No todos los días se cumplen veinte años! —exclamó el pianista.

—¡Gracias! No tenéis que hacerme ningún regalo —me ruboricé, pensando que estar viva era el mejor presente—. El ramo es muy original...

—Son flores del campo —dijo Ashley sonriente, argumentando el aspecto rústico del *bouquet*.

—El detalle es lo que cuenta —les dije.

—¡Venga, abre el paquete! —me animó Ainara entusiasmada, como si el regalo fuese para ella.

Entonces me dispuse a quitarle las cintas al paquete y hallé un Ipod con auriculares. Al cogerlo, vi una caja con la píldora del día después, intacta, lista para salvar mi vida y matar la del cigoto que estaría germinando en mi vientre.

—Es un reproductor de mp3 con más de mil canciones... —añadió Alexander guiñándome el ojo por el regalo que había debajo—. Incluidos todos los temas de John Legend.

—Gracias. Este reproductor es para todas las chicas, ¿de acuerdo? —me mostré generosa.

—Tuyo es. ¿Te parece bien el cumpleaños a las nueve de la noche? —me preguntó Alexander lanzando miradas sobre mi camisón, contemplando el brillo de la tinta que me surcaba la piel.

—¿Muy tarde, no?! Mejor una merienda —sugerí.

—¿Has quedado con alguien para cenar? —bromeó.

—Es que... nací a las siete de la tarde. Es una tradición de ranchos —mentí haciendo un ademán.

—A esa hora es la visita del médico, no sé qué opinará mi padre.

—Es muy importante para mí. Que sea a la hora que vine a este mundo cruel —insistí.

—Bueno, ¿para que demorar el cumpleaños? La tarta ya está terminada —explicó Alexander—. Ashley y Ainara se empeñaron en añadir más chocolate y nata al pastel. Si queda empalagosa ellas son las culpables... Así que no te demores mucho. ¡Las siete ya están aquí!

Alexander salió. Las chicas me besaron, una a una, felicitándome personalmente; incluso Regina se mostró amable. Marina acaparó la atención de las chicas:

—Amigas, ha sido un placer compartir esta mierda de vida con vosotras. No sé cómo va a salir este cumpleaños, pero tenemos que mandar a la mierda a estos capullos.

—Será nuestro día, el día en que luchamos por la justicia —añadí levantando mi camisón y mostrando la tinta que serpenteaba mi espalda bajo el film transparente—. Además, ya soy una de vosotras.

—¿Y ese tatuaje en la muñeca? —preguntó intrigada Ainara—. Es una “V” de Valeria.

—No. Es una “V” de *vendetta* —respondí con cierto vacile.

—Yo si me hago uno —añadió Ashley—, pondrá: “Ni un solo narco más en mi puta vida”...

—Eso suena bien, pero que muy bien— dijo Marina sonriendo.

—Yo no lo veo claro. Vamos a acabar bajo el tractor de arar... —dijo Regina—. Además, el Kraken está delicado de salud, solo tendremos que esperar como mucho un par de años y su hijo tomará el relevo.

—Sí, y tú serás la esposa del capo, ¿no? —respondió Ashley—. Ya has pasado mucho sufrimiento de mano de estos cretinos para creerte princesa en un mundo de príncipes sin corazón. ¡Despierta, Regina!

—Tenemos que acuchillarlos de una vez, pero mejor borrachos que tendrán menos reflejos —añadí con sadismo ignorando la petición de Regina— ¡Ya es hora de ser mujeres libres!

—Nunca seremos libres, seremos esclavas de nuestros recuerdos —añadió Juanita.

—El tiempo todo lo cura, mi niña —dijo Marina.

—¡Tengo una idea! —intervino Ainara—. Cuando Valeria pronuncie V de venganza, nos cargaremos a estos marranos... Será la señal y no

habrá marcha atrás.

Las chicas hicimos un círculo y nos abrazamos. Ainara comenzó a sacar los trajes y revisó que todos llevasen el objeto adecuado. Metía sus dedos y los sacaba, como asegurándose de que estaban allí todas las armas. Y las chicas que notaban los bultos rígidos en el bolsillo, ni siquiera se molestaron en saber qué objeto les había tocado, mientras estiraban sus vestidos sobre las camas, para luego enfundárselos.

Las chicas ya habían comido, y yo, nerviosa con el plan, ni siquiera desayuné. La tarde transcurrió con parsimonia, la aguja del reloj marcaba una cruenta cuenta atrás. Necesitábamos desconectar, y escuchábamos las canciones en una inolvidable sesión de bailes profiesta. Regina ayudaba a Alexander a decorar el salón, mientras el resto disfrutábamos de aquel instante, como adolescentes en el baile de fin de curso; y como no sabía qué esperar de las chicas, si estarían conmigo a la hora de la verdad, pues decidí disfrutar de ese instante como si fuese el último.

Imitábamos los bailes de los matones del Kraken, los cuales se movían como si estuvieran escayolados de cintura para abajo. Hacíamos bromas sin pensar en más allá que divertirnos.

Cuando Regina volvió, todas nos enfundamos aquellos trajes de Mamma Chloe y yo les mostré a las chicas mi pistola, sobrecogiéndolas por la sorpresa. En cuanto se despistaron puse mi arma en el ligero de mi muslo derecho.

Dieron las seis y media: el piano sonó en el salón. Desfilamos en aquella dirección, como si yo fuese una estrella y las chicas una estela de color. Los nuevos *guaruras* nos miraban con deseo, haciéndose a la idea de que tarde o temprano sus vergas estarían entre nuestras piernas.

La melodía de cumpleaños feliz se hizo con mi pecho y me arrancó unas lágrimas. Al entrar en el salón, al contrario que en otras ocasiones, no había botellas de ron, ni cocaína sobre las mesas; solo un enorme pastel de “muerte por chocolate”, con unas velas dorada del dos y el cero. Benjamín traía unas bolsas de papel de esas que usan en las tiendas de ropa, y de ellas comenzó a sacar batidos de fresa y cafés preparados para tomar en frío; quedaba claro que no quería envenenamientos accidentales.

Seguidamente me cantaron la canción de: “Por ser una chica excelente”, y luego llegó el momento de soplar las velas. Ainara estaba a mi lado, abrazándome desde atrás. Patoso sacó un mechero y encendió los número de cera.

—¡Pide un deseo! —me sugirió Ashley.

Yo no daba crédito, después de lo que había pasado estaba a punto de vencer un año nefasto.

—¡Quiero abrazar a mi madre de nuevo! —exclamé en voz alta,

antes de apagar las llamas con mi aliento.

Las chicas aplaudieron y los *guaruras* sonrieron con sarcasmo.

—¿No hay ni una sola botella de alcohol?! —me extrañé ante aquella ausencia tan notable, para ser una fiesta.

—Hoy no vamos a beber —afirmó el Kraken con tono serio—. No pienso sufrir, mientras los demás os emborracháis a cara perro.

Las chicas me miraban con miedo, contemplando que el plan no había comenzado y ya estaba fallando. El pánico se hizo con todas, aunque procuraron interiorizarlo por lo que había en juego; sin embargo, Ashley empezó a temblar como si un terremoto se hubiera instaurado en su sistema nervioso.

Mediaoreja coqueteaba con Juanita, mientras que Alexander sonreía desde lo lejos, lanzándome miradas cómplices desde el piano mientras acariciaba las teclas. El celular del Kraken sonó y la música se detuvo. Sus gestos faciales dejaban claro que la conversación le estaba disgustando.

Yo cogí un batido de fresa y, sin pensar en las calorías por primera vez en la vida, lo engullí de un trago. El pianista se acercó hasta el equipo de música y conectó mi Ipad al aparato de alta definición.

Don Marcos me miró decepcionado, apagó el celular y me hizo un gesto que me causó un repelús conforme lo trazaba: pues su ademán imitó una pancita embarazada... Asumí que mi final estaba cerca.

El baile dio comienzo sin alcohol, sin bandejas de cocaína, sin porros de mariguana; en definitiva, sin sustancia alguna que pudiera mermar las facultades de los hombres. Yo era el centro de atención, la cumpleañosera, pero don Marcos me miraba pensando cuál iba a ser mi cruel destino. Alexander me cogió de la cintura y comenzó a bailar conmigo una bachata: baile donde el hombre es quien lleva el paso y la mujer solo tiene que limitarse a seguirlo. El pianista, que no era muy fino bailando, se comportaba de una extraña manera, pues su boca se acercaba mucho a mí, convirtiendo esa bachata dominicana en una demostración sensual.

—Me alegro que seas feliz, al menos el día de tu cumpleaños —me susurró al oído.

—No lo soy. Solo que he aprendido a sonreír ante la adversidad —respondí dando un giro.

—¿Diría que te preocupa otro asunto! —intentó indagar—. Han llegado a mi oído rumores de que tienes un plan entre manos.

—Supongo que ha sido Regina —conjeturé—. Hiciste mal haciéndola creer que era especial para ti, cuando tu interés es probarnos una a una.

Aproveché el movimiento del baile, para mirar el reloj de oro de Alexander y comprobar que estaba a veinte minutos de la hora H.

—No puedo negar tu teoría —asumió Alexander—. Por ser tu

cumpleaños, te brindo la oportunidad de ser la primera.

—Tú y yo somos distintos. Dos notas afinadas en este piano del caos —le respondí aprovechando la situación.

—Me provocas deseos, ardores..., me excitas, Valeria. ¿Tú sientes lo mismo?

—No ha sido difícil fijarse en ti. Un chico atractivo que toca el piano y no le falta media oreja —bromeé señalando al guarda, mientras girábamos de nuevo en otra dirección.

—¿Crees que es casualidad que haya escogido unos guardaespaldas tan feos? —ironizó.

—Lo único que me hace sentirme bien, es tenerte cerca —le solté como una falsa bomba, para ver sus reacciones—, y pienso que sería un bonito regalo que intimásemos —le dije poniendo una voz provocativa, precipitándome demasiado por la situación que debía estar trascurriendo a las afueras de la mansión.

—Podrás esperar un poco, ¿no? —me preguntó cortésmente—. ¿Te has tomado la píldora?

—Gracias por la pastilla del día después, pero no me la he tomado... No pienso matar a nadie antes de nacer. Quiero enseñarle que nunca es tarde para ser honrado, en esta vida repleta de tentaciones...

Don Marcos que estaba más serio que nunca, se acercó hasta su hijo apartándolo de mí y añadiendo en voz alta:

—¡Tengo un hambre voraz!

Benjamín, que ahora ocupaba el puesto de Omar, le llevó la silla de ruedas al Kraken y le ayudó a subirse.

—¡Probemos esta tarta que huele tan bien! —dijo de repente Alexander.

—¿Si Valeria me lo permite? —declaró el Kraken—. Últimamente no me deja comer basura..., sin embargo, me dio a probar veneno.

Regina se acercó al equipo de música y lo apagó. Un silencio se hizo en la habitación, y un vacío entró en la sala. Nuestros corazones se sombrearon, el mío directamente se gangrenó.

—Tengo una buena y una mala noticia para ti, cumpleaños —me explicó don Marcos enderezando su bigotón—. Estás preñada es la buena; y la mala, que tu sangre estaba en la botella donde echaste el veneno, y el laboratorio me ha confirmado que tu ADN coincide con los residuos que se hallaron allí...

—¡Yo tengo que añadir algo en contra de Valeria —afirmó—. Está preparando un motín para mataros a todos.

—¡Vaya sorpresita! Espera, voy a reírme —respondió don Marcos con sarcasmo—. ¿Con que nos van a matar esta vez? ¿Con matarratas o con el beso de Singapur?

—Sus trajes tienen doble fondo bajo el pecho, allí guardan las

cuchillas con las que os van a desollar —Regina, en un intento por apoyar su teoría conspirativa introdujo su mano en el canalillo y halló en su propio bolsillo un pintalabios.

—Estamos cansados de tus celos Regina —añadió Alexander—. Son ganas de llamar la atención en un día de celebración. ¡El maquillaje no ha matado a nadie todavía!

—Si miento, dejaré que todos tus hombres me follen ahora mismo, ¡todos a la vez! —propuso Regina boicoteando el plan que nos iba a sacar de allí.

—¡No lo hagas Regina! —dijo Ashley—. No vas a sacar nada positivo de todo esto.

—¡Desde que llegó ha intentado hacerse con el liderazgo del harén! Y no voy a dejar que ni ella ni Ashley estén por encima de mí —lamentó la joven engrosando la mirada de los guardias.

—¡Ándale! Es una gran oferta... ¡No me fío de estas putas listas! —afirmó el Kraken—. ¡Registradlas!

Bajo la mirada de deseo de Benjamín, los nuevos hombres del Kraken, se dividieron el trabajo y metieron las manos en los trajes; manoseando con saña cada pezón que encontraban en sus registros. Todos hicieron un gesto negativo al no encontrar nada afilado. Las chicas pensaron en un milagro, pues les habían cambiado las armas por cosméticos; solo Ainara y Ashley sabían del plan “b”.

—Pero si estaban allí... —se extrañó Regina dando un par de pasos hacia atrás.

—Tu obsesión te está llevando a la paranoia —dijo Ainara.

—La chamaquita tiene ganas de un buen revolcón al parecer... —bromeó el Kraken, tras el sinsentido de la chica—. Esta noche chicos, ¡barra libre con Regina!

Benjamín atendió el *walkie* que rugió en su cinturón, y se acercó hasta el oído del Kraken para transmitirle un mensaje.

—¡Alexander! —llamó para acaparar la atención de su hijo—. El médico ha aterrizado. Benjamín y yo vamos a recibirlo. ¡Y no os comáis esa tarta de chocolate aún! Quiero asegurarme de que Valeria se endulce en vida, para que cuando la mate a mi regreso, ¡sea un agradable bocado para los gusanos!

Don Marcos salió, y, Regina con el rostro descompuesto, se sentó en el sofá. Sabía que aquellos tipos iban a destrozarla. Pues la calaña de estos matones, les negaba tener escrúpulos; y los gritos de dolor los transmutaban en alaridos de placer... Siempre lo hacían y Regina conocía bien esta teoría.

Todas las chicas le dieron la espalda a la delatora. Teníamos un plan en conjunto para abandonar aquella ratonera, pero Regina soñó con un mejor futuro para ella sola y Alexander bajo el mismo techo.

—¡Que continúe la fiesta! —gritó Ainara intentando disiparme de la

amenaza del Kraken y subiendo el volumen de la música.

Los guardias comenzaron a bailar con las chicas. Mientras que el helicóptero debía estar descargando a Flores con su maletín de médico, o a un ejército de las fuerzas anti vicio... Sea como fuese, aquella era la señal, el pistoletazo de salida que anunciaba el final de nuestros días en aquel lugar. La cuestión era saber si íbamos a salir a pie de aquella casa o con los pies por delante.

Entonces cogí a Alexander de la cintura y le agarré el culo con fuerza:

—¿Me llevarías a la habitación de invitados?

Alexander no se lo pensó, y de la mano me llevó hasta el cuarto de invitados, bajo la celosa mirada de Regina que tenía encima a dos de los guardas del Kraken. Al salir al pasillo abrimos la primera puerta; dentro estaba uno de los guardias, Cantinflas, que controlaba las pantallas de las cámaras. Este, había quedado excluido del cumpleaños para mantener la vigilancia de las dependencias. Pulsaba los botones quitando el volumen y aumentando el zoom de las cámaras, forzando sus gestos como si estuviese muy implicado en su trabajo.

En una de las cámaras de vigilancia, que enfocaba la parte trasera de la casa, se podía ver el helicóptero despegando, dejando a ras de suelo al doctor Flores, junto al Kraken y Benjamín.

—Cantinflas, vuelve al salón. Yo me encargo de los monitores. ¡Tómate un café y pégate un baile con las chicas! —ordenó Alexander al operario de vigilancia.

—¡Usted manda, jefe! —dijo el hombre con una sonrisa en sus labios, pues suponía lo que allí iba a transcurrir entre el hijo del capo y una servidora.

—¡Debo ir al baño! —le dije a Alexander, con el fin de devolver mi pistola al bolsillo interior del traje.

—¡No tardes! Voy a romper el pantalón con la verga, Valeria —me advirtió acariciándose el paquete y sonriendo perversamente.

—No tardaré, bandido —respondí.

Salí al pasillo, y me topé con Flores que se dirigía a la habitación del Kraken, junto a su paciente y Benjamín. El doctor, que sudaba a mares, me guiñó el ojo sin apoyar el “no saludo” de mi esclavista, don Marcos.

Al desaparecer los tres hombres por el pasillo, entré en el baño. Cerré con mi espalda la puerta, desenfundé como una pistolera mi arma del ligero y, apuntando al espejo, hice como que disparaba. Luego la coloqué en el interior de mi traje azul con plumas flamencas y pedrería fina.

En aquel momento miré al espejo de nuevo, como si fuese mi destino personificado y con el rostro desafiante le sonreí, pues no

sabía qué me tenía deparado, pero yo estaba decidida a ir hacia él. Respiré hondo y me santigué: “¡don Gustavo, Raúl, Flavia, Jesucristo, Virgencita, Jesús Malverde, Hilario... ayúdenme a salir de este infierno desde el otro lado, os lo ruego!”.

Volví a la habitación de las cámaras, donde Alexander observaba los monitores que daban a los alrededores de la finca, parecía que había visto algo fuera de lo común, pues se oía jaleo a través de los altavoces de los monitores.

—¡Ya estoy aquí! —le dije a Alexander sacándolo de la visión de las cámaras.

—¡Calla! Me ha parecido oír disparos... —aseguró.

—¿Será el botón de tu pantalón que ha salido disparado al ver esto? —me insinué levantando mi traje y poniendo mi tacón rojo sobre su muslo.

—Voy a asearme y vuelvo, ¿ok? —me secundó yendo al baño.

Entonces me senté, subí el volumen y pude oír —como si fuese una perra cuando oye a su dueño—, el característico ruido de motor del *Jaguar* de Leonardo. Ese loco había venido a por mí, en una misión suicida. Estaba a escasos metros de la puerta.

Los pasos resonaban en el salón, y supuse que era Alexander que venía del baño. Entonces bajé del todo el volumen de los monitores, con el fin de no alarmarlo, y me quité el vestido por completo; solo dejé mi ligero y las braguitas de tanga.

Lo esperé cerca de la cama a que volviese de su aseo íntimo, y cuando oí la puerta me tumbé sobre el colchón con las piernas abiertas, haciéndole fácil el acceso hasta mí en un claro misionero. Luego metí un dedo en mi boca, siguiendo el trazo de tinta que me recorría vientre en dirección a mi vagina; debía mantenerlo absorto con la mirada sobre mí, de espaldas a los monitores.

Alexander, con la mirada desecha en deseo, soltó pistola y la radio en la mesa de los monitores. Luego se descalzó y comenzó a quitarse los pantalones. Sutilmente, deslizó sus bóxer en vertical y se deshizo de sus calcetines de ejecutivo. Ya descalzo y bastante predispuesto para la penetración, caminó hasta la cama sin un solo vello sobre su piel, sin un solo gramo de grasa bajo ella.

—Lo pasaremos muy bien aquí dentro, te haré sentirte como una reina —me dijo mientras paseaba su mano por el sendero de tinta, cuyo relieve conducía a mis rincones prohibidos.

Me cogió de las muñecas y, ayudándose de una mano, me penetró. En ese mismo instante, contemplé uno de los monitores, donde pude apreciar la silueta de Leonardo disparando a diestro y siniestro a las afuera de la casa.

Alexander se dio cuenta de que miraba tras él, y quiso volver su mirada hacia los monitores..., entonces me abalancé hasta él y lo

besé. Mi lengua recorrió sus papilas gustativas, acariciando con suavidad la cavidad de su boca, mientras mis labios aleteaban como branquias sobre los suyos.

Luego lo empujé poco a poco, fuera de la cama; haciéndole descender de espaldas contra el piso. Mirándole con aquella carita felina que aprendí en interpretación, cuando cursaba modelaje en la academia, me retiré las braguitas hacia un lateral y a horcajadas me subí sobre él. Una vez lo sentí dentro, comencé a cabalgar como si estuviese sobre mi yegua Balenciaga, cuando iba en busca de Raúl al cenote.

Frente a mis ojos tenía los televisores emitiendo escenas distintas: las chicas ajenas a todo, bailando en el salón; don Marcos ya chequeado, acompañando al doctor al helicóptero y Leonardo en la puerta de la casa, pistola en mano.

El Kraken accedió de nuevo al interior de la casa, sobre aquella silla de ruedas que empujaba el chico de la larga coleta. Su amenaza estaba a punto de hacerse realidad, ya que tenía la constancia contrastada de que yo era la autora material de su envenenamiento.

Don Marcos podría haberme matado al instante de conocer la noticia, de parte del departamento de análisis bioquímicos; pero sabía jugar con el pánico de sus víctimas, era un experto creando angustia. Pero ya era demasiado tarde para comenzar a temblar, me había visto en estos purgatorios tantas veces, que no estaba dispuesta a temblar frente a mi juez con nombre de criatura mitológica, más bien deseaba que fuese él que sintiese una fuerte dosis de ese horror al que nos sometía día tras día.

Por iniciativa propia, el Kraken decidió partir la tarta sin esperar ni a su hijo ni a mí. Cantinflas le habría informado que Alexander me estaba dando un placentero regalo en la habitación de invitados, pues pude apreciar como el Kraken se levantó de la silla de ruedas y realizaba unos aspavientos.

Cerca de mi oído, el pianista gemía de placer, mientras me tocaba los senos como si de ellos saliesen notas que solo él entendía..., luego me cogió por las nalgas y, excitado, aceleró el ritmo de mis caderas.

—No te distraigas... con las cámaras —masculló Alexander—. Céntrate en mí.

Antes de bajar la mirada, coloqué mis manos sobre su atlético pecho y me arqueé lo suficiente procurando una penetración más profunda pero lenta, que lo mantuviera entretenido en no eyacular. Y aproveché que cerró los ojos sumido en las tinieblas del placer, para observar con detenimiento una de las pantallas que me llamó la atención: pues vi como el helicóptero bajaba de nuevo en una maniobra rápida, en la que el agente Flores, colocaba un dispositivo en la puerta trasera, que provocó una humareda e hizo volar la

cerradura sin causar ningún ruido extraño... Luego, se subió al helicóptero de nuevo.

Ainara advirtió a las chicas con susurros sobre donde se encontraban las armas que debían de estar en los bolsillos de sus vestidos, mientras que Ashley comenzaba a repartir el pastel, bajo la orden de don Marcos, pues el plan de momento seguía en liza. Ella sabía qué porción debía dar a cada uno de los guardias, pues temiendo la reacción de ambición de Regina, decidimos camuflar las armas caseras en la capa superior —entre el chocolate y la nata de decoro—, por lo que debían de entregar porciones del pastel inocuos para los hombres, y bocados peligrosos para las demás chicas.

Desde la pantalla, pude ver la silueta de Leonardo entrando agazapado por la puerta trasera, que cedió sin más a falta de cerradura. Cachorro ya estaba dentro del pasillo.

Alexander se retorció de placer y clavó sus dedos de pianista en mi espalda. No solo noté sus dedos, sino que una presión se hacía notar dentro de mí...

Ahora tenía tres posibles padres. De este modo, si fructificaba el embarazo, nunca sabría de quién sería realmente.

—¡Plac! —La puerta de nuestra habitación se abrió de repente, dejando entrar la luz del pasillo y la sombra de un sicario enfurecido que mostraba un revólver plateado entre sus dedos.

Los ojos de Alexander se abrieron de par en par, sin dar crédito a aquel invitado, que traía como regalo una promesa cumplida para Valeria.

—¡He vuelto! —añadió Cachorro.

—¿Leonardo? —inquirió desde bajo de mí el hijo del capo, observando como el visitante tenía un brazo herido; el cual oscilaba como un péndulo.

Alexander salió de mi cuerpo, y Leonardo no pudo evitar ver como retiraba su miembro de mi interior, dejando un hilo de fluidos, como si derramase miel sobre mi cuerpo. Su instinto animal salió a flote y decidió luchar por la hembra como si de un macho en celo se tratara.

—¡Hijo de puta me has traicionado! ¡Te enseñé todo lo que sabía! ¡Te traté como a un hermano! —gritó Leonardo, dejando su revólver sobre una silla tapizada y abalanzándose contra el cuerpo desnudo de Alexander.

Los puñetazos llovían con virulencia sobre el rostro del pianista, haciendo de su cuerpo un teclado que sonaba mediante los nudillos. Alexander arrojaba algún golpe al hombro sangrante de Leo, provocando un leve jadeo en su cólera.

—¡No estropees el día de su cumpleaños! —dijo el hijo del capo cubriéndose el rostro, sabiendo que lo único que podía motivar a su agresor era mi felicidad—. Todo surgió con naturalidad...

—¿No había más chicas? Siempre me has envidiado —añadió Leo deteniendo los golpes de su puño sano—. Siempre has querido ser como yo.

—Valeria ya no es tuya —respondió Alexander—. Ahora yo cuido de ella en esta casa, formará parte de mi distinguido harén.

Me puse el sujetador, acomodé mi tanga y agarré a Leonardo por la espalda, notando su dura musculatura al tirar de él hacia atrás. Cachorro se quitó de encima del cuerpo desnudo del pianista, en cuya su piel lucía sangre de ambos.

—¡Pendejos! ¡¿Vosotros os escucháis cuando habláis?! —me indigné ante su discusión sobre posesiones—. ¿Competís por una mujer o por un objeto? No he escuchado la palabra “amor”, ni “es mi chica”, ni tampoco “ella qué opina”... Esto no es el juego de las sillas, solo os peleáis para ver quién se posa sobre mí. Soy una mujer y es lo primero que debéis aprender los dos... a hacerme sentir como tal.

Mi reflexión los dejó en coma vegetativo durante unos segundos, pero en sus ojos solo se pronunciaban dos sentimientos: ira y frustración.

—Tengo balas para los dos. Pero prefiero vaciar el tambor sobre el pecho de aquel que me dio su amistad para luego arrebatármela —aclaró Leonardo tirando de mis cabellos cortos hacia su posición.

El pianista, sin ropa y con su verga flácida topando en sus muslos, intentó reincorporarse; pero Leonardo le dio una patada y le pisó el pecho como si fuese una cucaracha.

—No te mereces a una chica como Valeria —argumentó Leo—. Los narcojuniors como tú, nacéis con la vida resuelta y creéis que todo lo que está a vuestro alcance os pertenece por ley. ¡No sabéis lo que es ganarse las cosas con esfuerzo!

—No seas hipócrita, Cachorro. La compraste en una subasta de chicas—masculló desde el suelo intentando alcanzar su pistola—. Es normal que no quiera vivir contigo, Leo, ¡asúmelo!

Aquellas palabras del pianista fueron como una bofetada sin manos en la moral de Leonardo, que inseguro de mi si mi amor era correspondido o no, se atrevió a preguntarme:

—¿Piensas así, Valeria? ¡No me digas que Alexander te ha lavado el cerebro en este tiempo! Sincérate: ¿lo amas?

—Alexander es un bálsamo de paz en esta casa de locos. Tiene magia en sus dedos, canta bien, una sonrisa muy tierna y buen gusto para vestir... ¡Pero no quiero a alguien débil a mi lado, en este mar de monstruos! —sentencié.

Entonces me acerqué hasta la mesa donde se disponían los monitores y, mientras sus fluidos nacarados recorrían mi muslo empujados por la gravedad, agarré la radio de Alexander bajo su mirada expectante y esperé el momento adecuado, hasta ver el

desenlace de aquel duelo por mi propiedad.

—Un capo no nace, se hace —advirtió Leo guardando su revólver en el cinturón de su pantalón, mientras cogía el arma de Alexander—. Tienes que ganarte el respeto sembrando el miedo; imponiendo la nueva cultura del terror y que llegue a oídos de todos los maleantes de México. Si alguien merece ser el relevo natural de tu padre, ese soy yo —aseguró.

Las chicas se veían más agitadas que nunca en las pantallas del monitor. Ainara estaba bailando con don Marcos, situación que me alarmó bastante, pues seguramente mi hermana estaba retardando que el Kraken cumpliera su promesa de matarme a sangre fría.

—Entiendo lo que dices Cachorro —cedió Alexander con el fin de calmarlo—. El poder es algo que puede comprar el dinero. Pero el respeto hay que merecerlo y por esa fórmula matemática, Valeria jamás te respetará —reflexionó Alexander—. Todo será forzado...

—Tienes razón Alexander, nunca amaré a alguien que me lo impone... —respondí, provocando que Leo arquease las cejas—. Pero auguro que tú no serás diferente a tu padre con el paso de los años. Te crearás con potestad para disponer de las vidas ajenas y de las decisiones de los demás, al margen de la ley. Y, entonces, serás un hombre amargado, viviendo al día sin saber si te aguarda una bala o una vida de privaciones tras fríos barrotes de acero.

—¡Decídete de una puta vez, Valeria! —me exigió con dureza Leonardo mientras yo me enfundaba mi vestido de nuevo—. Dime que no me quieres y me iré ahora mismo para no volver jamás.

El dilema estaba servido. Si decía que amaba a Alexander, lo mataría allí mismo y luego bajo su criterio de propiedad, me mataría con sus propias manos; si le decía que no lo amaba, Leonardo me sacaría de allí, dejando a las chicas a su suerte y volvería a vivir una vida en pareja, temiendo que volviese otro Kraken a llevarme como prenda de pago. Así que seguí con el plan, hice de tripas corazón y de nuevo pensé en salir de allí sin dejar títere con cabeza.

—Te elijo a ti, mi esposo —le confesé a Leo, al macho alfa de aquella habitación—. ¡Pero con una condición! Si las chicas mueren, matarás a todos los hombres que hay en esa habitación.

Alexander se abalanzó sobre mí y me usó de escudo humano ante el amenazante revólver de Leonardo que nos encañonó con avidez. Cachorro cerró un párpado, acentuándose los seductores hoyuelos de su rostro. Luego apretó el gatillo sin titubear y voló la mano de Alexander que reposaba sobre mi cadera.

Yo grité, Alexander bramó. Cayó de espaldas por el dolor, mientras observaba una de sus falanges diseccionada por el disparo.

—¡Tu padre me voló la mano privándome de agilidad para disparar, ahora tú no volverás a tocar el piano con destreza! —

argumentó con rencor.

—¡No lo mates! —grité temiendo las intenciones más que evidentes de Leo—. En el fondo es como nosotros, un perjudicado.

—Su destino acaba aquí. Se apoderó de la chica equivocada —añadió Cachorro.

—Recuerdas la historia que me contaste en la playa, sobre tu mentor. Te dio a elegir, cuando debería haber elegido por ti, sabiendo el destino que te deparaba... —le dije, haciéndole retroceder en el tiempo que seguro, con su mente fotográfica, recordaría al instante—. Elige por él, Leo. La cárcel le hará reflexionar y seguro que endereza el rumbo de su vida.

Resultaba extraño como el destino nos unió en aquel mercado, y yo les salvé la vida. Paradójicamente, ahora era yo la causa de que se matasen entre ellos. Había usado a Alexander para encelar a Leo. Un pianista y un sicario, ambos hábiles con sus dedos, ambos torpes con sus sentimientos. “¿En qué me había convertido?”, esta pregunta me la hacía tras cada decisión, pero en esta ocasión la respuesta me vino de repente: “Soy una chica a la que le han enseñado a jugar sucio, y, como buena Méndez, tengo que arriesgarme a ser la mejor”.

—¿Sabéis que significa esta “V”? —pregunté alzando el *walkie talkie* de Alexander y señalando mi tatuaje con la antena del aparato.

—Uve de Valeria... violada —respondió Alexander con malicia.

—No. Es una “V” de victoria, de *vendetta*, de... ¡venganza! —respondí apretando el botón de la radio con el fin de que resonase en los *walkie talkies* de los guardas que estaban en el salón junto a las chicas.

Al mirar a los monitores, vi a las chicas que relamían los trozos de chocolate comenzaban a sacar las armas que se ocultaban bajo el pastel. Ajeno al plan, el Kraken se puso nervioso por el regreso de su hijo, y aligeró el paso maldiciendo mientras se predisponía a salir de la habitación. Di un par de pasos y subí el volumen de un monitor y oímos con claridad lo que estaba gritando:

—¡Alexander agárrame fuerte a esa zorrita, voy a quemarla viva!

31. El día que miré a los ojos al destino



Leonardo cogió el cinturón de Alexander y puso en práctica su talento de *shibari*, pero esta vez atando a un hombre. Lo amarró con las manos atrás, dejándolo inutilizado. El maniatado joven se giró con la ayuda de sus pies para ver los monitores.

—Leonardo, ¿has matado tú solo a todos esos de ahí afuera? —indagó el pianista sin explicarse como el sicario se coló con tanta facilidad en la casa.

—El doctor Flores me ayudó —sentenció Cachorro sonriendo maléficamente—. Es un buen francotirador... Y desde el helicóptero les dio su medicina a todos esos matones. ¡Solo tuve que rematar a un par de ellos que se resistían a morir!

En los monitores se notó movimiento. Las chicas ya se habían comido el pastel y sutilmente habían lamido el chocolate que ocultaba sus armas, para macularlas con sangre fresca. Y, de repente, como si fuesen una manada de leonas, saltaron hacia los guardas apuñalándolos sin piedad en el cuello y la cara.

—¡¡Las chicas!! —grité poniéndome los tacones rojos—. Y Leo, ¡si de veras me quieres, no te metas en esto!

—Me he jugado el pellejo para llegar hasta aquí. He retado al capo más poderoso de todo Chiapas y tengo una bala alojada en un hombro. ¡No pienso perderte ahora! —añadió Leonardo sujetándome del brazo.

—Debemos ser nosotras las que nos enfrentemos a estos hijos de puta. ¡Nos han usado como si fuésemos animales! Es la única manera de recobrar nuestra dignidad —le exigí ante su actitud protectora—. ¡Eso se llama venganza!

—Pues esto se llama *Colt Phyton* y es un revólver cojonudo —añadió Leonardo poniendo el arma plateada sobre mis manos.

Entonces corrí, produciendo un estruendo en el pasillo con los tacones de aguja. Al abrir la puerta me topé con el Kraken que me cogió del cuello ágilmente. Tras él la imagen resultó dantesca, pues los guardias disparaban a discreción con los ojos ensangrentados y con las chicas como hienas lanzándoles mordiscos a sus yugulares. El oxígeno quedó paralizado en aquel nudo de su tentáculo apretándome, sin poder pasar por mi cuello. Mi cara comenzó a ponerse morada, pero pude dibujar una sonrisa de oreja a oreja...

—¡Pum! —Apreté el gatillo del revólver, y le volé un pie al Kraken.

El Kraken me soltó y cayó de espaldas contra el suelo, mientras Benjamín, que cojeaba por un disparo errado, venía a por su jefe.

Toda la maldad que anidaba en nuestro corazón, ahora volaba como pájaros de afilado pico, clavándose en la piel de nuestros agresores. La brusquedad de las violaciones perpetradas, ahora se revertían contra aquellos que la provocaron.

El pastel tenía un nombre apropiado “Muerte por chocolate”, pues bajo la capa de cacao, había un puñado de armas mortífera.

Los guardias usaban sus metralletas de gánster, disparando a diestro y siniestro, con la mirada ensangrentada. Camila y Ximena estaban tiradas bocabajo en una posición antinatural sobre una escabechina de sangre: Cantinflas intentaba deshacerse de Liana que no paraba de atacarle con cortes en la cara y entrepiernas. Mediaoreja tenía cogida del cuello a Juanita, mientras que Ashley gritaba a la vez que le metía un estilete por la cuenca de los ojos. Patoso se sujetaba la garganta con una mano, tratando de contener su sangre que brotaba y se escapaba entre sus dedos.

El Kraken, entonces, cogió un arma y nos encañonó desde el suelo haciéndonos partícipes de una jodida ruleta rusa; el arma se detuvo frente a Regina y el capo exclamó antes de apretar el gatillo:

—¡Tú sabías lo de esta revuelta de putas... desde el principio! —añadió mientras Regina caminaba hacia atrás, contemplando como su futuro con Alexander se esfumaba de manos de su hipotético suegro y señor—. ¡Sabías que tenían armas, pero no estuviste atenta en averiguar dónde las escondían estas zorras! ¡Has sido ilegítima con ellas y conmigo! ¡Morirás!

—¡Pam! —Tronó un disparo, que impactó en el pecho de Regina.

Marina retiró un *subwoofer* de la cabeza de Tatoo, que apenas se movía preso de las múltiples fracturas; Benjamín levantó al Kraken del suelo y lo puso en pie...

Entonces hablé:

—¡Aquí acaba tu obra don Marcos! Un harén de putas muy listas, acaban de enviar todo tu trabajo a la mierda.

—¡¡Hijas de puta, bastardas!! —gritó el capo elevándose del suelo y corriendo cojo hacia mí.

—¡Pam, pam! —Disparé dos veces a su hombro, haciéndolo volar contra el piano.

Benjamín corrió hacia mí, pero las chicas saltaron sobre él, como si fuesen una manada de leonas sobre un antílope. No tardaron en dejarlo sin vida, entre insultos y maldiciones...

Tras nosotras, Leonardo abrió la puerta para contemplar el espectáculo. Siguiendo mis instrucciones no se metió y dejó que humillásemos sus últimos minutos de vida.

Ashley estaba en cucullas orinando sobre Mediaoreja; quien, seguramente, solo debía sentir el pis caliente recorriendo su rostro, produciéndole escozor en cada corte que poblaba sus mejillas.

“El destino había decidido qué bando era el ganador.” De los presentes, todos estaban muertos o agonizando, excepto el Kraken que se bajaba del piano ruidosamente, poniendo sus pies torpemente sobre las teclas; Alexander desde la otra habitación, estaría sufriendo ante la dramática película que se estaba retransmitiendo en los monitores que le mostraban la cruda realidad.

—¡Habéis nacido para ser putas, para servir a los hombres en la cama y limpiar sus mierdas! —agregó el Kraken, y nuestras pupilas se dilataron debido a la emoción de tener a tan malvado hombre a nuestra merced—. Yo os di una vida de lujos, una vida lejos de los prostíbulos... ¿Y así me la pagáis?

—¡Plack! —Ainara abofeteó con toda su alma la cara de don Marcos, torciéndole el rostro y cortando su argumento machista.

—¿Y mi hijo sigue con vida? —se preocupó el capo.

—¡Cállate puerco! —añadió mi hermana.

Leonardo sonrió y agregó desde lejos:

—Don Marcos, ¿quién te ha visto y quién te ve? El calamar gigante está a punto de convertirse en mitología... Me robaste a Valeria creyendo que habías ganado una reliquia, y resulta que llevaste tu verdugo a casa —calló un instante, golpeando sus nudillos contra la pared—. El DEA está a punto de llegar y tu hijo pagará los años de cárcel que a ti te corresponden.

—Él no tiene culpa de nada. ¡Yo me autoinculparé! —argumentó el Kraken.

—Demasiado tarde para dar la cara por tu hijo —intervine—. Para incriminarte has de estar vivo primero, pero hoy no tendrás esa opción.

—¡Alexander no sobrevivirá en prisión! Tengo mucha pasta para comprar vuestro perdón —suplicó lamentándose el Kraken.

—Todos hemos sido víctimas de nuestras decisiones. Todos los que estamos aquí hemos errado en una decisión que era clave para caer en manos equivocadas —apunté a modo de reflexión—, pero ahora la vida nos ha enfrentado para darnos una lección —añadí.

—El destino no está escrito, Valeria —espetó el Kraken dispuesto a dialogar—. Aún os puedo hacer millonarias y podéis rehacer vuestras vidas en libertad. ¡Tienes un bebé en tu vientre! Necesitarás darle un futuro —intentó soliviantarme.

—Alexander me dio la oportunidad de matarlo... Pero no voy a matar a un inocente. Todos habéis llegado tarde a la solución, ya no hay escapatoria para ninguno, para ninguna.

—Ese ser que crece en tu vientre, es una semilla del odio. Está

destinado a matar y morir, como yo. Viviré en tus días reencarnado en tu hijo.

—¿Quién asegura que tú eres el padre? Ya llegué embarazada... —mentí para mantener a raya a Leonardo.

—Tu hijo vivirá avergonzado de por vida, por tener una madre puta y un padre sicario —expresó el Kraken—. ¡El karma lo matará!

—¿Desde cuándo te preocupa a ti el peso de las acciones, viejo estúpido? —añadió Ashley en aquel corro con el que cercaban al capo con las armas en las manos.

—No es cuestión de sangre, es cuestión de educación —respondí—. Y voy a empezar por producir ese cambio en la nueva savia de jóvenes de este país: educando a una persona honesta y respetuosa.

Ainara se dio cuenta de un detalle: tras ellas, una silueta se elevó.

—¡Cuidado! ¡Tatoo aún está vivo!

Tatoo resurgió de entre los cadáveres con una ametralladora corta, dispuesto a vaciarla sobre nosotras. El arma semiautomática tendría capacidad de acabar de una ráfaga con todos nosotros... solo Leo tendría puntería para acabar con él, pero su revólver lo llevaba yo.

—¡¡Ahora qué cabronas!! ¡Que nadie se mueva! —se puso en pie con la cara ensangrentada.

—¡Sácame de aquí Tatoo! —suplicó don Marcos con una voz que denotaba su lamentable estado de salud.

—¡Y un carajo viejo! Usted tiene cuentas pendientes con estas damas, y ya no puede seguir pagando mis servicios. Cogeré un par de pinturas de este salón para cubrir la cuota de hoy, y me marcharé —dijo Tatoo apuntando con su metralleta corta.

El superviviente a las contusiones y heridas provocadas por las chicas, descolgó dos cuadros de la pared, para venderlos en el mercado negro de arte de coleccionista, dejando al descubierto la caja fuerte, que estaba empotrada en la pared.

El Kraken cambió el semblante al sentirse desprotegido. Su única vía de escape se evaporó por los pasillos para siempre.

Leonardo no lo abatió, pues Tatoo salió de la casa de espaldas, sin perder de vista al sicario. La puerta de entrada a la casa dio un portazo y Leonardo se apoyó sobre el marco de la puerta aguardando el desenlace entre el Kraken y nosotras.

Las chicas caminamos hasta el cuerpo malherido de don Marcos, y nos pareció lamentable su estado. Sangrando por el hombro, con un brazo descolgado sobre el que caía el peso de su cuerpo rechoncho, procurando levantarse y cayendo de nuevo, resbalando por la escabechina de sangre que cubría la moqueta del suelo.

—¡Ponedlo boca abajo y quitadle los pantalones! —ordené a las chicas.

Tras descalzarlo, le quitaron los pantalones y los calzones. Entonces

me acerqué, me coloqué a horcajadas sobre su espalda e introduje el frío cañón de mi revólver en el orificio de su ano; y esperé a su quejido para añadir con tono vengativo:

—¿Recuerda usted, el día que me violó en casa de Leonardo? — pregunté, empujando bruscamente la empuñadura hacia el fondo de su cloaca.

—¡Arrgg! —gritó retorciéndose de dolor mientras desvirgaba su culo con una *Colt Phytton*.

—Le diré lo mismo que usted me dijo con tanta lujuria: “¡Estás arisco, viejo estúpido! ¡No hagas las cosas más difíciles de lo que son..., la violación es inevitable! Así que relájate y goza”.

Entonces me levanté, saqué el arma de su culo y cada chica le dio un pisotón de tacón en su rostro, tras dedicarle unas palabras de venganza.

—¡Esta por Flavia! —dijo Juanita.

—¡Toma cabrón, no eras nadie para meter esta silicona en mi cuerpo! —exclamó Liliana clavando su tacón de aguja en su esfínter.

—Para ser grande, primero tienes que aprender a ser pequeño, hijo de puta —añadió Marina, pateando su nariz con la puntera de su tacón.

Ashley lo giró y, con un cúter, le dio un corte en un testículo, mientras el Kraken se ahogaba en gritos de dolor, agitando piernas y brazos para defenderse.

Ainara se arrodilló frente al Kraken y jaló de sus cabellos, levantando su cabeza del suelo mientras su nariz sangraba a borbotones:

—¿Quién eres tú para arrebatarme todo lo que tenía? Mis planes de vida con Diego, mi familia, mi libertad, mi capacidad de decisión... Ahora pienso que un pisotón o un balazo en tu cuerpo no va a ser suficiente para pagar todo lo que nos has hecho pasar...

—¡El sacrificio te hará comprender! —parafraseé a Jesucristo, leyendo las intenciones de mi hermana.

—¡Ring, ring! —Interrumpió aquel instante de venganza el celular de Leonardo.

—¿Sí...ok... media hora? —cortó la conversación telefónica Cachorro—. ¡Chicas! El médico de don Marcos, el agente Flores va a entrar a detener al Kraken en media hora escasa. ¡Marchémonos o caeremos en el asalto!

—¡Ese médico de pacotilla! —reivindicó el Kraken—. Espero que sufra por lo que le hice a Omar Espinosa.

—Omar, Sabandija, Gallo... Todo lo planeamos nosotras —aclaré sin sentir ningún tipo de miedo ante el que era mi dueño—. Mamma Chloe nos envió estas armas ocultas en los vestidos que tus hombres no fueron capaces de detectar... ¿Y sabes por qué ocurrió todo esto?

Por pensar que las mujeres somos seres inferiores, que no tenemos capacidad de queja y respuesta... Los hombres cobardes como vosotros, tenéis la suerte de que Dios no dotó a las mujeres de músculos, de fuerza bruta. Pero sabemos jugar nuestras armas, confabular, esperar y envenenar justo en el momento apropiado con total eficacia —le aclaré con una sonrisa de victoria que esperaba no olvidase jamás.

—¡Pues huyamos! ¡Dejemos que lo abatan o que se pudra en la cárcel! —opinó Ashley ante la advertencia de Leonardo.

—No será suficiente... él respirando y nosotras recordándolo mientras hablan en las noticias de su persona —dijo Ainara.

Leonardo indiferente a nuestra decisión sobre el destino del Kraken, se movió en la habitación y se percató de la caja fuerte que quedó al descubierto tras el robo de los dos cuadros. Se aproximó hasta la pequeña puerta blindada y jugó con la botonera.

—¡Me vais a matar, pero no os vais a lucrar de mi fortuna! —añadió el Kraken agonizando.

—¡Me temo que morirás y también nos llevaremos tus billetes! Por suerte, tengo memoria fotográfica —contestó Leo, acertando con la clave que cerraba la caja fuerte.

De la pequeña caja acorazada, comenzó a sacar fardos y fardos de billetes, pues los narcotraficantes no pueden declarar sus ingresos en el banco. Leonardo cogió las bolsas de papel donde Benjamín trajo los batidos y comenzó a rellenarlos de papel moneda.

El Kraken nos miraba con odio, frustrado e impotente ante el desvalijo de su fortuna. Pensando que todo por lo que había luchado, iba a acabar en manos de sus subordinados, y presintiendo que iba a morir más pobre que las ratas que un día habitaron su hogar.

—¡Tomad una bolsa cada una de vosotras y escapad! —animó Leo—. Tengo el *Jaguar* en la puerta, con las llaves puestas. Aunque solo tiene dos plazas —explicó Leo.

—¡Yo me quedo! —dijo Ainara—. Voy a meter a este hijo de puta en la jaula del león.

—Yo te ayudaré hermana —respondí con su mismo sentimiento de venganza.

—Pero la policía se nos va a echar encima de un momento a otro —añadió Ashley.

—¡Marchaos! Ha sido un placer vivir este infierno junto a vosotras. Rehacer vuestras vidas en libertad y que nadie os vuelva a esclavizar jamás —me despedí de ellas—. No me merece la pena vivir, sabiendo que este puerco sigue respirando.

—¡Pégame un disparo en la cabeza, ya te has vengado de mí y mis hombres! —suplicó don Marcos, en aquella postura humillante.

Cogí el arma con firmeza en mi puño, para hacerle pensar que iba a

cumplir su sueño, pero solo hice el sonido del percutor con la lengua.

—Tienes razón, viejo pendejo. Ya nos hemos vengado... pero ahora tenemos que hacer justicia —añadí devolviendo el arma a Leo.

Las demás chicas se dieron por satisfechas. Hurgaron en los bolsillos de los cadáveres, que mostraban los signos de tortura y violencia empleados; hasta hallar unas llaves. Se despidieron de Camila, que fruto de las balas falleció en la carnicería; y billetes en mano, se fueron para siempre con una experiencia vital que les acompañaría hasta el resto de sus días.

—Todas nos tatuaremos esas iniciales en nuestro cuerpo: uve, será nuestro *leitmotiv* —dijo Ashley en nombre de las chicas—. Gracias Valeria, siempre es mejor ir todas a una, que cada una por su cuenta. Si no, mira la pobre de Regina...

Entonces agarramos el pesado cuerpo del Kraken, y lo arrastramos por el pasillo entre Leo, Ainara y yo. Jamás olvidaré a Alexander gritando: “Papá te perdono”. Por donde pasaba nuestra presa, se dibujaba un trazo rojo como estela que anunciaba su muerte. Sus gritos de maldad y frustración ensordecían nuestro respirar cansado.

El piso por donde íbamos deslizándose el cuerpo cambió su textura de moqueta a césped, el sonido ambiente también lo hizo, reemplazando los alaridos de Alexander, por los rugidos del león que desde su jaula olía la sangre fresca de su amo.

El felino se mostraba hambriento, sufría por llevarse un bocado del cuerpo de Omar que se mantenía aún sobre aquella mesa, abierto en canal, haciendo al animal soñar con su carne.

A un metro de la jaula, los rugidos hacían temblar nuestros pechos como un tambor en un desfile. Leonardo nos ayudó a colocarlo contra los barrotes, sin ropa, con la espalda pálida haciendo contraste con los negros aceros.

El felino se relamió el hocico, mientras que el Kraken, enmudecido, nos miraba con malicia. Entonces me acordé de la noche de la fiesta de las máscaras, en la que yo no sabía si iba a morir o vivir, y le dije al respecto:

—¿Recuerda usted en la fiesta con los colombianos, cuando disparó a bocajarro a Flavia? Se quejaba de que los narcocorridos no le habían dedicado una copla a su persona... Pues igual se convierte usted en una burlesca letra de canción, al ser el único capo devorado por su propia mascota.

Don Marcos no abrió la boca, tenía heridas de bala, cortes y desgarros. Su bigotón estaba teñido de sangre y bajo su cuerpo, reposaba un charco de sangre que anunciaba su irreversible destino. Y, justo antes de que su corazón se detuviese desangrado, sus párpados se abrieron con fuerza una vez más, asomando sus globos oculares por el dolor que inflamó sus nervios ópticos al notar la potente mandíbula

del león, sacudiendo su nuca contra los barrotes... Como un muñeco de trapo, subió y bajo en vertical bruscamente. Cuando nos fuimos a dar cuenta, no había cabeza sobre sus hombros.

—Es el fin... ¡Vámonos de este lugar! —exclamó Leo sintiéndose más poderoso que nunca.

—Hemos hecho justicia —añadí—. Cojamos ese dinero y marchémonos de este lugar para siempre.

Leo entró dentro y tomó las bolsas de papel que estaban llenas de billetes. Ainara y yo quedamos frente a los despojos de Omar y del Kraken, mirándolos pues no nos creíamos la hazaña que habíamos realizado un grupo de mujeres sometidas.

—¿Y ahora qué? —me preguntó Ainara preocupada.

—Nos veremos en mi rancho, somos hermanas —le di un abrazo—. Pero vete en el *Jaguar* de Leo, yo montaré a AK47 y me lo llevaré. Si lo dejo aquí morirá —argumenté.

—¿Vas a huir a caballo por la selva? —discrepó Ainara—. Nos rescatará la policía en la carretera, será más fácil.

—Debo irme con Cachorro, tenemos mucho de que hablar.

—No hermana, no puedo dejarte con este mal nacido. Él mató a Raúl, te encerró, te obligó a quererlo, no te dio opción como mujer.

—Ahora estoy eligiendo, deja que escape hacia mi destino —respondí tranquilizándola, poniendo su mano sobre mi pistola alojada en el escote.

—¡Suerte Valy! —me abrazó y me besó.

—¡Espera Ainara! Te pido perdón por lo de Diego —declaró con remordimientos Leo.

—¿Perdón? —le increpó mi hermana girando su rostro por última vez antes de huir—. Tendrías que ir casa por casa, familia a familia para darles un abrazo y pedirles perdón por haberles arrebatado a su ser querido... Aún así, me lo pensaría. Te perdonaría..., pero el que imparte justicia allá arriba no creo que te perdone... Es más, diría que va a por ti.

Leo se aproximó hasta Ainara y le entregó las llaves del *Jaguar* y el dinero del Kraken.

—Huiremos a caballo y abriremos la puerta de la pocilga para que los animales sobrevivan al hambre —le expliqué a Cachorro.

—¿Un caballo? Tengo un plomo en el hombro —divergió—. Además, no sé montar en ellos.

—En mi casa te atenderán debidamente, no quiero dar más rodeos, en línea recta hay poca distancia —le revelé—. ¡Ainara vete! Búscame en el Rancho del Sumidero en una semana, allí te esperaré para celebrar nuestra victoria —le dije enseñándole el tatuaje de mi muñeca.

El zumbido de un helicóptero se acercaba bajo la luna, como un

lobo que nos acechaba con su aullido; el asalto era inminente.

Con el Kraken destronado, Alexander entonando una fúnebre canción de desolación y Omar pudriéndose sobre una mesa en el jardín; Leonardo y yo liberamos a los cerdos, y corrimos campo arriba hasta llegar a la cuadra del purasangre.

Acaricié al animal para no asustarlo, luego rajé mi vestido con las manos y me subí ágilmente. Desde arriba, ayudé a Leonardo a subir al lomo, mientras llevaba bien sujetos los billetes que sostenía bajo su brazo herido sosteniéndolo con la mano sana. Su revólver cayó en la paja del establo, pero ni siquiera hizo un intento por recuperarlo pues con aquel dinero podía comprarse todo un arsenal militar.

Sin ensillar al equino cabalgamos en la noche. Atravesando la selva de Chiapas, en dirección al rancho de mi familia. La luna estaba brillante, plateada, redonda. Leonardo me tenía sujeta por la cintura, con la cabeza apoyada sobre mis omoplatos, susurrándome los planes de futuro:

—¡Te lo prometí Valeria! De nuevo tú y yo juntos.

—El destino así lo ha querido —le respondí.

—Tengo nuevos negocios que nos harán millonarios y en esos planes te quiero a ti.

—No —atajé—. Voy a criar caballos en mi granja... Con los míos.

—No me esperaba que quisieras volver a ser pobre. No me imagino a mis hijos corriendo entre cerdos y vacas, con camisas de cuadros y una moto oxidada.

—Pues justamente es ese el futuro que imagino —respondí—. Solo que con una hija.

—Te amo Valeria, has sacado lo mejor y lo peor de mí —comenzó a delirar Leo, posiblemente por el dolor de su hombro—. Me acuerdo de las tortugas, del raspadito, de tu cuerpo bailando bachata, de tus besos, tu rostro de sumisión al atarte, tu risa, esos vestidos de lujo...

Tras cabalgar durante unas horas, escuchando toda una declaración de amor e intenciones, noté la frente fría de Leonardo; posiblemente por la infección provocada por su herida. Entonces me paré cerca de un arroyo donde la luna llena se reflejaba en aquel espejo rugoso.

—¡Bajemos! —le dije—. El caballo tiene que abreviar y descansar, si no morirá.

El purasangre, caminó hacia el lecho del arroyo, mientras Leonardo se apoyaba contra un grueso tronco de árbol.

—¿Cuánto dinero habrá en las bolsas? —le pregunté.

—Calculo que dos millones de pesos.

Cogí las cuatro bolsas y saqué un fajo de billetes, separé noventa mil pesos y los enrollé en una goma elástica.

—De la conversación que hemos tenido a lomos del caballo, ¿sabes qué es lo que más me ha gustado Leo?

—¿Qué? —me preguntó haciendo una mueca de dolor.

—¡Que me hayas contado tus sueños! —dije hurgando en el escote de mi vestido y sacando el arma que Mamma Chloe me brindó—. Pues voy a disfrutar sabiendo que voy a robártelos todos ahora mismo...

—¡Pam, pam! —Sonó el percutor con sutileza.

—¡Arrggg! —gritó Leonardo, como una bestia herida, contemplándose el estómago.

—¡Aquí tienes! —le arrojé los noventa mil pesos a la cara—. Acabo de comprar mi libertad. ¡Y con este billete! Porque no vales más de un peso; vendo tu alma a la Parca.

—¿Qué dices Valeria? Te salvé de caer en unas manos equivocadas... Te he demostrado mi amor, dando mi vida por ti —confesó Leo afligido.

—No eres nadie para comprarme, para cerrar los ojos de otras personas. ¡Mataste al bueno de Raúl! —me indigné—. No soy tuya, ni de ningún hombre. ¡No quiero ni un solo narco más en mi vida! A partir de hoy, decido yo...

Leonardo comenzó a llorar, dolido por mis palabras más que por las heridas, con el corazón roto por mi testimonio. Apenas entendí sus últimas palabras, pero el mensaje era muy claro:

—¿Tanto amabas a ese novio tuyo? ¿Todo esto es por él? ¿Por rencor?

—No era mi novio, era mi amigo. Y tú jamás sabrás lo que significa esa palabra, pues ni tus padres te quisieron —le reproché con mucha ira—. Lo único que tengo que agradecerle a un hombre en esa casa, es a Alexander con su trato agradable. Me hizo sentirme de nuevo persona, despertó a través del piano una sensación de valía en mí... y me di cuenta que lo que me faltaba era solo una cualidad: ¡Amarme a mí misma!

Leonardo exhaló y su corazón se detuvo. Nuestra historia, ya era pasado. Arrojé la pistola al arroyo y pensé que lo que había hecho se lo debía también a Ainara. Su cuerpo quedó olvidado, como muere un cachorro de gato en un callejón.

Subí a AK47 con las bolsas llenas de billetes y continué camino al rancho sin pensar en lo que había dejado atrás. Extasiada, llegué con mi traje azul a la verja del rancho. Estaba a punto de amanecer y el sol iluminaba con un brillo anaranjado las tierras de mi familia.

Ordené a mi montura que trotase, tenía ganas de llegar, pero a la vez me asustaba la idea de que todo fuese un sueño y al despertar estuviese bajo una de las literas de la mansión del Kraken.

El rancho estaba en reformas y ya incluso había trabajadores dando martillazos. De lejos vi a mi hermano que subido en su moto iba tras unas ovejas descarriadas —había sobrevivido al coma—, emitiendo gritos típicos de granjero.

Se hacía evidente que la ruina había estado presente tras el temporal, pero que aun así, ellos habían seguido luchando por levantar aquel hogar; al igual que yo peleé por seguir viva: así éramos los Méndez.

Desde el caballo, pude ver la silueta de mi madre caminando cabizbaja con un ramo de flores. Entonces, solté las bolsas que tanto me lastraron la espalda y me bajé del purasangre. Me descalcé de los tacones que llevé como espuelas y corrí con mi traje deshilachado en busca de los brazos de mi mamá.

Al llegar hasta donde su silueta negra se mantenía arrodillada, pude ver dos lápidas de piedra; en una ponía: Gustavo Méndez y en la otra Valeria Méndez.

Doña Irene retiraba unas hojas secas y ponía flores frescas, mientras nos hablaba con dulzura como si estuviésemos con vida mi padre y yo.

Un escalofrío recorrió mi espalda. Dudé si aún estaba con vida o si estaba muerta. Tragué saliva, respiré hondo y moví los dedos de los pies notando la yerma tierra bajo ellos.

—¿¡Mamá?! —sollocé sin atreverme a abrazarla.

—¿Sí, *mi'jita*? —respondió sin quitar ojo de la tumba, como si la voz que escuchaba proviniese de la piedra donde se podía leer: Valeria.

—¡Mamá, estoy aquí! ¡¡Mírame!! He vuelto —gimoteé emocionada.

Mi madre volvió su triste rostro hasta mi voz, contempló mi corte de cabello y me miró a los ojos fijamente.

—¿Quién eres tú? —preguntó confundida.

—Soy yo mamá... tu hija, Valerita —le respondí sin dar un paso más, temiendo un rechazo.

—Ella reposa aquí —señaló con un tembloroso dedo a la lápida—. Me la mataron...

—¡No! —le dije acercándome— ¡No lo consiguieron esos hijos de puta! Venga, ¡Hazme una pregunta que solo tú y yo, sepamos!

Sus ojos comenzaron a titilar, hasta que dejaron caer una lágrima que resbaló mejilla abajo, deteniéndose en cada arruga, siguiendo el surco creado por aquellos largos meses cargados de tristeza.

—¿Cómo les llamaba tu papá a esas botas de lentejuelas que tanto te gustaban? —me puso a prueba.

—¡Cascabeles! —contesté sin titubear.

Su gesto de tristeza se desdibujó, como un papel arrugado estirado por ambos extremos. Una bonita sonrisa se dibujó en su rostro y se abalanzó sobre mí en un acogedor abrazo, mientras jaleaba:

—¡¡Gracias Dios mío, gracias!! ¡¡Gracias por devolverme a *mi'jita* querida!!

Entonces, al notar su abrazo de amor maternal, supe que todo era real: estaba viva.

Mi primo Adal, mi prima Isabelita, mis sobrinos, mi hermano Miguel, mis tías, todos vinieron a saludarme, a tocarme para saber si era real... y lo era.

—¿Y entonces esas cenizas a las que yo le llevaba flores? —preguntó mi mamá entre lágrimas, aturdida, como si fuese un sueño del que no quisiera despertar jamás.

—Son de Raúl. Vino a salvarme y lo asesinaron por mi culpa —respondí a mi madre entre lágrimas.

—Pero si ese recipiente lo trajo un agente de la ley, que tuvo mucho respeto al comunicarme la mala noticia. Incluso le invité a cenar —explicó mi madre con las cejas arqueadas.

—En este país, el dinero corrompe todos los estamentos sociales. Los narcotraficantes hacen y deshacen a su antojo... ¡Esto es México para lo bueno y lo malo!

—¿Te estás despidiendo? Lamento haberte privado de tus sueños—me respondió apenada sujetándome de las manos.

—Vengo a quedarme para siempre mamá. Los Méndez debemos estar unidos, este es nuestro hogar. Se lo debemos a nuestros abuelos... se lo debo a don Gustavo —dije más segura que nunca sobre mis intenciones—. Además, en aquellas bolsas que están junto al caballo, hay dinero suficiente para hacer frente a seis huracanes.

—¡Dios te bendiga prima! —exclamó mi primo Adal sin esperar mi presencia—. Unos agricultores vinieron a casa y le contaron a tu hermano que te habían visto en una casa donde, seguramente, te estaban prostituyendo. Pero tu mamá no sabía nada del plan de rescate de Miguel y yo.

—¡Gracias por lo que hiciste! Fuiste un técnico en control de plagas muy eficiente —dije con una sonrisa en la boca.

Mi hermano Miguel se mostraba mudo. No tenía palabras para su hermana. Él siempre me veía como una deshonra familiar, como una niña malcriada... Pero no tuvo que pronunciar ni una sola vocal pues vino hacia mí, abrazándome como antes jamás lo había hecho y entonces entendí que se alegraba infinitamente de volver a estar juntos.

—Te he echado de menos —se sinceró rompiendo su silencio entre lágrimas—. ¡No quiero imaginar por la que has pasado!

—No, mejor no lo pienses. Hay que vivirlo para poder entenderlo —respondí—. Todos hemos librado una batalla y casi todos estamos ahora aquí... eso es lo importante. Ahora, ¡ayúdame a sacar las cenizas de Raúl!

—Los Cabrera se marcharon tras la desaparición de su hijo, no hay nadie para recibir sus restos —argumentó mi hermano ante mis intenciones de exhumar los restos.

—¡No... te preocupes... por eso! —aseguré hipando—. Yo sé...

dónde le gustaría vivir eternamente.

Con el recipiente funerario en mis manos, troté a lomos de AK47 hasta el establo donde Balenciaga no se esperaba mi regreso. Al oírme, orientó sus orejas hacia delante con el cuello y la cabeza alzada. Luego levantó su cola emitiendo un relincho suave y cariñoso, con el que nos dio la bienvenida.

—¡Hola, bonita! —me dirigí a mi yegua aproximándome sobre el nuevo inquilino de pelaje negro—. Te presento a AK47. ¡Mira que purasangre más guapo!

Balenciaga se acercó hasta mí, dándonos la bienvenida a los dos; estaba más famélica que cuando la vi por última vez. Entonces desmonté de AK47 y ensillé a mi yegua, la cual sabía el camino que quería tomar.

Tras un año sin montarla, cabalgué con Balenciaga de camino al cenote; recuperando las sensaciones pasadas de cuando me citaba con un hombre de verdad. Ahora llevaba sus restos en mi mano con tristeza, aunque sabiendo que fue feliz durante su estancia en el mundo de los vivos.

Aquel paraíso natural, se abrió de nuevo ante mis ojos y me pareció más bello que nunca... Había estado demasiado tiempo encerrada.

Descendí junto a mi yegua, por los barrancos ocres. Supuse que Balenciaga esperaba oler el inconfundible sudor de Raúl, aquella secreción corporal que le decía que estaba en buenas manos. Bajé lo suficiente, hasta que nuestro reflejo se dibujó en el cristalino lago. Y allí la dejé abrevando en tan limpia agua.

El cenote estaba en silencio, un lecho de plumas verdes de cotorra cubría la entrada de la cueva, donde las estalactitas fueron testigos de nuestros mejores momentos juntos. Sonrisas, abrazos, pasión, discusiones, reflexiones, pureza..., todo tan real, que siempre sería de los dos, aunque ya no pudiésemos tocarnos.

Entonces subí hasta la lengua de roca que usábamos de nido de amor y leí la leyenda que tallamos una tarde cualquiera: “Valeria y Raúl, *forever*”.

Mi pecho comenzó a latir con fuerza, era nuestra despedida... y con una lágrima en mi mejilla, deposité la caja con cenizas haciendo de nuestro rincón mágico una sepultura.

—Gracias por todo lo que me diste y me hiciste sentir... —le hablé suavemente a lo que quedaba de él—. En las pequeñas cosas, en los momentos de sosiego, en los buenos detalles, en lo humilde y real, ¡ahí es donde reside la felicidad! ¡Gracias Raúl!

Balenciaga entonces resolvió, llamando mi atención; empleó el

sonido que me advertía de la inminente llegada de Raúl, en su motocicleta campera. No supe si era un acto reflejo de mi yegua o es que vio algo que los humanos no podemos percibir...

El animal agitaba su largo cuello jugando con algo que flotaba en el agua. Su hocico intentaba atrapar una enorme rosa roja, cortada a la medida justa bajo los pétalos, como si fuese un precioso nenúfar dejado allí por alguien que quería decirme lo siguiente: “Tu amigo no te olvida”. Entonces la rescaté del agua y sonreí, mirando a mi alrededor; pues sin duda, él estaba allí.

Monté de nuevo a Balenciaga y regresé, flotando sobre sus lomos, de nuevo al rancho; tras ese nefasto año, fue aquella la primera vez que realmente me sentí libre. Estaba en mi hogar, sobre las tierras que me vieron crecer...

No fue difícil percatarse de que apenas había furgonetas de reparto con el logo de la empresa, ni movimiento que advirtiesen de que el negocio familiar estuviese en buena racha. Pero al menos, los martillazos de los carpinteros no cesaban, en su intento por reflotar nuestro rancho.

Al pasar cerca del granero, a lomos de mi yegua, los golpes metálicos cesaron y un joven que se hallaba colgado de una viga por las piernas como un murciélago, me saludo:

—¡Hola, señorita! ¿Eres nueva por aquí? ¡Bonita rosa!

Al fijarme bien, pude comprobar su camiseta de tirantes blancos empapada en sudor y en sus dientes que sujetaban un clavo metálico como si fuese un cigarrillo.

—Soy una Méndez, pero he estado de viaje a la ciudad —le respondí sin detenerme—. Es una larga historia que no se cuenta en un rato.

Al pasar bajo su cuerpo invertido, me tendió la mano.

—Encantado... ¿A que nunca ha visto las tierras desde aquí arriba? ¡No sabe las vistas que ofrecen este tejado! Todo cambia según desde donde se mire, incluso lo insignificante puede llegar a ser bello —poetizó el obrero—. ¡Suba! Confíe en mí.

—No estoy para citas —contesté desganada—. Digamos que estoy en clausura de puertas a los hombres.

—¡No mal piense de mí! Yo solo soy un chico de campo —se disculpó tendiéndome la mano—. Y no me veo con usted cenando en un restaurante caro, comprándole lujos, ni viajando a tierras lejanas. Solo soy un hombre que disfruta de la vida de campo y de los frutos que ella te ofrece.

Entonces me puse en pie sobre el lomo de mi yegua y accedí a contemplar el horizonte con tan humilde caballero.

—¿Cómo dices que te llamas? —le pregunté dispuesta a entablar una amistad.

—Christian José —dijo tras escupir el clavo.

—Pues te diré una cosa —le estreché la mano y él tiró de mí para mostrarme las vistas de aquel paraje en pleno amanecer—. ¡Te equivocas! Quiero vivir una vida criando caballos para doma, llena de estiércol hasta las cejas y rodeada de la gente que conozco, con hijos siguiendo las tradiciones familiares y lejos del dinero fácil... ¡Y no abandonar jamás las costumbres que nos hacen buenas personas!

32. La vida desde el cielo



Varios años más tarde

El cielo está gris. El campo desprende su característico olor a tierra húmeda. Los caballos relinchan antes de ser recogidos; hoy se han portado todos muy bien durante las clases de hípica. Quieren seguir estando libres y los comprendo; pero el rancho no solo se dedica a la leche, si no que ahora la equitación es el epicentro de la actividad laboral del Sumidero del Diablo, y necesitan descansar para ser montados al día siguiente.

A lo lejos viene una silueta negra y esbelta: es la descendencia de Balenciaga y AK47; a sus lomos cabalgan mis gemelos Gustavo y Raúl.

—¡Mamá! ¡El tío Miguel ha traído el pastel de cumpleaños! —gritan al unísono, con su rostro lleno de churretes y los pies descalzos.

Son niños de siete años, inocentes, puros... espero que tarden en crecer, que no se conviertan en malas personas. Es por eso que me vuelco en educarlos, en enseñarles y los concienso de que el rancho depende de ellos, y que la cría de caballos es una labor noble y humilde.

—¡Voy para allá! Voy a lavarme la cara y las manos. ¡No empecéis sin mí! —les digo con la ropa muy sucia; circunstancia que antes era un mundo para mí.

Mis gemelos se van hasta la gran mesa, donde esperan los invitados. Hoy es el cumpleaños de mi hija.

Todos mis recuerdos viven una especie de epidemia debido al horror que viví. Pero hoy me infecta uno en concreto: el momento en que el Kraken me celebró el cumpleaños junto a las chicas, y me dijo que quería que los gusanos devorasen mi dulce cadáver. Pero sonrío, ¡ese cabrón no está aquí! Ni su hijo Alexander que todavía cumple condena, ni el agente Flores que se ganó un ascenso importante, ni Leonardo del que solo quedarán sus huesos en mitad de la selva, ni los mariachis, ni Omar, ni Terry, ni esos matones con estúpidos apodos... Aquí vivo aparte, en un limbo de estiércol y sudor, pero rodeada de la gente que quiero. Lejos de los peligros de las calles y las tentaciones de las que por tener dinero, se creen algunos maleantes que todo lo que ven puede llegar a ser suyo.

Gracias al certificado de defunción que expidió mi madre el día que le entregaron mis cenizas, mi matrimonio con Leonardo nunca fue efectivo de cara al registro civil, pudiéndome casar con Christian José, el carpintero que aquel día me hizo feliz con el brillo anaranjado de un nuevo amanecer.

Mi pelo no ha recibido un solo tinte en todo este tiempo, mi piel es fruto del trabajo bajo el sol aplacador de Chiapas y mis uñas necesitan una manicura de urgencias. Mis aspiraciones ahora son ocuparme de mis hijos, de mi familia y vivir cada día, como si fuese un regalo único e irrepetible; pues en la realidad es así para todos los mortales. Me aseó como un gato en el baño, me pongo algo más decente y miro a mi alrededor satisfecha del lugar donde vivo; el dinero del Kraken está invertido en este nuevo limbo, donde tenemos piano, televisión de plasma, domótica, las mejores instalaciones para los animales y recursos para comer durante generaciones.

Salgo con una sonrisa en la cara y me aproximo hasta la larga mesa, donde las risas de los invitados me contagian. Cuentan anécdotas sobre temas ganaderos, comparten recetas de cocina y hábitos de lactancia. Es el murmullo de setenta personas que aguardan un pedacito de pastel, pues no existe tarta de galletas y chocolate tan grande como para satisfacer a todos los comensales.

A la celebración del cumpleaños no podían faltar la gente que quería: vino Ashley con su hijo Nicolás; Ainara con su compañera de vida Beatriz; mi prima Isabelita que estaba en estado de gracia; mi mamá e incluso, al fondo, donde nadie miraba, yo veía a Raúl y a mi padre haciendo aspavientos molestos por no haber sido invitados...

—¡Raúl! ¡Gustavo! Vuestra hermana está a punto de soplar las velas —grité desquiciada acaparando la atención de mis gemelos.

La vela con el número catorce se encendió, y mi hija Esperanza se sentó sobre un taburete de madera. Tenía una fina figura y el cabello largo. Había cosido unos parches a sus pantalones cortos y había pegado lentejuelas a sus botas... Era altamente presumida.

Sus dos hermanos se sentaron junto a la cumpleañera, hablando sobre el potrillo recién nacido, al que bautizaron como Frijolito.

Mi felicidad rebosaba en aquel instante. Había aprendido a valorar lo honesto, a enfocarme en las tradiciones; lejos de los cantos de sirena y los castillos en el aire.

Prohibí las redes sociales para mis hijos y me esforzaba cada día en fraguar buenos valores en ellos, para que fuesen parte de este proyecto imperecedero. Ellos eran ahora la nueva rama Ramírez-Méndez.

Esperanza, mi hija de 14 años, es el bonito renacer del mal que me causaron esos desgraciados. Y era una muestra de orgullo, saber que no hay nada escrito en la sangre, sino que es un lienzo en blanco, donde se va dibujando nuestro futuro trazo a trazo.

Respecto a su paternidad, mi marido sabe que él no es el padre biológico de Esperanza, aunque la quiere más que a su propia vida. Alexander, don Marcos o Leonardo, uno de los tres tenía su progenitura, pero este sería un secreto que algún día le desvelaría a mi hija.

—¡Abuela! —gritó Esperanza al ver a mi madre que venía con una enorme piñata con forma de corazón.

Yo le di un beso a mi hija, al verla emocionada con mi mamá. Enseñé a Esperanza que no tenía nada que demostrar a nadie, que debía amarse a ella primero, por encima de todas las cosas. Y que cuando ese amor rebosara en su interior, no tendría que esforzarse por entregarlo... En eso volqué mis esfuerzos, por si desde el infierno todos esos monstruos me estaban observando.

Los asistentes habían contribuido con todo tipo de alimentos. Había quesos, mieles, galletas, batidos, zumos. Pero más lo llamativo fue el plato que elaboró Ainara: un plato típico español que aprendió cuando era la pareja de Diego el Gitano. Se trataba de una cama de patatas hervidas, donde reposaban rodajas de pulpo cocido, con un toque de pimentón: pulpo a la gallega. Una mofa en toda regla, dedicada al cadáver de nuestro opresor.

—¡Silencio! —añadió Ainara más feliz que nunca—. Esperanza va a pedir un deseo antes de apagar las velas de su catorceavo cumpleaños.

Mi hija miró a los presentes, entusiasmada por ser el centro de atención. Yo, con mis manos en sus hombros, me situé tras ella; quería vivir ese mágico momento en primera fila. Tras pensar lo que iba a decir, abrió los párpados y exclamó su deseo en voz alta antes de apagar las velas:

—Mi deseo es, ¿ser modelo de pasarela! —gritó a los cuatro vientos.

Ashley casi se atraganta con una galleta, Ainara vomitó directamente, mi madre se desmayó, mi corazón se heló... En un hábil gesto, le tapé la boca y apagué la llama de la vela con los dedos. Mi primo Adal, con sus gafas de pasta, soplabla sobre mi mano asegurándose de que no prendiese la vela de nuevo y que aquel deseo muriese allí mismo.

—¡*Mi jita*, perdóname! —le reproché—. Pero no debes olvidar que la granja te necesita como la mejor criadora de caballos de Chiapas. Y te lo digo yo, que no hay mejor lugar para ser feliz que con tu familia en el rancho... Yo, hace quince años, tuve el mismo sueño que tú y aprendí una lección para no olvidar jamás.

—¡Pero es mi deseo, hoy es mi cumpleaños! —me replicó indignada—. No manipules mi destino.

—El destino es una espiral, que te aleja y te acerca. No podemos huir, pero sí hacerle frente —añadí por inercia, viendo cómo se repetía la historia que una vez hice vivir a mis padres.

Ainara y Ashley se acercaron hasta mi hija y yo. Nos retiramos unos metros de la mesa y le mostramos nuestros tatuajes de la “V” en la muñeca y los tentáculos de tinta negra bajo las blusas. Arropada por mis dos hermanas, miré a mi querida hija a los ojos y desnudé mi alma. Intuí que era el momento de desvelarle a mi hija todo aquel infierno que pasé cuando quería ser modelo y vivir una vida lejos de los míos:

—Considero que ya tienes la edad suficiente para conocer mi testimonio —tragué saliva—. Para conocer mi historia de cuando estuve... Escapando a mi destino.

F I N

Agradecimientos

En primer lugar, quería dar las gracias a todas las personas buenas que hacen que este mundo donde vivimos sea fácil, divertido y acogedor.

A mi mujer Brilli y a mi hija Daniela por ser mi soporte vital y quienes dan sentido a mis logros y alegrías.

A mis padres, mi hermana y hermano por todo lo que significa tener la misma sangre.

A mis suegros, cuñados, sobrina y familia política.

A los amigos que me hicieron cambiar para bien cruzándose en mi camino, y que sacaron de mí a la persona divertida.

A Enrique Laso, que nos dejó hace poco tiempo, por la ayuda prestada (dep); a Álex Hernández Puertas por haberme formado como escritor, y a mi profesora Mari Luz por haber creído en mí.

Mención especial a mis compañeros de letras: Javier Furny Furnier, María González Pineda, Antonio Quesada, Mónica Escoda, J. Eduardo Jiménez, María Bosan, Ana C. Ruiz, Claudio Hernández, M. J. Frausto, Sonia Kirchen y David Ale Viejo.

Gracias a la paciencia de los “lectores cero” que han cuidado cada detalle de la historia: Laura Duque Jaenes, B. Atrix y Ana Corral.

Y, por último, mi mayor agradecimiento a todos los lectores que hacen posible que siga escribiendo.

¡Gracias a todos y a todas!

Sobre el autor

Manuel Delprieto nace en Jerez de la Frontera (Cádiz), un 9 de febrero de 1982. Durante su adolescencia una profesora de literatura descubre su talento narrativo y le incentiva a que se enfoque a escribir.

A través de ese primer impulso, con imaginación y alas para soñar, se introduce en el difícil y arriesgado universo de la literatura; aprendiendo, en primer lugar, las normas que rigen la novelística.

No es hasta el año 2017 cuando se siente seguro y debuta con varios manuales para escritores noveles, además de lanzar su primera novela corta: *Ambiciona*.

Solidario, humilde y optimista, Manuel Delprieto abandera un proyecto junto a la ONG “Proyecto por una sonrisa”, para recopilar libros de autores independientes y crear una biblioteca solidaria para enfermos de la Sección de Hematología del Hospital de Jerez.

Ha participado en trilogías, novelas a dos manos y también como prologuista de otros escritores en sus obras. En su afán por escribir, siempre busca sorprender a sus lectores con historias originales y con un mensaje de fondo.

Su sueño es ver plasmado alguno de sus trabajos en la pantalla grande y llegar a viejo junto a su familia.

Actualmente, sigue buscando esas historias, que dejen huella en la memoria de aquellos que se adentran en su peculiar narrativa.

Edición de manuales para escritores noveles:

Tu novela a juicio

Lidera Amazon con tu ebook

Potencia al máximo tu novela

119 keys to a bestseller (en lengua inglesa)

Your novel under control (en lengua inglesa)

Novela editada:

Ambiciona (1). El precio de la ira

Proyectos en curso:

Ambiciona (2). El aliento de una promesa

Hilasterion. La isla de la purga

Proyecto a dos manos:

Mi lienzo es tu muerte (junto al escritor Claudio Hernández)

Relatos en participación con otros autores:

Trilogía Antológica.

Relato: *Fusión gemelar* (Editorial Algorfa)

Gritos y pesadillas. Antología benéfica.

Relato: *¿Dónde está María?* (Editorial Ilec)

Prólogos:

RRR y la decisión de Elsa, de María G. Pineda

Rojstov, de Eduardo Jiménez

Los colores de mi tierra, de Aymee Corominas

Una sombra sobre Madrid, de Claudio Hernández y M. Pineda

[1]. Pendejo: estúpido, imbécil, tonto.

[2]. Parachico: danzante tradicional de la fiesta grande de Chiapa de Corzo. Van con un atuendo muy colorido, en el que llevan una máscara de madera, sarape de colores y sonaja de lámina.

[3]. Turulo: cilindro hecho con un billete u otros materiales, con el que se inhala cocaína.

[4]. Mirrey: hombre al que le gusta presumir, vestir con camisas con dos botones desabrochados y que suelen ser hijos de gente acaudalada.

[5]. Guarura: hace referencia a un guardaespaldas o escolta, que acompaña, normalmente, a altos cargos políticos o personas importantes socialmente.

[6]. Noviago: amigo especial con el cual se tiene, además de amistad, sexo esporádico por mutuo acuerdo.

[7]. Menudista: se refiere al traficante de droga de barrio, que mueve dosis muy pequeñas.

[8]. Chingué: bromeé, hice algo gracioso.

[9]. Raspados: granizados de hielo triturado con sabores.

[10]. Tompiates: testículos.

[11]. Chida: guay, estupendo, de lujo.

[12]. Fresas: delicados, pijos, acaudalados.

[13]. Chahuitzle: expresión utilizada en México, cuando sucede algo inesperado o desagradable.

[14]. Guachafita: situación donde predomina el alboroto y el bullicio.

[15]. Cachacos: naturales de Bogotá, capital de Colombia.

[16]. Quicas: pechos, tetas.

[17]. "Borra casset": expresión que indica, que no recordará nada o perderá la memoria.

[18]. Gomilo: ricachón, presumido, niño de papá.

[19] Fresón: muy pijo, niño de papá, universitario, etc.

[20] Turbopacket: bañador tipo *slip* de lycra y que se usa normalmente en natación masculina.

[21]. Panocha: manjar de sabor muy dulce y que en México se usa vulgarmente para denominar a la vagina.

[22]. DEA: iniciales de Drug Enforcement Administration (Administración Control de Drogas).

[23]. Cuico: policía.

[24]. Balacear: tirotear, herir con balas.

[25]. Palo mulato: árbol de 25 m. de altura, típico de la selva de México.

[26]. Popocatezín: dios del inframundo en la mitología mexicana, también llamado Mictlantecuhtli